

Preparados para presentar defensa

Una guía bíblica para el evangelismo y la apologética

Capítulo 1 — ¿Qué es el evangelio y quién salva realmente?

Texto principal: 1 Corintios 15:1–11

¹ Ahora les hago saber, hermanos, el evangelio que les prediqué, el cual también ustedes recibieron, en el cual también están firmes, ² por el cual también son salvos, si retienen la palabra que les prediqué, a no ser que hayan creído en vano. ³ Porque yo les entregué en primer lugar lo mismo que recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; ⁴ que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; ⁵ que se apareció a Cefas y después a los doce. ⁶ Luego se apareció a más de 500 hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven aún, pero algunos ya duermen. ⁷ Después se apareció a Jacobo, luego a todos los apóstoles. ⁸ Y al último de todos, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí. ⁹ Porque yo soy el más insignificante de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la iglesia de Dios. ¹⁰ Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y Su gracia para conmigo no resultó vana. Antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí. ¹¹ Sin embargo, haya sido yo o ellos, así predicamos y así creyeron ustedes.

Textos de apoyo: Romanos 1:16–17; Romanos 3:10–26; Romanos 5:6–11; Romanos 6:23; Efesios 2:1–10; Marcos 1:14–15; Hechos 16:25–34

Verdad principal: El evangelismo comienza con conocer claramente el evangelio. Proclamamos fielmente a Cristo, pero Dios es quien salva.

Comencemos con el texto

Antes de aprender métodos de evangelismo o argumentos a favor del cristianismo, necesitamos responder una pregunta mucho más básica: **¿Qué es el evangelio?**

La palabra nos resulta tan familiar que los cristianos podemos usarla sin detenernos a definirla. Hablamos de predicar el evangelio, compartir el evangelio, creer el evangelio, vivir

conforme al evangelio y defender el evangelio. Sin embargo, estar familiarizados con la palabra no garantiza que tengamos claridad acerca de su significado.

Eso es especialmente peligroso aquí. Si no tenemos claridad acerca del evangelio, mejorar en el evangelismo solamente nos hará más eficaces para comunicar un mensaje que no está claro. Si no tenemos claridad acerca del evangelio, mejorar en la apologética puede hacernos mejores para defender el cristianismo sin poder explicar cómo un pecador es reconciliado con Dios.

Así que comenzamos donde Pablo comienza.

Al leer las palabras de Pablo, varias cosas sobresalen inmediatamente. Hay un mensaje que Pablo predicó. Los corintios recibieron ese mensaje y permanecieron firmes en él. Pablo mismo primero lo había recibido antes de entregarlo a otros. En el centro de ese mensaje están la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesucristo. Luego Pablo señala a testigos que vieron a Cristo resucitado y, cuando finalmente habla de su propia vida, atribuye a la gracia de Dios todo lo que le sucedió.

Ese movimiento nos proporciona el fundamento para todo lo demás en este libro.

El evangelismo y la apologética se necesitan mutuamente

Antes de aprender cómo responder a un ateo, hablar con un mormón, desafiar el relativismo, hablar de moralidad con un escéptico o responder a alguien que dice que todas las religiones conducen a Dios, necesitamos entender hacia dónde estamos tratando finalmente de llevar a esa persona.

<u>El evangelismo y la apologética van juntos, pero no son la misma tarea.</u>

Podemos saber cómo defender la fe sin saber cómo compartir el evangelio, y podemos saber cómo compartir el evangelio y, al mismo tiempo, estar mal preparados para defender la fe.

Un cristiano puede llegar a ser excepcionalmente hábil en apologética. Puede reconocer contradicciones en otra cosmovisión, hacer preguntas reflexivas, desafiar presuposiciones ocultas, hablar sobre el fundamento de la moralidad, explicar las leyes de la lógica, defender la confiabilidad de las Escrituras y demostrar que una cosmovisión no cristiana tiene dificultades para dar razón de las mismas cosas que presupone. Sin embargo, después de

una hora de excelente conversación, quizá todavía nunca haya explicado cómo un pecador puede ser reconciliado con Dios por medio de Jesucristo.

El problema opuesto es igualmente real. Un cristiano puede memorizar una breve presentación del evangelio y sentirse cómodo explicando el pecado, la cruz y la fe, pero quedar completamente perdido cuando otra persona dice: «No creo que Dios exista», «¿Por qué debería confiar en la Biblia?», «La verdad es relativa», «La ciencia lo explica todo» o «El cristianismo puede ser verdad para ti, pero no es verdad para mí».

El evangelio no ha cambiado, pero la persona que lo escucha puede poseer todo un sistema de creencias que afecta la manera en que interpreta cada frase que decimos.

Por eso necesitamos ambos. **El evangelismo anuncia las buenas nuevas de Jesucristo. La apologética nos ayuda a confrontar las presuposiciones, objeciones y falsas creencias que obstaculizan la comprensión de ese mensaje.**

La apologética puede exponer una contradicción. Puede revelar que una cosmovisión no puede sostener sus propias afirmaciones. Puede responder una objeción histórica o corregir un malentendido acerca del cristianismo. Incluso puede llevar a alguien al punto de admitir que su propia posición es inconsistente. Pero la apologética no es el evangelio. Ganar una discusión no es lo mismo que dar a conocer a Cristo. Una persona puede perder una discusión y seguir perdida. Puede admitir que su cosmovisión tiene problemas serios y seguir perdida. Incluso puede reconocer que el cristianismo ofrece una explicación más sólida de la moralidad, la verdad, la razón o la dignidad humana y seguir perdida. Finalmente, la conversación tiene que llegar a **Jesucristo**.

Por eso este libro comienza con el evangelio y no con el ateísmo, la lógica, las sectas, las religiones rivales o los argumentos filosóficos. Antes de aprender cómo defender el cristianismo, debemos saber exactamente qué nos llama el cristianismo a proclamar.

El evangelio es un mensaje que recibimos y entregamos

Pablo dice que «entregó» lo que primero había «recibido». Ese lenguaje es importante porque nos dice que Pablo no era el autor del evangelio. Era su mensajero.

El evangelio no se originó en la creatividad de Pablo, su personalidad, su conocimiento de la cultura ni su capacidad para comunicarse. Él recibió un mensaje y tenía la responsabilidad de entregarlo fielmente.

Eso significa que el evangelista no tiene autoridad para rediseñar el mensaje. No tenemos permiso para eliminar las partes que las personas modernas encuentran incómodas. No

reemplazamos el pecado con baja autoestima, el juicio con inconvenientes, el arrepentimiento con superación personal ni el señorío de Cristo con la promesa de una vida más feliz.

Somos mensajeros, no autores.

Esto protege a la iglesia de permitir que el evangelismo se convierta en mercadeo. El mercadeo normalmente comienza preguntando qué quiere determinado grupo y después desarrolla un mensaje que le resulte atractivo. El evangelismo comienza en otro lugar. Comienza con lo que Dios ha dicho y con lo que Dios ha hecho.

Ciertamente debemos comunicarnos con sabiduría. Pablo habló de manera diferente en una sinagoga que en Atenas. Jesús habló de manera diferente con Nicodemo que con la mujer junto al pozo. El lenguaje, el punto de partida, las ilustraciones y las preguntas pueden cambiar según la persona.

El mensaje no cambia.

Pablo dice en Romanos 1:16:

«Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es el poder de Dios para la salvación...»

El poder no se encuentra finalmente en nuestra técnica. Se encuentra en el evangelio que Dios ha dado.

Un testimonio no es el evangelio

Hay valor en contarles a las personas lo que Cristo ha hecho en nuestras vidas. Las mismas Escrituras contienen testimonios. Pablo describió repetidamente su conversión. Un testimonio puede hacer que la fe cristiana sea personal y concreta, y puede ayudar a alguien a ver cómo se manifiesta la gracia en una vida humana.

Pero el testimonio y el evangelio no son lo mismo.

Hay una diferencia entre decir: **«Esto es lo que Jesús hizo por mí»** y decir: **«Esto es lo que Jesús hizo»**.

Nuestro testimonio describe el efecto de la obra de Cristo sobre nosotros. El evangelio anuncia la obra misma.

Alguien puede decir que el cristianismo salvó su matrimonio, le dio paz, lo ayudó a vencer una adicción, restauró el propósito de su vida o lo sostuvo durante el sufrimiento. Todos

esos pueden ser efectos genuinos de la gracia de Dios. Pero ninguno de ellos, por sí solo, es el evangelio.

Un musulmán puede decir que el islam le dio paz. Un mormón puede decir que su religión fortaleció a su familia. Alguien que participa en un programa secular de recuperación puede decir que el programa le salvó la vida. Una persona que practica otra religión puede describir una poderosa experiencia espiritual.

La transformación personal por sí sola no establece la verdad del cristianismo.

- El evangelio no es simplemente: «El cristianismo funcionó para mí».
- El evangelio es la noticia de lo que Dios realmente ha hecho en la historia por medio de Jesucristo.

Por eso Pablo comienza con Cristo y no consigo mismo.

Cristo murió por nuestros pecados

Pablo resume el corazón de su mensaje con las palabras:

«Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras».

Esas palabras nos dicen inmediatamente tanto lo que sucedió como por qué sucedió.

Cristo murió. Pero no simplemente murió. Murió por nuestros pecados.

El evangelio, por lo tanto, no puede entenderse sin entender el pecado. Si el pecado desaparece del cristianismo, la cruz se vuelve difícil de explicar. Entonces Jesús se convierte simplemente en un mártir trágico, un ejemplo de amor sacrificial, una víctima de injusticia política y religiosa o un maestro cuyo mensaje amenazó a personas poderosas.

Las Escrituras nos dan una explicación más profunda. Cristo murió por pecadores.

Romanos 3:23 declara:

«por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios».

El problema es universal. No dice que algunas personas particularmente inmorales hayan pecado. Dice que todos han pecado.

Pablo desarrolla el punto aún con más fuerza anteriormente en el capítulo. Romanos 3:10 dice:

«No hay justo, ni aun uno».

El problema de la humanidad no es simplemente que ocasionalmente tomamos malas decisiones. El diagnóstico bíblico es mucho más profundo.

Romanos 6:23 explica la consecuencia:

«Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna...»

El pecado gana algo — **Muerte** — El regalo de Dios da algo completamente diferente — **Vida**.

El pecado es contra Dios

A menudo entendemos el pecado horizontalmente antes de entenderlo verticalmente. Reconocemos que el asesinato daña a otra persona, el robo viola la propiedad de otra persona, el adulterio traiciona a otra persona, la mentira engaña a otra persona y la crueldad causa sufrimiento.

Todo eso es cierto. Pero el pecado es, en primer lugar, una ofensa contra Dios porque Dios es el Creador y Legislador. La persona a quien dañamos pertenece a Dios y lleva Su imagen. La norma moral que violamos no es una que nosotros inventamos.

Romanos 1 describe el corazón de la rebelión de la humanidad diciendo que, aunque las personas conocen a Dios, no lo honran como Dios ni le dan gracias. Por lo tanto, el pecado no es simplemente quebrantar reglas aisladas. En su nivel más profundo, el pecado es la criatura negándose a honrar al Creador como Dios.

Esto cambia nuestra manera de pensar acerca de la bondad humana. La mayoría de las personas se juzgan comparándose con otras. Una persona piensa: «No soy perfecto, pero no soy un asesino». Otra dice: «Trato de ayudar a las personas». Alguien más piensa: «He cometido errores, pero básicamente soy una persona decente».

El problema es la norma. Si la norma es otro ser humano pecador, casi todos podemos encontrar a alguien peor. Si la norma es Dios, la comparación se derrumba.

La pregunta ya no es: «¿**Soy mejor que la mayoría de las personas?**» La pregunta pasa a ser: «¿**He vivido conforme a la justicia del Dios que me creó?**»

Romanos 3:23 ya respondió:

«por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios».

La «buena persona» y la cuestión de la norma

Supongamos que alguien dice: «Creo que Dios me aceptará porque soy una buena persona». Hay varias maneras en que podríamos responder, pero decirle inmediatamente: «No, no lo eres», quizá no sea el punto de partida más sabio. En cambio, podemos comenzar con una pregunta: **¿Qué quieres decir con bueno?**

Esa sencilla pregunta comienza a exponer presuposiciones. ¿Qué norma de bondad se está utilizando? ¿La opinión personal? ¿La cultura? ¿La comparación con otras personas? ¿Un sentido general de justicia?

Entonces surge naturalmente otra pregunta: **¿Crees que Dios utiliza la misma norma?**

La afirmación «Soy una buena persona» normalmente contiene varias presuposiciones no expresadas. La persona puede suponer que la salvación se basa en la bondad, que suficiente bondad puede compensar las malas acciones, que ella personalmente califica como buena y que su propia definición de bondad coincide con la de Dios.

Cada presuposición merece ser examinada. Este es el comienzo de la relación entre la apologética y el evangelismo. Todavía no estamos presentando un complicado argumento filosófico. Simplemente estamos aprendiendo a escuchar con suficiente atención para reconocer lo que una persona está presuponiendo.

Sin embargo, finalmente la conversación tiene que regresar a las Escrituras. Dios define la norma, y Su norma nos expone a cada uno de nosotros.

La cruz es sustitución, no superación personal

Pablo nos dice que Cristo murió por nuestros pecados. Hay sustitución en esas palabras. Nuestra culpa — **Su muerte**. Los culpables reciben vida porque el Inocente ocupa su lugar.

Romanos 5:8 dice:

«Pero Dios demuestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

Observa el momento.

Cristo no esperó hasta que los pecadores fueran suficientemente justos para merecerlo. No esperó hasta que corrigiéramos nuestras vidas. **Murió cuando aún éramos pecadores.**

Romanos 5 también explica que Cristo murió por los impíos y que la reconciliación viene por medio de Su muerte. El movimiento va desde la impotencia y la hostilidad hacia la reconciliación con Dios.

Esto separa el evangelio del moralismo.

- El evangelio no dice: «Esfuézate más».
- No dice: «Hazte suficientemente religioso».
- No dice: «Arréglate y después acércate a Dios».
- No dice: «Vive como Jesús y quizá Dios te recompense».

El evangelio anuncia lo que Dios ha hecho por pecadores que no podían rescatarse a sí mismos.

Las buenas obras tienen un lugar necesario en la vida cristiana, pero no son el fundamento de nuestra justificación. No llegamos a ser aceptables delante de Dios al lograr imitar exitosamente a Cristo.

Necesitamos a Cristo porque hemos fracasado.

Cristo fue sepultado

Pablo dice a continuación:

«que fue sepultado...»

Esa afirmación puede parecer un detalle pequeño, pero no lo es. La sepultura enfatiza la realidad de Su muerte.

El cristianismo está fundamentado en acontecimientos que ocurrieron en la historia. No es simplemente una colección de principios espirituales eternos. No nos dice simplemente que encontremos esperanza dentro de nosotros mismos o que interpretemos positivamente el sufrimiento.

1. Jesús vivió.
2. Jesús murió.
3. Jesús fue sepultado.

El evangelio hace afirmaciones acerca de la realidad, independientemente de que una persona acepte esas afirmaciones o no. Por lo tanto, el cristianismo no puede reducirse a la frase: «Esto es verdad para mí».

Si Cristo realmente murió y fue sepultado, entonces algo ocurrió en el mundo que todos compartimos.

Y si lo que Pablo dice a continuación es verdad, las consecuencias son enormes.

Cristo resucitó de entre los muertos

Pablo dice:

«resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras».

La resurrección no es una doctrina opcional colocada en los márgenes del cristianismo. Pablo deja claro a lo largo de 1 Corintios 15 que, si Cristo no resucitó, la fe cristiana se derrumba.

El cristianismo se sostiene o cae con la resurrección. Por eso también Pablo identifica testigos. Se refiere a Cefas, los Doce, más de quinientos hermanos, Jacobo, los apóstoles y finalmente a sí mismo.

Pablo no se avergüenza de la evidencia histórica. Nosotros tampoco deberíamos avergonzarnos.

La apologética presuposicional no nos enseña a ignorar la evidencia. Nos enseña a comprender la evidencia dentro del mundo que Dios ha creado, en lugar de fingir que los hechos existen independientemente de Dios.

La resurrección ocurrió en el mundo de Dios. El Creador que dio la vida en primer lugar no es incapaz de levantar a los muertos. Eso no significa que descartemos la investigación histórica. Todo lo contrario. El cristianismo hace afirmaciones históricas, así que nos importa si esas afirmaciones son verdaderas. Pero no comenzamos con la presuposición de que un universo cerrado a Dios es el punto de partida neutral para después preguntarnos si de alguna manera podemos insertar a Dios en él. El universo ya le pertenece.

Conforme a las Escrituras

Pablo fundamenta dos veces estos acontecimientos en las Escrituras:

«Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras»

y:

«resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras».

La muerte y resurrección de Cristo no fueron acontecimientos aleatorios separados de la revelación previa de Dios. Ocurrieron conforme al propósito redentor que Dios ya había dado a conocer. Esto tiene implicaciones importantes para la apologética.

- Nuestra autoridad no es nuestro sentimiento religioso.
- Nuestra autoridad no es una experiencia espiritual privada.
- Nuestra autoridad no es simplemente aquello que nos parece persuasivo.

Dios ha hablado.

Eso importa cuando alguien dice: «Oré acerca de esta religión y recibí un sentimiento de que era verdadera». Otra persona puede orar acerca de una religión contradictoria e informar una experiencia igualmente poderosa.

Ambas experiencias no pueden establecer verdades contradictorias.

La pregunta tiene que convertirse en: ¿Qué ha revelado Dios?

Nuestra experiencia se evalúa a la luz de la revelación. La revelación no se evalúa según la intensidad de nuestra experiencia. Por eso las Escrituras deben permanecer en el centro del evangelismo y la apologética. No podemos defender fielmente el cristianismo mientras permanecemos sin conocer la Biblia que define el cristianismo.

El cristianismo es más que «Jesús cambió mi vida»

El evangelio ciertamente cambia vidas. Cristo da paz, esperanza, perdón, nuevos deseos y prioridades transformadas. Puede restaurar relaciones, liberar a alguien de hábitos destructivos, fortalecerlo durante el sufrimiento y redirigir completamente el curso de una vida.

Esas cosas importan. Pero son efectos del evangelio, no el evangelio mismo.

Si todo nuestro mensaje se convierte en: <u>«Jesús puede mejorar tu vida»</u>, el cristianismo comienza a sonar como otro sistema de superación personal. El evangelio es más grande.

Anuncia que hemos pecado contra Dios, que Cristo murió por pecadores, que fue sepultado, que resucitó de entre los muertos y que Él es Señor. Anuncia que el perdón y la vida eterna se encuentran en Él.

Ese mensaje sigue siendo verdadero incluso cuando seguir a Cristo no hace que la vida sea inmediatamente más fácil. La verdad del evangelio no depende de que nuestras circunstancias mejoren.

Pablo mismo es un ejemplo de la gracia

Cuando Pablo finalmente habla de sí mismo en 1 Corintios 15, dice:

«Porque yo soy el más insignificante de los apóstoles...»

Explica por qué:

«pues perseguí a la iglesia de Dios».

Pablo no era un buscador neutral evaluando tranquilamente distintas posibilidades religiosas. Se oponía activamente a la iglesia.

Sin embargo, el versículo 10 dice:

«Pero por la gracia de Dios soy lo que soy...»

Esas palabras son centrales para la teología del evangelismo.

- ¿Quién cambió a Pablo? Dios.
- ¿Quién tomó al perseguidor y lo convirtió en apóstol? Dios.
- ¿Quién recibe la gloria? Dios.

Efesios 2 nos da el mismo patrón. La humanidad caída es descrita como muerta en delitos y pecados, siguiendo la corriente de este mundo y viviendo bajo el poder de deseos pecaminosos. Entonces llega uno de los grandes giros de las Escrituras:

«Pero Dios, que es rico en misericordia...»

El movimiento hacia la salvación comienza con la misericordia de Dios, no con los logros espirituales humanos.

Esto protege al evangelismo de la manipulación. No podemos argumentar a alguien hasta producir regeneración. No podemos presionar emocionalmente a alguien hasta producir vida espiritual. No podemos descubrir una ilustración suficientemente poderosa como para crear un corazón nuevo. Proclamamos la verdad, razonamos con las personas, respondemos objeciones, desafiamos presuposiciones, persuadimos y rogamos. Pero Dios salva.

Convencer no es lo mismo que convertir

Esta distinción se vuelve especialmente importante una vez que la apologética entra en la conversación.

Convencer a alguien de que un argumento es sólido no es lo mismo que Dios convierta a esa persona a Cristo.

Alguien puede perder una discusión con un cristiano y seguir siendo incrédulo. Puede admitir que el argumento cristiano a favor de la moralidad objetiva es más sólido que su propia posición y seguir siendo incrédulo. Puede reconocer que el ateísmo tiene dificultades filosóficas y seguir siendo incrédulo. Incluso puede comprender intelectualmente los hechos básicos del evangelio y seguir siendo incrédulo.

Pablo dice en Romanos 1:16:

«el evangelio... es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree».

Por lo tanto, nuestra confianza no descansa ni en la debilidad intelectual ni en la brillantez intelectual. Debemos razonar cuidadosamente y defender fielmente el cristianismo, pero el poder para salvar pertenece a Dios.

El éxito apologético no puede significar simplemente: «Gané la discusión». El éxito evangelístico no puede significar simplemente: «La persona repitió una oración».

Nuestra responsabilidad es la fidelidad.

- Decimos la verdad.
- Defendemos honestamente el cristianismo.
- Proclamamos claramente a Cristo.
- Encomendamos la persona a Dios.

La salvación es un regalo

Romanos 6:23 coloca dos realidades una al lado de la otra:

«Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna...»

El contraste es intencional.

- Un salario se gana.
 - Un regalo se da.

- El pecado gana la muerte.
 - La vida eterna es dada por Dios en Cristo.

Efesios 2:8–9 presenta el mismo punto:

«Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe...»

Pablo entonces excluye la jactancia al explicar que la salvación no es resultado de obras. Esto significa que la salvación no puede comprarse con asistencia a la iglesia, mejoramiento moral, bautismo, caridad, sinceridad religiosa ni ninguna otra obra que ofrezcamos a Dios. Si un regalo tiene que comprarse, deja de ser un regalo. La gracia excluye la jactancia. Ningún cristiano estará delante de Dios diciendo: «Yo me gané esto».

¿Qué es la fe salvadora?

La fe salvadora es más que conocer hechos verdaderos acerca de Jesús. Una persona puede afirmar que Jesús existió, que fue crucificado, que los cristianos proclaman Su resurrección y que la salvación se encuentra en Él, y aun así permanecer inconversa. Las Escrituras nunca presentan la fe salvadora como mero asentimiento intelectual.

El problema es más profundo porque el hombre caído no es espiritualmente neutral. No simplemente le falta una última pieza de información. Aparte de la obra de Dios, está muerto en pecado, es hostil hacia Dios e incapaz de producir vida espiritual desde dentro de sí mismo. Por eso la salvación debe entenderse de principio a fin como un acto de gracia divina.

Efesios 2 describe a los pecadores como muertos en delitos y pecados antes de declarar que Dios les dio vida juntamente con Cristo. El movimiento no va del hombre espiritualmente neutral hacia una mejor decisión. Va de muerte a vida, y Dios es quien da esa vida.

Por lo tanto, la fe nunca debe tratarse como la única contribución que el hombre aporta para que Dios pueda completar la salvación. La fe no es un acto meritorio que hace al pecador digno de la gracia. Ella misma forma parte de la obra salvadora y misericordiosa de Dios.

«Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe...»
— Efesios 2:8

El pecador cree porque Dios ha actuado misericordiosamente hacia él. La misma gracia que salva también lleva al pecador a descansar en Cristo en lugar de descansar en sí mismo.

Hechos 16 nos presenta el objeto correcto de esa fe. Cuando el carcelero de Filipos pregunta qué debe hacer para ser salvo, Pablo y Silas responden:

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo...»

— *Hechos 16:31*

El mandato es real. Al pecador se le ordena creer. Tiene la responsabilidad de creer. Pero el mandato no implica que el hombre caído posea alguna capacidad espiritual independiente mediante la cual pueda generar fe salvadora aparte de la gracia.

Las Escrituras mantienen juntas ambas verdades.

El evangelio verdaderamente llama a los pecadores a arrepentirse y creer y, cuando un pecador realmente cree, toda la gloria pertenece a Dios.

Por lo tanto, la fe salvadora tiene un objeto: Jesucristo mismo.

- No descansa en la fuerza de la fe.
- No descansa en la sinceridad de la persona que cree.
- No descansa en una oración, en haber pasado al frente, en un bautismo, en la membresía de una iglesia ni en un momento de intensidad emocional.

La fe aparta la mirada de todas esas cosas y descansa en Cristo.

La pregunta crucial no es: «¿Qué tan fuerte es mi fe?», sino: «¿En quién descansa mi fe?».

Una fe débil en un Cristo suficiente no se vuelve inútil por ser débil. Una confianza fuerte en el objeto equivocado no se vuelve salvadora por ser sincera. El poder salvador no se encuentra en la intensidad psicológica de la fe. Se encuentra en Cristo, en Su justicia, Su muerte expiatoria, Su resurrección y Su obra terminada.

Por eso algunas veces se describe la fe salvadora como **recibir y descansar solamente en Cristo para salvación**. No consiste simplemente en creer cosas acerca de Cristo. Consiste en abandonar todo fundamento rival de confianza y depender de Él.

- La persona que se considera justa confía en su moralidad.
- La persona religiosa puede confiar en su iglesia, bautismo, sacramentos o historia religiosa.
- La persona sincera puede confiar en el hecho de que «tiene buenas intenciones».
- La persona emocional puede confiar en una experiencia.
- La persona criada en la iglesia puede confiar en una oración que repitió años atrás.

La fe salvadora aparta la mirada de todas estas cosas y dice, en esencia:

No tengo justicia propia que pueda justificarme delante de Dios. Mi única esperanza es Jesucristo.

Incluso esa confesión no le da al pecador motivo para jactarse, porque la fe no se origina como una contribución humana independiente a la salvación. Dios no mira desde el cielo a pecadores espiritualmente muertos, descubre al que fue más sabio o estuvo más dispuesto que los demás y lo recompensa por haber tomado la decisión correcta. La salvación entonces dejaría lugar para que el hombre se distinguiera a sí mismo.

Pablo elimina esa posibilidad cuando pregunta:

«¿Qué tienes que no recibiste?»
— 1 Corintios 4:7

El cristiano no puede decir finalmente: «Yo hice la diferencia».

- La gracia hizo la diferencia.
- Dios abrió el corazón.
- Dios dio vida.
- Dios llevó al pecador a Cristo.
- Y el pecador verdaderamente creyó.

Por eso el evangelismo bíblico puede llamar directa y urgentemente a las personas a la fe sin tratar la fe como un logro humano autónomo. Le decimos al pecador exactamente lo que dicen las Escrituras:

Cree en el Señor Jesucristo.

Le rogamos que venga a Cristo.

- Razonamos con él.
- Respondemos sus objeciones.
- Le advertimos acerca del juicio.
- Lo llamamos al arrepentimiento.

Pero debajo de todo eso está la confianza de que solamente Dios puede hacer lo que ningún argumento, técnica, apelación emocional o evangelista puede lograr: dar vida a los muertos y llevar voluntariamente a un pecador a Cristo.

Por lo tanto, la fe salvadora no consiste en que el hombre aporte la pieza que falta para completar la salvación.

Es el pecador, vivificado por la gracia, apartando la mirada de sí mismo y descansando completamente en el Salvador que Dios ha provisto.

Una transferencia de confianza

Una manera útil de explicar la fe salvadora es describirla como una transferencia de confianza.

Toda persona se siente tentada a depositar su confianza en algún lugar. Algunos confían en su moralidad. Otros confían en su asistencia a la iglesia, bautismo, trasfondo religioso, sinceridad, conocimiento, obras de caridad o simplemente en creer que están haciendo lo mejor que pueden.

El evangelio nos llama a abandonar la confianza en nosotros mismos.

La fe salvadora reconoce: «Mi bondad no puede salvarme. Mi religión no puede salvarme. Mis obras no pueden salvarme. Cristo es mi única esperanza».

Esto no significa que la fe sea un logro espiritual impresionante. Significa exactamente lo contrario.

La fe abandona el intento de salvarnos a nosotros mismos y descansa en lo que Cristo ha realizado.

Arrepentimiento y fe

La fe no debe separarse del arrepentimiento.

Marcos 1 registra a Jesús proclamando:

«El tiempo se ha cumplido», decía, «y el reino de Dios se ha acercado; arrepíentanse y crean en el evangelio».

El arrepentimiento y la fe van juntos.

El arrepentimiento no significa limpiarnos antes de venir a Cristo. No es un proceso mediante el cual llegamos a ser suficientemente respetables para que Dios nos acepte.

El arrepentimiento es un volverse: un cambio de mente y de lealtad en el cual el pecador se vuelve de la rebelión hacia Dios.

La fe dice: «No puedo salvarme a mí mismo. Cristo es mi única esperanza».

El arrepentimiento dice: «Ya no defenderé mi rebelión contra el Dios que me creó».

Ni el arrepentimiento ni la fe funcionan como un pago ofrecido a Dios. Describen la respuesta del pecador que viene a Cristo.

¿Qué sucede con la oración del pecador?

Una oración puede ser una expresión genuina de arrepentimiento y fe. No hay nada malo en ayudar a alguien a expresar con palabras lo que cree ni en orar junto con alguien que desea invocar a Cristo.

El peligro aparece cuando la oración misma es tratada como el mecanismo que salva. Nunca debemos darle seguridad a alguien simplemente porque repitió determinadas palabras. Nuestra confianza no está en una oración. Nuestra confianza está en Cristo.

Cuando el carcelero de Filipos pregunta:

«Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?»

Pablo y Silas no responden: «Repite exactamente esta oración».

Responden:

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo...»

Si alguien genuinamente desea orar, podemos orar con él. La oración puede expresar su fe, pero la oración no causa la salvación.

Un marco sencillo para el evangelio

A medida que el evangelio se vuelve más claro, puede ser útil recordar su movimiento mediante cuatro categorías generales: Dios, Hombre, Cristo y Respuesta. Esta no es una fórmula inspirada ni un orden obligatorio para toda conversación. Es simplemente una herramienta que nos ayuda a recordar las principales verdades que enseñan las Escrituras.

Comenzamos con Dios. Él es el Creador, santo y bueno, el Juez legítimo a quien pertenecemos.

Luego consideramos al Hombre. Los seres humanos fueron creados por Dios, pero han pecado contra Él. Romanos 3:23 dice:

«por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios».

Ninguno de nosotros puede justificarse por medio de su propia bondad.

Después llegamos a Cristo. Primera de Corintios 15 nos dice que Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día. Él no es simplemente un ejemplo que debemos seguir. Es el Salvador que los pecadores necesitan.

Finalmente viene la Respuesta. Jesús dice en Marcos 1:15:

«arrepíentanse y crean en el evangelio».

El pecador es llamado a apartarse de la rebelión, dejar de confiar en sí mismo y descansar en Cristo. El marco nos ayuda a recordar el mensaje, pero el marco mismo no es el evangelio. El evangelio es lo que Dios ha hecho en Cristo.

Cómo la apologética sirve al evangelio

Imagina que alguien dice: «No creo en el cristianismo porque cada persona debería determinar la verdad por sí misma».

En lugar de responder inmediatamente con un argumento largo, puede ser útil preguntar qué quiere decir la persona con verdad. Podríamos preguntarle si algo puede ser verdadero para una persona y falso para otra al mismo tiempo y en el mismo sentido. Luego podríamos preguntarle si la afirmación de que cada persona determina la verdad por sí misma es también meramente personal, dejándonos libres para rechazarla.

Esas preguntas comienzan a exponer la cosmovisión que está detrás de la afirmación. Pero la conversación no puede terminar con: «El relativismo se contradice a sí mismo». El destino más profundo es la cosmovisión cristiana y, finalmente, el evangelio.

Romanos 1 nos dice que la humanidad vive en el mundo de Dios y ya posee conocimiento de Dios. Pablo escribe que lo que se conoce acerca de Dios es evidente porque Dios lo ha hecho evidente. El problema no es que la humanidad habite un universo neutral en el cual Dios no haya dejado testimonio de Sí mismo.

El problema es la supresión.

- Dios nos creó.
- Vivimos en Su mundo.
- La verdad no se origina en nosotros.
- Dios ha hablado.

Y el Dios contra quien hemos pecado ha provisto salvación por medio de Su Hijo. La apologética sirve al evangelismo. No lo reemplaza.

Aprendiendo a entender a la persona

El evangelio no cambia, pero no toda persona necesita escuchar la misma frase a continuación. Una persona puede decir: «Soy una buena persona». Otra puede negar que Dios existe. Otra puede decir que cree en Dios y ora regularmente. Alguien más puede estar intentando obedecer los mandamientos con la esperanza de que Dios se dé cuenta de su esfuerzo.

Cada afirmación revela algo diferente.

Por eso un buen evangelismo requiere escuchar. Antes de responder, quizá necesitemos preguntar: «¿Qué quieres decir con eso?» o «¿Cómo llegaste a esa conclusión?».

Estas preguntas nos ayudan a descubrir no solamente lo que una persona dice, sino en qué está confiando y qué presuposiciones están moldeando su manera de ver a Dios, la salvación y la realidad.

Los capítulos posteriores desarrollarán este método mucho más ampliamente. Por ahora, el punto importante es que el evangelismo no consiste simplemente en recitar un discurso memorizado exactamente de la misma manera a cada persona. El mensaje permanece fijo.

La sabiduría nos ayuda a comprender cómo llevar a la persona hasta ese mensaje.

La buena persona

Consideremos nuevamente a la persona que dice: «Creo que iré al cielo. Nunca he matado a nadie y trato de tratar bien a las personas».

Una conversación útil podría comenzar preguntando qué quiere decir la persona con bueno. Eso conduce naturalmente a preguntar qué norma está utilizando y si Dios utiliza la misma norma. Después podríamos preguntarle si siempre ha vivido consistentemente incluso según sus propias expectativas morales. Finalmente, la conversación llega a las Escrituras.

Romanos 3:23 dice:

«por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios».

Romanos 6:23 dice:

«Porque la paga del pecado es muerte...»

Y 1 Corintios 15 nos dice:

«Cristo murió por nuestros pecados...»

Las preguntas no reemplazaron el evangelio. Ayudaron a exponer por qué el evangelio es necesario.

La persona de iglesia

Otra persona puede decir: «He ido a la iglesia desde que era niño, así que estoy bastante seguro de que estoy bien con Dios». Asistir a la iglesia es bueno, así que no hay razón para atacarlo. La verdadera pregunta es qué cree esa persona que la hace estar bien con Dios.

Si la asistencia a la iglesia es la base de su confianza, podríamos preguntarle cuánta asistencia sería suficiente o qué cree que logró la muerte de Cristo.

Efesios 2:8–9 nos recuerda:

«Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe...»

e inmediatamente excluye las obras como fundamento de la salvación. Una persona puede pasar toda su vida alrededor del cristianismo mientras confía en la actividad religiosa en lugar de confiar en Cristo. El evangelio la llama a abandonar la confianza en lo que ella ha hecho y a confiar en lo que Cristo ha hecho.

La persona espiritual

Otra persona puede decir: «Creo en Dios. Oro todo el tiempo». Eso puede sonar alentador, pero deja muchas preguntas importantes sin responder. ¿Qué quiere decir con Dios? ¿Qué cree que Dios exige? ¿Quién cree que es Jesús? ¿Qué piensa que Jesús vino a lograr? ¿En qué está confiando para su relación con Dios?

Romanos 1 nos recuerda que simplemente tener conciencia de Dios no es lo mismo que adorarlo correctamente. La humanidad puede conocer a Dios y aun así negarse a honrarlo como Dios.

Por lo tanto, creer que existe alguna clase de Dios no es lo mismo que creer el evangelio. La pregunta no es simplemente si alguien cree en Dios. La pregunta es en qué Dios cree y en qué está confiando delante de ese Dios.

La persona que confía en sus obras

Alguien más puede decir: «Simplemente estoy tratando de vivir correctamente, obedecer los mandamientos y espero que Dios vea que lo estoy intentando». Esa afirmación revela confianza en el esfuerzo. Una respuesta útil es preguntar qué tan buena tendría que llegar a ser la persona, cómo sabría cuándo ha hecho lo suficiente y qué sucede con los pecados que ya ha cometido.

La pregunta más importante quizá sea esta:

Si pudiéramos ganar la salvación mediante la obediencia, ¿por qué fue necesaria la muerte de Cristo?

Romanos 6:23 dice que la vida eterna es:

«la dádiva de Dios...»

El evangelio aparta nuestra mirada de nuestras obras y la dirige hacia Cristo.

¿Puedes explicar claramente el evangelio?

Imagina ahora que no existe ninguna objeción. Alguien simplemente pregunta: «¿Qué es exactamente el evangelio?». ¿Podrías explicarlo claramente sin esconderte detrás de vocabulario religioso?

Una explicación sencilla podría sonar así:

Dios nos creó y es santo. Hemos pecado contra Él y no podemos hacernos justos a nosotros mismos. Romanos 3:23 dice: *«todos pecaron»*. Jesucristo murió por pecadores, fue sepultado y resucitó de entre los muertos. La vida eterna es un regalo de Dios y no algo que ganamos. Jesús llama a los pecadores a *«arrepíentanse y crean en el evangelio»*.

Esa explicación no necesita tomar veinte minutos. Pero debe contener suficiente verdad para que la persona comprenda quién es Dios, cuál es nuestro problema, qué logró Cristo y cómo las Escrituras nos llaman a responder.

El evangelio y las cosas que suenan como el evangelio

Una de las mejores maneras de obtener claridad es aprender a reconocer afirmaciones que suenan cristianas pero que en realidad no comunican el evangelio.

«Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida» es una frase que un buen amigo pastor solía decir y puede comunicar algo verdadero acerca del amor de Dios, pero por sí sola no explica el evangelio.

«Jesús cambió mi vida» es un testimonio, pero no explica lo que Cristo logró por los pecadores.

«Necesitas comenzar a vivir correctamente» es un consejo moral, no buenas nuevas.

En contraste, Pablo dice:

«Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras»

y que:

«resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras».

Eso nos lleva directamente al corazón del evangelio.

Romanos 6:23 nos dice que la vida eterna es un regalo de Dios. Marcos 1:15 presenta la respuesta apropiada:

«arrepíentanse y crean en el evangelio».

Incluso una afirmación como «Hice una oración cuando tenía ocho años» debe manejarse cuidadosamente. No es el evangelio ni es prueba automática de que una persona sea salva. La pregunta central sigue siendo si la persona está confiando en Cristo.

Estas distinciones importan porque, si el evangelio, el testimonio, el consejo moral, la experiencia religiosa y el método evangelístico se confunden entre sí, nuestro evangelismo también se confundirá.

Regresemos a 1 Corintios 15

Ahora regresa a 1 Corintios 15:1–11 y lee nuevamente el pasaje.

El movimiento debería estar más claro.

- Pablo recibe el evangelio.
- Pablo entrega el evangelio.

- Cristo muere por los pecados.
- Cristo es sepultado.
- Cristo resucita.
- Los testigos lo ven.

Entonces Pablo habla de su propia vida y dice:

«Pero por la gracia de Dios soy lo que soy...»

Esa afirmación nos da el equilibrio que necesitamos para todo lo que seguirá en este libro.

Debemos conocer el mensaje. Debemos comunicarlo claramente. Debemos estar preparados para defenderlo fielmente. Pero nunca debemos confundir nuestra habilidad con el poder salvador de Dios.

Nosotros no creamos vida espiritual. Entregamos el mensaje que Dios nos ha confiado.

Esa verdad nos da una enorme libertad en el evangelismo. No necesitamos manipular a las personas, fabricar una respuesta emocional, presionar a alguien para que tome una decisión ni ganar cada discusión. Necesitamos conocer la verdad, hablar la verdad, defender la verdad y proclamar fielmente a Cristo. Dios se encarga del corazón.

Verdad principal para recordar

Proclamamos el evangelio. Dios salva al pecador.

Sin embargo, antes de avanzar más en la apologética, necesitamos comprender algo que las Escrituras enseñan acerca de cada persona con quien hablaremos. El incrédulo no se encuentra fuera de la discusión como un observador completamente neutral esperando que llegue suficiente evidencia.

Ya tiene una relación con Dios, con la verdad y con el mundo que Dios creó.

Nadie se acerca a Dios sin presuposiciones

Ahí comienza el capítulo 2.

Preguntas para estudio y reflexión

1. Según 1 Corintios 15:1–4, ¿cuáles son los hechos centrales que Pablo incluye en el evangelio?

2. ¿Por qué es importante que Pablo diga que «recibió» el evangelio y después lo «entregó» a otros?
3. ¿Cuál es la diferencia entre compartir un testimonio personal y realmente proclamar el evangelio?
4. ¿Por qué dice Pablo que Cristo murió «por nuestros pecados», y qué nos enseña eso acerca del propósito de la cruz?
5. Según Romanos 3:23 y Romanos 6:23, ¿cuál es el verdadero problema de la humanidad delante de Dios?
6. ¿Por qué compararnos con otras personas es una manera poco confiable de determinar si somos «buenos»?
7. ¿Qué nos dicen la sepultura y la resurrección de Cristo acerca de la naturaleza histórica de la fe cristiana?
8. ¿Por qué enfatiza Pablo que Cristo murió y resucitó «conforme a las Escrituras», y qué nos enseña eso acerca de la relación entre la experiencia personal y la revelación bíblica?
9. Según 1 Corintios 15:9–10 y Efesios 2:1–10, ¿quién recibe finalmente el mérito por la salvación y la transformación espiritual?
10. ¿Cómo explicarías el evangelio a alguien utilizando el movimiento básico Dios → Hombre → Cristo → Respuesta, asegurándote de que la salvación no suene como algo que una persona gana?

Capítulo 2 — Nadie se acerca a Dios sin presuposiciones

Texto principal: Romanos 1:18–25

¹⁸ Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que con injusticia restringen la verdad. ¹⁹ Pero lo que se conoce acerca de Dios es evidente dentro de ellos, pues Dios se lo hizo evidente. ²⁰ Porque desde la creación del mundo, Sus atributos invisibles, Su eterno poder y divinidad, se han visto con toda claridad, siendo entendidos por medio de lo creado, de manera que ellos no tienen excusa. ²¹ Pues aunque conocían a Dios, no lo honraron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se hicieron vanos en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido. ²² Profesando ser sabios, se volvieron necios, ²³ y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. ²⁴ Por lo cual Dios los entregó a la impureza en la lujuria de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos. ²⁵ Porque ellos cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, quien es bendito por los siglos. Amén.

Textos de apoyo: Proverbios 1:7; Salmo 36:9; Colosenses 2:2–8; Efesios 4:17–24; 1 Pedro 3:15

Verdad principal: Toda persona interpreta la realidad desde un fundamento. El cristiano comienza con Dios y Su revelación, mientras que el incrédulo vive en el mundo de Dios, conoce a Dios por medio de Su revelación y, sin embargo, restringe esa verdad. Hay terreno común entre el creyente y el incrédulo, pero no hay terreno neutral.

Comencemos con el texto

Romanos 1:18–25 es uno de los pasajes más importantes de las Escrituras para comprender el evangelismo y la apologética, porque Pablo no comienza describiendo al incrédulo como alguien a quien simplemente le falta suficiente información acerca de Dios. Describe algo mucho más profundo.

Romanos 1:18 dice que la ira de Dios se revela contra la impiedad y la injusticia porque las personas «con injusticia restringen la verdad». Pablo entonces explica que lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente porque Dios lo ha hecho evidente. La creación misma manifiesta Sus atributos invisibles, Su eterno poder y divinidad. Por lo tanto, la humanidad está «sin excusa».

La descripción de Pablo se vuelve aún más fuerte. Aunque las personas conocen a Dios, no lo honran como Dios ni le dan gracias. Sus razonamientos se vuelven vanos, sus corazones son entenebrecidos y, profesando ser sabios, se vuelven necios. En lugar de adorar al Creador, la humanidad cambia la gloria de Dios por cosas creadas. Pablo resume la rebelión diciendo que «cambiaron la verdad de Dios por la mentira» y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador.

Ese es un cuadro muy diferente del que solemos suponer. El incrédulo no se encuentra en una posición completamente neutral diciendo: «No tengo ningún conocimiento de Dios. Dame suficiente información y la evaluaré sin ningún compromiso previo».

Según Pablo, Dios ya ha hablado por medio de la creación. La humanidad ya vive en relación con esa revelación. El problema no es simplemente la ausencia de información.

El problema es la supresión de la verdad.

Esto cambia nuestra manera de pensar acerca de la apologética.

El mito de la neutralidad

A menudo entramos en conversaciones como si el cristiano y el incrédulo estuvieran juntos sobre algún terreno intelectual completamente neutral. El cristiano tiene una teoría acerca de la realidad. El incrédulo tiene otra. Supuestamente, ambos se apartan de sus creencias, examinan la evidencia desde una posición neutral y deciden cuál cosmovisión parece más razonable. Las Escrituras no describen la situación de esa manera.

Romanos 1 nos dice que el incrédulo ya vive en el mundo de Dios. Está rodeado por la revelación de Dios. Lleva la imagen de Dios. Utiliza la mente que Dios creó, depende del orden que Dios estableció, hace juicios morales en un universo gobernado por Dios y no puede escapar del testimonio de la creación.

Al mismo tiempo, restringe la verdad. Esto significa que el encuentro apologético no es una reunión entre dos personas que no tienen compromisos previos. Ya están presentes dos maneras diferentes de interpretar la realidad.

El cristiano comienza confesando: Dios es Creador. Dios ha hablado. Su Palabra es verdadera. Cristo es Señor.

El incrédulo puede comenzar desde un fundamento muy diferente: La razón humana es la autoridad suprema. La ciencia es la autoridad suprema. La experiencia personal es la

autoridad suprema. El yo es la autoridad suprema. La materia es todo lo que existe. La verdad religiosa no puede conocerse.

Estos compromisos afectan la manera en que se interpreta cada hecho. Por lo tanto, la pregunta no es si alguien tiene presuposiciones. Todos las tenemos. La pregunta es si esas presuposiciones son verdaderas y si pueden dar sentido al mundo en el que realmente vivimos.

¿Qué es una presuposición?

Una presuposición es una creencia o compromiso fundamental mediante el cual se interpretan otras cosas. Normalmente no recitamos conscientemente nuestras presuposiciones antes de tomar cada decisión. Operan debajo de nuestras conclusiones.

Supongamos que dos personas presencian algo que no pueden explicar inmediatamente.

- Una ya cree que Dios existe y actúa dentro de Su creación.
- La otra cree desde el principio que la acción sobrenatural es imposible.

Pueden examinar exactamente el mismo acontecimiento, pero no lo interpretarán exactamente de la misma manera porque traen diferentes compromisos fundamentales a la evidencia. Por lo tanto, el desacuerdo no siempre se refiere simplemente al hecho individual. Algunas veces el desacuerdo tiene que ver con la cosmovisión mediante la cual se interpreta el hecho. Por eso la apologética finalmente debe ir más allá de reunir hechos aislados. La evidencia importa, pero la evidencia siempre se interpreta dentro de una comprensión más amplia de la realidad.

Todos tienen una cosmovisión

Una cosmovisión es el marco básico mediante el cual una persona comprende la realidad. Responde preguntas como: ¿Qué es finalmente real? ¿Cómo podemos conocer algo? ¿Qué hace que algo sea correcto o incorrecto? ¿Qué es un ser humano? ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué sucede cuando morimos? ¿Tiene significado la historia? ¿Existe algo como la verdad objetiva?

Una persona no necesita haber estudiado filosofía para tener una cosmovisión.

- El profesor universitario tiene una.
- El mecánico tiene una.
- El ateo tiene una.
- El misionero mormón tiene una.

- La persona que dice: «Yo no pienso en la religión» tiene una.

Incluso la persona que dice: «Simplemente creo lo que me parece correcto» está expresando una cosmovisión. Ha convertido al individuo y a la experiencia personal en autoridades importantes para determinar la verdad. A lo largo de este libro, tres preguntas acerca de la cosmovisión serán especialmente útiles.

¿Qué es real?

Esta es la pregunta acerca de la realidad. ¿Existe solamente la materia? ¿Hay un Creador? ¿Son los seres humanos simplemente organismos físicos? ¿Existe un mundo espiritual?

¿Cómo sabemos?

Esta es la pregunta acerca del conocimiento. ¿Es la razón humana la autoridad suprema? ¿Es la observación científica el único camino confiable hacia la verdad? ¿Se ha revelado Dios? ¿Puede realmente conocerse la verdad religiosa?

¿Qué es correcto?

Esta es la pregunta acerca de la moralidad. ¿Es objetiva la moralidad? ¿Determina la cultura lo correcto y lo incorrecto? ¿Determina el individuo la moralidad? ¿Está la bondad fundamentada en Dios?

Estas preguntas nos permiten ir más allá de las objeciones individuales y comenzar a comprender la cosmovisión de la cual proceden.

El cristiano no comienza con la neutralidad

Proverbios 1:7 dice:

«El temor del Señor es el principio de la sabiduría».

Observa lo que las Escrituras no dicen. No dicen que el razonamiento humano autónomo sea el principio del conocimiento y que posteriormente podamos añadir a Dios si descubrimos suficiente evidencia. El temor del Señor es el principio.

Salmo 36:9 expresa el mismo principio cuando dice:

«En Tu luz vemos la luz».

Dios no es simplemente un objeto de conocimiento entre millones de otros objetos. Él es el Creador que hace posible el conocimiento. Podemos conocer cualquier cosa porque vivimos en el mundo que Él creó y poseemos mentes que Él hizo.

Esto significa que el cristiano no debe abordar la apologética fingiendo, ni siquiera temporalmente, que Dios puede ser irrelevante para el conocimiento. Si Dios verdaderamente es el Creador de todo, no existe ningún lugar donde podamos situarnos fuera de Su realidad para evaluarlo independientemente.

No existe un tribunal superior ante el cual Dios tenga que comparecer. No existe una norma de verdad por encima de Dios. No existe un universo más fundamental que el universo que Él creó.

Por eso la apologética bíblica comienza con Cristo como Señor en lugar de intentar llegar a Su señorío después de razonar temporalmente como si Él no fuera Señor.

Colosenses nos advierte acerca del cautiverio

Pablo presenta una advertencia similar en Colosenses 2. Les dice a los creyentes que en Cristo están escondidos «todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento». Luego les advierte que nadie los haga cautivos por medio de filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres y los principios elementales del mundo, en vez de según Cristo.

La advertencia no es contra el pensamiento. Pablo mismo razona constantemente. El cristianismo no es antiintelectual. La advertencia se refiere a una manera de pensar que opera «en vez de según Cristo». Esa frase importa.

Hay filosofías construidas sobre fundamentos que se oponen al señorío de Cristo. Pueden contener muchas verdades individuales. Un científico incrédulo puede descubrir hechos verdaderos acerca de la creación. Un matemático ateo puede resolver correctamente ecuaciones. Un filósofo no cristiano puede reconocer una inferencia lógica válida. Las Escrituras no requieren que neguemos estas cosas.

La pregunta más profunda es si la cosmovisión incrédula puede proporcionar un fundamento suficiente para el conocimiento que utiliza. Esa distinción será central más adelante. El incrédulo puede conocer muchas cosas. La pregunta es si su cosmovisión puede dar razón de cómo las conoce.

La supresión no significa que el incrédulo no sepa nada

Romanos 1 debe manejarse cuidadosamente. Cuando Pablo dice que los incrédulos restringen la verdad, no quiere decir que cada incrédulo piense conscientemente: «Sé que el cristianismo es completamente verdadero, pero estoy fingiendo que es falso». Las personas realmente pueden persuadirse a sí mismas de creencias falsas.

Pueden creer sinceramente en el ateísmo, el materialismo, el islam, el mormonismo, el relativismo o alguna otra cosmovisión. El punto de Pablo es más profundo.

Dios se ha revelado de manera suficiente para que la humanidad no pueda escapar de su responsabilidad. El rechazo de Dios por parte del incrédulo no ocurre en un universo en el cual Dios no haya dejado testimonio de Sí mismo. Conoce porque Dios revela. Suprime por causa del pecado.

Esto también explica algo que, de otra manera, podría parecer desconcertante. Los incrédulos pueden ser sumamente inteligentes. Pueden hacer descubrimientos, criar buenos hijos, reconocer la injusticia, crear arte hermoso, realizar matemáticas complejas y llevar a cabo investigaciones científicas cuidadosas.

La apologética presuposicional no requiere que digamos que el incrédulo no sabe nada. Hace una pregunta diferente:

¿Cómo puede su cosmovisión profesada dar razón del mismo conocimiento que posee?

Esa es la diferencia entre ser capaz de utilizar algo y ser capaz de explicar su fundamento último.

El terreno común no es terreno neutral

Si no existe neutralidad, ¿significa eso que los cristianos y los incrédulos no tienen nada en común? No.

- Tenemos un enorme terreno común.
- Vivimos en el mismo mundo.
- Observamos la misma creación.
- Utilizamos las mismas leyes de la lógica.
- Interactuamos con las mismas regularidades físicas.
- Hacemos juicios morales.
- Experimentamos amor, pérdida, belleza, injusticia, culpa, gozo y muerte.

Podemos comunicarnos porque compartimos la naturaleza humana y porque tanto el creyente como el incrédulo llevan la imagen de Dios.

El cristiano puede hablar de ciencia con un ateo porque ambos habitan la creación de Dios. El cristiano puede hablar de moralidad con un escéptico porque ambos poseen conciencia moral. El cristiano puede hablar de lógica con un materialista porque ambos realmente razonan.

Hay verdadero terreno común en todas partes porque todo el terreno pertenece a Dios. Lo que no existe es terreno neutral. El incrédulo no posee una parte de la realidad que no pertenezca ni a Dios ni a la cosmovisión cristiana. Cada hecho pertenece al mundo de Dios. Esta distinción es sumamente importante. No necesitamos evitar las conversaciones con los incrédulos porque supuestamente no tengamos nada en común con ellos. Tenemos un enorme terreno común. Simplemente nos negamos a fingir que nuestro terreno común es independiente de Dios.

El intercambio que está en el corazón de la incredulidad

Romanos 1 describe repetidamente un intercambio.

- La humanidad cambia la gloria de Dios por imágenes.
- La humanidad cambia la verdad de Dios por la mentira.
- La humanidad adora y sirve a la criatura en lugar del Creador.

Esto nos proporciona una descripción bíblica más profunda de la idolatría. La idolatría no se limita a las estatuas. Cualquier cosa creada puede convertirse en lo supremo.

- La razón humana puede convertirse en lo supremo.
- La metodología científica puede convertirse en lo supremo.
- La ideología política puede convertirse en lo supremo.
- La autonomía personal puede convertirse en lo supremo.
- La felicidad humana puede convertirse en lo supremo.
- El yo puede convertirse en lo supremo.

En el momento en que una cosa creada recibe el lugar que le pertenece al Creador, se ha producido un intercambio. Esta es una de las razones por las cuales la apologética de cosmovisión finalmente pregunta a una persona acerca de su autoridad suprema.

Cuando dos creencias entran en conflicto, ¿qué decide finalmente la cuestión?

- Para una persona, la respuesta puede ser la experiencia personal.
- Para otra, el consenso científico.
- Para otra, la tradición de la iglesia.
- Para otra, un supuesto profeta.

- Para otra, la razón humana autónoma.

Para el cristiano, la autoridad final es Dios hablando en Su Palabra. Toda cosmovisión tiene algo que funciona como autoridad suprema.

«Demuéstrame que Dios existe sin usar la Biblia»

Un desafío común suena así: «Demuéstrame que Dios existe, pero no puedes usar la Biblia». Al principio, la petición puede parecer perfectamente razonable. Pero debemos preguntar qué se está presuponiendo. ¿Por qué se descalifica a las Escrituras antes de que siquiera comience la discusión? ¿Qué autoridad ha determinado que la revelación de Dios no puede utilizarse cuando hablamos de Dios? Si el cristiano acepta la restricción sin examinarla, puede conceder involuntariamente que alguna autoridad supuestamente neutral se encuentra por encima de Dios y determina qué clase de evidencia se le permite proporcionar a Dios.

Eso no significa que no podamos hablar de la creación, la historia, la filosofía, la ciencia, la moralidad o la evidencia. Claro que podemos. El punto es que no debemos fingir que la revelación de Dios carece de autoridad hasta que el incrédulo le conceda autoridad.

La Palabra de Dios no se vuelve autoritativa cuando un escéptico la aprueba. Es autoritativa porque Dios ha hablado.

La evidencia sigue siendo importante

En este punto, alguien podría preocuparse de que la apologética presuposicional elimine la evidencia. No lo hace. Romanos 1 mismo apela a la evidencia. Pablo señala la creación. El mundo creado revela el eterno poder y la divinidad de Dios. Primera de Corintios 15 señala a testigos de la resurrección. Hechos apela repetidamente a acontecimientos de la historia. El cristianismo está lleno de afirmaciones acerca de hechos.

La distinción no está entre utilizar evidencia y negarse a utilizar evidencia. La distinción tiene que ver con cómo se interpreta la evidencia. Un cristiano mira el universo y ve creación. Un materialista mira el mismo universo y quizá vea solamente materia y energía. Un cristiano ve la resurrección como el acto del Creador que tiene autoridad sobre la vida y la muerte. Un naturalista comienza con una cosmovisión en la cual la resurrección es imposible y, por lo tanto, interpreta los informes de manera diferente.

Los hechos importan.

Pero la cosmovisión también importa. Por eso la evidencia por sí sola no produce automáticamente acuerdo. Dos personas pueden observar la misma evidencia e interpretarla de manera diferente porque se acercan a ella con diferentes compromisos fundamentales.

El argumento suele ser más profundo que la objeción

Supongamos que alguien dice: «La ciencia ha refutado a Dios». Podríamos comenzar inmediatamente a hablar de evidencia científica. Pero antes de hacerlo, algunas preguntas podrían ayudarnos.

¿Qué quiere decir la persona con ciencia? ¿Qué descubrimiento científico refutó a Dios? ¿Cree que la investigación científica es la única manera de obtener conocimiento? ¿Puede demostrarse científicamente esa misma afirmación?

Ahora la conversación ha descendido por debajo de la afirmación original. Quizá el problema no sea realmente un descubrimiento científico. Quizá sea el cientificismo: la creencia filosófica de que la ciencia es el único camino legítimo hacia el conocimiento. Esa afirmación no es en sí misma una conclusión científica. Es un compromiso filosófico acerca del conocimiento. Reconocerlo cambia toda la conversación.

No ataques solamente las ramas

Imagina un árbol con fruto enfermo. Puedes pasar horas quitando cada fruto de las ramas, pero si la enfermedad está en la raíz, el problema seguirá regresando. Las objeciones de cosmovisión suelen funcionar de la misma manera. Alguien puede objetar contra la sexualidad bíblica, después contra el juicio bíblico, después contra los milagros, después contra las Escrituras y después contra la exclusividad de Cristo.

Podemos responder individualmente a cada objeción, y algunas veces debemos hacerlo. Pero finalmente debemos preguntar si todas esas objeciones están creciendo de la misma raíz. Quizá la persona presuponga: Ninguna autoridad está por encima de la autonomía individual.

Si esa es la raíz, entonces decenas de objeciones aparentemente no relacionadas comienzan a tener sentido. La tarea apologética deja de ser simplemente responder a cada rama y pasa a exponer la raíz.

Aprendiendo a hacer mejores preguntas

Aquí es donde las preguntas comienzan a volverse indispensables. Supongamos que alguien dice: «No existe la verdad absoluta». En lugar de responder inmediatamente, pregunta:

¿Qué quieres decir con verdad absoluta?

Quizá la persona no quiera decir lo que nosotros suponíamos. Entonces pregunta:

¿Cómo llegaste a esa conclusión?

Ahora la persona debe presentar razones para su afirmación.

Estas dos preguntas son extraordinariamente poderosas porque logran dos cosas. La primera recopila información. La segunda le pide a la persona que cargue con la responsabilidad de sustentar su propia afirmación. Algunas veces los cristianos sentimos que, cada vez que alguien presenta una objeción, inmediatamente tenemos que demostrar el cristianismo de principio a fin. No es así.

Si alguien afirma: «La religión fue inventada para controlar a las personas», simplemente podemos preguntar: ¿Cómo llegaste a esa conclusión? La persona hizo la afirmación. La persona debe poder sustentarla. Esto no es evasión. Es una conversación racional normal.

La carga de la prueba no pertenece solamente al cristiano

Imagina que alguien dice: «No hay evidencia de Dios». El cristiano muchas veces siente inmediatamente la presión de producir diez argumentos. Pero la afirmación misma contiene una aseveración.

- ¿Qué se considera evidencia?
- ¿Qué evidencia se ha considerado?
- ¿Por qué se ha rechazado?
- ¿Qué se consideraría evidencia suficiente?

El incrédulo también tiene una cosmovisión que defender. Si alguien afirma que la materia es todo lo que existe, esa afirmación requiere sustento. Si alguien afirma que la moralidad es completamente subjetiva, esa afirmación requiere sustento. Si alguien afirma que los milagros son imposibles, esa afirmación requiere sustento. Si alguien afirma que la razón humana puede operar independientemente de Dios, esa afirmación requiere sustento.

La apologética no es un tribunal en el cual el cristianismo es permanentemente el acusado mientras la incredulidad ocupa el asiento del juez. Ambas cosmovisiones deben dar razón de sí mismas.

Un primer ejemplo de tensión interna

Supongamos que alguien dice: «La verdad es relativa. Cada persona tiene su propia verdad». Podríamos preguntar: ¿Es objetivamente verdadera la afirmación «la verdad es relativa»? Si la persona dice que sí, acaba de tratar por lo menos una verdad como no relativa. Si dice que la afirmación solamente es verdadera para ella, entonces no hay razón por la cual tenga que ser verdadera para nosotros. La posición comienza a volverse contra sí misma. Este es un primer ejemplo de lo que más adelante llamaremos crítica interna.

Examinamos temporalmente la afirmación de la persona de acuerdo con sus propias reglas y preguntamos si puede permanecer consistente. No necesitamos desarrollar todavía todo el método. Por ahora, el punto importante es que las preguntas pueden exponer tensiones que un argumento directo podría dejar ocultas.

La moralidad revela el mismo problema

Considera a alguien que dice: «La moralidad es completamente subjetiva». Luego dice: «Los cristianos están equivocados por imponer su moralidad a otras personas».

Pregúntale qué quiere decir con equivocados.

Si la moralidad es completamente subjetiva, entonces los cristianos no pueden estar objetivamente equivocados. A lo sumo, a la persona que habla no le gusta lo que están haciendo.

Sin embargo, las personas rara vez viven de manera consistente con un relativismo moral completo.

- Condenan el racismo.
- Condenan el abuso.
- Exigen justicia.
- Hablan de derechos humanos.
- Se oponen a la opresión.
- Esperan que los demás las traten justamente.

Estos juicios revelan que los seres humanos realmente viven como si algunas cosas fueran verdaderamente correctas o incorrectas. Romanos 2 nos ayudará más adelante a comprender por qué. Por ahora, observa lo que ha sucedido: una cosmovisión ha hecho una afirmación con la cual tiene dificultades para vivir consistentemente.

La cosmovisión cristiana también debe presentarse

No basta con demostrar que otra cosmovisión tiene problemas. La apologética cristiana también debe explicar por qué la cosmovisión cristiana da sentido a las cosas de las cuales todos dependemos cada día.

Supongamos que demostramos que el relativismo se contradice a sí mismo. Eso es útil, pero todavía necesitamos explicar por qué la verdad es real. El cristianismo proporciona esa respuesta porque Dios es verdadero, Él ha creado un mundo real y la verdad no cambia según nuestras preferencias.

Supongamos que demostramos que el materialismo tiene dificultades para explicar la dignidad humana. Nuevamente, eso es útil, pero también debemos explicar por qué los seres humanos tienen valor. El cristianismo dice que los seres humanos son creados a imagen de Dios. Nuestro valor no depende de nuestra inteligencia, capacidad, riqueza, utilidad ni de lo que la sociedad piense de nosotros.

Supongamos que alguien admite que la lógica, la moralidad o el orden del universo son difíciles de explicar desde su cosmovisión. No debemos detenernos diciendo: «Tu cosmovisión no puede explicar eso». Debemos mostrar cómo la cosmovisión cristiana sí puede hacerlo.

La razón tiene sentido porque somos criaturas racionales creadas por un Creador racional. La moralidad tiene sentido porque el bien y el mal no son simplemente invenciones humanas. Somos responsables ante un Dios santo. La dignidad humana tiene sentido porque las personas son creadas a imagen de Dios. El orden de la creación tiene sentido porque Dios creó y sostiene el mundo. La verdad tiene sentido porque la realidad no es creada por nuestras opiniones. Dios ha creado un mundo real que es lo que es, nos guste o no.

Este es el lado positivo de la apologética.

No solamente estamos exponiendo lo que está mal con otra cosmovisión. También estamos mostrando que el cristianismo proporciona un fundamento para las mismas cosas que las personas continúan utilizando: la verdad, la razón, la moralidad, la dignidad y una creación ordenada.

La meta no es simplemente derribar las creencias de otra persona y dejarla sin nada. Queremos mostrar que la cosmovisión cristiana proporciona una explicación coherente de la realidad y después llevar la conversación hacia el Dios que creó esa realidad. Y, finalmente, esa conversación tiene que conducir a Cristo.

No olvides Romanos 1

Toda esta discusión debe permanecer conectada con el diagnóstico de Pablo. El problema del incrédulo no es simplemente intelectual. Romanos 1 dice que la verdad es restringida «con injusticia». Eso significa que la apologética no puede reducirse a la suposición de que, si presentamos un argumento suficientemente inteligente, toda persona razonable se convertirá en cristiana.

- Los argumentos importan.
- La evidencia importa.
- La claridad importa.

Pero el problema más profundo es espiritual y moral. Esto debe afectar tanto nuestra confianza como nuestra humildad. Nos da confianza porque no necesitamos sentir terror cuando alguien rechaza un argumento. La verdad de Dios no se vuelve falsa porque alguien se niegue a aceptarla. Nos da humildad porque recordamos que nuestra propia fe no es el resultado de ser intelectualmente superiores a todos los demás. La gracia abrió nuestros ojos.

El incrédulo no es el enemigo

El conflicto entre cosmovisiones puede producir fácilmente la actitud equivocada. Una vez que los cristianos aprendemos a identificar contradicciones, existe la tentación de comenzar a tratar las conversaciones como competencias.

El incrédulo hace una afirmación.

- Detectamos la contradicción.

Atacamos.

- Ganamos.

Esa no es la meta bíblica.

Primera de Pedro 3:15 nos dice que santifiquemos a Cristo como Señor y estemos preparados para presentar defensa, pero Pedro añade que debe hacerse con «mansedumbre y reverencia». La persona que está frente a nosotros no es simplemente una cosmovisión que debemos derrotar. Esta persona lleva la imagen de Dios. Puede estar suprimiendo la verdad, pero aparte de la gracia nosotros haríamos lo mismo. El propósito

de exponer un fundamento falso no es humillar. Es ayudar a quitar aquello que se interpone entre la persona y la verdad.

Cómo se ve la fidelidad

Una conversación apologética exitosa quizá no termine con alguien convirtiéndose en cristiano. Algunas veces la conversación avanza solamente un paso. Una persona puede comenzar diciendo que todos los cristianos creen ciegamente y terminar reconociendo que el cristianismo realmente tiene sustancia intelectual. Alguien puede comenzar diciendo que la moralidad es subjetiva y terminar reconociendo que no puede vivir consistentemente de acuerdo con esa afirmación. Alguien puede comenzar convencido de que la ciencia ha refutado a Dios y terminar reconociendo que la ciencia misma depende de presuposiciones filosóficas que nunca ha examinado. Eso puede ser progreso.

El apóstol Pablo utiliza en otro lugar un lenguaje agrícola: una persona planta, otra riega, pero Dios da el crecimiento. No determinamos el éxito solamente por si alguien se convierte durante la conversación. Nuestra tarea es ser fieles.

- Hablamos la verdad.
- Hacemos preguntas honestas.
- Desafiamos creencias falsas.
- Presentamos la cosmovisión cristiana.
- Proclamamos a Cristo cuando se presenta la oportunidad.

Dios se encarga del corazón.

Un proceso sencillo para comenzar una conversación de cosmovisión

En esta etapa, el proceso no necesita ser complicado. Primero, escucha lo que la persona realmente dice. No respondas al argumento que esperabas escuchar. Luego aclara la afirmación. Una pregunta sencilla como «¿Qué quieres decir con eso?» puede evitar una enorme cantidad de malentendidos. Después, pregunta por la razón: «¿Cómo llegaste a esa conclusión?».

Luego comienza a mirar debajo de la afirmación. ¿Qué parece presuponer la persona acerca de Dios, el conocimiento, la verdad, la moralidad o la autonomía humana? No te sientas obligado a responder todo de una sola vez. Una pregunta reflexiva puede lograr más que diez argumentos rápidos. La meta es comprender la cosmovisión antes de intentar desmantelarla.

Considera la afirmación: «No hay evidencia de Dios»

Si alguien dice que no hay evidencia de Dios, comienza por comprender la afirmación. ¿Qué se considera evidencia? ¿Ha considerado la persona la creación misma como evidencia? ¿Qué sucede con la existencia del orden racional, la obligación moral, la conciencia humana o las afirmaciones históricas acerca de Cristo? Quizá la persona responda que ninguna de esas cosas cuenta porque solamente la evidencia científica es aceptable.

Ahora ha aparecido un compromiso de cosmovisión más profundo. ¿Por qué la evidencia científica es la única evidencia aceptable? ¿Puede demostrarse científicamente esa regla?

La conversación está cambiando. Comenzaste con:

«No hay evidencia de Dios».

Descubriste:

«Solamente las proposiciones que pueden probarse científicamente cuentan como conocimiento».

Esas no son la misma afirmación. La segunda es el fundamento que está debajo de la primera. Eso es exactamente lo que la apologética de cosmovisión intenta descubrir.

Considera la afirmación: «Todas las religiones son básicamente iguales»

Nuevamente, no des inmediatamente un discurso. Pregunta: ¿En qué sentido son iguales? La persona puede decir: «Todas enseñan a las personas a ser buenas». Ahora tienes algo específico que examinar. El cristianismo enseña que los pecadores no pueden hacerse justos delante de Dios por medio de su bondad. Cristo tuvo que morir por los pecados. Otros sistemas religiosos pueden enseñar concepciones muy diferentes acerca de Dios, la salvación, la humanidad y la eternidad.

Una segunda pregunta podría ser: ¿Pueden dos religiones enseñar cosas contradictorias acerca de Dios y ambas ser verdaderas en el mismo sentido?

El cristianismo dice que Jesús es el Hijo eterno de Dios. El islam niega que Dios tenga un Hijo. Esas afirmaciones no pueden describir ambas la realidad correctamente en el mismo sentido. Nuevamente, la pregunta ha expuesto una presuposición debajo del eslogan original.

Considera la afirmación: «Tú tienes tu verdad y yo tengo la mía»

Pregunta qué quiere decir la persona con tu verdad. Algunas veces las personas simplemente quieren decir que los individuos tienen experiencias u opiniones diferentes. Eso obviamente es cierto. Tú puedes preferir una comida y yo otra. Pero la verdad es diferente de una preferencia.

Si alguien dice que George Washington fue el primer presidente de Estados Unidos, la afirmación no se vuelve falsa porque a alguien no le guste. Si Jesús realmente resucitó de entre los muertos, entonces resucitó independientemente de que una persona lo crea o no. El cristianismo hace afirmaciones acerca de la realidad. Por lo tanto, no es suficiente decir: «Esa es tu verdad». La verdadera pregunta es: ¿Es verdad?

De la cosmovisión al evangelio

Incluso en este capítulo debemos recordar por qué estamos aprendiendo estas cosas. Supongamos que alguien finalmente admite: «Nunca me había dado cuenta de que decir que toda verdad es relativa se contradice a sí mismo». Bien. Pero darse cuenta de eso no es salvación.

La conversación finalmente debe ir más allá. La verdad no es simplemente una categoría filosófica abstracta. Existe un Dios de verdad. Él nos creó. Vivimos en Su mundo. Él se ha revelado. Nos hemos negado a honrarlo como Dios. Y el Dios cuya verdad suprimimos ha actuado en la historia para salvar a pecadores por medio de Jesucristo. Esto nos lleva directamente de regreso al capítulo 1.

La apologética sirve al evangelismo. Exponemos fundamentos falsos porque queremos que las personas vean la verdad. Y, finalmente, la verdad que queremos que escuchen es el evangelio de Jesucristo.

Verdad principal para recordar

Hay terreno común, pero no hay terreno neutral.

El incrédulo no está fuera del mundo de Dios examinando el cristianismo desde un lugar que no haya sido tocado por Dios. Ya vive en el mundo del Creador, lleva la imagen del Creador, depende del orden del Creador y recibe la revelación del Creador. Romanos 1 nos dice que el problema no es que Dios haya permanecido en silencio. El problema es que la humanidad restringe la verdad.

Eso significa que nuestra tarea apologética es más profunda que simplemente acumular hechos aislados. Debemos aprender a reconocer la cosmovisión mediante la cual se interpretan esos hechos.

En el próximo capítulo, Hechos 17 nos mostrará cómo se ve esto en la práctica. Pablo entrará en Atenas, observará una ciudad llena de ídolos, interactuará con personas que sostienen filosofías rivales, identificará sus presuposiciones religiosas, desafiará su concepto de Dios y proclamará al Creador, el juicio, el arrepentimiento y la resurrección.

Él no abandona la cosmovisión bíblica para poder alcanzarlos. Lleva la cosmovisión bíblica directamente a la conversación.

Preguntas para estudio y reflexión

1. Según Romanos 1:18–25, ¿qué hace la humanidad con la verdad que Dios ha revelado, y en qué se diferencia esto de simplemente ignorar a Dios?
2. ¿Qué enseña Romanos 1 acerca de las maneras en que Dios se ha dado a conocer a la humanidad por medio de la creación?
3. ¿Cuál es la diferencia entre terreno común y terreno neutral, y por qué es importante esa distinción en el evangelismo?
4. Proverbios 1:7 dice: «*El temor del Señor es el principio de la sabiduría*». ¿Cómo debería afectar esa afirmación la manera en que un cristiano aborda el razonamiento y la apologética?
5. ¿Qué es una cosmovisión, y cómo podrían las creencias de una persona acerca de la realidad, el conocimiento y la moralidad afectar la manera en que interpreta la evidencia a favor del cristianismo?
6. ¿Por qué reconocer que un incrédulo puede conocer muchas cosas verdaderas no contradice la enseñanza de Romanos 1 acerca de la supresión de la verdad?
7. Cuando alguien dice: «No hay evidencia de Dios», ¿por qué preguntar «¿Qué quieres decir con evidencia?» podría ser más útil que presentar inmediatamente una lista de argumentos?
8. ¿Cómo crea la afirmación «Cada persona tiene su propia verdad» un problema para sí misma cuando se la trata como una afirmación universal?
9. ¿Por qué no es suficiente que la apologética simplemente exponga contradicciones en una cosmovisión incrédula? ¿Qué explicación positiva también debe proporcionar el cristiano?
10. ¿Cómo puede recordar que la conversión le pertenece a Dios cambiar la manera en que respondemos cuando alguien rechaza nuestro argumento o se niega a creer el evangelio?

Capítulo 3 — Pablo en Atenas: Leyendo la cosmovisión detrás de las palabras

Texto principal: Hechos 17:16–34

Pablo en Atenas

¹⁶ Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía dentro de él al contemplar la ciudad llena de ídolos. ¹⁷ Así que discutía en la sinagoga con los judíos y con los gentiles temerosos de Dios, y diariamente en la plaza con los que estuvieran presentes. ¹⁸ También discutían con él algunos de los filósofos epicúreos y estoicos. Y algunos decían: «¿Qué quiere decir este palabrero?». «Parece ser un predicador de divinidades extrañas», decían otros; porque les predicaba a Jesús y la resurrección. ¹⁹ Entonces tomaron a Pablo y lo llevaron al Areópago, diciendo: «¿Podemos saber qué es esta nueva enseñanza que usted proclama? ²⁰ Porque le oímos decir cosas extrañas; por tanto, queremos saber qué significan». ²¹ Pues todos los atenienses y los extranjeros de visita allí, no pasaban el tiempo en otra cosa sino en decir o en oír algo nuevo. ²² Entonces Pablo poniéndose en pie en medio del Areópago, dijo: «Varones atenienses, percibo que ustedes son muy religiosos en todo sentido. ²³ Porque mientras pasaba y observaba los objetos de su adoración, hallé también un altar con esta inscripción: “AL DIOS DESCONOCIDO”. Pues lo que ustedes adoran sin conocer, eso les anuncio yo. ²⁴ »El Dios que hizo el mundo y todo lo que en él hay, puesto que es Señor del cielo y de la tierra, no mora en templos hechos por manos de hombres, ²⁵ ni es servido por manos humanas, como si necesitara de algo, puesto que Él da a todos vida y aliento y todas las cosas. ²⁶ »De uno solo, Dios hizo todas las naciones del mundo para que habitaran sobre toda la superficie de la tierra, habiendo determinado sus tiempos y las fronteras de los lugares donde viven, ²⁷ para que buscaran a Dios, y de alguna manera, palpando, lo hallen, aunque Él no está lejos de ninguno de nosotros. ²⁸ Porque en Él vivimos, nos movemos y existimos, así como algunos de los poetas de ustedes han dicho: “Porque también nosotros somos linaje Suyo”. ²⁹ »Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Naturaleza Divina sea semejante a oro, plata o piedra, esculpidos por el arte y el pensamiento humano. ³⁰ Por tanto, habiendo pasado por alto los tiempos de ignorancia, Dios declara ahora a todos los hombres, en todas partes, que se arrepientan. ³¹ Porque Él ha establecido un día en el cual juzgará al mundo en justicia, por medio de un Hombre a quien Él ha designado, habiendo presentado pruebas a todos los hombres cuando lo resucitó de entre los muertos». ³² Cuando oyeron de la resurrección de los muertos, algunos se burlaban, pero otros dijeron: «Le escucharemos otra vez acerca de esto». ³³ Entonces Pablo salió de entre ellos. ³⁴ Pero algunos se unieron a él y creyeron, entre los cuales estaban Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y otros con ellos.

Textos de apoyo: Romanos 1:18–25; Isaías 42:5; Génesis 1:26–27; Hechos 14:15–17; 1 Corintios 1:18–25

Verdad principal: El evangelismo eficaz requiere más que escuchar las palabras de una persona. Debemos aprender a reconocer la cosmovisión que está detrás de esas palabras. Pablo escuchó, observó, comprendió las creencias de los atenienses, desafió sus falsas presuposiciones y luego proclamó al Dios verdadero, el arrepentimiento, el juicio y la resurrección de Jesucristo.

Comencemos con el texto

Hechos 17 nos ofrece uno de los ejemplos bíblicos más claros de evangelismo de cosmovisión. Pablo llega a Atenas y se encuentra rodeado de devoción religiosa, filosofías rivales, ídolos, curiosidad intelectual y personas que tienen ideas muy diferentes acerca de Dios y de la realidad.

Él no responde fingiendo que estas diferencias son insignificantes. Tampoco comienza simplemente a recitar una presentación memorizada del evangelio sin tomar en cuenta lo que los atenienses ya creen. Observa la ciudad, escucha a su gente, comprende algo acerca de sus creencias y luego habla directamente a la cosmovisión que está detrás de esas creencias.

Hechos 17:16 describe la reacción inicial de Pablo:

«Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía dentro de él al contemplar la ciudad llena de ídolos».

Pablo no ve Atenas simplemente como una experiencia cultural interesante. La idolatría lo perturba porque comprende lo que significa la idolatría. Estas personas son religiosas, pero están adorando de manera equivocada.

El versículo 17 dice:

«Así que discutía en la sinagoga con los judíos y con los gentiles temerosos de Dios, y diariamente en la plaza con los que estuvieran presentes».

Pablo no se retira de la cultura. Entra en conversación con ella.

Hechos 17:18 nos dice que algunos filósofos epicúreos y estoicos comienzan a conversar con él. Escuchan a Pablo predicar a Jesús y la resurrección, pero interpretan sus palabras mediante categorías que ya poseen. Algunos lo llaman «palabrero», mientras que otros piensan que es «un predicador de divinidades extrañas». Ya podemos ver el problema de la

cosmovisión. Pablo está hablando. Ellos están escuchando. Pero interpretan lo que Pablo dice de acuerdo con lo que ya creen. Eso es exactamente lo que sucede hoy en el evangelismo.

Las personas no nos escuchan desde una mente en blanco

Uno de los errores más fáciles de cometer en el evangelismo es suponer que las palabras significan lo mismo para todos. Considera la palabra Dios. Un cristiano puede escuchar esa palabra y pensar en el Creador eterno y autoexistente revelado en las Escrituras. Un mormón puede usar la palabra Dios mientras sostiene una comprensión muy diferente de la naturaleza de Dios. Un musulmán puede hablar de Dios mientras rechaza explícitamente la Trinidad y la filiación divina de Cristo. Una persona espiritual puede usar Dios para referirse a una fuerza universal. Un ateo puede escuchar Dios e imaginar un ser invisible parecido a un ser humano que se encuentra en algún lugar dentro del universo.

La misma palabra puede tener significados muy diferentes. Por eso es importante aprender la cosmovisión de una persona. Cuando Pablo habla en Atenas, no se está comunicando con personas que carecen de creencias. Ya poseen ideas acerca de los dioses, la naturaleza, la humanidad, el conocimiento, la muerte, la moralidad y el significado de la vida. El evangelio entra en una mente que ya está ocupada.

Pablo observa antes de hablar

Hechos 17:16 dice que Pablo estaba «contemplando la ciudad llena de ídolos». Ese detalle importa. Pablo presta atención. No solamente sabe lo que quiere decir. Se fija en las personas a quienes se lo va a decir. Más adelante, cuando se dirige a los atenienses, hace referencia a lo que ha observado:

«Varones atenienses, percibo que ustedes son muy religiosos en todo sentido». — Hechos 17:22

Luego menciona un altar que llevaba la inscripción:

«AL DIOS DESCONOCIDO». — Hechos 17:23

Pablo ha estado observando. Ha estado escuchando. Comprende algo acerca del ambiente religioso antes de comenzar a desafiarlo directamente. Esta es una lección importante para el evangelismo. Debemos aprender a prestar atención antes de dar una respuesta. Una etiqueta rara vez nos dice todo lo que necesitamos saber. Alguien puede llamarse ateo y aun así creer en la moralidad objetiva, la dignidad humana y leyes racionales universales.

Alguien puede llamarse católico y tener muy poca comprensión de la doctrina oficial católica romana. Alguien puede describirse como espiritual sin tener una idea clara de lo que quiere decir con espiritualidad. Alguien puede decir: «Soy cristiano», mientras cree que la salvación viene por ser una buena persona. Antes de decidir qué necesita escuchar alguien, debemos comprender lo que realmente cree.

La sinceridad no es lo mismo que la verdad

Atenas era intensamente religiosa. Pablo lo reconoce. Pero no concluye que, por lo tanto, los atenienses debían estar espiritualmente seguros.

- Son sinceros.
- Están adorando.
- Tienen templos.
- Tienen altares.
- Hablan de ideas religiosas.

Sin embargo, el espíritu de Pablo se enardece porque su adoración está dirigida hacia dioses falsos. Esa distinción es esencial en una cultura que frecuentemente trata la sinceridad como si garantizara la verdad. A menudo escuchamos: «No importa lo que creas, siempre y cuando seas sincero». Pero la sinceridad no puede convertir la falsedad en verdad.

- Una persona puede creer sinceramente que una medicina la curará y aun así estar equivocada.
- Una persona puede seguir sinceramente instrucciones equivocadas y aun así llegar al lugar equivocado.
- Una persona puede adorar sinceramente a un dios falso y aun así estar adorando falsamente.

La cuestión no es simplemente: ¿Crees con mucha fuerza?

La cuestión es: ¿Es verdad lo que crees?

Pablo respeta lo suficiente a los atenienses como para tomar en serio sus creencias en lugar de fingir que todas las religiones dicen lo mismo.

Pablo razona con las personas

Hechos 17:17 dice que Pablo «discutía» con las personas. La fe cristiana no se opone a la razón. Pablo no les dice a los atenienses que dejen de pensar y que simplemente tengan fe.

- Interactúa con sus ideas.
- Explica.
- Desafía.
- Proclama.

Esto es importante porque algunas veces los cristianos presentan una elección innecesaria entre la fe y la razón. La fe bíblica no es una creencia ciega en ausencia de verdad. La fe cristiana descansa en el Dios que ha hablado y en lo que Él ha hecho en la historia.

La pregunta no es si razonamos. La pregunta es si nuestro razonamiento comienza con Dios o intenta operar independientemente de Él. Pablo razona como cristiano. No se vuelve neutral para poder hablar con incrédulos.

Los epicúreos y los estoicos no partían del mismo lugar

Lucas menciona específicamente a filósofos epicúreos y estoicos en Hechos 17:18. Estos grupos representaban diferentes maneras de comprender la realidad.

Los epicúreos generalmente consideraban a los dioses, si existían, como distantes y no involucrados en los asuntos humanos. Buscaban tranquilidad e intentaban evitar temores innecesarios, incluido el temor al juicio divino y a la muerte.

Los estoicos enfatizaban un orden racional que permeaba el universo y valoraban vivir de acuerdo con la naturaleza y la razón. Su comprensión de Dios, la humanidad y la realidad no era la distinción bíblica entre Creador y criatura que Pablo proclamaba.

Por lo tanto, Pablo se encuentra con algo más que individuos. Se encuentra con cosmovisiones. Esto importa porque dos personas pueden hacer la misma pregunta mientras llegan a ella desde presuposiciones completamente diferentes. Una persona puede rechazar la resurrección porque cree que la materia es todo lo que existe. Otra puede rechazar la resurrección porque cree que la existencia física es inferior a la existencia espiritual.

La objeción suena similar: «La resurrección no tiene sentido». Pero la cosmovisión que está detrás de ella es diferente. La buena apologética intenta comprender la raíz antes de cortar las ramas.

Las personas interpretan la nueva información mediante sus creencias existentes

Hechos 17:18 dice que, debido a que Pablo estaba predicando a Jesús y la resurrección, algunos atenienses pensaban:

«Parece ser un predicador de divinidades extrañas».

Pablo dijo una cosa. Ellos escucharon otra. ¿Por qué? Porque interpretaron su mensaje mediante categorías que ya estaban presentes en su cosmovisión.

Lo mismo sucede cuando los cristianos dicen:

«Jesús es el Hijo de Dios».

Un mormón puede escuchar una cosa. Un musulmán, otra. Un cristiano bíblico quiere decir algo diferente de ambos.

O considera la afirmación:

«Somos salvos por la fe».

Alguien puede interpretar fe como asentimiento intelectual. Otra persona puede interpretarla como sinceridad religiosa. Otra puede imaginar que la fe es una obra especial realizada para ganar la salvación.

Simplemente usar vocabulario cristiano no garantiza una comunicación cristiana. Algunas veces debemos detenernos y preguntar: ¿Qué escuchó la otra persona cuando dije eso?

Pablo encuentra un punto de contacto

Hechos 17:23 registra a Pablo diciendo:

«Pues lo que ustedes adoran sin conocer, eso les anuncio yo».

Pablo utiliza su altar a un dios desconocido como punto de contacto. Pero observa lo que no hace. No dice:

«Ustedes ya conocen al Dios verdadero, así que simplemente voy a darle otro nombre».

Dice que su adoración implica ignorancia. El altar le da a Pablo un lugar desde donde comenzar la conversación, pero eso no significa que acepte su teología. Esta distinción es sumamente importante. Podemos comenzar con algo que otra persona ya reconoce sin estar de acuerdo con la cosmovisión que utiliza para explicarlo.

Supongamos que un ateo dice: «Todo ser humano tiene igual dignidad».

El cristiano puede decir: «Estoy de acuerdo».

Ese es terreno común. Pero entonces podemos preguntar:

«¿Qué hace que todo ser humano tenga un valor objetivo?»

Ahora surge la pregunta de cosmovisión. Estar de acuerdo con una conclusión no significa estar de acuerdo con el fundamento que la sostiene.

El Dios que Pablo proclama es el Creador

Pablo comienza inmediatamente a corregir la cosmovisión ateniense. Hechos 17:24 dice:

«El Dios que hizo el mundo y todo lo que en él hay, puesto que es Señor del cielo y de la tierra...»

Pablo comienza con la creación. Eso no es accidental. Los atenienses deben comprender que Dios no es un ser más dentro del universo. Él es quien hizo el universo.

Esto establece lo que los teólogos suelen llamar la distinción Creador-criatura. Está Dios. Y está todo lo que Dios creó.

Dios no pertenece a la misma categoría que Su creación. No es una versión más grande de nosotros. No es parte de la naturaleza. No depende del universo. El universo depende de Él.

Isaías 42:5 describe a Dios como Aquel:

*«Que crea los cielos y los extiende,
Que afirma la tierra y lo que de ella brota,
Que da aliento al pueblo que hay en ella,
Y espíritu a los que por ella andan».*

Este es el Dios que Pablo lleva a Atenas. No un dios entre muchos. El Creador de todo.

Dios no nos necesita

Pablo continúa en Hechos 17:25:

«ni es servido por manos humanas, como si necesitara de algo...»

Esto ataca otra presuposición falsa. Los templos paganos frecuentemente implicaban que las personas llevaran ofrendas y realizaran rituales para los dioses. Pablo dice que el Dios verdadero no tiene necesidades. Dios no depende de nosotros. Nosotros dependemos de Él.

Pablo continúa:

«puesto que Él da a todos vida y aliento y todas las cosas». — Hechos 17:25

Eso invierte la relación. Nosotros no sostenemos a Dios. Dios nos sostiene a nosotros. Esta es una de las verdades más profundas de la cosmovisión bíblica. Cada respiración que el incrédulo utiliza para negar a Dios es una respiración que Dios le da. Cada mente utilizada para razonar contra Dios es una mente creada y sostenida por Dios. Cada universo examinado en un intento por explicar la realidad sin Dios es el universo que Dios hizo. La criatura nunca se vuelve independiente del Creador.

La humanidad procede de Dios

Hechos 17:26 dice:

«De uno solo, Dios hizo todas las naciones del mundo para que habitaran sobre toda la superficie de la tierra...»

La humanidad no se creó a sí misma. Pertenecemos a una familia humana común porque compartimos un Creador. Génesis 1:27 proporciona el fundamento más profundo:

«Dios creó al hombre a imagen Suya...»

Por lo tanto, la dignidad humana no depende de la inteligencia, la raza, la riqueza, la utilidad social, la fuerza física, la edad ni el poder. Los seres humanos poseen dignidad porque llevan la imagen de Dios. Esto se vuelve sumamente importante en conversaciones apologéticas acerca de los derechos humanos y la igualdad.

El cristiano no dice simplemente: «Creo que todos deben ser tratados por igual». El cristiano tiene una cosmovisión que explica por qué toda vida humana posee valor.

Dios gobierna la historia

Hechos 17:26 también dice que Dios había determinado:

«sus tiempos y las fronteras de los lugares donde viven».

La cosmovisión de Pablo incluye la soberanía divina sobre la historia. Las naciones no existen fuera de la providencia de Dios. La historia humana no es una colección de acontecimientos aleatorios que avanzan sin significado. El Creador continúa siendo Señor sobre Su creación. Esto vuelve a desafiar cualquier cosmovisión que imagine a Dios como distante o irrelevante. El Dios que Pablo proclama no es simplemente la explicación de cómo comenzó el universo. Él es actualmente Señor sobre la historia.

La humanidad depende completamente de Dios

Pablo dice en Hechos 17:28:

«Porque en Él vivimos, nos movemos y existimos...»

Esa frase captura la dependencia humana. No poseemos una existencia autónoma. Cada momento de nuestra vida depende de Dios.

Luego Pablo cita a algunos de sus propios poetas:

«Porque también nosotros somos linaje Suyo».

Pablo está dispuesto a utilizar algo familiar para su audiencia. Pero eso no significa que acepte la cosmovisión del poeta pagano. Toma una afirmación que ellos reconocen y la coloca dentro de la cosmovisión bíblica. Esto nos da un principio apologético importante. Podemos utilizar la verdad dondequiera que los incrédulos la reconozcan. Si un ateo reconoce la moralidad objetiva, podemos utilizar eso. Si una persona secular reconoce la dignidad humana universal, podemos utilizar eso. Si un materialista valora la consistencia racional, podemos utilizar eso. No estamos afirmando que su cosmovisión explique correctamente esas cosas. Estamos mostrando que las verdades que reconocen tienen mucho más sentido dentro del mundo de Dios.

Pablo desafía su concepto de Dios

Después de establecer que la humanidad es linaje de Dios en el sentido de ser Su creación, Pablo llega a una conclusión.

Hechos 17:29 dice:

«no debemos pensar que la Naturaleza Divina sea semejante a oro, plata o piedra...»

Piensa en el razonamiento de Pablo. Si los seres humanos son criaturas de Dios, ¿cómo pueden los seres humanos fabricar a Dios? ¿Cómo puede algo creado por manos humanas

representar adecuadamente al que creó esas manos? La cosmovisión ateniense comienza a derrumbarse bajo sus propias presuposiciones. Su propia existencia debería decirles que Dios no puede reducirse a un ídolo. Este es un ejemplo del tipo de crítica interna que presentamos en el capítulo anterior.

Pablo no está diciendo solamente: «Sus ídolos están equivocados porque yo lo digo». Está mostrando por qué su concepto de Dios es inconsistente con la realidad que ellos mismos habitan.

La crítica interna pregunta qué se sigue de una creencia

Este tipo de razonamiento puede aplicarse en muchas conversaciones modernas.

Supongamos que alguien dice: «Los seres humanos no son nada más que materia producida por procesos no dirigidos». Luego dice: «Todo ser humano posee una dignidad igual e inherente». El cristiano puede preguntar: ¿Qué hay en la materia que produce un valor moral inherente?

O alguien dice: «No existe la verdad objetiva». Luego insiste: «El cristianismo es objetivamente falso». Pregunta: Si no existe la verdad objetiva, ¿en qué sentido es el cristianismo objetivamente falso?

O supongamos que alguien dice: «Todo lo que pensamos está completamente determinado por causas físicas». Después dice: «Debes aceptar mi cosmovisión porque es racional». Pregunta: Si toda creencia es simplemente el producto inevitable de causas físicas, ¿qué hace que una creencia esté racionalmente justificada y otra sea irracional?

No estamos jugando con las palabras. Estamos preguntando si una cosmovisión puede vivir consistentemente con sus propias afirmaciones.

Pablo no se detiene en la crítica

Aquí es donde la apologética cristiana debe permanecer cristiana. Pablo no se limita a exponer la inconsistencia ateniense y luego se felicita a sí mismo.

Hechos 17:30 dice:

«Por tanto, habiendo pasado por alto los tiempos de ignorancia, Dios declara ahora a todos los hombres, en todas partes, que se arrepientan».

Ahí está el giro evangelístico. Pablo pasa de la cosmovisión a la responsabilidad delante de Dios. Los atenienses no poseen simplemente ideas incorrectas. Son responsables ante Dios. La adoración falsa no es simplemente un error intelectual. Es pecado. Por lo tanto, Dios ordena el arrepentimiento. Aquí es donde finalmente debe conducir la apologética. La meta no es simplemente: «Tu cosmovisión tiene una contradicción». El mensaje más profundo es: «Eres una criatura responsable delante del Dios cuya verdad has rechazado». Y entonces el evangelio se vuelve necesario.

El cristianismo no invita a Jesús a entrar en una cosmovisión que permanece sin cambios

Observa la naturaleza del llamado de Pablo. No les dice a los atenienses: «Conserve su comprensión de la realidad y simplemente añadan a Jesús».

- Corrige su concepto de Dios.
- Corrige su comprensión de la adoración.
- Corrige su comprensión de la humanidad.
- Corrige su comprensión de la historia.
- Corrige su comprensión del juicio.
- Luego llama al arrepentimiento.

La conversión no consiste simplemente en añadir a Jesús a la cosmovisión que ya poseemos. El evangelio confronta a toda la persona. Cristo es Señor. Nuestro pensamiento debe cambiar junto con nuestra lealtad.

El juicio le da urgencia a la conversación

Hechos 17:31 explica por qué es necesario el arrepentimiento:

«Porque Él ha establecido un día en el cual juzgará al mundo en justicia...»

Dios no es solamente Creador. Él es el Juez. La historia se dirige hacia algún lugar. Habrá un juicio final. Esto le da urgencia al evangelismo. Si el cristianismo fuera simplemente una filosofía posible para alcanzar una vida significativa, rechazarlo sería lamentable, pero no definitivo.

Pero si el Creador ha establecido un día de juicio, entonces el asunto es mucho más serio. Todos responderán delante de Dios. Esto también se conecta directamente con el evangelio. Aquel por medio de quien Dios juzga es el mismo a quien Dios resucitó de entre los muertos.

Pablo dice que Dios presentó pruebas:

«cuando lo resucitó de entre los muertos».

Por lo tanto, la resurrección significa más que simplemente que el cristianismo es verdadero. Anuncia que Jesucristo es el Señor resucitado delante de quien la humanidad debe rendir cuentas.

La resurrección lleva la conversación a Cristo

El mensaje de Pablo en Atenas avanza mediante una progresión clara. Dios es Creador. La humanidad depende de Él. La idolatría lo representa falsamente. Dios ordena el arrepentimiento. Viene el juicio. Cristo ha resucitado.

Observa que Pablo no permanece en la filosofía abstracta. La conversación llega a la historia. Llega al juicio. Llega a la resurrección. Llega a Cristo.

Esto debe sonar familiar después del capítulo 1. La apologética sirve al evangelismo. Pablo desafía la cosmovisión porque quiere que los atenienses comprendan correctamente la realidad delante de Dios. Pero el destino no es simplemente una filosofía corregida. El destino es el arrepentimiento delante del Cristo resucitado.

La evidencia se utiliza dentro de la cosmovisión cristiana

La referencia de Pablo a la resurrección también nos ayuda a evitar otro malentendido. Un enfoque presuposicional no requiere que digamos: «La evidencia no importa».

Pablo apela a la resurrección. Primera de Corintios 15 apela a testigos. El cristianismo hace afirmaciones acerca de acontecimientos que ocurrieron públicamente en la historia. Lo que rechazamos es la idea de que la evidencia debe interpretarse desde una posición que finja que Dios es irrelevante.

La resurrección es evidencia. Pero su significado pertenece dentro de la cosmovisión cristiana. El Creador entró en la historia. Cristo murió. Cristo resucitó. Dios lo ha designado como Juez. Los hechos y su interpretación van juntos.

No todos responden de la misma manera

Hechos 17:32–34 describe tres respuestas diferentes.

- Algunos se burlaron.

- Otros dijeron: *«Le escucharemos otra vez acerca de esto»*.
- Y algunos creyeron.

Ese es un final importante. El mismo sermón produjo diferentes respuestas. Pablo no las controló. Algunos ridiculizaron la resurrección. Algunos sintieron curiosidad. Algunos creyeron.

Nuestras conversaciones evangelísticas serán similares. Una persona puede rechazar todo lo que decimos. Otra puede comenzar a pensar. Otra puede pedir continuar la conversación. Otra puede creer. La fidelidad no puede medirse solamente por la respuesta inmediata. Pablo proclamó la verdad. La respuesta pertenecía a los oyentes bajo la obra soberana de Dios.

Aprendiendo el patrón de Atenas

Hechos 17 nos proporciona un patrón útil para el evangelismo de cosmovisión. Pablo primero observa. Presta atención a las personas y a sus creencias. Luego interactúa. Razona con ellas en lugar de mantenerse distante. Identifica un punto de contacto. Se refiere a algo que ellas ya reconocen. Corrige su cosmovisión. Su comprensión de Dios, la humanidad, la adoración y la realidad está equivocada. Presenta la cosmovisión bíblica. Dios es Creador, Señor, Sustentador y Juez. Llama al arrepentimiento. Proclama la resurrección. Y luego deja la respuesta en manos de Dios.

Esta no es una fórmula que toda conversación deba seguir exactamente en el mismo orden. Es un ejemplo bíblico de lo que sucede cuando el evangelismo toma en serio la cosmovisión.

Leyendo la cosmovisión detrás de las afirmaciones modernas

Imagina que alguien dice: «Soy espiritual, pero no soy religioso». No supongas que sabes lo que significa.

- Pregunta: ¿Qué quieres decir con espiritual?

Luego: ¿Cómo crees que es Dios?

Después: ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

Puedes descubrir que la persona cree que Dios es una energía impersonal. Ahora la cosmovisión se vuelve visible. La cuestión no es simplemente si la espiritualidad es buena.

La cuestión es: ¿Quién es Dios? El cristianismo responde con el Creador que Pablo proclamó en Atenas.

El materialista

Supongamos que alguien dice: «Solo somos animales altamente evolucionados». Nuevamente, haz preguntas.

- ¿Quiere decir la persona que los seres humanos son completamente materiales?
- ¿Cree, sin embargo, que los seres humanos poseen dignidad objetiva?
- ¿Cree que la razón humana puede descubrir la verdad?
- ¿Cree que las personas son moralmente responsables?

Esas respuestas comienzan a revelar la cosmovisión. Luego pregunta si esa cosmovisión puede dar razón de las cosas que la persona continúa afirmando. El cristianismo ofrece una explicación diferente. Los seres humanos son criaturas. Dependen de Dios. Llevan Su imagen. Poseen dignidad. Son capaces de conocer porque Dios creó mentes dentro de un mundo que puede conocerse. Y son moralmente responsables ante su Creador.

El pluralista religioso

Supongamos que alguien dice: «Todas las religiones son diferentes maneras de llegar a Dios». El enfoque de Pablo en Atenas no permite esa conclusión. Atenas estaba llena de religión. Pablo no dijo: «Sus muchas expresiones de espiritualidad son diferentes caminos hacia la misma realidad». Les dijo que ignoraban al Dios que afirmaban adorar. Los corrigió. La religión misma no salva. La sinceridad misma no salva. Solamente el Dios verdadero puede salvar, y Él ha actuado por medio de Jesucristo.

Por lo tanto, una pregunta útil podría ser: Si dos religiones se contradicen acerca de quién es Dios, ¿pueden ambas ser verdaderas en el mismo sentido? Luego deja que la persona piense.

La persona que cree que la humanidad es básicamente buena

Supongamos que alguien dice: «Creo que las personas son básicamente buenas».

- Pregunta: ¿Qué quieres decir con buenas?

Luego: ¿Qué norma determina la bondad?

Después quizá: ¿Por qué los seres humanos violan constantemente incluso las normas morales que afirman creer?

La conversación puede avanzar finalmente de la cosmovisión a la conciencia. Eso se volverá cada vez más importante más adelante en el libro. Nuevamente, el propósito no es hacer preguntas para siempre. Estamos intentando ayudar a la persona a reconocer el mundo como Dios lo describe.

De la cosmovisión a Cristo

Uno de los peligros de la apologética de cosmovisión es interesarnos tanto en la filosofía que la conversación nunca llegue al evangelio. Imagina hablar durante una hora acerca de la moralidad objetiva y demostrar exitosamente que la cosmovisión de alguien no puede dar razón de la obligación moral. Excelente. Pero esa persona todavía necesita a Cristo.

Finalmente, la conversación necesita pasar de: «¿Qué explica la moralidad objetiva?» a: «Si realmente existe un Creador moral, ¿cómo hemos vivido tú y yo delante de Él?».

Ahora la moralidad se vuelve personal. Si Dios define el bien y el mal, entonces Su norma moral no condena solamente a asesinos, dictadores y personas que no nos agradan. Nos juzga a nosotros. Eso abre la puerta al pecado. Y el pecado nos lleva de regreso a la cruz. El Dios que nos creó es el Dios contra quien hemos pecado. El Juez delante de quien compareceremos es el Dios que ha provisto salvación por medio de Su Hijo. Cristo murió por los pecados. Cristo resucitó. Dios ordena el arrepentimiento. Hacia allí debe dirigirse la apologética de cosmovisión.

La meta es comprender, no presumir

Pablo conocía suficientemente bien las filosofías de su audiencia como para interactuar con ellas, pero la meta nunca fue impresionar a Atenas con su sofisticación intelectual.

Lo mismo debe ser cierto para nosotros. Aprender apologética puede producir orgullo. Aprendemos argumentos. Reconocemos contradicciones. Comenzamos a notar malos razonamientos en todas partes. Entonces puede suceder algo peligroso: las personas se convierten en blancos en lugar de personas. La meta cambia de ayudar a alguien a ver la verdad a demostrar que somos más inteligentes. Eso no es apologética cristiana.

La persona que está delante de nosotros lleva la imagen de Dios. La razón por la que desafiamos su cosmovisión no es porque disfrutamos verla derrumbarse. Queremos que conozca al Dios a quien ha entendido mal. Queremos que escuche acerca de Cristo.

Cómo puede verse una conversación exitosa

No toda conversación tiene que terminar con una presentación completa del evangelio. Algunas veces una persona no está preparada para escuchar durante mucho tiempo. Algunas veces una sola pregunta es suficiente. Quizá alguien comience diciendo: «Los cristianos simplemente creen todo lo que dice la Biblia sin pensar». Después de una conversación breve, se va reconociendo que los cristianos realmente tienen razones reflexivas para lo que creen. Eso puede ser progreso.

Otra persona comienza diciendo: «Todas las religiones son básicamente iguales». Después de una conversación, se va reconociendo por primera vez que las religiones hacen afirmaciones contradictorias. Eso puede ser progreso.

Otra persona comienza diciendo: «No existe una moralidad objetiva». Se va reconociendo que no puede condenar consistentemente la injusticia mientras sostiene que toda moralidad es puramente subjetiva. Eso puede ser progreso.

- Nosotros plantamos.
- Nosotros regamos.
- Dios da el crecimiento.

La meta es avanzar fielmente hacia la verdad y, finalmente, hacia Cristo.

Verdad principal para recordar

Pablo no entró en Atenas tratando a los atenienses como personas religiosamente neutrales. Observó su adoración, comprendió algo acerca de sus filosofías, reconoció dónde sus creencias eran falsas y desafió su cosmovisión desde la perspectiva de la cosmovisión bíblica.

Los encontró donde estaban sin abandonar el lugar donde permanecían las Escrituras. Esa distinción importa.

- Debemos comprender la cosmovisión de la persona sin abandonar la nuestra.
- Debemos escuchar sin fingir que todas las creencias son igualmente verdaderas.
- Debemos encontrar puntos de contacto sin aceptar fundamentos falsos.
- Debemos exponer contradicciones sin humillar a las personas.
- Debemos presentar positivamente la cosmovisión cristiana en lugar de limitarnos a destruir las alternativas.

Y, finalmente, debemos avanzar hacia el Creador, el arrepentimiento, el juicio, la resurrección y Jesucristo.

Preguntas para estudio y reflexión

1. Según Hechos 17:16–18, ¿qué observó Pablo en Atenas y cómo lo afectó lo que vio antes de comenzar a dirigirse a las creencias de la ciudad?
2. ¿Por qué es importante comprender lo que otra persona quiere decir con palabras como Dios, fe, verdad o espiritual antes de intentar responderle?
3. En Hechos 17:22–23, ¿cómo utiliza Pablo el altar «AL DIOS DESCONOCIDO» como punto de contacto sin aceptar como verdadera la cosmovisión religiosa de los atenienses?
4. Según Hechos 17:24–25, ¿qué verdades acerca de Dios desafían directamente la comprensión pagana de los dioses?
5. ¿Qué enseña Hechos 17:26–28 acerca de la dependencia de la humanidad de Dios, y cómo desafía esto la idea de que las personas pueden existir o razonar autónomamente de su Creador?
6. ¿Cómo proporciona Génesis 1:27 un fundamento para la dignidad humana que difiere de una cosmovisión en la cual los seres humanos son solamente productos accidentales de procesos materiales?
7. En Hechos 17:29, ¿cómo expone Pablo una inconsistencia en la visión que los atenienses tienen de Dios, y cómo ilustra esto el uso de la crítica interna?
8. ¿Por qué pasa Pablo de hablar de Dios como Creador a ordenar el arrepentimiento y advertir acerca del juicio en Hechos 17:30–31?
9. ¿Qué nos enseñan las diferentes respuestas en Hechos 17:32–34 acerca de cómo medir el éxito en el evangelismo y la apologética?
10. Piensa en una afirmación que hayas escuchado, como «Soy espiritual, pero no religioso», «Todas las religiones conducen a Dios» o «Solo somos animales evolucionados». ¿Qué preguntas podrías hacer para descubrir la cosmovisión que está detrás de esa afirmación antes de dar una respuesta?

Capítulo 4 — Respondiendo preguntas mediante mejores preguntas

Texto principal: Marcos 10:17–27

El joven rico

¹⁷ Cuando Jesús salía para irse, vino un hombre corriendo, y arrodillándose delante de Él, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?». ¹⁸ Jesús le respondió: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo uno, Dios. ¹⁹ Tú sabes los mandamientos: “No mates, no cometas adulterio, no hurtes, no des falso testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a tu madre”. ²⁰ «Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud», dijo el hombre. ²¹ Jesús, mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: ve y vende cuanto tienes y da a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; entonces vienes y me sigues». ²² Pero él, afligido por estas palabras, se fue triste, porque era dueño de muchos bienes. ²³ Jesús, mirando en derredor, dijo a Sus discípulos: «¿Qué difícil será para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!». ²⁴ Los discípulos se asombraron de Sus palabras. Pero Jesús respondiendo de nuevo, les dijo: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! ²⁵ Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el reino de Dios». ²⁶ Ellos se asombraron aún más, diciendo entre sí: «¿Y quién podrá salvarse?». ²⁷ Mirándolos Jesús, dijo: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todas las cosas son posibles para Dios».

Textos de apoyo: Mateo 19:16–26; Lucas 18:18–27; Proverbios 18:13; Proverbios 20:5; Santiago 1:19; 1 Pedro 3:15

Verdad principal: Una buena pregunta puede exponer presuposiciones que una respuesta directa quizá nunca alcance. El evangelismo bíblico requiere que escuchemos cuidadosamente, comprendamos lo que una persona quiere decir, descubramos qué hay detrás de sus creencias y luego utilicemos esas preguntas para llevar la conversación hacia la verdad de Dios y, finalmente, hacia Jesucristo.

Comencemos con el texto

Marcos 10:17–27 comienza con lo que parece ser la oportunidad evangelística ideal. Un hombre corre hacia Jesús, se arrodilla delante de Él y le pregunta acerca de la vida eterna. Si alguien se acercara hoy a nosotros y preguntara cómo heredar la vida eterna, la mayoría de los cristianos comenzaríamos inmediatamente a presentar el evangelio. Podríamos ir al

Camino de Romanos, explicar el pecado y la gracia o comenzar a describir la muerte y la resurrección de Cristo.

Jesús hace algo diferente. Antes de responder directamente la pregunta del hombre, hace una pregunta propia. El hombre lo ha llamado «Maestro bueno», así que Jesús se concentra en la palabra bueno. Le pregunta por qué lo llama bueno y le recuerda que la bondad pertenece finalmente a Dios.

Jesús no está negando Su propia bondad ni está negando Su deidad. Está obligando al hombre a pensar cuidadosamente acerca de la palabra que ha utilizado y de las presuposiciones que hay detrás de ella. El hombre quiere saber qué cosa buena debe hacer para recibir la vida eterna. Jesús primero lo hace confrontar una pregunta mucho más profunda acerca de qué es realmente la bondad.

Ahí comienza este capítulo. Una persona puede hacernos una pregunta mientras lleva varias otras creencias debajo de ella. Si nos apresuramos inmediatamente a responder la pregunta superficial, quizá nunca descubramos el problema más profundo.

La primera pregunta no siempre es la verdadera pregunta

Las personas rara vez entran en conversaciones espirituales como una página en blanco. Traen consigo historia, presuposiciones, experiencias, emociones y creencias.

Alguien pregunta: «¿Por qué permitiría un Dios amoroso el sufrimiento?». Esa puede ser principalmente una pregunta intelectual acerca del problema del mal. Pero quizá la persona perdió recientemente a un hijo. Ahora la pregunta no es simplemente filosófica.

Alguien pregunta: «¿Por qué debería creer en la Biblia?». Esa puede ser una pregunta histórica acerca de manuscritos y transmisión. Pero quizá lo que la persona realmente quiere decir es: «No creo que nadie tenga derecho a decirme cómo debo vivir».

Alguien dice: «Los cristianos son hipócritas». Quizá el problema realmente sea la hipocresía. O quizá la hipocresía se esté utilizando como razón para descartar el cristianismo sin considerar si Cristo mismo es verdadero.

El buen evangelismo aprende no solamente a oír las palabras, sino a escuchar lo que hay detrás de ellas. Proverbios 18:13 advierte:

«El que responde antes de escuchar, cosecha necedad y vergüenza».

Ese principio es especialmente importante en la apologética. Podemos dar una respuesta completamente correcta a una pregunta que la persona en realidad no estaba haciendo.

Jesús hace que el hombre examine su definición de bondad

El joven rico se acerca a Jesús con una pregunta fundamentalmente orientada hacia las obras. Quiere saber qué debe hacer. Su pregunta ya presupone que la vida eterna quizá pueda obtenerse mediante algún logro que él pueda realizar.

Entonces llama bueno a Jesús. Jesús presiona esa palabra.

- ¿Qué es la bondad?
- ¿Quién la define?
- ¿Qué norma se está utilizando?

Estas son preguntas de cosmovisión. El hombre no está preguntando simplemente acerca de una acción religiosa. Su pregunta revela una comprensión más amplia de sí mismo, de Dios, de la moralidad y de la salvación. Parece creer que la bondad es algo que él puede alcanzar exitosamente. Jesús va a exponer la debilidad de esa presuposición.

Esto nos proporciona una de las preguntas más útiles en el evangelismo: **¿Qué quieres decir con eso?**

Alguien dice: «Soy una buena persona». En lugar de responder inmediatamente, pregunta: **¿Qué quieres decir con bueno?**

Alguien dice: «El cristianismo es intolerante». Pregunta: **¿Qué quieres decir con intolerante?**

Alguien dice: «Solo creo en la ciencia». Pregunta: **¿Qué quieres decir con ciencia?**

Alguien dice: «Soy espiritual». Pregunta: **¿Qué quieres decir con espiritual?**

La pregunta es sencilla, pero hace algo importante. Obliga a la otra persona a definir sus términos antes de que nosotros respondamos a ellos.

Las palabras suelen llevar presuposiciones ocultas

Muchos argumentos dependen de palabras que nunca se definen. Considera la afirmación: «Dios es injusto». La palabra injusto lleva consigo todo un juicio moral. ¿Qué norma de justicia se está utilizando? ¿De dónde provino esa norma? ¿Cree la persona que la justicia es objetivamente real? ¿Esa norma también se aplica a la persona que hace la acusación?

O considera: «Un Dios amoroso jamás juzgaría a las personas». ¿Qué significa amoroso? ¿Por qué se está tratando el amor y el juicio como opuestos? ¿Puede un juez amoroso

castigar el mal? ¿Sería realmente amoroso que Dios nunca juzgara la crueldad, la opresión, el asesinato o el abuso?

Estas preguntas no resuelven inmediatamente todo el asunto. Revelan qué presuposiciones lo están impulsando. Precisamente por eso las preguntas son tan útiles. Hacen visibles las presuposiciones invisibles.

Preguntando por la razón detrás de la creencia

Una vez que comprendemos qué quiere decir alguien, una segunda pregunta se vuelve sumamente útil: **¿Cómo llegaste a esa conclusión?** Esta pregunta pasa de la definición a la justificación.

Alguien dice: «La religión fue inventada para controlar a las personas». Pregunta: ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

Alguien dice: «La Biblia ha sido cambiada». Pregunta: ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

Alguien dice: «Todas las religiones conducen al mismo lugar». Pregunta: ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

Alguien dice: «Dios no existe». Pregunta: ¿Qué te llevó a esa conclusión?

Ahora la persona tiene que pasar de simplemente hacer una afirmación a explicar por qué la cree. Esto es importante porque las afirmaciones no se demuestran a sí mismas.

Un tono de seguridad no hace verdadera una afirmación. Una idea popular no se vuelve verdadera porque muchas personas la repitan. La persona que hace una afirmación también tiene la responsabilidad de sustentarla.

La carga de la prueba no siempre pertenece al cristiano

Los cristianos algunas veces respondemos a las objeciones como si el cristianismo estuviera permanentemente en juicio y el incrédulo fuera permanentemente el juez.

- Alguien dice: «Demuéstrame que Dios existe». Inmediatamente el cristiano comienza a presentar argumentos.
- Alguien dice: «La Biblia no es confiable». Inmediatamente el cristiano comienza a defender la historia de los manuscritos.
- Alguien dice: «La moralidad cristiana es dañina». Inmediatamente el cristiano comienza a defender la ética cristiana.

Puede haber un momento para cada una de esas respuestas. Pero primero tenemos derecho a preguntar: **¿Qué razones tienes para esa afirmación?**

Si alguien dice que no existe evidencia de Dios, debería poder explicar qué entiende por evidencia y qué evidencia ha considerado.

- Si alguien dice que la moralidad no necesita a Dios, debería poder explicar qué proporciona el fundamento de una obligación moral objetiva.
- Si alguien dice que todas las religiones son básicamente iguales, debería poder explicar cómo enseñanzas contradictorias pueden describir correctamente la realidad.

Las preguntas devuelven la responsabilidad a la persona que hace la afirmación. Este enfoque está especialmente asociado con Greg Koukl, apologista cristiano y fundador de Stand to Reason. En su libro *Tactics*, Koukl describe lo que llama el enfoque Columbo, llamado así por el detective de televisión que frecuentemente descubría información importante simplemente haciendo preguntas cuidadosas.

La fortaleza del enfoque de Koukl es que el cristiano no tiene que cargar con todo el peso de la conversación. En lugar de dar inmediatamente una larga defensa cada vez que alguien hace una afirmación, podemos pedirle que explique qué quiere decir y por qué lo cree.

Dos de las preguntas más útiles de Koukl son:

«¿Qué quieres decir con eso?»

y

«¿Cómo llegaste a esa conclusión?»

La primera pregunta aclara la afirmación. La segunda le pide a la persona que dé razones para ella. Estas preguntas hacen que la conversación avance más despacio y evitan que respondamos a presuposiciones que nunca han sido examinadas.

Si alguien dice: «La Biblia ha sido cambiada», no necesitamos dar inmediatamente una conferencia acerca de los manuscritos. Primero podemos preguntar: «¿Cómo llegaste a esa conclusión?».

Si alguien dice: «No hay evidencia de Dios», podemos preguntar: «¿Qué quieres decir con evidencia?».

Si alguien dice: «Todas las religiones son básicamente iguales», podemos preguntar: «¿En qué sentido son iguales?».

El punto de Koukl no es que las preguntas reemplacen las respuestas. Nos ayudan a comprender a la persona, aclarar el argumento y devolver la responsabilidad de defender una afirmación a la persona que la hizo. Algunas veces la respuesta más sabia no es responder inmediatamente, sino simplemente pedirle a la persona que explique su propia afirmación.

Las preguntas no deben convertirse en armas

Existe un peligro al aprender este método. Las preguntas pueden utilizarse para comprender a alguien, o pueden utilizarse para avergonzarlo. Las mismas palabras pueden lograr cualquiera de los dos propósitos dependiendo de nuestra actitud.

Imagina preguntar: «¿Cómo llegaste a esa conclusión?» con curiosidad genuina.

Ahora imagina hacer exactamente la misma pregunta con una sonrisa burlona, esperando que la persona fracase.

La frase es idéntica. El espíritu es completamente diferente. Marcos 10 nos proporciona una protección importante.

Antes de que Jesús exponga el problema más profundo del hombre rico, el texto nos dice que Jesús lo miró y lo amó. Eso importa. Jesús no expone al hombre porque disfrute humillándolo. La verdad y el amor están trabajando juntos.

Primera de Pedro 3:15 presenta el mismo equilibrio. A los cristianos se les ordena estar «siempre preparados para presentar defensa», pero esa defensa debe hacerse con «*mansedumbre y reverencia*». La meta no es hacer que otra persona parezca necia. La meta es ayudarla a ver la verdad.

Jesús utiliza la ley para exponer la justicia propia

Después de confrontar el uso que el hombre hace de la palabra bueno, Jesús lo dirige hacia los mandamientos de Dios. Menciona las prohibiciones contra el asesinato, el adulterio, el robo, el falso testimonio y el fraude, junto con el mandamiento de honrar al padre y a la madre. El hombre responde que ha guardado todas esas cosas desde su juventud. Esa respuesta revela su problema. Él cree que ha tenido éxito. Todavía no se ve a sí mismo como un pecador culpable que necesita gracia. Por eso simplemente darle más información no resolvería el problema más profundo. La comprensión que el hombre tiene de sí mismo necesita ser expuesta. Él piensa que es justo. Jesús está a punto de mostrarle lo contrario.

La ley llega más profundo que la conducta externa

El hombre puede mirar varios mandamientos y concluir que los ha guardado externamente.

- No ha asesinado.
- No ha cometido adulterio.
- No ha robado.

Al menos esa es la evaluación que hace de sí mismo. Pero la ley de Dios llega hasta el corazón. El último mandato que Jesús le da expone lo que el hombre realmente ama. Se le dice que renuncie a sus riquezas y siga a Cristo. El hombre se marcha triste porque posee muchos bienes. Ahora el verdadero problema se vuelve visible. El hombre que creía haber guardado los mandamientos de Dios es confrontado con el dios al que realmente sirve: sus riquezas. Jesús ha pasado de la superficie de su vida moral a la lealtad de su corazón.

El mandato de venderlo todo no es una fórmula universal para la salvación

Este pasaje algunas veces se malinterpreta. Jesús no está enseñando que toda persona deba vender todas sus posesiones para ganar la vida eterna. Si ese fuera el significado, la salvación se convertiría en otra obra. El mandato está específicamente dirigido a exponer el corazón de este hombre. Él ha llegado creyendo que ha guardado exitosamente la ley de Dios.

Jesús revela que sus riquezas se han convertido en un ídolo. El hombre está dispuesto a hablar de la vida eterna. Está dispuesto a hablar de los mandamientos. Está dispuesto a llamar bueno a Jesús. Pero cuando seguir a Cristo amenaza aquello que más ama, se marcha. Eso es lo que Jesús necesitaba exponer. Las preguntas y los mandatos han sacado a la luz el fundamento oculto.

Las buenas preguntas profundizan más allá de la superficie

Proverbios 20:5 describe el propósito en el corazón de una persona como aguas profundas y al hombre entendido como aquel que lo sacará. Esa es una excelente imagen de lo que pueden lograr las preguntas.

Las personas frecuentemente revelan más de lo que se dan cuenta cuando hablan. Alguien dice: «Nunca podría creer en un Dios que les dice a las personas cómo deben vivir». El tema evidente parece ser Dios. Pero el problema más profundo puede ser la autonomía.

Alguien dice: «Creo que cada persona debería poder decidir la moralidad por sí misma». El tema superficial es la moralidad. El compromiso más profundo puede ser que ninguna autoridad tiene derecho a estar por encima del individuo.

Alguien dice: «No necesito la religión porque soy una buena persona». El tema superficial es la religión. El problema más profundo puede ser la justicia propia.

Las buenas preguntas ayudan a sacar estos compromisos a la luz.

Preguntas de aclaración

La primera categoría de preguntas simplemente nos ayuda a comprender qué quiere decir la persona.

Algunos ejemplos son:

¿Qué quieres decir con eso?

¿Podrías explicarlo un poco más?

Cuando utilizas la palabra Dios, ¿qué quieres decir?

Cuando dices evidencia, ¿qué clase de evidencia estás buscando?

Cuando dices cristianismo, ¿qué entiendes que enseña el cristianismo?

Déjame asegurarme de que te entiendo. ¿Estás diciendo que...?

Estas preguntas pueden parecer elementales, pero evitan uno de los errores más comunes de la apologética: responder a una posición que la otra persona en realidad no sostiene. Si alguien nos corrige y dice: «No, eso no es lo que quise decir», eso no es una derrota. Es progreso. Ahora comprendemos mejor a la persona.

Preguntas que piden razones

La siguiente categoría pregunta cómo llegó la persona a esa creencia.

¿Cómo llegaste a esa conclusión?

¿Qué te llevó a creer eso?

¿Qué evidencia te convenció?

¿Por qué piensas que esa explicación es mejor que las alternativas?

¿En qué se basa esa creencia?

Estas preguntas revelan si la persona realmente ha pensado detenidamente en la afirmación. Algunas veces sí lo ha hecho. Bien. Ahora tenemos algo sustancial que discutir. Algunas veces no lo ha hecho. Eso también puede ser útil. Una persona puede descubrir que una creencia que ha repetido durante años en realidad nunca fue examinada.

Preguntas que exponen presuposiciones

Finalmente comenzamos a preguntar qué tiene que haberse supuesto previamente para que un argumento funcione.

Alguien dice: «La ciencia refuta los milagros». ¿Qué se está presuponiendo? Quizá: Solamente pueden existir causas naturales. Pero si las causas sobrenaturales han sido excluidas antes de examinar la evidencia, entonces la conclusión ya fue incorporada en el punto de partida.

Alguien dice: «Un Dios amoroso jamás castigaría a las personas». La presuposición puede ser: El amor y la justicia no pueden coexistir.

Alguien dice: «Los seres humanos deberían ser libres para crear su propia moralidad». La presuposición puede ser: La autonomía individual es la autoridad suprema.

Alguien dice: «El cristianismo está equivocado porque juzga otras creencias». La presuposición puede ser: Juzgar las creencias es en sí mismo moralmente incorrecto.

Pero esa afirmación también es un juicio acerca de otra creencia. La presuposición necesita ser examinada.

Preguntas que ponen a prueba la cosmovisión

Una vez que la presuposición se vuelve visible, podemos comenzar a preguntar qué sucede si la cosmovisión de la persona se lleva realmente hasta sus últimas consecuencias.

Supongamos que alguien dice: «No existe la verdad absoluta». Pregunta: ¿Esa afirmación es absolutamente verdadera?

Supongamos que alguien dice: «Nadie debería juzgar las creencias de otra persona». Pregunta: ¿Eso es un juicio acerca de las personas que juzgan creencias?

Supongamos que alguien dice: «Todo el pensamiento humano está completamente determinado por procesos físicos». Pregunta: Entonces, ¿qué hace que tu creencia sea el resultado de una evaluación racional en lugar de ser simplemente un acontecimiento físico predeterminado?

Estas preguntas introducen la crítica interna. Estamos preguntando temporalmente si la cosmovisión puede sobrevivir a sus propios principios. El próximo capítulo desarrollará esto con mucha más profundidad. Por ahora, el hábito importante es aprender a notar cuando la conclusión de una persona entra en conflicto con su fundamento.

Randy Newman y el evangelismo mediante preguntas

Otra voz útil en esta área es Randy Newman, autor y evangelista cristiano conocido especialmente por su libro *Questioning Evangelism*. Newman pasó muchos años trabajando en el ministerio universitario y se interesó especialmente en la manera en que Jesús utilizaba frecuentemente preguntas para hacer pensar a las personas en lugar de simplemente dar respuestas inmediatas.

El énfasis de Newman es ligeramente diferente al de Greg Koukl. Koukl utiliza con frecuencia las preguntas para aclarar una afirmación, descubrir presuposiciones y devolver la carga de la prueba a la persona que hace la afirmación. Newman se concentra más en cómo las preguntas pueden ayudar a las personas a pensar personalmente acerca de cuestiones espirituales y pueden hacer más naturales las conversaciones evangelísticas.

En lugar de tratar el evangelismo como un discurso que una persona pronuncia mientras la otra escucha, Newman nos anima a involucrar a la otra persona en el proceso de pensar.

Supongamos que alguien pregunta: «¿Cómo podría un Dios amoroso juzgar a las personas?». Podríamos comenzar inmediatamente a explicar la justicia divina. Algunas veces eso puede ser apropiado. Pero también podríamos preguntar: «¿Qué crees que debería hacer un Dios amoroso con el mal?». Ahora la persona tiene que pensar acerca de sus propias presuposiciones. Si responde: «Debería detenerlo», podríamos preguntar: «¿Crees que es bueno que Dios juzgue el mal?».

La conversación ha cambiado. La persona que originalmente suponía que el amor y el juicio eran opuestos puede comenzar a ver que la justicia realmente puede ser una expresión de la bondad.

Esta es una de las ideas centrales de Newman: una buena pregunta puede ayudar a una persona a descubrir la debilidad de sus propias presuposiciones en lugar de simplemente escucharnos decirle que está equivocada.

Las preguntas también nos ayudan a escuchar mejor. Alguien puede hacer una pregunta teológica, pero puede haber algo más profundo detrás de ella. Una persona que pregunta acerca del sufrimiento puede haber experimentado una pérdida terrible. Alguien que critica a los cristianos puede haber sido lastimado por una iglesia. Alguien que cuestiona la Biblia puede estar luchando realmente con la autoridad que las Escrituras reclaman sobre su vida.

El enfoque de Newman nos recuerda que no debemos apresurarnos a pasar por encima de la persona para poder dar la respuesta. Las preguntas no reemplazan la verdad, las Escrituras ni la proclamación del evangelio. Finalmente debemos explicar lo que enseña el cristianismo. Pero las preguntas pueden ayudar a preparar la conversación para esa explicación. Permiten que la otra persona participe en el razonamiento, revelan lo que realmente cree y con frecuencia hacen mucho más claro el camino hacia Cristo.

Por qué «¿Cómo llegaste a esa conclusión?» suele funcionar mejor que «¿Por qué?»

La palabra por qué no es incorrecta, pero algunas veces puede sonar acusatoria. Imagina que alguien dice: «Dejé de creer en el cristianismo». Entonces respondemos: «¿Por qué?». Dependiendo del tono, puede sonar como si estuviéramos desafiando a la persona antes de que haya explicado nada.

Una versión más suave es: **¿Qué te llevó a esa conclusión?**

O: **¿Cómo llegaste a verlo de esa manera?**

El propósito es el mismo. Queremos comprender la razón. Pero las palabras y el tono importan porque estamos hablando con personas, no simplemente examinando argumentos. Santiago 1:19 recuerda a los creyentes que cada uno debe ser *«pronto para oír, tardo para hablar»*. Ese principio pertenece a la apologética.

No toda pregunta debe ser desafiada inmediatamente

Supongamos que alguien nos dice: «Mi hija murió y no entiendo cómo Dios pudo permitir que sucediera». Hay una pregunta de cosmovisión presente. Existe una discusión acerca del problema del mal que podríamos tener. Pero la sabiduría reconoce que quizá este no sea el momento para un análisis filosófico inmediato. Tal vez la primera respuesta debería ser: Cuéntame acerca de tu hija. O simplemente: ¿Qué sucedió?

La misma cosmovisión cristiana sigue siendo verdadera. Dios continúa siendo soberano. El mal objetivo todavía requiere una explicación. El sufrimiento continúa planteando

preguntas teológicas. Pero la sabiduría bíblica pregunta qué necesita esta persona en particular en este momento en particular. Las preguntas deben ayudarnos a comprender no solamente las creencias, sino también a las personas.

El joven rico demuestra que el corazón importa

Regresa a Marcos 10. El hombre comienza con una pregunta intelectual y religiosa. Al final del encuentro, su corazón ha quedado expuesto. Quiere la vida eterna. Pero no quiere a Cristo más que a sus posesiones. El problema nunca fue simplemente si conocía la respuesta correcta a una pregunta religiosa. Su lealtad era el problema.

Esto nos recuerda Romanos 1. El problema de la humanidad no es simplemente la ignorancia. El pecado afecta lo que amamos, lo que adoramos y aquello que estamos dispuestos a aceptar como supremo. Por lo tanto, una buena conversación apologética debe reconocer que algunas veces las objeciones intelectuales pueden proteger compromisos más profundos. Eso no significa que toda objeción sea deshonesto. Significa que los seres humanos son personas completas. Nuestro pensamiento, nuestros deseos, nuestros amores y nuestras lealtades están conectados.

Jesús no manipula al hombre

Uno de los momentos más impactantes de Marcos 10 es la partida del hombre. Se marcha triste. Jesús no corre detrás de él para reducir la exigencia. No cambia el mensaje porque el hombre está decepcionado. No intenta fabricar una decisión emocional. Dice la verdad. El hombre se marcha.

Eso es solemne para el evangelismo.

- Nos importan las personas.
- Rogamos a las personas.
- Queremos que crean.

Pero no podemos fabricar la conversión. Algunas veces una persona comprenderá lo que Cristo exige y lo rechazará. Nuestra responsabilidad es la fidelidad.

La salvación es imposible para el hombre

Después de que el hombre rico se marcha, Jesús explica lo difícil que es para aquellos que tienen riquezas entrar en el reino. Los discípulos quedan asombrados y preguntan quién podrá salvarse.

La respuesta de Jesús pone todo el pasaje en perspectiva:

«Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todas las cosas son posibles para Dios».

Esa afirmación nos protege de una peligrosa mala comprensión del evangelismo.

El hombre rico comenzó preguntando qué podía hacer. Al terminar la conversación, Jesús ha llevado a los discípulos a reconocer la imposibilidad de la salvación humana aparte de Dios.

Ese movimiento es crucial. El pecador no puede rescatarse a sí mismo mediante obras. El evangelista no puede rescatarlo mediante una técnica. El apologista no puede rescatarlo mediante un argumento perfecto. Dios salva.

Eso no hace innecesarias las preguntas, los argumentos, la evidencia ni la proclamación del evangelio. Los coloca en el lugar que les corresponde. Nosotros hablamos. Dios da vida.

Las preguntas finalmente deben conducir a respuestas

Existe otro peligro que debemos evitar. Una vez que los cristianos descubren el poder de las preguntas, pueden comenzar a tener miedo de hacer alguna afirmación positiva. Cada objeción recibe otra pregunta. Cada afirmación recibe otra pregunta. Finalmente, la conversación se convierte en un interrogatorio.

Esa no es la meta.

Las preguntas sirven a la verdad. En algún momento tenemos que hablar. Tenemos que explicar lo que enseña el cristianismo. Tenemos que presentar la cosmovisión bíblica. Tenemos que proclamar a Cristo. Jesús le hizo una pregunta al hombre rico, pero no solamente hizo preguntas. Le enseñó. Lo confrontó. Le dio un mandato.

Pablo preguntaba y respondía. Pedro ordenó a los creyentes estar preparados para presentar defensa. Las preguntas son herramientas. No son el mensaje.

Pasando de las preguntas a la cosmovisión cristiana

Supongamos que alguien dice: «No necesito a Dios para ser moral». Preguntas: ¿Qué quieres decir con moralidad? Luego: ¿Crees que algunas cosas son objetivamente malas? La persona dice que sí. Entonces: ¿Qué las hace objetivamente malas? Ahora comienzas a descubrir el fundamento. Quizá la persona no pueda proporcionar una explicación que

sostenga la moralidad objetiva. En ese punto, no te limites a decir: «Tu cosmovisión fracasa».

Presenta la explicación cristiana.

Podrías explicar que el cristianismo fundamenta la moralidad en el carácter del Dios santo y entiende a los seres humanos como criaturas moralmente responsables creadas a Su imagen.

Entonces haz que el asunto se vuelva personal. Si Dios realmente es la norma moral, ¿cómo hemos vivido tú y yo delante de Él? Ahora la conversación comienza a avanzar hacia la conciencia, el pecado y el evangelio. Hacia allí debe dirigirse la apologética.

La progresión de cinco preguntas

A medida que continúe el libro, cinco preguntas se volverán especialmente útiles.

La primera es una pregunta de aclaración: **¿Qué quieres decir con eso?**

La segunda pregunta por el fundamento: **¿Cómo llegaste a esa conclusión?**

La tercera busca la presuposición: **¿Qué tiene que ser verdad para que ese argumento funcione?**

La cuarta pone a prueba la cosmovisión: **Si eso fuera verdad, ¿qué se seguiría?**

Y la quinta comienza a presentar positivamente el cristianismo: **¿Puedo mostrarte cómo el cristianismo da sentido a lo que estás tratando de explicar?**

Estas preguntas no son un guion. Las conversaciones reales no siempre seguirán este orden. Algunas veces solo será necesaria una. Algunas veces ninguna será apropiada. Pero juntas proporcionan una manera útil de pensar.

- Aclarar.
- Comprender.
- Exponer.
- Poner a prueba.
- Presentar.

Y finalmente:

Llevar la conversación a Cristo.

Una conversación acerca de «todas las religiones»

Imagina que alguien dice: «Todas las religiones básicamente enseñan lo mismo». En lugar de corregirlo inmediatamente, comienza: ¿En qué sentido piensas que son iguales? Quizá diga: «Todas enseñan a las personas a ser buenas». Entonces pregunta: ¿El cristianismo y el islam enseñan lo mismo acerca de quién es Jesús? No. El cristianismo lo identifica como el Hijo divino y Señor resucitado. El islam rechaza esa comprensión. Entonces pregunta: ¿Puede Jesús ser Dios y no ser Dios en el mismo sentido y al mismo tiempo? Ahora la contradicción se vuelve clara. Luego avanza positivamente. El cristianismo no es principalmente el mensaje de que debemos llegar a ser suficientemente buenos para alcanzar a Dios. El evangelio anuncia que los pecadores no podían salvarse a sí mismos, así que Dios actuó por medio de Cristo. La pregunta ha abierto la puerta al evangelio.

Una conversación acerca de «mi verdad»

Alguien dice: «Tú tienes tu verdad y yo tengo la mía». Pregunta: ¿Qué quieres decir con tu verdad? Quizá la persona realmente quiera decir: «Tú tienes tu opinión y yo tengo la mía». Ahora podemos aclarar la diferencia entre opinión y verdad. Luego pregunta: Si Jesús realmente resucitó de entre los muertos, ¿sería eso verdadero solamente para los cristianos o sería algo que ocurrió en la historia? Ahora la persona tiene que confrontar la diferencia entre preferencia personal y realidad objetiva. Nuevamente, la meta no es simplemente exponer el relativismo. El destino es el Cristo resucitado.

Una conversación acerca de ser una buena persona

Alguien dice: «No necesito el cristianismo. Soy una buena persona». Esto nos lleva directamente de regreso a Marcos 10. Pregunta: ¿Qué quieres decir con bueno? Luego: ¿Qué norma estás utilizando? Después: ¿Siempre has vivido de acuerdo incluso con tu propia norma? Finalmente: ¿Estarías dispuesto a ver cómo Jesús define el problema? Ahora la conversación puede avanzar hacia la ley de Dios, el pecado, la gracia y Cristo. Las preguntas no han evitado el evangelio. Han preparado el camino para él.

Una conversación acerca de la moralidad sin Dios

Alguien dice: «Puedo ser moral sin religión». Ten cuidado con la respuesta. No digas: «Los ateos no pueden ser morales». Esa no es la afirmación que necesitamos hacer. Los incrédulos pueden comportarse moralmente de muchas maneras. Romanos 2 ayuda a explicar por qué los seres humanos poseen conciencia moral. La pregunta apologética es diferente: ¿Qué hace que la moralidad sea objetivamente obligatoria dentro de tu

cosmovisión? El problema no es si el ateo puede realizar una acción moral. El problema es si su cosmovisión puede dar razón de la norma moral objetiva que utiliza. Esa distinción es crucial.

La meta no es convertirnos en personas difíciles con quienes hablar

Una persona entrenada en apologética debería convertirse en alguien que escucha mejor, no en un interlocutor más agotador. Si cada comentario casual recibe cinco preguntas filosóficas, algo ha salido mal. La sabiduría importa.

Algunas veces alguien dice: «Esa película fue terrible». No necesitas preguntar: «¿Cuál es tu fundamento epistemológico para ese juicio estético?». La conversación normal sigue siendo conversación normal. El propósito de estas herramientas es ayudarnos cuando surgen asuntos espirituales y de cosmovisión. Queremos que las preguntas abran conversaciones, no que hagan que las personas tengan miedo de hablar cuando estamos presentes.

Verdad principal para recordar

El encuentro de Jesús con el joven rico nos muestra que la primera pregunta que se hace no siempre revela el problema más profundo. El hombre pregunta acerca de la vida eterna. Jesús expone su comprensión de la bondad. La ley expone su justicia propia. El mandato final expone su ídolo. Y cuando los discípulos preguntan quién puede salvarse, Jesús lleva toda la discusión al poder salvador de Dios. Esa es una excelente imagen del evangelismo bíblico.

- Escuchamos más allá de las palabras.
- Preguntamos qué quiere decir la persona.
- Preguntamos cómo llegó a sus conclusiones.
- Buscamos las presuposiciones que están debajo de esas conclusiones.
- Utilizamos preguntas para exponer inconsistencias y compromisos más profundos.

Pero no hacemos preguntas simplemente para ganar conversaciones. Queremos llevar a las personas a la verdad. Y, finalmente, queremos llevar la conversación a Jesucristo.

Preguntas para estudio y reflexión

1. En Marcos 10:17–27, ¿qué revela la pregunta original del joven rico acerca de cómo posiblemente entendía la vida eterna y el logro humano?

2. ¿Por qué se concentra Jesús en el uso que el hombre hace de la palabra bueno, y qué nos enseña esto acerca de aclarar términos importantes en conversaciones evangelísticas?
3. ¿Qué revela acerca de su comprensión de sí mismo delante de Dios la afirmación del hombre de que ha guardado los mandamientos?
4. ¿Por qué confronta Jesús específicamente las posesiones del hombre, y qué revela su reacción acerca de la lealtad más profunda de su corazón?
5. ¿Cómo debe influir en la manera en que los cristianos utilizamos preguntas difíciles en la apologética la afirmación de que Jesús miró al hombre y lo amó?
6. ¿Cuál es la diferencia entre preguntar «¿Qué quieres decir con eso?» y «¿Cómo llegaste a esa conclusión?». ¿Qué nos ayuda a descubrir cada pregunta?
7. ¿Por qué una persona que hace una afirmación como «Todas las religiones son básicamente iguales» o «No hay evidencia de Dios» también tiene la responsabilidad de sustentar esa afirmación?
8. ¿Cómo pueden utilizarse las preguntas para exponer una presuposición sin convertirse en un método para avergonzar o atacar a otra persona?
9. Según el final de Marcos 10:17–27, ¿qué enseña Jesús acerca de la capacidad humana para salvarse a sí mismo, y cómo debería afectar esto nuestra confianza en los métodos evangelísticos o los argumentos apologéticos?
10. Piensa en una objeción espiritual que hayas escuchado recientemente. ¿Qué preguntas podrías hacer primero para aclarar lo que la persona quiere decir, descubrir la razón de su creencia, identificar la presuposición subyacente y finalmente llevar la conversación hacia Cristo?

Capítulo 5 — Poniendo a prueba una cosmovisión desde adentro

Texto principal: 2 Corintios 10:3–5

³ Pues aunque andamos en la carne, no luchamos según la carne. ⁴ Porque las armas de nuestra contienda no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas; ⁵ destruyendo especulaciones y todo razonamiento altivo que se levanta contra el conocimiento de Dios, y poniendo todo pensamiento en cautiverio a la obediencia de Cristo.

Textos de apoyo: Proverbios 26:4–5; Colosenses 2:8; Romanos 1:18–25; Proverbios 1:7; Salmo 36:9

Verdad principal: La apologética bíblica hace más que responder objeciones aisladas. Examina el fundamento que está debajo de una cosmovisión, pregunta si esa cosmovisión puede dar razón consistentemente de las cosas que afirma conocer y luego presenta la cosmovisión cristiana como el fundamento necesario para la verdad, la razón, la moralidad, el conocimiento y la experiencia humana.

Los argumentos tienen fundamentos

En los capítulos anteriores aprendimos a escuchar la cosmovisión que está detrás de las palabras de una persona. También aprendimos a hacer preguntas que aclaren qué quiere decir alguien y cómo llegó a su conclusión. Ahora vamos un paso más profundo. Supongamos que alguien dice: «No creo en Dios porque la ciencia explica la realidad». Podríamos comenzar inmediatamente a hablar de evidencia científica. Podríamos hablar del origen del universo, del ajuste fino, del ADN o de los límites de la explicación científica. Esas conversaciones pueden ser útiles. Pero hay otra pregunta que podemos hacer: ¿Qué tiene que ser verdad de antemano para que la ciencia misma sea posible? Esa pregunta cambia la conversación. O supongamos que alguien dice: «No necesito a Dios para saber que el asesinato está mal». Nuevamente, podríamos comenzar inmediatamente a argumentar a favor de la existencia de una moralidad objetiva. Pero primero podemos preguntar: ¿Qué hace que el asesinato sea objetivamente malo dentro de tu cosmovisión? Ahora ya no estamos tratando solamente con la conclusión. Estamos examinando el fundamento que hace posible la conclusión. Ese es el corazón de la apologética de cosmovisión.

Pablo habla de destruir argumentos

Segunda de Corintios 10 no describe al cristianismo como intelectualmente pasivo. Pablo habla de destruir «especulaciones» y todo razonamiento altivo que se levanta contra el conocimiento de Dios. Esto no significa que los cristianos debamos convertirnos en personas argumentativas que disfrutan del conflicto. Pablo está describiendo la naturaleza espiritual de la oposición a Dios.

- Las ideas importan.
- Los argumentos importan.
- Las creencias importan.

Una creencia falsa acerca de Dios no permanece aislada en la mente. Afecta la manera en que una persona se comprende a sí misma, la moralidad, la verdad, la autoridad, el pecado, la salvación y el mundo que la rodea.

Por eso Pablo habla de poner:

«todo pensamiento en cautiverio a la obediencia de Cristo». — 2 Corintios 10:5

Observa el alcance. Todo pensamiento.

Cristo no es Señor solamente sobre la asistencia a la iglesia, la oración y los temas explícitamente religiosos. Él es Señor sobre el pensamiento humano mismo. Eso incluye la apologética.

Cristo es Señor sobre nuestro método

Uno de los peligros al defender el cristianismo es que podemos intentar defender a Cristo razonando como si Cristo no fuera Señor. Podemos aceptar sutilmente el punto de partida del incrédulo y luego intentar ascender nuevamente hacia el cristianismo. Pero si las Escrituras dicen que Cristo es Señor sobre todo pensamiento, el cristiano no puede suspender temporalmente Su señorío para parecer neutral.

Proverbios 1:7 dice:

«El temor del Señor es el principio de la sabiduría».

El versículo no dice que la razón humana autónoma sea el principio del conocimiento y que la creencia en Dios pueda añadirse después si se acumula suficiente evidencia. El temor del Señor es el principio.

Salmo 36:9 expresa el mismo principio:

«Porque en Ti está la fuente de la vida; en Tu luz vemos la luz».

Dios no es simplemente un hecho entre millones de otros hechos. Él es quien da a todos los hechos su existencia y significado.

La cosmovisión es el fundamento debajo del argumento

Imagina dos casas. Desde la calle, ambas pueden parecer impresionantes. Pueden tener paredes, ventanas, puertas, muebles y habitaciones cuidadosamente decoradas. Pero finalmente la fortaleza de la casa depende del fundamento que está debajo de ella. Las cosmovisiones funcionan de manera similar. Una persona puede sostener muchas creencias que parecen razonables:

- Los seres humanos tienen dignidad.
- La ciencia nos proporciona conocimiento verdadero.
- La lógica es universal.
- El racismo está mal.
- La verdad importa.
- Las personas deben seguir la evidencia.
- El asesinato es objetivamente malo.
- Los seres humanos son responsables de lo que creen y hacen.

Esas creencias son como habitaciones dentro de la casa. La pregunta más profunda es: ¿Qué fundamento las sostiene? Una cosmovisión debe hacer más que contener creencias individuales. Debe poder dar razón de ellas.

Ser capaz de utilizar algo no es lo mismo que poder dar razón de ello

Esta distinción es esencial. La apologética presuposicional no dice que un ateo no pueda razonar. No dice que un ateo no pueda hacer ciencia. No dice que un ateo no pueda reconocer una verdad moral. No dice que un incrédulo no sepa nada. Romanos 1 en realidad explica por qué los incrédulos saben tantas cosas. Viven en el mundo de Dios y reciben Su revelación, aun mientras suprimen la verdad acerca de Él.

Pablo dice que la humanidad:

«con injusticia restringe la verdad». — Romanos 1:18

Por lo tanto, una persona puede utilizar la lógica mientras niega al Dios que proporciona el fundamento de la racionalidad. Puede reconocer obligaciones morales mientras niega al Dios cuyo carácter fundamenta la moralidad. Puede hacer ciencia mientras niega al Creador que sostiene el universo ordenado que la ciencia investiga. La pregunta no es si puede utilizar estas cosas. La pregunta es si su cosmovisión puede dar razón de ellas.

¿Qué es una crítica interna?

Una crítica interna examina temporalmente una cosmovisión según sus propios principios. Preguntamos: Si esta cosmovisión fuera verdadera, ¿qué se seguiría? No aceptamos la cosmovisión como verdadera. Entramos en ella para poner a prueba si puede permanecer consistente. Supongamos que alguien dice: «No existe una moralidad objetiva». Para efectos de la conversación, concede temporalmente la afirmación. Luego pregunta: Si no existe una moralidad objetiva, ¿puede algo ser objetivamente malo? Si la persona dice que no, entonces no puede darse vuelta consistentemente y decir: «El cristianismo es objetivamente inmoral». Puede no gustarle el cristianismo. Puede preferir otro sistema moral. Pero si la moralidad es completamente subjetiva, ha perdido el fundamento para decir que el cristianismo es objetivamente incorrecto. Si insiste en que algunas cosas realmente son objetivamente malas, entonces su afirmación original ha cambiado. Eso es una crítica interna.

Proverbios 26 y responder a una persona según su necesidad

Proverbios nos presenta un interesante par de afirmaciones.

*«No respondas al necio de acuerdo con su necesidad,
Para que no seas tú también como él». — Proverbios 26:4*

Inmediatamente después:

*«Responde al necio según su necesidad se merece,
Para que no sea sabio ante sus propios ojos». — Proverbios 26:5*

Estos versículos no son contradictorios. Presentan dos aspectos de una respuesta sabia. No debemos aceptar presuposiciones falsas como nuestras. En ese sentido, no respondemos de acuerdo con la necesidad. Pero también podemos entrar en el razonamiento de la persona con el propósito de exponer hacia dónde conduce. En ese sentido, respondemos a la necesidad en sus propios términos. Esto nos proporciona un movimiento apologético útil. Podemos decir: «Supongamos eso por un momento. Si tu posición es verdadera, ¿qué sucede después?». Luego seguimos la cosmovisión hasta sus consecuencias.

Consideremos el relativismo moral

Supongamos que alguien dice: «La moralidad es relativa. No existen normas morales universales». No comiences con un discurso. Pregunta: ¿Qué quieres decir con relativa? Luego: ¿Crees que la esclavitud estaba mal incluso en sociedades que la aprobaban? Si la respuesta es sí, pregunta: ¿Estaba mal solamente según tu preferencia personal o realmente estaba mal? Si la persona dice que realmente estaba mal, entonces está afirmando algo más fuerte de lo que permite el relativismo moral. Su cosmovisión declarada dice: No existe una moralidad objetiva. Su juicio moral dice: Algunas acciones son objetivamente malas. La tensión ahora es visible. El propósito no es gritar: «¡Te atrapé!». El propósito es ayudar a la persona a reconocer que está viviendo de acuerdo con realidades que su cosmovisión tiene dificultades para explicar.

La meta no es humillar

La crítica interna puede volverse arrogante fácilmente si olvidamos por qué la estamos utilizando. Cuando alguien se da cuenta de que su posición es inconsistente, el cristiano no debe celebrar su vergüenza. Una mejor respuesta podría ser: «Esa es una de las razones por las que tengo dificultades con el relativismo moral. Parece que no podemos vivir consistentemente como si nada fuera realmente correcto o incorrecto». Eso cambia el tono. Ahora estamos invitando a la persona a pensar con nosotros en lugar de tratarla como un adversario que debemos aplastar.

Primera de Pedro 3:15 continúa controlando nuestra actitud:

«con mansedumbre y reverencia».

La verdad no necesita arrogancia para ser defendida.

El lado negativo de la apologética presuposicional

Una parte de la tarea apologética es negativa. Preguntamos si una cosmovisión incrédula puede dar razón de las cosas de las que depende. ¿Puede dar razón de:

- la lógica?
- el conocimiento?
- la moralidad objetiva?
- la confiabilidad del razonamiento humano?
- la uniformidad de la naturaleza?
- la dignidad humana?

- la verdad?
- el significado?
- la responsabilidad moral?

Estamos preguntando si la cosmovisión tiene suficiente fundamento para sostener sus propias afirmaciones. Pero esto no puede ser todo el argumento. Si todo lo que hacemos es destruir, no hemos completado la tarea.

El lado positivo de la apologética presuposicional

La apologética cristiana también debe explicar cómo la cosmovisión cristiana da razón de las realidades que estamos discutiendo. Si alguien no puede dar razón de la moralidad objetiva, no debemos detenernos diciendo: «Tu cosmovisión fracasa». Debemos explicar por qué la moralidad tiene sentido dentro del cristianismo. Si alguien no puede explicar por qué los seres humanos poseen dignidad inherente, debemos mostrar por qué la dignidad humana tiene sentido si la humanidad lleva la imagen de Dios. Si alguien tiene dificultades para explicar por qué el universo es suficientemente ordenado como para hacer ciencia, debemos explicar por qué una creación ordenada es exactamente lo que el cristianismo espera.

Esto nos proporciona dos movimientos: Exponer el fracaso de la cosmovisión incrédula. Luego: Presentar positivamente la cosmovisión cristiana. Ambos son necesarios.

La imposibilidad de lo contrario

Los apologistas presuposicionales algunas veces hablan de la imposibilidad de lo contrario. La frase puede sonar técnica, pero la idea básica es sencilla. El cristianismo no es simplemente una explicación posible entre muchas explicaciones igualmente autosuficientes. La cosmovisión cristiana proporciona el fundamento necesario para las mismas cosas de las que dependemos cuando razonamos acerca de la realidad. Sin Dios, no perdemos simplemente una creencia religiosa. Perdemos el fundamento suficiente para el conocimiento, la lógica, la moralidad, la dignidad humana, la responsabilidad racional y una creación ordenada. Esto no significa que los incrédulos dejen de utilizar esas cosas. Las utilizan constantemente. El argumento es que pueden hacerlo porque continúan viviendo en el mundo de Dios. Su cosmovisión profesada no borra la realidad que Dios creó.

La lógica

Considera las leyes de la lógica. Esperamos que una afirmación y su contradicción no sean verdaderas en el mismo sentido y al mismo tiempo. Dependemos de la consistencia lógica en todo argumento. Pero ¿qué clase de cosa es una ley de la lógica?

- No puedes pesarla.
- No puedes fotografiarla.
- No pertenece solamente a Texas, Europa o Asia.
- No es simplemente una preferencia personal.

Esperamos que las leyes de la lógica se apliquen universalmente. La pregunta se convierte entonces en: ¿Qué cosmovisión da sentido a leyes universales, inmateriales y racionales? El cristianismo comienza con un Dios eterno y racional que no se contradice y que creó un mundo racionalmente ordenado. El razonamiento humano tiene sentido porque los seres humanos son criaturas hechas a Su imagen. No estamos afirmando que Dios se someta a alguna autoridad superior llamada «lógica». Más bien, la consistencia lógica refleja el carácter racional de Dios y el orden de la realidad que Él creó.

La ciencia y el orden de la naturaleza

La ciencia depende de la regularidad. Esperamos que los experimentos realizados hoy nos digan algo acerca de lo que sucederá mañana bajo condiciones comparables. Las leyes científicas suponen que la naturaleza se comporta según patrones consistentes. Pero ¿por qué deberíamos esperar eso? La cosmovisión cristiana nos proporciona un fundamento.

- Dios creó el universo.
- Dios lo sostiene.
- Dios es fiel.

Por lo tanto, el universo no es un accidente finalmente caótico que de alguna manera resulta comportarse racionalmente. La investigación científica tiene sentido porque la creación es ordenada. Esto no significa que toda teoría científica sea correcta ni que los cristianos posean respuestas instantáneas para toda pregunta científica. Significa que la posibilidad básica de hacer ciencia encaja naturalmente dentro de la cosmovisión cristiana.

Haz la pregunta como una persona normal

Comprender filosofía no significa que tengamos que hablar como libros de filosofía. No le preguntes a tu compañero de trabajo: «¿Cuáles son las precondiciones trascendentales necesarias para la inducción?». Pregunta: ¿Por qué crees que el universo es suficientemente ordenado para que la ciencia funcione? O: ¿Por qué deberíamos esperar que las leyes de la

naturaleza mañana se comporten como lo hicieron hoy? La pregunta es esencialmente la misma. La buena apologética traduce ideas profundas a una conversación normal. Si solamente comprendemos el argumento utilizando lenguaje técnico, probablemente todavía no lo comprendemos lo suficiente como para utilizarlo naturalmente.

La moralidad objetiva

Ahora considera la moralidad. Un incrédulo puede decir:

- «El racismo está mal».
- «El abuso infantil es malo».
- «La trata de personas es inmoral».
- «Las personas merecen justicia».

Los cristianos podemos estar de acuerdo. La pregunta no es si los incrédulos pueden reconocer verdades morales. Claramente pueden hacerlo. La pregunta es: ¿Qué hace que esas cosas sean objetivamente malas?

Supongamos que alguien dice que la moralidad procede de la sociedad. Pregunta: ¿Era moralmente correcta la esclavitud cuando las sociedades la aprobaban? Si no, entonces la sociedad no puede ser la norma moral suprema.

Supongamos que la moralidad procede de la evolución. La evolución puede describir por qué ciertos comportamientos se desarrollaron o contribuyeron a la supervivencia. Pero describir por qué existe un comportamiento es diferente de explicar por qué alguien debe comportarse moralmente. La supervivencia y la bondad moral no son conceptos idénticos.

Supongamos que alguien dice que la moralidad procede de la empatía. La empatía puede influir en el comportamiento moral. Pero ¿qué sucede cuando los sentimientos de empatía de dos personas entran en conflicto? La pregunta permanece: ¿Qué hace que una acción sea realmente correcta y otra realmente incorrecta?

El fundamento cristiano para la moralidad

El cristianismo proporciona una respuesta diferente. La moralidad está fundamentada en el carácter de Dios.

- Dios es santo.
- Dios es justo.
- Dios es recto.
- Dios es bueno.

Sus mandamientos no son reglas arbitrarias creadas sin razón, ni Dios está sometido a una ley moral superior a Él mismo. La bondad refleja quién es Dios.

Los seres humanos son moralmente responsables porque son criaturas hechas por Él y responsables ante Él. Por lo tanto, cuando alguien dice que el asesinato o la opresión son objetivamente malos, el cristiano puede decir: «Estoy de acuerdo. Mi cosmovisión me proporciona una razón por la cual lo son. ¿Qué proporciona la tuya?». Esa es una conversación de cosmovisión.

La dignidad humana

Ahora considera la afirmación: «Todo ser humano posee igual dignidad». Nuevamente, el cristianismo está de acuerdo. Pero ¿por qué?

Si los seres humanos son finalmente arreglos accidentales de materia producidos mediante procesos no dirigidos, ¿qué hace que toda persona tenga un valor objetivo?

- ¿Se basa el valor en la inteligencia? Entonces las personas altamente inteligentes tendrían más valor.
- ¿Se basa en la utilidad? Entonces los discapacitados, ancianos o dependientes podrían tener menos valor.
- ¿Se basa en la conciencia? Entonces surgen inmediatamente preguntas difíciles acerca de los bebés o de las personas con discapacidades cognitivas severas.

El cristianismo proporciona una respuesta diferente.

Génesis 1:27 dice:

«Dios creó al hombre a imagen Suya, a imagen de Dios lo creó».

Por lo tanto, la dignidad humana no se gana. Es dada por el Creador. El niño recién nacido, el adulto discapacitado, el anciano, el ejecutivo adinerado, el prisionero, el ateo y el cristiano poseen todos dignidad humana porque llevan la imagen de Dios.

El conocimiento

Ahora haz una pregunta aún más grande: ¿Cómo sabemos algo? El cristianismo nos proporciona un mundo en el cual el conocimiento es posible. Dios creó la realidad. Dios creó las mentes humanas. Dios nos creó para relacionarnos con Su mundo. Dios se comunica. Dios es veraz. Por lo tanto, existe una relación significativa entre la mente humana y el mundo que busca comprender.

Nuevamente, Proverbios 1:7 nos dice:

«El temor del Señor es el principio de la sabiduría».

El cristianismo no responde en un solo versículo a todas las preguntas posibles de la epistemología. Pero nos proporciona la clase de universo en el cual el conocimiento genuino tiene sentido.

El incrédulo realmente conoce cosas

Debemos seguir diciendo esto porque evita un malentendido serio. La apologética presuposicional no enseña: «Los ateos no pueden saber nada». Por supuesto que pueden. Un ateo puede conocer una verdad matemática. Puede saber que el fuego quema. Puede saber que otra persona existe. Puede reconocer la injusticia. Puede realizar investigación científica extraordinaria. La pregunta no es si los incrédulos poseen conocimiento. La pregunta es si su cosmovisión declarada puede proporcionar un fundamento adecuado para el conocimiento que poseen.

Romanos 1 nos dice por qué el incrédulo puede conocer.

- Vive en la creación de Dios.
- Recibe la revelación de Dios.
- Lleva la imagen de Dios.
- Suprime la verdad acerca de Aquel que hace posible su conocimiento.

Capital prestado

Una ilustración útil es el capital prestado. Imagina a un empresario que insiste públicamente en que no necesita un banco mientras utiliza secretamente todos los días dinero prestado por el banco para mantener funcionando su empresa. El negocio funciona. Pero no porque su afirmación sea verdadera. Funciona porque continúa dependiendo de aquello mismo que niega necesitar. Algo similar sucede en las cosmovisiones incrédulas. Una persona puede rechazar a Dios mientras continúa utilizando:

- la lógica,
- la moralidad objetiva,
- la inferencia racional,
- la dignidad humana,
- la regularidad científica,
- la verdad.

La afirmación cristiana es que estas cosas pertenecen naturalmente al mundo de Dios. El incrédulo puede utilizarlas porque en realidad no puede escapar del mundo que Dios creó.

La pregunta trascendental

Una pregunta resume gran parte de este método: **¿Qué tiene que ser verdad para que esto sea posible?**

Si estamos hablando de ciencia, pregunta: ¿Qué tiene que ser verdad para que la ciencia sea posible?

Si estamos hablando de moralidad objetiva: ¿Qué tiene que ser verdad para que existan obligaciones morales objetivas?

Si estamos hablando de conocimiento: ¿Qué tiene que ser verdad para que los seres humanos puedan conocer algo?

Si estamos hablando de dignidad humana: ¿Qué tiene que ser verdad para que todo ser humano posea un valor objetivo igual?

Este es el razonamiento trascendental en su forma sencilla. En lugar de preguntar solamente si algo existe, preguntamos qué condiciones deben existir para que esa cosa tenga sentido.

No conviertas una sola pregunta en un truco

Un error común es aprender una pregunta presuposicional y utilizarla contra todo el mundo.

Alguien aprende: «¿Cómo das razón de la lógica?».

Luego cada conversación se convierte en: «¿Cómo das razón de la lógica?».

Un ateo menciona el sufrimiento. «¿Cómo das razón de la lógica?».

Un mormón habla de la revelación. «¿Cómo das razón de la lógica?».

Alguien que está de duelo pregunta dónde estaba Dios cuando murió su esposo. «¿Cómo das razón de la lógica?».

Eso no es sabiduría. La apologética presuposicional es un método de cosmovisión, no una frase mágica. La pregunta correcta depende de la persona y del asunto.

Una crítica interna sencilla

El proceso puede mantenerse sencillo. Primero, identifica la afirmación. ¿Qué cree realmente la persona? Luego identifica el fundamento. ¿Por qué lo cree?

Después, concede temporalmente la posición. Si esa cosmovisión fuera verdadera, ¿qué se seguiría? Luego busca la tensión. ¿Puede la cosmovisión dar razón de las cosas que necesita para presentar su propio argumento? Finalmente, presenta positivamente el cristianismo. ¿Cómo da sentido la cosmovisión cristiana al mismo asunto? Ese último paso es esencial.

No te detengas después de derribar

Supongamos que un ateo admite que tiene dificultades para fundamentar la moralidad objetiva. No termines la conversación diciendo: «¿Ves? El ateísmo fracasa». Explica el cristianismo. Podrías decir: «El cristianismo explica por qué las obligaciones morales son reales porque la bondad está fundamentada en el carácter de Dios y nosotros somos criaturas responsables ante Él».

Supongamos que alguien reconoce la dificultad de explicar la dignidad humana mediante un materialismo estricto. Explica: «El cristianismo dice que todo ser humano tiene dignidad porque cada persona lleva la imagen de Dios».

Supongamos que alguien tiene dificultades para explicar por qué la ciencia presupone un universo ordenado. Explica: «El cristianismo nos da razones para esperar orden porque un Creador fiel sostiene Su creación».

La crítica negativa y la presentación positiva van juntas.

Luego avanza hacia el evangelio

Todavía queda otro paso. Imagina que alguien está de acuerdo: «Sí, la moralidad objetiva parece encajar mejor con el cristianismo». Eso no es conversión. Ahora la cuestión moral se vuelve personal. Podrías decir: «Si Dios realmente es el fundamento de la ley moral, entonces esa norma no solamente nos ayuda a identificar el mal en otras personas. También nos juzga a ti y a mí». Ahora hemos pasado de la filosofía a la conciencia.

Romanos 3:23 dice:

«por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios».

La ley moral que nos ayuda a identificar la injusticia también revela nuestra propia culpa. Y ahora el evangelio se vuelve necesario.

- Cristo murió por pecadores.
- Cristo resucitó.
- La salvación es por gracia.
- Arrepiéntete y cree.

El argumento trascendental no es el evangelio. Sirve al evangelio.

Una conversación acerca de la moralidad

Imagina que alguien dice: «No creo en Dios, pero obviamente algunas cosas simplemente están mal». Un buen comienzo podría ser: «Estoy de acuerdo. ¿Qué crees que hace que esas cosas sean objetivamente malas?». Quizá la persona diga: «La sociedad decide». Pregunta: «¿Podría una sociedad aprobar algo que aun así estuviera mal?». Si la respuesta es sí, entonces la sociedad no puede ser la autoridad suprema. Después de explorar el asunto, presenta la explicación cristiana. «El cristianismo dice que la moralidad tiene sentido porque existe un Creador santo cuyo carácter define la bondad». Luego avanza más: «Pero si la norma moral de Dios es real, también nos juzga. ¿Hemos vivido de acuerdo con ella?». Ahora la apologética ha avanzado hacia el evangelismo.

Una conversación acerca de la ciencia

Alguien dice: «La ciencia explica el mundo. No necesitamos a Dios». No ataques la ciencia. Los cristianos debemos valorar la investigación científica genuina. Pregunta: «¿Por qué crees que el universo es suficientemente ordenado para que la ciencia funcione?». O: «¿Por qué deberíamos esperar que la naturaleza continúe comportándose consistentemente?». Luego explica la cosmovisión cristiana. «El cristianismo me da razones para esperar un universo ordenado porque fue creado y es sostenido por un Dios racional y fiel». La meta no es demostrar cada punto en cinco minutos. Algunas veces una sola pregunta es suficiente para hacer que alguien reconsidere una presuposición que nunca había examinado.

Una conversación acerca del valor humano

Alguien dice: «Toda persona merece igual respeto». De acuerdo. Luego pregunta: «¿Qué crees que da a todo ser humano igual valor?». Quizá la persona responda: «Porque somos humanos». Entonces pregunta: «¿Qué hay en el hecho de ser humano que produce un valor objetivo?». Finalmente explica: «El cristianismo dice que el valor humano no depende de la

inteligencia, la utilidad, la salud, la riqueza ni el poder. Tenemos dignidad porque somos hechos a imagen de Dios». Ahora la cosmovisión cristiana no está simplemente criticando. Está explicando.

Una conversación acerca de la verdad

Alguien dice: «No existe verdad absoluta en la religión». Pregunta: «¿Esa afirmación es absolutamente verdadera?». Quizá la persona se corrija: «Quiero decir que nadie puede saber cuál religión es verdadera». Pregunta: «¿Cómo llegaste a saber que nadie puede saberlo?». Nuevamente, la meta no es burlarnos. Queremos que la persona reconozca que su afirmación quizá requiera precisamente la clase de conocimiento que dice que nadie puede poseer. Luego presenta el cristianismo como una afirmación acerca de la realidad, no como una preferencia privada.

Una conversación acerca del materialismo

Supongamos que alguien dice: «No somos nada más que materia y reacciones químicas». Pregunta: «¿Tus pensamientos también son solamente reacciones químicas?». Si responde que sí, continúa: «Entonces, ¿tu creencia en el materialismo es algo que concluiste racionalmente o simplemente el acontecimiento químico que tu cerebro estaba determinado a producir?». El punto no es que la química cerebral sea irrelevante para el pensamiento. El punto es si el materialismo estricto puede dar razón de la evaluación racional, la verdad y la responsabilidad por nuestras creencias.

El cristianismo proporciona una explicación diferente. Los seres humanos son criaturas hechas por un Dios racional, capaces de pensamiento genuino y responsables de lo que creen y hacen.

El propósito de todo esto

Es fácil quedar fascinados con los argumentos. La lógica es interesante. La filosofía es interesante. El análisis de cosmovisiones es interesante. Pero la apologética no es un deporte intelectual. Pablo habla de argumentos que se levantan contra el conocimiento de Dios. El asunto final es Dios. La persona que está delante de nosotros no simplemente sostiene una filosofía inconsistente. Es una criatura hecha por Dios, vive en el mundo de Dios, es responsable ante Dios y necesita reconciliación con Dios. Por eso todo método apologético debe finalmente servir al evangelismo. Exponemos fundamentos falsos porque queremos que las personas vean la verdad. Presentamos la cosmovisión cristiana porque es

verdadera. Y proclamamos a Cristo porque los pecadores necesitan algo más que una filosofía mejor. Necesitan un Salvador.

Verdad principal para recordar

La apologética bíblica no pregunta solamente si un argumento individual es persuasivo. Pregunta qué cosmovisión se encuentra debajo del argumento y si esa cosmovisión puede sostener consistentemente las cosas de las que depende. No abandonamos la cosmovisión cristiana para examinar la incredulidad. Cristo continúa siendo Señor sobre todo pensamiento.

- Escuchamos cuidadosamente.
- Aclaramos la afirmación.
- Identificamos el fundamento.
- Preguntamos qué se sigue si la cosmovisión es verdadera.
- Exponemos la inconsistencia donde aparece.
- Luego presentamos positivamente la cosmovisión cristiana.

Y finalmente avanzamos hacia el asunto más profundo de todos. El Dios que hace posible el conocimiento, la moralidad, la razón y la dignidad humana también es el Dios contra quien hemos pecado. La respuesta a ese problema no es un argumento mejor. Es Jesucristo.

Preguntas para estudio y reflexión

1. Según 2 Corintios 10:3–5, ¿qué clase de cosas describe Pablo como levantándose contra el conocimiento de Dios, y qué significa llevar todo pensamiento cautivo a Cristo?
2. ¿Cómo debería afectar al punto de partida de la apologética cristiana Proverbios 1:7, que dice que el temor del Señor es el principio de la sabiduría?
3. ¿Cuál es la diferencia entre que un incrédulo pueda utilizar la lógica, la moralidad o el razonamiento científico y que pueda dar razón de esas cosas dentro de su cosmovisión?
4. En tus propias palabras, ¿qué es una crítica interna, y por qué preguntar temporalmente «Si tu cosmovisión fuera verdadera, ¿qué se seguiría?» ayuda a exponer inconsistencias?
5. ¿Cómo ilustran Proverbios 26:4–5 tanto el rechazo de adoptar una presuposición incrédula como el examen temporal de hacia dónde conduce esa presuposición?
6. ¿Por qué el relativismo moral tiene dificultades para condenar consistentemente acciones como objetivamente malas, y cómo podrías exponer ese problema mediante preguntas en lugar de acusaciones?

7. ¿Qué significa decir que la cosmovisión cristiana proporciona las precondiciones para la lógica, la ciencia, la moralidad, el conocimiento y la dignidad humana?
8. ¿Por qué no es suficiente simplemente demostrar que otra cosmovisión tiene problemas? ¿Qué explicación positiva debe proporcionar también el cristiano?
9. Elige un área —lógica, moralidad, ciencia, dignidad humana o conocimiento—. ¿Cómo harías una pregunta sencilla y conversacional que vaya más allá de la superficie y examine su fundamento de cosmovisión?
10. ¿Por qué una conversación apologética debe finalmente avanzar más allá de la crítica de cosmovisión hacia el pecado, la responsabilidad ante Dios, Cristo, el arrepentimiento y la fe?

Capítulo 6 — La ley, la conciencia y el pecador culpable

Texto principal: Romanos 2:12–16

¹² Pues todos los que han pecado sin la ley, sin la ley también perecerán; y todos los que han pecado bajo la ley, por la ley serán juzgados. ¹³ Porque no son los odores de la ley los justos ante Dios, sino los que cumplen la ley; esos serán justificados. ¹⁴ Porque cuando los gentiles, que no tienen la ley, cumplen por instinto los dictados de la ley, ellos, no teniendo la ley, son una ley para sí mismos. ¹⁵ Porque muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, su conciencia dando testimonio, y sus pensamientos acusándolos unas veces y otras defendiéndolos, ¹⁶ el día en que, según mi evangelio, Dios juzgará los secretos de los hombres mediante Cristo Jesús.

Textos de apoyo: Romanos 3:19–24; Romanos 7:7–13; Éxodo 20:1–17; Marcos 10:17–27; Romanos 5:8; Romanos 6:23

Verdad principal: La ley moral hace más que ayudarnos a argumentar que existe una moralidad objetiva. Expone nuestra propia culpa. La conciencia da testimonio de que los seres humanos son moralmente responsables, y la ley pone esa responsabilidad en claro para que el pecador pueda comprender por qué necesita a Jesucristo.

De la moralidad a la culpa personal

En el capítulo anterior examinamos la moralidad objetiva como parte de una cosmovisión. Si alguien dice que el asesinato, el abuso, el racismo o la opresión son verdaderamente malos, podemos preguntar qué hace que esas acciones sean objetivamente malas en lugar de ser simplemente cosas que personalmente nos desagradan. Esa es una pregunta apologética importante. Pero supongamos que la persona finalmente está de acuerdo en que la moralidad objetiva tiene más sentido si existe un Dios santo.

¿Qué sucede después? Todavía no hemos llegado al evangelio. Una persona puede creer que Dios proporciona el fundamento de la moralidad y seguir pensando que ella misma es moralmente aceptable delante de Dios. Puede decir: «Creo en Dios. Simplemente trato de ser una buena persona». En ese momento, la conversación necesita cambiar. La pregunta ya no es solamente: ¿Qué hace posible la moralidad? Se convierte en: ¿Cómo has vivido de acuerdo con la norma moral que reconoces? La ley moral no solamente apunta hacia arriba, hacia un Legislador moral. También apunta hacia adentro. Y cuando lo hace, la conciencia comienza a hablar.

La conciencia da testimonio

Romanos 2 explica que incluso los gentiles que no poseían la Ley mosaica de la misma manera que Israel todavía demostraban una conciencia de obligación moral. Pablo dice que su conciencia da testimonio, mientras sus pensamientos unas veces los acusan y otras los defienden. Esa descripción se parece notablemente a la experiencia humana ordinaria.

- Hacemos algo malo e intentamos justificarlo.
- Sentimos culpa e intentamos silenciarla.
- Condenamos a otra persona por una conducta que excusamos en nosotros mismos.
- Decimos:
 - «Eso fue injusto».
 - «No debiste hacer eso».
 - «Él no tenía derecho».
 - «Eso estuvo mal».

Esas afirmaciones revelan algo acerca de nosotros. Los seres humanos no viven naturalmente como si la moralidad fuera simplemente equivalente a una preferencia personal. Hablamos en términos de deber y no deber. Y esas palabras requieren una explicación.

«Deber» es más que una preferencia

Considera la diferencia entre dos afirmaciones. «Prefiero el helado de chocolate». «No deberías torturar a niños por diversión». La primera es una preferencia personal. Otra persona puede preferir vainilla, y ninguna de las dos ha cometido una ofensa moral. La segunda afirmación es completamente diferente. Cuando decimos que alguien no debería torturar a un niño, no queremos decir simplemente: «Personalmente no me gusta la tortura infantil». Queremos decir que el acto está mal incluso si la persona que lo comete lo disfruta. Queremos decir que no debe hacerlo. Eso es obligación moral. Romanos 2 nos ayuda a comprender por qué los seres humanos pensamos de esta manera. Fuimos creados por Dios y vivimos en Su mundo moral. Incluso donde la ley escrita no ha sido poseída en la misma forma del pacto, los seres humanos revelan una conciencia de responsabilidad moral. La conciencia da testimonio.

La conciencia no es la autoridad final

Esto no significa que la conciencia sea infalible.

- Una persona puede tener una conciencia mal informada.

- La conciencia puede ser moldeada por creencias falsas.
- El pecado repetido puede insensibilizar la sensibilidad moral.
- Las tradiciones religiosas pueden atar la conciencia donde Dios no la ha atado.

La cultura puede entrenar a las personas para aceptar conductas que las Escrituras condenan o condenar conductas que las Escrituras permiten. Así que el cristianismo no enseña: «Todo lo que tu conciencia te diga debe ser correcto». La conciencia no es el legislador. Dios lo es.

La conciencia da testimonio de responsabilidad moral, pero las Escrituras revelan la verdadera norma por la cual nuestras vidas son juzgadas. Esa distinción importa en el evangelismo. Podemos apelar a la conciencia sin convertir los sentimientos humanos en la autoridad suprema.

Romanos 1 y Romanos 2 van juntos

Romanos 1 nos enseñó que la humanidad conoce a Dios y restringe la verdad. Romanos 2 añade otra dimensión. Los seres humanos también viven con conciencia moral.

- Acusan.
- Defienden.
- Juzgan.
- Se excusan.

Esto ayuda a explicar algo que ya hemos discutido. Un ateo puede reconocer verdades morales genuinas sin poseer una cosmovisión que dé razón adecuadamente de ellas. Puede saber que la crueldad está mal porque vive en el mundo de Dios y lleva la imagen de Dios. El problema no es que los incrédulos sean incapaces de reconocer cualquier moralidad. El problema más profundo es que suprimen al Dios que proporciona el fundamento de los juicios morales que continúan haciendo. Por eso el argumento moral puede convertirse en algo más que un argumento a favor de Dios. Puede convertirse en un puente hacia la conciencia.

La norma moral se vuelve contra nosotros

Imagina que alguien dice: «Los cristianos son hipócritas». Hay varias maneras en que podríamos responder. Podríamos ponernos inmediatamente a la defensiva y enumerar ejemplos de caridad cristiana. Podríamos argumentar que la hipocresía no demuestra que el cristianismo sea falso. Ese argumento es válido. Pero existe otra posibilidad. Podemos decir: «Tienes razón en que la hipocresía está mal». Luego preguntar: ¿Qué hace que la

hipocresía esté mal? Eso comienza la discusión de cosmovisión. Pero después otra pregunta se vuelve posible: ¿Alguna vez has dejado de vivir según las normas que esperabas que otras personas siguieran? Ahora algo ha cambiado. La acusación moral que apuntaba hacia afuera se ha vuelto hacia adentro. Esto no excusa la hipocresía cristiana. Si los cristianos se comportan hipócritamente, debemos llamarlo pecado. Pero expone algo universal. La misma norma moral con la que juzgamos a otros también nos juzga a nosotros.

Naturalmente nos comparamos con otras personas

Cuando las personas dicen: «Soy una buena persona», normalmente quieren decir algo comparativo. Quieren decir:

- «Soy mejor que muchas otras personas».
- «Nunca he matado a nadie».
- «Mantengo a mi familia».
- «Trabajo duro».
- «Trato de no hacerle daño a nadie».

Esas expresiones pueden describir acciones genuinamente encomiables. Pero ninguna responde la pregunta central. Dios no nos juzga según si fuimos más respetables que la persona de al lado. La norma no es el peor pecador que podamos imaginar. La norma es Dios.

Romanos 3 hace universal la conclusión: todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios. Eso elimina la jactancia humana. El asunto no es si algunas personas son exteriormente más destructivas que otras. Por supuesto que lo son. El asunto es si alguien puede presentarse delante del Dios santo sobre la base de su propia justicia. Las Escrituras dicen que no.

Lo que hace la ley

Romanos 3 explica que la ley tiene una función importante al exponer la culpa. Pablo dice que la ley habla:

«para que toda boca se calle y todo el mundo sea hecho responsable ante Dios».

Ese lenguaje es impactante. La ley cierra la boca. ¿Por qué? Porque los pecadores naturalmente se defienden.

- «No soy tan malo».
- «Todo el mundo lo hace».
- «Tenía buenas intenciones».

- «Por lo menos no soy como esa persona».
- «Dios sabe que lo intenté».

La ley elimina esas defensas. No pregunta si nuestro comportamiento se compara favorablemente con el de otro pecador. Revela la norma de Dios. Y:

«por medio de la ley viene el conocimiento del pecado».

La ley es como un espejo

Una ilustración útil es un espejo. Un espejo puede mostrarte suciedad en el rostro. Pero el espejo no puede lavarte la cara. Su propósito es revelar. Te muestra el problema. La ley funciona de manera similar. Revela lo que exige la justicia. Luego expone nuestro fracaso. La ley puede decirnos: «Eres culpable». No puede declarar: «Te has justificado a ti mismo». Esa distinción es esencial para el evangelio. Si utilizamos la ley solamente para decirles a las personas que se comporten mejor, hemos convertido el cristianismo en moralismo. La ley revela la enfermedad. El evangelio anuncia lo que Dios ha hecho por aquellos que no pueden curarse a sí mismos.

Los Diez Mandamientos y el corazón

Los Diez Mandamientos son particularmente útiles porque muestran que la norma de Dios alcanza todas las áreas de la vida. La ley aborda nuestra relación con Dios.

- No debemos tener otros dioses.
- No debemos crear ídolos.
- No debemos usar indebidamente el nombre de Dios.
- La ley también aborda nuestra relación con los demás. Honra a tu padre y a tu madre.
- No asesines.
- No cometas adulterio.
- No robes.
- No des falso testimonio.
- Pero el último mandamiento llega directamente al deseo.
- No codicies. La codicia no es simplemente una acción externa. Ocurre dentro del corazón.

Esto impide que reduzcamos la obediencia a una respetabilidad externa. Jesús desarrolla el mismo punto cuando demuestra que la ira y la lujuria revelan la condición moral que está

debajo del comportamiento externo. Dios no examina solamente lo que otras personas pueden ver. Él conoce el corazón.

«Dios conoce mi corazón»

Algunas veces alguien dice: «Dios conoce mi corazón». Normalmente la afirmación pretende ofrecer consuelo. Pero bíblicamente plantea un asunto mucho más serio. Sí, Dios conoce el corazón. Lo conoce perfectamente. Conoce motivos que nadie más ve. Conoce deseos que nunca llevamos a la práctica. Conoce el orgullo escondido debajo de acciones aparentemente buenas. Conoce el resentimiento, la envidia, la lujuria, la justicia propia, el odio y la ambición egoísta. El problema no es que Dios nos haya entendido mal. El problema es que nos conoce completamente. Por eso la moralidad externa no puede justificarnos.

El joven rico nuevamente

El encuentro del capítulo 4 se vuelve importante aquí. El joven rico creía haber guardado los mandamientos de Dios desde su juventud. Jesús no aceptó su propia evaluación. Expuso el ídolo de su corazón. El hombre amaba sus posesiones. Su vida exteriormente moral no había eliminado el problema más profundo de su lealtad. Este es un principio importante para el evangelismo. La ley no es simplemente una lista de comportamiento externo. Su propósito no es ayudar a las personas a concluir: «Lo he hecho razonablemente bien». Nos lleva delante de la santidad de Dios. Y delante de esa norma, la justicia propia se derrumba.

Ray Comfort y la pregunta de la «buena persona»

El método evangelístico de Ray Comfort ha popularizado una pregunta sencilla: ¿Te consideras una buena persona? La pregunta puede ser útil porque muchas personas responden que sí. La conversación entonces se dirige a los mandamientos de Dios.

- ¿Has mentido?
- ¿Has robado?
- ¿Has codiciado?
- ¿Has usado indebidamente el nombre de Dios?

El propósito no es simplemente colocar etiquetas sobre alguien. El propósito es demostrar que la definición de bondad de la persona es mucho más baja que la de Dios. Esto puede ser muy eficaz con una persona que confía en su propia justicia. Pero el método debe seguir siendo una herramienta en lugar de convertirse en un ritual.

No conviertas la ley en un guion

No hay nada inspirado en preguntar exactamente cuatro mandamientos en exactamente el mismo orden. El principio bíblico es más amplio. La ley de Dios expone el pecado. Eso puede suceder de diferentes maneras dependiendo de la persona. Alguien puede tener ya una conciencia muy sensible y reconocer abiertamente su culpa. Quizá no necesite una «prueba de buena persona» de diez minutos. Otra persona puede ser extremadamente justa en su propia opinión y necesitar una exposición mucho más cuidadosa a la norma de Dios. La persona importa. La conversación importa. La verdad bíblica permanece fija, pero el método puede adaptarse.

La convicción no es lo mismo que la manipulación

Debido a que el juicio y la culpa son temas serios, los evangelistas deben distinguir entre la convicción y la manipulación emocional.

La convicción dice: Has pecado contra un Dios santo.

La manipulación dice: Voy a producir suficiente temor o presión emocional para que me des la respuesta que quiero.

No son lo mismo. Las Escrituras advierten abiertamente acerca del juicio. Jesús advirtió acerca del juicio. Pablo advirtió acerca del juicio. Nunca debemos avergonzarnos de eso. Pero nuestro propósito no es aterrorizar a alguien hasta que repita ciertas palabras. Dios no necesita nuestras técnicas psicológicas para salvar. Nosotros decimos fielmente la verdad. El Espíritu de Dios aplica esa verdad al corazón.

El temor al juicio es bíblico

Algunos enfoques evangelísticos modernos evitan casi por completo el juicio porque temen que suene negativo. Ese no es el patrón bíblico. Romanos 2 mismo avanza hacia el día en que Dios juzgará. Hechos 17 dice que Dios ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia. Jesús advirtió repetidamente a Sus oyentes acerca del juicio. El evangelio es buenas noticias en parte porque realmente existen malas noticias.

- Somos culpables.
- El juicio es real.
- La muerte es real.
- No podemos justificarnos a nosotros mismos.

Si nada de eso fuera verdadero, la cruz sería innecesaria.

Pero el temor no es el evangelio

Al mismo tiempo, el temor al juicio no es en sí mismo el evangelio. El evangelio no es: «Ten suficiente miedo para volverte religioso». El evangelio anuncia lo que Dios ha hecho por pecadores culpables. El juicio revela por qué la salvación es necesaria. La cruz revela lo que Dios ha hecho.

Romanos 5:8 dice:

«Pero Dios demuestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

El Dios que juzga también es el Dios que proporcionó el sacrificio. La justicia y la misericordia se encuentran en Cristo.

«Todo el mundo lo hace»

Supongamos que alguien dice: «Sí, algunas veces miento, pero todo el mundo miente». La afirmación puede ser descriptivamente verdadera. Muchas personas mienten. Pero la frecuencia no determina la moralidad. Si todo el mundo robara, el robo no se volvería justo. Si toda sociedad aprobara la injusticia, la injusticia no se volvería buena. La pregunta no es: ¿Cuántas personas cometen este pecado? La pregunta es: ¿Dios lo llama pecado? Aquí tenemos otro lugar donde la apologética y la ley se cruzan. La persona puede estar presuponiendo que el comportamiento común determina la aceptabilidad moral. Una pregunta sencilla expone la presuposición: ¿Que todo el mundo haga algo hace que esté bien? Normalmente la respuesta es evidente.

«Nadie es perfecto»

Otra respuesta común es: «Nadie es perfecto». Esa afirmación es verdadera. Pero a menudo se utiliza como si la culpa universal de alguna manera eliminara la responsabilidad. Supongamos que todos los acusados en un tribunal fueran culpables. ¿Haría la culpa universal que cada individuo fuera inocente? No. Si acaso, revelaría la magnitud del problema. El cristianismo está de acuerdo en que nadie es perfecto. Precisamente por eso nadie puede jactarse delante de Dios. El evangelio no divide a la humanidad entre cristianos perfectos e incrédulos pecadores. Divide a la humanidad entre pecadores que permanecen en su culpa y pecadores que han recibido gracia por medio de Cristo.

El evangelismo debe usar «nosotros»

Esto debe afectar nuestro tono. No nos colocamos por encima del incrédulo diciendo: «Tú eres el pecador. Yo estoy aquí para explicarte tus problemas». Decimos: Nosotros hemos pecado. La ley de Dios me condena aparte de Cristo tan seguramente como condena a cualquier otra persona.

- Yo he mentido.
- Yo he sido egoísta.
- Yo he dejado de amar a Dios como debo.
- Yo he violado Su norma.

La diferencia entre el creyente y el incrédulo no es que una persona fuera naturalmente justa y la otra naturalmente malvada. El cristiano es un pecador que ha recibido misericordia. Eso debería destruir la arrogancia en el evangelismo.

La ley revela más que el quebrantamiento de reglas

El pecado es más profundo que violar mandamientos aislados. Romanos 1 nos mostró la rebelión más profunda. La humanidad se niega a honrar a Dios como Dios. Cambiamos al Creador por cosas creadas. Suprimimos Su verdad. Esto significa que el pecado no es simplemente imperfección moral. Es rebelión contra la autoridad legítima. La insistencia del incrédulo en determinar la verdad independientemente de Dios está conectada con la misma postura fundamental que dice: Yo determinaré mi vida independientemente de Dios. La autonomía no es simplemente un asunto intelectual. Es un asunto moral. La criatura quiere ocupar el lugar del Creador.

La ley cierra la boca

Romanos 3 describe al mundo haciéndose responsable ante Dios y toda boca cerrándose. Esa es una imagen poderosa de lo que sucede cuando la justicia propia es eliminada. Ya no hay: «Pero yo...». Ya no hay: «Por lo menos yo...». Ya no hay: «¿Y qué de aquella persona?». La comparación termina. Estamos delante de Dios. Ahí es donde la gracia se vuelve comprensible. Una persona que cree estar sana tiene poco interés en una cura. Una persona que cree ser justa ve poca necesidad de justificación. La ley revela la verdad acerca de nuestra condición.

Entonces llega el «pero ahora»

Romanos 3 no termina con la culpa. Después de establecer el pecado universal, Pablo se vuelve hacia la justicia que Dios proporciona aparte de las obras humanas. Ese movimiento es vital. El evangelista no debe dejar al pecador mirando solamente su culpa. La ley no es el destino. Cristo lo es. El evangelio anuncia que la justicia que no poseemos puede recibirse mediante la fe en Jesucristo. La gracia solamente tiene sentido cuando comprendemos por qué la necesitamos. Pero una vez que la culpa está clara, debemos llevar a la persona a la gracia.

La ilustración del tribunal

Un tribunal puede ayudar a ilustrar esta distinción. Imagina a un acusado culpable de pie delante de un buen juez. La evidencia es clara. El acusado admite su culpa. ¿Puede un juez justo simplemente decir: «Soy amoroso, así que fingiré que nada sucedió»? Eso no sería justicia. Un buen juez toma la culpa en serio. Ahora imagina que la pena es legalmente satisfecha en favor del culpable. La justicia no ha sido ignorada. La deuda ha sido resuelta. La ilustración es limitada, como todas las ilustraciones, pero ayuda a explicar por qué el perdón no puede significar simplemente que Dios decide que el pecado nunca importó. La cruz demuestra tanto la seriedad del pecado como la grandeza de la gracia.

El amor de Dios se ve en la cruz

Romanos 5:8 dice:

«Pero Dios demuestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

Observa quién inicia la salvación. Dios no espera que los pecadores lleguen a ser dignos de amor. Cristo muere mientras todavía son pecadores. Esto evita que imaginemos al Padre como renuente a salvar mientras Jesús lo persuade para que sea misericordioso. La cruz es la demostración del propio amor de Dios.

- El Padre envía.
- El Hijo se entrega.
- La salvación es la obra misericordiosa de Dios.

De la moralidad a la conciencia y a Cristo

Ahora podemos conectar todo el movimiento. Supongamos que alguien dice: «No creo en Dios, pero el abuso infantil obviamente es malo». Podemos comenzar apologéticamente: ¿Qué hace que sea objetivamente malo? La conversación explora la moralidad. Finalmente

explicamos que la moralidad objetiva tiene sentido dentro del cristianismo porque la bondad está fundamentada en el carácter santo de Dios. Entonces viene la transición crucial: Si la norma moral de Dios es real, ¿juzga solamente a quienes abusan de niños, o también te juzga a ti y a mí? Ahora la moralidad se ha vuelto personal. La conciencia se involucra. La ley expone el pecado. Entonces el evangelio responde a la culpa. Cristo murió por pecadores. Así es como la apologética sirve al evangelismo.

Cuando alguien dice: «Soy una buena persona»

Una conversación natural podría sonar así. «Creo que soy una buena persona». ¿Qué quieres decir con buena? «Trato bien a las personas». ¿Siempre has tratado a todos de la manera en que crees que deben ser tratados? «Bueno, no. Nadie lo hace». Entonces, incluso según tu propia norma, ¿siempre has hecho lo que crees que es correcto? «No». En ese punto, las Escrituras nos llevan más lejos. El problema no es simplemente que fracasamos según nuestras propias normas. Fracasamos según la de Dios. El propósito de la conversación no es atrapar a la persona. Es ayudarla a ver lo que las Escrituras dicen que ya es verdad.

Cuando alguien dice: «Dios me perdonará»

Otra persona puede reconocer el pecado pero decir: «Dios perdona. Él me perdonará». La afirmación plantea una pregunta importante: ¿Sobre qué base? Si Dios simplemente ignora la culpa, ¿qué sucede con la justicia? ¿Alabaríamos a un juez terrenal que constantemente dejara libres a criminales culpables porque se considera amoroso? No. Lo llamaríamos injusto. Entonces, ¿cómo puede Dios perdonar a los pecadores y seguir siendo perfectamente justo? Esa pregunta nos lleva directamente a la cruz. El perdón cristiano no está basado en que Dios finja que el pecado nunca importó. Cristo murió por los pecados. La gracia tiene un costo.

Cuando alguien dice: «Dios sabe que lo intento»

Alguien más puede decir: «Sé que cometo errores, pero Dios sabe que lo intento». La afirmación presupone que el esfuerzo sincero es la norma. Pregunta: ¿Cuánto esfuerzo sería suficiente? Luego: ¿Intentar obedecer elimina la culpa de los pecados ya cometidos? Imagina a un acusado culpable diciendo: «Quebranté la ley, pero realmente intenté no hacerlo». El esfuerzo no elimina la culpa. El evangelio no anuncia que Dios recompensa a quienes hicieron el mejor esfuerzo. El evangelio anuncia que Dios salva a pecadores por medio de Cristo.

No uses la ley cruelmente

Hay una precaución pastoral importante. No toda persona que reconoce su pecado necesita que la presionemos más. Supongamos que alguien dice: «Sé que soy culpable. He destruido mi vida. No creo que Dios pueda perdonarme jamás». Esa persona no necesita que pasemos otros veinte minutos demostrando que es culpable. Ya lo sabe. Dale a Cristo. Háblale de la gracia. Dile que Cristo murió por pecadores. La ley sirve para exponer la culpa. Una vez que la persona ve la culpa, el evangelio es la respuesta. La sabiduría sabe cuándo cambiar de dirección.

El orgulloso y el quebrantado necesitan énfasis diferentes

Una persona convencida de su propia justicia puede necesitar la ley. Una persona aplastada por la culpa puede necesitar escuchar acerca de la gracia. El evangelio permanece igual. Pero la siguiente verdad que enfatizamos puede ser diferente. Jesús trató al joven rico de manera diferente de los pecadores quebrantados que se acercaron a Él conscientes de su necesidad. El evangelista debe aprender la misma sabiduría. No consueles la justicia propia. No aplastes al quebrantado. Dile a cada persona la verdad que necesita para llevarla hacia Cristo.

La meta no es un mejor comportamiento

Debemos evitar un último peligro. Después de exponer el pecado, accidentalmente podemos dejar a la persona pensando: «Entiendo. Necesito dejar de mentir, controlar mi lujuria, ser más generoso y vivir una vida mejor». Si esa es la conclusión, hemos enseñado reforma moral en lugar del evangelio. La ley sí revela cómo debemos vivir. Pero un pecador culpable no resuelve su problema simplemente pecando menos mañana. ¿Qué sucede con la culpa de ayer? ¿Qué sucede con el corazón pecaminoso? ¿Qué sucede con nuestra posición delante de Dios? Necesitamos justificación. Necesitamos perdón. Necesitamos reconciliación. Necesitamos a Cristo.

Verdad principal para recordar

La ley moral no solamente proporciona material para un argumento acerca de la existencia de Dios. Nos expone. La conciencia da testimonio de que somos moralmente responsables. La ley define esa responsabilidad y cierra la boca de la justicia propia. Reconocemos el mal en el mundo. Luego la norma se vuelve hacia nosotros. Descubrimos que nosotros también la hemos violado. Por eso el evangelio es necesario. La ley dice que somos culpables. El evangelio anuncia que Cristo murió por personas culpables. La ley elimina la jactancia. La

gracia nos da a Cristo. No utilizamos la ley para humillar a las personas. La utilizamos fielmente para que los pecadores comprendan por qué necesitan al Salvador.

Preguntas para estudio y reflexión

1. Según Romanos 2:12–16, ¿qué papel desempeña la conciencia en la conciencia moral humana, y qué revelan los pensamientos que acusan y defienden acerca de la responsabilidad moral?
2. ¿Cuál es la diferencia entre la conciencia y la ley moral de Dios, y por qué los cristianos deben evitar tratar la conciencia como una autoridad final infalible?
3. ¿Cómo funcionan juntos Romanos 1 y Romanos 2 para explicar cómo los incrédulos pueden suprimir la verdad acerca de Dios y aun así reconocer obligaciones morales genuinas?
4. Según Romanos 3:19–20, ¿qué logra la ley de Dios, y por qué describe Pablo que toda boca queda cerrada delante de Dios?
5. ¿Por qué compararnos con personas que parecen moralmente peores que nosotros es una manera inadecuada de determinar si somos justos delante de Dios?
6. ¿Cómo ilustra el joven rico en Marcos 10 la diferencia entre la moralidad externa y la lealtad más profunda del corazón?
7. ¿Cuáles son las fortalezas de preguntarle a alguien: «¿Te consideras una buena persona?», y qué peligro surge si la pregunta se convierte en parte de un guion evangelístico mecánico?
8. ¿Cuál es la diferencia entre la convicción bíblica de pecado y la manipulación emocional, especialmente cuando hablamos del juicio?
9. ¿Cómo podrías llevar una conversación desde la afirmación «Algunas cosas son objetivamente malas» hasta la pregunta personal de si tú y la otra persona han vivido de acuerdo con la norma moral de Dios?
10. ¿Por qué una conversación evangelística debe avanzar de la ley al evangelio en lugar de terminar con el mandato de comportarse mejor?

Capítulo 7 — ¿Qué debo hacer para ser salvo?

Texto principal: Hechos 16:25–34

²⁵ Como a medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios, y los presos los escuchaban. ²⁶ De repente se produjo un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel fueron sacudidos. Al instante se abrieron todas las puertas y las cadenas de todos se soltaron. ²⁷ Al despertar el carcelero y ver abiertas todas las puertas de la cárcel, sacó su espada y se iba a matar, creyendo que los prisioneros se habían escapado. ²⁸ Pero Pablo clamó a gran voz: «No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí». ²⁹ Entonces él pidió luz y se precipitó adentro, y temblando, se postró ante Pablo y Silas. ³⁰ Después de sacarlos, dijo: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?». ³¹ Ellos respondieron: «Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y toda tu casa». ³² Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. ³³ El carcelero los tomó en aquella misma hora de la noche y les lavó las heridas, y enseguida fue bautizado, él y todos los suyos. ³⁴ Llevándolos a su hogar, les dio de comer, y se regocijó grandemente por haber creído en Dios con todos los suyos.

Textos de apoyo: Romanos 3:21–26; Romanos 5:8; Romanos 6:23; Romanos 10:9–13; Efesios 2:1–10; Marcos 1:14–15; Juan 3:14–18; 1 Juan 5:11–13

Verdad principal: La salvación es completamente obra de la gracia de Dios. Al pecador se le ordena arrepentirse y creer en Jesucristo, pero incluso esa fe no es una contribución humana autónoma que completa la obra de Dios. Dios da vida, lleva al pecador a Cristo y recibe toda la gloria por la salvación.

La pregunta hacia la cual se dirige toda conversación evangelística

Durante varios capítulos hemos trabajado con las preguntas que pueden surgir antes de que alguien esté preparado para escuchar una presentación clara del evangelio. Hemos considerado cosmovisiones y presuposiciones. Hemos aprendido a escuchar, a aclarar lo que una persona quiere decir, a preguntar cómo llegó a sus conclusiones y a exponer contradicciones dentro de una cosmovisión. Hemos examinado la moralidad, la conciencia, la culpa y el propósito de la ley de Dios. Todo eso importa.

Pero la apologética no es el destino. Finalmente, la conversación tiene que llegar a Cristo.

Algunas veces la persona que comenzó argumentando comienza a preguntar. La discusión acerca de la moralidad se vuelve personal. La persona que insistía en que era un buen hombre comienza a reconocer su culpa. La persona que desafiaba al cristianismo comienza a darse cuenta de que su problema más profundo no es meramente intelectual.

Entonces las preguntas cambian.

- ¿Cómo puedo ser perdonado?
- ¿Cómo puedo estar bien con Dios?
- ¿Qué debo hacer para ser salvo?

Eso es exactamente adonde nos lleva Hechos 16. El carcelero de Filipos llega temblando delante de Pablo y Silas y pregunta:

«Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?» — Hechos 16:30

Pablo y Silas responden:

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo...» — Hechos 16:31

La respuesta es maravillosamente directa. Sin embargo, debemos comprender lo que significa. ¿Quién es este Señor Jesús? ¿Qué es la fe salvadora? ¿De dónde viene la fe? ¿Qué es el arrepentimiento? ¿Salva el hecho de hacer una oración? ¿Qué debemos decir cuando alguien profesa fe? ¿Cómo debemos hablar acerca de la seguridad de salvación? ¿Qué evidencia debe acompañar la regeneración?

Estas no son preguntas secundarias. Pertenecen al evangelismo fiel.

El carcelero ha llegado al final de sí mismo

El contexto de Hechos 16 importa. Pablo y Silas han sido golpeados, encarcelados y puestos en el cepo. Sin embargo, a medianoche están orando y cantando himnos a Dios. De repente, un terremoto sacude la cárcel, las puertas se abren y las cadenas de los prisioneros se sueltan. El carcelero despierta y supone que todos han escapado. Creyendo que la calamidad ha caído sobre él, se prepara para quitarse la vida. Pablo lo detiene:

«No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí». — Hechos 16:28

El carcelero entra apresuradamente, temblando, y se postra delante de Pablo y Silas. Su pregunta no es un ejercicio teológico abstracto. Ha sido sacudido hasta lo más profundo.

Ya no está preguntando si el cristianismo es intelectualmente interesante. Pregunta:

«¿Qué debo hacer para ser salvo?» — Hechos 16:30

Esto nos enseña algo importante acerca del evangelismo: no toda persona necesita la misma conversación a continuación.

- La persona que cree que toda verdad es relativa puede necesitar que sus presuposiciones sean desafiadas.
- La persona que dice que las Escrituras han sido corrompidas puede necesitar que se responda esa objeción.
- La persona que confía en su propia justicia puede necesitar la ley.

Pero cuando una persona ya ha llegado al punto en que comprende su culpa y pregunta cómo puede ser salva, no debemos hacerla retroceder a través de diez argumentos apoloéticos. Dale a Cristo.

La respuesta no es «hazte mejor»

Pablo y Silas no le dicen al carcelero que arregle su vida antes de venir a Dios. No le dicen que compense sus pecados mediante buenas obras. No le dicen que se una a una iglesia, se vuelva más religioso, mejore su moralidad ni demuestre que es sincero. Dicen:

«Cree en el Señor Jesús...» — Hechos 16:31

El pecador naturalmente mira hacia adentro.

- ¿Qué puedo hacer?
- ¿Cómo puedo arreglarme?
- ¿Cómo puedo llegar a ser digno?
- ¿Cuánto debo cambiar antes de que Dios me reciba?

El evangelio aparta los ojos del pecador de sí mismo. Cristo ha hecho lo que el pecador no puede hacer. La pregunta no es cómo una persona culpable puede acumular suficiente justicia para presentarse delante de Dios. El evangelio anuncia que la justicia es provista en Cristo. Por eso Pablo describe el evangelio en Romanos 3 hablando de una justicia que viene de Dios. Dice:

«la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo...» — Romanos 3:22

El pecador no se convierte en su propio salvador. Necesita a Otro.

El mandato de creer es real

Nunca debemos debilitar el mandato bíblico de creer porque afirmemos la soberanía de Dios en la salvación. Las Escrituras verdaderamente ordenan a los pecadores arrepentirse. Jesús proclamó:

«arrepíentanse y crean en el evangelio». — Marcos 1:15

Pablo y Silas verdaderamente ordenan al carcelero creer. Los apóstoles predicán a Cristo y llaman a las personas a responder. El pecador es responsable delante de Dios. Pero el hecho de que se le ordene creer no significa que el hombre caído posea algún área intacta de neutralidad espiritual desde la cual pueda producir independientemente la fe salvadora.

Las Escrituras mantienen juntas dos verdades que nosotros también debemos mantener juntas. El pecador debe creer. Y cuando el pecador cree, la gracia lo ha llevado hasta allí. El mandato revela nuestra responsabilidad. No establece nuestra capacidad espiritual aparte de la gracia.

La salvación no es un proyecto cooperativo

Uno de los errores más fáciles en el evangelismo es describir la salvación como si Dios hiciera casi todo y luego esperara que el hombre contribuyera la parte final y decisiva.

- Dios envía a Su Hijo.
- Cristo muere.
- Cristo resucita.
- El evangelio es predicado.
- La gracia hace que la salvación esté disponible.

Entonces, supuestamente, personas espiritualmente neutrales se encuentran delante de la oferta y determinan su propio destino aportando la única cosa que Dios no proporcionó: la decisión correcta. Pero eso no encaja con la descripción bíblica de la humanidad caída.

Efesios 2 no describe al pecador como alguien básicamente vivo que simplemente necesita ayuda. Pablo dice que estábamos:

«muertos en sus delitos y pecados». — Efesios 2:1

Entonces el pasaje da un giro con dos de las palabras más importantes de las Escrituras:

«Pero Dios...» — Efesios 2:4

- Dios actúa.
- Dios da vida.

- Dios no se limita a colocar medicina al lado de un hombre espiritualmente moribundo y esperar para ver si decide tomarla.

La imagen bíblica es la resurrección.

Los muertos no se resucitan a sí mismos

El lenguaje de muerte espiritual importa. Una persona muerta no puede cooperar para causar su propia resurrección. La vida tiene que ser dada. Sin embargo, esto no significa que el pecador convertido nunca actúe. Verdaderamente cree. Verdaderamente se arrepiente. Verdaderamente ama a Cristo. Verdaderamente sigue a Cristo.

La gracia no elimina la respuesta humana. La gracia la produce. Dios no cree en nuestro lugar. Nosotros creemos. Dios no se arrepiente en nuestro lugar. Nosotros nos arrepentimos. Pero cuando preguntamos por qué un pecador espiritualmente muerto finalmente se vuelve de su rebelión y viene voluntariamente a Cristo, la explicación final no puede ser que algo moral o espiritualmente superior se originó independientemente dentro de él. La explicación es la gracia.

Pablo dice:

«por gracia ustedes han sido salvados...» — Efesios 2:5

Esa verdad protege al evangelismo tanto del orgullo como de la desesperación. No podemos jactarnos cuando alguien cree. Y no nos desesperamos cuando nuestros argumentos no pueden producir fe. Dios da vida.

¿Qué es la fe salvadora?

La fe salvadora es más que conocer hechos verdaderos acerca de Jesús. Una persona puede afirmar que Jesús existió, que fue crucificado, que los cristianos proclaman Su resurrección y que la salvación se encuentra en Él, y aun así permanecer inconversa. Las Escrituras nunca presentan la fe salvadora como mero asentimiento intelectual.

El problema es más profundo porque el hombre caído no es espiritualmente neutral. No simplemente carece de una última pieza de información. Aparte de la obra de Dios, está muerto en pecado y es incapaz de producir vida espiritual desde dentro de sí mismo. Por eso la salvación debe entenderse, de principio a fin, como un acto de gracia divina.

Efesios 2 describe a los pecadores como muertos antes de declarar que Dios les dio vida juntamente con Cristo. El movimiento no va del hombre espiritualmente neutral hacia una mejor decisión. Va de la muerte a la vida.

Pablo dice:

«aun cuando estábamos muertos... nos dio vida juntamente con Cristo». — Efesios 2:5

Por lo tanto, la fe nunca debe tratarse como la única contribución que el hombre aporta para que Dios pueda completar la salvación. La fe no es un acto meritorio que haga al pecador digno de la gracia.

Las Escrituras dicen:

«Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe...» — Efesios 2:8

El pecador cree porque Dios ha actuado misericordiosamente hacia él. La misma gracia que salva lleva al pecador a descansar en Cristo en lugar de descansar en sí mismo.

Hechos 16 nos proporciona el objeto apropiado de esa fe:

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo...» — Hechos 16:31

El mandato es real. El pecador es responsable de creer. Pero el mandato no implica que el hombre caído pueda producir fe salvadora independientemente de la gracia de Dios. El evangelio verdaderamente llama a los pecadores a arrepentirse y creer, y cuando un pecador realmente cree, toda la gloria pertenece a Dios.

La fe salvadora tiene un objeto

La fe salvadora no es fe en la fe.

- No es confianza en la sinceridad.
- No es confianza en la intensidad de una experiencia religiosa.
- No es confianza en un certificado de bautismo.
- No es confianza en la membresía de una iglesia.
- No es confianza en una oración repetida años atrás.

La fe salvadora descansa en Jesucristo mismo. Por lo tanto, la pregunta crucial no es: ¿Qué tan fuerte es mi fe? Es: ¿En quién está descansando mi fe?

Una fe débil no hace insuficiente a un Cristo suficiente. Una confianza fuerte en el objeto equivocado no se vuelve salvadora simplemente porque sea sincera.

El poder salvador no se encuentra en la intensidad psicológica de la fe. Se encuentra en Cristo: Su justicia, Su muerte expiatoria, Su resurrección y Su obra terminada. Por lo tanto, la fe salvadora aparta la mirada del yo y descansa en Cristo.

¿En qué estamos confiando en lugar de Cristo?

Los seres humanos naturalmente encuentran algo en lo cual depositar su confianza. La persona que confía en su propia justicia confía en su moralidad. La persona religiosa puede confiar en su bautismo, sacramentos, asistencia a la iglesia, historia familiar o actividad religiosa. Otra persona confía en su sinceridad. Otra confía en una experiencia emocional. Alguien criado en la iglesia puede confiar en el recuerdo de haber pasado al frente. Otra persona puede confiar en una fecha escrita dentro de una Biblia. Otra puede decir: «Siempre he creído en Dios». Ninguna de estas cosas es Cristo.

La fe salvadora dice: No poseo ninguna justicia propia que pueda justificarme delante de Dios. Mi única esperanza es Jesucristo. La fe no presenta algo impresionante delante de Dios. La fe recibe.

¿Qué tienes que no recibiste?

Pablo pregunta:

«¿Qué tienes que no recibiste?» — 1 Corintios 4:7

Esa pregunta llega directamente al corazón de la salvación. Si un pecador cree mientras otro rechaza a Cristo, ¿qué explica finalmente la diferencia? ¿Puede el creyente decir que era naturalmente más sabio? ¿Más sensible espiritualmente? ¿Más dispuesto? ¿Mejor al utilizar su libertad? Si esa se convierte en la explicación final, el hombre ha encontrado algo mediante lo cual distinguirse a sí mismo. Pablo elimina esa jactancia.

La gracia hizo la diferencia.

- Dios abrió el corazón.
- Dios dio vida.
- Dios llevó al pecador a Cristo.
- Y el pecador verdaderamente creyó.

Eso no es una negación de la fe. Es una explicación de por qué existe la fe.

El arrepentimiento va junto con la fe

La fe salvadora no puede separarse del arrepentimiento.

Jesús predicó:

«arrepíentanse y crean en el evangelio». — Marcos 1:15

El arrepentimiento es más que remordimiento. Una persona puede lamentar que el pecado produjo consecuencias dolorosas sin volverse del pecado mismo. El arrepentimiento incluye un cambio fundamental con respecto a Dios, al pecado y a uno mismo. El pecador deja de defender su rebelión. Ya no insiste en su propio derecho de definir la realidad, la moralidad y la vida independientemente de su Creador. Se vuelve hacia Dios.

La fe y el arrepentimiento pueden distinguirse, pero no deben separarse. El arrepentimiento enfatiza volverse del pecado y de la rebelión. La fe enfatiza descansar en Cristo. No son dos logros mediante los cuales un pecador compra la gracia. Son la respuesta del pecador a quien la gracia está llevando a Cristo.

El arrepentimiento no es reformarnos a nosotros mismos

Cuando le decimos a alguien que se arrepienta, no estamos diciendo:

- «Primero arregla tu vida».
- «Vence tus pecados y luego ven a Cristo».
- «Demuestra que mereces misericordia».

Eso simplemente crearía otro sistema de obras. El pecador viene a Cristo precisamente porque no puede limpiarse a sí mismo. El arrepentimiento no significa alcanzar la ausencia de pecado antes de acercarse al Salvador. Significa que el pecador ya no quiere defender la rebelión de la cual necesita ser salvado.

La persona que dice: «Vendré a Cristo cuando me arregle», no ha comprendido la gracia. Cristo recibe pecadores, no personas que lograron repararse a sí mismas.

El evangelio debe tener contenido

Hechos 16:31 es breve:

«Cree en el Señor Jesús...»

Pero Hechos no presenta esas palabras como una frase mágica separada de toda explicación. El siguiente versículo dice:

«Y le hablaron la palabra del Señor...» — Hechos 16:32

El carcelero necesitaba saber quién era este Jesús y qué había hecho. El evangelio tiene contenido.

- Dios es Creador y Juez.
- El hombre ha pecado contra Él.
- Cristo vino.
- Cristo murió por pecadores.
- Cristo resucitó de entre los muertos.
- Cristo es Señor.
- La salvación es por gracia.
- A los pecadores se les ordena arrepentirse y creer.

No necesitamos convertir cada conversación evangelística en un curso completo de seminario. Pero una persona debe comprender suficiente del evangelio para conocer al Cristo en quien está siendo llamada a confiar.

El objeto de la fe debe ser el Cristo bíblico

Esto se vuelve especialmente importante cuando hablamos con personas de contextos religiosos que utilizan vocabulario cristiano.

- Un mormón puede decir: «Creo en Jesús».
- Un testigo de Jehová puede decir lo mismo.
- Un musulmán puede honrar a Jesús como profeta.
- Un pluralista religioso puede admirar a Jesús como un maestro espiritual entre muchos.

Incluso una persona que ha pasado toda su vida en la iglesia puede utilizar el nombre Jesús teniendo muy poca comprensión del evangelio bíblico. Por eso algunas veces debemos preguntar:

- ¿Quién es Jesús?
- ¿Qué logró?
- ¿Por qué murió?
- ¿Qué significa que Él es Señor?

La fe salvadora no descansa en una figura religiosa que casualmente se llama Jesús. Descansa en el Cristo revelado en las Escrituras.

La gracia es un regalo, no un salario

Romanos 6:23 nos presenta un contraste claro:

«Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna...» — Romanos 6:23

- Un salario se gana.
- Un regalo se da.
- El pecado gana la muerte.
- La vida eterna es dada en Cristo.

Eso destruye la idea de que la salvación sea un pago que Dios les debe a las personas moralmente exitosas. También expone la contradicción de decir que la salvación es un regalo gratuito pero que una persona primero debe llegar a ser suficientemente buena para calificar para recibirlo. La gracia significa que el pecador recibe lo que jamás podría ganar.

La gracia no significa que las obras sean irrelevantes

Efesios 2 nos protege del error opuesto. Después de decir que la salvación es por gracia y no como resultado de obras, Pablo inmediatamente dice que los creyentes somos:

«creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras». — Efesios 2:10

Por lo tanto, las obras tienen un lugar esencial, pero debemos mantener el orden correcto. Las obras no son la raíz de la justificación. Son el fruto de la salvación. No obedecemos para convencer a Dios de que nos salve. Dios salva, y la salvación que Él da produce una vida transformada.

Esa distinción se vuelve sumamente importante cuando comenzamos a hablar de conversión, seguridad de salvación y evidencia de regeneración.

El peligro del decisionismo

En este punto debemos distinguir entre un llamado bíblico a tomar una decisión y el decisionismo. No hay nada malo en decirle a una persona que debe responder a Cristo. Las Escrituras hacen exactamente eso. Jesús llama a los hombres a arrepentirse y creer. Pablo le dice al carcelero que crea. El evangelio exige una respuesta.

El decisionismo es algo diferente. El decisionismo reduce la conversión a un acto humano y luego trata ese acto como si fuera prueba de que la regeneración ha ocurrido.

- Una persona levanta la mano.
- Pasa al frente.
- Firma una tarjeta.
- Repite una oración.
- Marca una fecha en su Biblia.

Y entonces alguien declara: «Eres salvo». El peligro no es que ninguna de esas acciones externas sea automáticamente incorrecta. Una persona genuinamente convertida puede haber hecho una o varias de ellas.

El peligro está en convertir la acción misma en la base para declarar que Dios ha regenerado a alguien.

En la práctica, el decisionismo puede fácilmente reemplazar la regeneración. A una persona se le puede enseñar a mirar hacia atrás, hacia la sinceridad de una decisión pasada, como prueba de que es salva, en lugar de mirar a Cristo y considerar la evidencia continua de la obra salvadora de Dios en su vida. Una decisión puede acompañar la conversión. Pero una decisión no causa la regeneración. Y una decisión por sí sola no demuestra la regeneración.

La conversión es más que tomar una decisión

El lenguaje bíblico de la conversión es mucho mayor que el lenguaje de decidir.

- Las Escrituras hablan de nuevo nacimiento.
- Nueva creación.
- Resurrección de la muerte espiritual.
- Un corazón nuevo.
- Una nueva relación con Dios.

Pablo dice:

«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, ahora han sido hechas nuevas». — 2 Corintios 5:17

Eso no significa que el nuevo cristiano se vuelva maduro instantáneamente. No significa que comprenda inmediatamente toda doctrina. No significa que nunca vuelva a pecar. Pero sí significa que algo ha sucedido. El cristianismo no enseña que la regeneración simplemente añade una preferencia religiosa a una persona que permanece sin cambios. Dios da vida. Y la vida se manifiesta.

Esta es una de las razones por las que la doctrina de la regeneración importa tanto en el evangelismo. Si pensamos que la salvación consiste simplemente en que el pecador tome una decisión suficientemente sincera, nuestros métodos evangelísticos naturalmente se concentrarán en producir esa decisión.

Si comprendemos la regeneración como la obra sobrenatural de Dios, proclamaremos fielmente a Cristo, llamaremos urgentemente a los pecadores y nos negaremos a confundir nuestra capacidad de producir una respuesta con la capacidad de Dios de dar vida.

Los métodos evangelísticos son herramientas, no medios de regeneración

El Camino de Romanos puede ser útil.

- Evangelismo Explosivo puede ser útil.
- Las preguntas de diagnóstico pueden ser útiles.
- Un bosquejo breve del evangelio puede ser útil.
- Un tratado puede ser útil.
- Un testimonio puede ser útil.

Pero ninguno de ellos regenera. Son herramientas para comunicar la verdad. No son instrumentos mediante los cuales controlamos el nuevo nacimiento.

El Camino de Romanos, por ejemplo, puede ayudar a organizar importantes verdades del evangelio. Romanos declara el pecado universal, la paga del pecado, la muerte de Cristo por pecadores y la necesidad de la fe. Utilizados cuidadosamente, esos versículos pueden ayudar a alguien a comprender el evangelio. Pero Pablo no escribió Romanos como una fórmula evangelística en la cual decir una frase después de otra produce automáticamente la conversión.

La Palabra nos señala a Cristo. El Espíritu da vida.

Invocar el nombre del Señor

Romanos 10 dice:

«Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo». — Romanos 10:13

Esto no es un encantamiento mágico. Invocar al Señor expresa dependencia del Señor. El pecador se da cuenta de que no puede rescatarse a sí mismo y clama a Aquel que puede

hacerlo. La confianza no es: «Pronuncié las palabras correctas». Es: Cristo es mi único Salvador.

Esa distinción importa enormemente cuando hablamos de lo que ha llegado a conocerse como la oración del pecador.

¿Qué sucede con la oración del pecador?

La oración no es el problema. Alguien que ha sido llevado al arrepentimiento y a la fe naturalmente clamará a Dios.

- Puede confesar su pecado.
- Puede clamar por misericordia.
- Puede agradecer a Dios por Cristo.
- Puede expresar su confianza en Jesús.

Todo eso es completamente apropiado. El problema comienza cuando transformamos la oración en un mecanismo de conversión. Una persona puede repetir palabras sin comprenderlas.

- Puede repetir palabras porque alguien la está presionando.
- Puede repetir palabras porque todos los demás en el lugar lo están haciendo.
- Puede repetir palabras porque quiere que termine la conversación.
- Incluso puede repetir palabras sinceramente mientras sigue sin comprender el evangelio.

La oración no crea la fe salvadora. La oración puede expresar la fe salvadora. Esa es una diferencia enorme.

Las Escrituras dicen:

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo...» — Hechos 16:31

No dicen: «Repite correctamente estas frases y serás salvo».

¿Debemos guiar a alguien en oración?

Puede haber momentos en que alguien diga: «Creo lo que me has dicho. Sé que necesito a Cristo, pero no sé qué decir». No necesitamos negarnos a orar con esa persona. Podemos orar. Podemos ayudar. Pero en lugar de darle inmediatamente palabras para que repita, puede ser útil hacer primero algunas preguntas.

- ¿Quién crees que es Jesús?
- ¿Por qué murió?
- ¿En qué estás confiando para estar bien con Dios?
- ¿De qué crees que Dios te está llamando a arrepentirte?

Estas preguntas no son otra prueba que alguien debe aprobar para ganar la salvación. Nos ayudan a comprender si la persona realmente ha entendido el evangelio.

Entonces podemos decir: «Habla con Dios. Confiesa tu pecado. Clama a Cristo. Dile lo que acabas de decirme». Si tiene dificultad, podemos orar con ella. Pero nuestra meta no es obtener la actuación verbal correcta. Nuestra meta no es llegar al final de la conversación y decir: «Conseguí otro». Queremos que Cristo sea comprendido.

Tenemos autoridad para proclamar la promesa, no para fabricar el veredicto

Esta distinción es sumamente importante. Tenemos autoridad para decirles a los pecadores lo que Dios ordena. Podemos decir: Arrepiéntanse y crean en el evangelio. Tenemos autoridad para decirles lo que Dios promete. Podemos decir: El que cree en Cristo será salvo. Tenemos autoridad para explicar la seguridad bíblica de salvación.

Pero debemos ser muy cuidadosos de asumir la autoridad de declarar regenerada a una persona simplemente porque completó el procedimiento que le dimos.

Supongamos que alguien ora. Después preguntamos: «¿Fuiste sincero?». Dice que sí. Respondemos: «Entonces eres salvo. Nunca vuelvas a dudarlo». ¿Qué hemos establecido realmente? Hemos establecido que la persona cree que fue sincera. La sinceridad no es el Salvador. Cristo lo es.

No des una seguridad falsa

La falsa seguridad es uno de los peligros más serios del evangelismo porque una persona puede llegar a estar convencida de que es salva por la razón equivocada.

Supongamos que alguien dice: «Sé que soy salvo porque cuando tenía siete años hice la oración del pecador». No debemos descartar automáticamente esa experiencia. La persona realmente puede haber sido convertida a los siete años. Pero tampoco debemos decirle que la oración demuestra que fue convertida.

Una mejor pregunta es: ¿En qué estás confiando ahora? Si la respuesta es: «En aquella oración», entonces su confianza está mal colocada. El problema no es que haya orado. El problema es que un acto pasado se ha convertido en el fundamento de su seguridad presente.

- Otra persona puede decir: «Pasé al frente».
- Otra: «Fui bautizado».
- Otra: «Firmé una tarjeta».
- Otra: «Recuerdo que sentí algo muy poderoso».
- Otra: «El pastor me dijo que era salvo».

Ninguna de estas cosas es Cristo. Nuestra seguridad no puede descansar finalmente en la confianza de que completamos exitosamente un procedimiento evangelístico.

Una profesión pasada no es lo mismo que vida espiritual presente

Aquí es donde la doctrina de la regeneración nos protege. Si la salvación implica que Dios sobrenaturalmente da vida espiritual, entonces debemos esperar que la vida produzca evidencia.

- No perfección.
- No ausencia de pecado.
- No progreso espiritual ininterrumpido.

Pero vida.

Una profesión de fe nos dice lo que una persona dijo. El fruto de la regeneración proporciona evidencia de lo que Dios ha hecho.

La distinción importa.

Una persona puede recordar sinceramente haber hecho una profesión años atrás. Sin embargo, si toda su vida desde ese momento ha estado caracterizada por incredulidad establecida, indiferencia hacia Cristo, pecado sin arrepentimiento, hostilidad hacia la Palabra de Dios y ninguna evidencia de vida espiritual, es peligroso darle seguridad simplemente señalando hacia atrás, hacia aquella profesión. La respuesta amorosa no es: «Definitivamente eres cristiano. Simplemente necesitas comportarte como uno». La respuesta amorosa es dirigirlo nuevamente hacia Cristo y las Escrituras.

Examínense

Pablo dice:

«Pónganse a prueba para ver si están en la fe. Examínense a sí mismos». — 2 Corintios 13:5

Eso es muy diferente de simplemente preguntar: «¿Puedes recordar un momento en que tomaste una decisión?». El autoexamen bíblico no significa que los cristianos deban vivir en terror constante, examinándose interminablemente en lugar de confiar en Cristo.

Tampoco significa que nos juzguemos comparando nuestra madurez espiritual con la de otro cristiano.

Significa que nuestra profesión debe examinarse a la luz de las Escrituras.

- Si afirmo haber sido regenerado, ¿hay evidencia de vida espiritual?
- Si afirmo que Cristo es mi Señor, ¿cuál es mi relación con Su señorío?
- Si afirmo haberme arrepentido, ¿cuál es mi relación presente con el pecado?
- Si afirmo amar a Dios, ¿hay alguna evidencia de que mis afectos han sido transformados?

Estas preguntas no nos salvan. Examinan la afirmación de que la salvación ha ocurrido.

Primera de Juan y la seguridad bíblica

Primera de Juan fue escrita, en parte, para que los creyentes tuvieran seguridad. Juan dice:

«para que sepan que tienen vida eterna». — 1 Juan 5:13

Eso es importante porque el autoexamen bíblico no está diseñado simplemente para producir dudas. Las Escrituras no quieren que los cristianos genuinos se pregunten perpetuamente si Cristo los recibirá.

Pero Juan tampoco fundamenta la seguridad en recordar una oración pasada. A lo largo de la carta describe realidades que acompañan la vida espiritual: fe en el verdadero Cristo, una relación transformada con el pecado, obediencia a Dios y amor por el pueblo de Dios. Esto significa que la seguridad no es descuidada ni imposible. Las Escrituras proporcionan fundamentos reales para la confianza.

El fundamento y la evidencia no deben confundirse

Aquí necesitamos una distinción esencial.

- Cristo es el fundamento de nuestra salvación.
- El fruto de la regeneración es evidencia de nuestra salvación.

Estas dos verdades nunca deben confundirse. Si convertimos nuestras obras en el fundamento de la salvación, abandonamos la gracia. Si negamos que la salvación produce fruto, vaciamos la regeneración de su significado.

No somos justificados porque nuestra santificación sea impresionante. No somos aceptados porque nuestra obediencia haya alcanzado cierto porcentaje. Somos aceptados por causa de Cristo. Pero el Cristo que salva no deja espiritualmente muertos a aquellos a quienes salva.

El fruto no hace que el árbol esté vivo. El fruto demuestra que el árbol está vivo.

La seguridad mira fuera de nosotros hacia Cristo

El cristiano atribulado debe ser dirigido primero fuera de sí mismo.

- Nuestra justicia es Cristo.
- Nuestra expiación es Cristo.
- Nuestro Mediador es Cristo.
- Nuestra esperanza es Cristo.

Si la seguridad dependiera de alcanzar un nivel de santidad personal en el cual finalmente pudiéramos confiar en nosotros mismos, ningún cristiano serio tendría jamás seguridad.

Mientras más crecemos, con frecuencia vemos más claramente hasta qué profundidad nos ha afectado el pecado. Por lo tanto, la seguridad no puede construirse sobre la afirmación: «Ahora soy suficientemente bueno». Descansa en la suficiencia de Cristo. Por eso la fe salvadora continúa apartando la mirada de uno mismo y dirigiéndola hacia Él.

La seguridad también reconoce la obra de Dios dentro de nosotros

Pero mirar a Cristo no significa ignorar todo lo que las Escrituras dicen acerca de la regeneración. La obra salvadora de Dios produce efectos.

- La persona que era indiferente hacia el pecado comienza a odiarlo.
- La persona que antes no tenía interés en la Palabra de Dios comienza a desearla.
- La persona que quería autonomía comienza a reconocer el señorío de Cristo.

- La persona que podía vivir cómodamente en pecado comienza a experimentar convicción.
- La persona que cae aprende a confesar.
- La persona que antes tenía poco interés por el pueblo de Dios comienza a amarlo.

Estos cambios varían enormemente en intensidad y madurez de un creyente a otro.

Pero la regeneración no permanece invisible para siempre.

Dios da vida, y la vida produce fruto.

No juzgues la vida cristiana por una sola fotografía

Un solo momento no necesariamente revela la dirección general de la vida de una persona. Un cristiano genuino puede ser visto en un momento de ira, temor, egoísmo, impaciencia u otro fracaso serio. Ese pecado es real y nunca debe minimizarse, pero un momento no cuenta toda la historia.

La mejor pregunta no es simplemente: «¿Esta persona alguna vez ha pecado gravemente?». Todo cristiano lo ha hecho. La pregunta es: «¿Cuál es la dirección general de su vida?».

Un creyente puede experimentar temporadas de gran crecimiento y temporadas de dolorosa debilidad. La santificación normalmente no avanza en una línea perfectamente recta. Puede haber progreso, retrocesos, confesión, obediencia renovada y crecimiento posterior. Por eso debemos distinguir entre caer en pecado y establecerse en el pecado.

- Un cristiano puede caer.
- Un cristiano puede luchar.
- Un cristiano incluso puede caer gravemente.

Pero la regeneración crea una nueva relación con el pecado. El creyente no puede permanecer indefinidamente en paz con la rebelión. Dios trae convicción. Produce confesión. Lleva a Sus hijos nuevamente hacia el arrepentimiento y la obediencia renovada.

La presencia de lucha no es evidencia de que la regeneración esté ausente. En muchos casos, la lucha misma demuestra que el pecado ya no es un amo sin oposición.

Esto no significa que debemos excusar el pecado persistente ni ignorar las advertencias de las Escrituras. Significa que debemos evaluar una profesión de fe por el curso amplio de una vida en lugar de hacerlo por un momento aislado.

El asunto no es la perfección. El asunto es la dirección.

La relación del creyente con el pecado cambia

La evidencia de la regeneración no es que un cristiano jamás peque. Primera de Juan dice:

«Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos...» — 1 Juan 1:8

Pero la relación del creyente con el pecado cambia. El pecado lo entristece. Ya no puede justificarlo con tanta comodidad como antes.

- Lo confiesa.
- Regresa a Cristo.
- Desea ser libre de él.

Esto no significa que todo creyente experimente convicción con la misma intensidad emocional. Significa que la regeneración ha creado una nueva dirección. El cristiano no quiere simplemente perdón de las consecuencias del pecado mientras permanece perfectamente satisfecho con el pecado mismo. Cada vez más quiere a Cristo.

La diferencia entre luchar y establecerse

Esta distinción es pastoralmente importante. Supongamos que un cristiano dice: «Odio este pecado. He luchado contra él. Lo he confesado. Volví a caer, y tengo miedo de que mi fracaso demuestre que no soy cristiano». Esa persona puede necesitar ánimo, no condenación. La presencia de una batalla no demuestra que la regeneración esté ausente.

- Los cristianos luchan.
- Los cristianos caen.
- Los cristianos algunas veces caen gravemente.

Pero supongamos que otra persona dice: «Sí, las Escrituras llaman a esto pecado. No me importa. Tengo la intención de continuar y no tengo ningún deseo de arrepentirme. Pero sé que soy salvo porque oré cuando tenía ocho años». Eso es muy diferente. No debemos fortalecer su falsa confianza. Una profesión pasada jamás debe utilizarse como protección contra las advertencias de las Escrituras.

La regeneración produce nuevos afectos

La regeneración es más que un ajuste del comportamiento. Dios no simplemente enseña al pecador a imitar hábitos cristianos. Cambia el corazón. Por eso un cristiano genuino puede comenzar a desear cosas que antes ignoraba. Cristo se vuelve precioso. La Palabra de Dios se vuelve deseable. El pecado se vuelve doloroso. El pueblo de Dios se vuelve importante. La

santidad se convierte en algo que desea perseguir en lugar de ser simplemente algo impuesto desde afuera.

Nada de esto es perfecto. Pero la dirección cambia porque la persona ha sido cambiada. El evangelio no simplemente produce un comportamiento mejor. Dios crea una persona nueva.

El carcelero de Filipos muestra fruto inmediato

Hechos 16 mismo nos proporciona una imagen pequeña pero significativa de esto. El carcelero que tenía bajo su custodia a Pablo y Silas ahora cuida de ellos. El texto dice:

«les lavó las heridas». — Hechos 16:33

Luego los lleva a su casa y les da de comer. Nada en el pasaje sugiere que esas acciones hayan ganado su salvación. El orden es exactamente el contrario. Cree. Y su vida inmediatamente comienza a mostrar fruto.

El cambio no lo salva. Acompaña la salvación. Esa es precisamente la distinción que necesitamos.

Las obras son evidencia, no mérito

Las buenas obras nunca deben convertirse en un segundo evangelio. No debemos decirle al cristiano: «Inicialmente fuiste justificado por la fe, pero ahora permaneces aceptado delante de Dios porque tu santificación es suficientemente buena». No. Cristo continúa siendo nuestra justicia.

Pero las Escrituras también rechazan la idea de que la gracia salvadora deje a una persona fundamentalmente sin cambios. Las buenas obras no compran la salvación. No complementan a Cristo. No ganan el amor de Dios. Son evidencia de la vida que Dios ha dado.

Por lo tanto, debemos evitar dos errores opuestos. El primero dice: «Mis obras me salvan». El segundo dice: «Como las obras no me salvan, su ausencia completa no tiene ninguna importancia». Ambos malinterpretan la gracia.

La perseverancia también es gracia

Si nos detenemos aquí, puede aparecer otro error. Podemos decir que Dios soberanamente regenera al pecador pero luego hablar como si la continuación de la vida cristiana dependiera completamente de la capacidad independiente del hombre para mantenerse salvo. Las Escrituras nos dan una esperanza mayor.

Pablo dice:

«El que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará...» — Filipenses 1:6

El Dios que comienza la obra continúa la obra. La perseverancia cristiana no significa que el creyente posea fuerza espiritual independiente. Significa que Dios preserva a Su pueblo de tal manera que continúa en la fe. El creyente persevera porque Dios lo preserva.

Eso no hace innecesarias las advertencias, la disciplina, la obediencia, la oración, las Escrituras ni la iglesia. Esos están entre los medios que Dios utiliza para guardar a Su pueblo. La gracia no solamente comienza la salvación. La gracia lleva al cristiano a través de ella.

La preservación de Dios no produce descuido

Alguien podría responder: «Si Dios preserva a los creyentes, ¿por qué examinarnos? ¿Por qué buscar la santidad? ¿Por qué advertir a alguien?». Porque las Escrituras hacen las tres cosas.

Las promesas de preservación no cancelan los mandamientos de perseverancia. La soberanía de Dios no hace que la obediencia carezca de importancia. Más bien, la obra continua de Dios aparece en la fe continua, el arrepentimiento, el crecimiento y el regreso a Cristo del creyente.

La persona que dice: «Como la salvación es segura, puedo rechazar a Cristo, vivir indefinidamente en rebelión, negarme a arrepentirme y permanecer completamente indiferente», ha malinterpretado la preservación.

La seguridad en Cristo no es permiso para abandonar a Cristo. Aquel que salva a Su pueblo también guarda a Su pueblo.

La seguridad cristiana no es ni presunción ni desesperación

Por lo tanto, necesitamos una seguridad bíblica equilibrada. La presunción dice: «Una vez hice una oración, así que nada de mi vida presente importa». La desesperación dice: «Volví a pecar, por lo tanto Cristo de ninguna manera puede salvarme».

La seguridad bíblica dice algo diferente.

Mi esperanza es solamente Cristo.

Y:

El Dios que me ha salvado está obrando en mí.

El verdadero cristiano puede ver el pecado más claramente y, al mismo tiempo, poseer una seguridad más fuerte porque su confianza se aparta cada vez más de su propia justicia y se coloca en Cristo. Al mismo tiempo, puede reconocer evidencia real de que Dios lo ha cambiado. No se jacta de esa evidencia. Da gracias a Dios por ella.

La conversión comienza el discipulado

El evangelismo nunca debe tratar la conversión como la meta final. Cristo no nos ordena simplemente acumular profesiones de fe. Nos ordena hacer discípulos.

El nuevo creyente necesita:

- **Las Escrituras** — aprender a conocer y obedecer la Palabra de Dios.
- **La oración** — crecer en dependencia de Dios.
- **El bautismo** — identificarse públicamente con Cristo en obediencia a Su mandato.
- **La iglesia local** — formar parte de la vida, adoración y cuidado del pueblo de Cristo.
- **Enseñanza** — crecer en la verdad de la fe.
- **Corrección** — estar dispuesto a recibir instrucción bíblica cuando está equivocado.
- **Ánimo** — ser fortalecido para continuar en fe y obediencia.
- **Comunión** — compartir la vida con otros creyentes.
- **Rendición de cuentas** — vivir con suficiente apertura para que otros cristianos puedan ayudarnos, advertirnos y fortalecernos.
- **Obediencia** — aprender a someter cada área de la vida a Cristo.
- **Comprensión** — crecer en el conocimiento de la fe que ahora profesa.

El discipulado no transforma a una persona no regenerada en una persona regenerada mediante suficiente instrucción. Dios regenera. Pero la persona a quien Dios regenera necesita que se le enseñe cómo vivir como discípulo de Cristo. Por eso el evangelismo y el discipulado van juntos.

Una profesión debe tomarse en serio sin tratarla como infalible

Supongamos que alguien escucha el evangelio y hace una profesión creíble de fe.

- Debemos regocijarnos.
- Debemos animarlo.
- Debemos orar con él.
- Debemos comenzar a enseñarle.

Pero no necesitamos fingir que poseemos un conocimiento infalible del corazón de otra persona. Existe una diferencia entre decir: «Has profesado fe en Cristo y quiero ayudarte a seguirlo», y decir: «Sé con absoluta certeza que eres regenerado porque repetiste las palabras que te di».

La primera afirmación respeta tanto la profesión como los límites de nuestro conocimiento. La segunda puede crear una seguridad falsa. El tiempo y el fruto ayudan a revelar lo que Dios ha hecho.

No debemos manipular una decisión

Debido a que deseamos desesperadamente que las personas sean salvas, podemos sentirnos tentados a forzar un momento de respuesta visible.

- Repetimos la pregunta.
- Aumentamos la presión emocional.
- Hacemos incómodo el silencio.
- Le decimos a la persona qué debe decir.
- Tratamos su vacilación como resistencia personal hacia nosotros.

Finalmente, la persona da la respuesta que queremos. Pero ¿qué hemos logrado? Quizá hayamos producido una respuesta. No hemos producido regeneración.

Ninguna cantidad de presión puede crear vida espiritual. Aquí es donde la confianza en la soberanía de Dios debería convertirnos en mejores evangelistas. Podemos predicar con urgencia sin pánico. Podemos rogar sinceramente sin manipulación. Podemos llamar al pecador a Cristo sin fingir que su destino eterno depende finalmente de nuestra capacidad para cerrar correctamente la conversación.

La persuasión no es manipulación

También debemos evitar el error opuesto. Debido a que la manipulación está mal, algunos cristianos llegan a tener miedo de persuadir.

- Pero Pablo razonaba.
- Pablo persuadía.
- Jesús llamaba.
- Los apóstoles advertían.
- El evangelio es urgente.

No hay nada antibíblico en rogarle a alguien que venga a Cristo. La manipulación intenta fabricar una respuesta mediante presión. La persuasión presenta claramente la verdad, razona fielmente, apela con sinceridad y llama al pecador a responder.

Podemos decir:

- Necesitas a Cristo.
- No continúes confiando en ti mismo.
- Arrepiéntete y cree.
- Ven a Él.

La urgencia no es manipulación. La diferencia está en si confiamos en la verdad y en la obra de Dios o si intentamos controlar nosotros mismos el resultado.

Todavía debemos llamar a una respuesta

El evangelio no es simplemente información para considerar. Viene acompañado de un llamado. Jesús dice:

«arrepíentanse y crean en el evangelio». — Marcos 1:15

Pablo dice:

«Cree en el Señor Jesús...» — Hechos 16:31

Por lo tanto, es completamente apropiado preguntar:

- ¿Crees lo que hemos hablado?
- ¿En qué estás confiando?
- ¿Hay algo que te esté impidiendo venir a Cristo?
- ¿Estás dispuesto a volverte de tu rebelión y confiar en Él?

Estas preguntas no regeneran al pecador. Expresan el llamado bíblico.

¿Qué sucede si alguien dice: «No estoy listo»?

Supongamos que la persona comprende el evangelio y dice: «No estoy listo». No la presiones inmediatamente. Pregunta: ¿Qué quieres decir?

Quizá todavía no comprenda algo.

- Quizá todavía exista otra objeción.
- Quizá tenga miedo de lo que pensará su familia.
- Quizá crea que primero tiene que mejorar su vida.

Esos asuntos pueden tratarse.

Pero quizá diga: «Entiendo. Simplemente no quiero que nadie gobierne mi vida». Ahora el problema se ha vuelto mucho más claro. No es meramente intelectual. Es lealtad.

Podemos decir: «Entonces comprendes que tu dificultad no es simplemente que al cristianismo le falte evidencia. No quieres a Cristo como Señor».

En ese momento, otro argumento acerca de arqueología probablemente no resolverá el problema. El pecador necesita arrepentimiento. Dejamos la verdad delante de él. Oramos. Confiamos en Dios.

No le digas a una persona inconversa que actúe más como cristiana

Esto se vuelve especialmente importante cuando alguien hizo una profesión años atrás pero ahora no muestra evidencia de fe. Supongamos que un adolescente profesó a Cristo cuando era niño, pero finalmente rechaza la fe, abraza una rebelión abierta y no muestra ningún deseo de arrepentimiento.

Puede ser tentador decir: «Eres cristiano. Necesitas comenzar a actuar como uno». Pero ¿cómo lo sabemos?

Si existe poca evidencia de vida espiritual, una respuesta más bíblica podría ser: «Hiciste una profesión de fe. Pero las Escrituras nos dicen que debemos examinarnos. Estoy preocupado porque tu vida presente da razones serias para cuestionar aquella profesión. Quiero dirigirte nuevamente hacia Cristo».

Eso no niega la perseverancia. La toma en serio. No conocemos infaliblemente el corazón. Por lo tanto, no utilizamos una decisión de la infancia para silenciar toda advertencia bíblica.

La rededicación no sustituye a la conversión

Otro peligro surge de la falsa seguridad. Una persona hace una profesión cuando es niña. Después vive durante años sin ninguna evidencia de fe. Finalmente regresa a la iglesia. En lugar de preguntar si la profesión original fue genuina, todos suponen que necesariamente lo fue y dicen: «Está rededicando su vida».

Ciertamente puede haber cristianos genuinos que se desvíen seriamente y luego regresen en arrepentimiento. Pero no debemos utilizar la categoría de rededicación para evitar la pregunta más fundamental: ¿Hubo regeneración?

La respuesta no es obligar a todos a dudar. La respuesta es tomar seriamente tanto la profesión como el fruto.

Solamente Dios da vida

Todo este capítulo nos devuelve a una realidad central. La apologética no puede regenerar. Podemos exponer cada contradicción en la cosmovisión de alguien y esa persona puede permanecer en incredulidad.

Un argumento perfecto no da vida espiritual. Los métodos evangelísticos no pueden regenerar. Un bosquejo perfecto del evangelio no da vida espiritual.

- Un tratado no puede regenerar.
- La oración del pecador no puede regenerar.
- Un llamado al altar no puede regenerar.
- Una canción conmovedora no puede regenerar.
- Un evangelista hábil no puede regenerar.

Solamente Dios da vida. Pero Dios utiliza medios.

- Utiliza las Escrituras.
- Utiliza la predicación.
- Utiliza conversaciones.
- Utiliza cristianos.
- Utiliza preguntas.
- Utiliza la proclamación del evangelio.

Así que nuestra incapacidad de regenerar pecadores no hace que el evangelismo sea menos importante. Nos hace dependientes.

Nuestra confianza está en la Palabra y el Espíritu de Dios

Si la conversión dependiera finalmente de nuestra técnica, el evangelismo sería insoportable.

- ¿Lo expliqué perfectamente?
- ¿Elegí la ilustración correcta?
- ¿Respondí cada objeción?
- ¿Dije suficiente?
- ¿Presioné demasiado poco?
- ¿Presioné demasiado?

Pero nuestra confianza descansa en otro lugar. Nos preparamos cuidadosamente porque la verdad importa. Aprendemos porque las personas merecen respuestas reflexivas. Hablamos claramente porque el evangelio no debe confundirse por nuestro descuido.

Pero finalmente, Dios salva mediante Su Palabra por Su Espíritu.

Esa verdad nos da valor.

El movimiento completo

En este punto, las piezas del libro comienzan a encajar. Una persona habla y nosotros escuchamos. Aclaramos lo que quiere decir. Preguntamos cómo llegó a su conclusión. Identificamos la cosmovisión. Exponemos el fundamento falso cuando es necesario. Presentamos positivamente la cosmovisión cristiana. Avanzamos hacia la conciencia. La ley de Dios expone la culpa.

Entonces presentamos a Cristo.

- Cristo murió por pecadores.
- Cristo resucitó.
- La salvación es por gracia.
- Llamamos al pecador al arrepentimiento y a la fe.

Si profesa fe, no adoramos el método. No fabricamos seguridad. Lo dirigimos hacia Cristo. Le enseñamos los fundamentos bíblicos de la seguridad. Buscamos el fruto de la regeneración. Lo animamos a entrar en la vida del discipulado.

Y a través de todo esto recordamos: Dios salva.

Verdad principal para recordar

Cuando el carcelero de Filipos pregunta:

«¿Qué debo hacer para ser salvo?»

Pablo no lo dirige hacia el mejoramiento moral, los logros religiosos ni un procedimiento evangelístico. Lo dirige hacia Cristo:

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo...» — Hechos 16:31

El mandato es genuino. El pecador debe creer. El pecador debe arrepentirse. Pero la fe salvadora no es la contribución independiente de una persona espiritualmente neutral.

Dios da vida. El pecador verdaderamente cree. Dios concede nuevos afectos. El pecador verdaderamente se arrepiente. Dios comienza la obra. El creyente verdaderamente persevera. Dios preserva a Su pueblo.

Por lo tanto, predicamos a Cristo con urgencia sin manipular a las personas. Llamamos a los pecadores al arrepentimiento sin convertir el arrepentimiento en una obra. Los llamamos a creer sin convertir la fe en la única contribución autónoma que distingue a un hombre de otro. Podemos orar con las personas sin confiar en la oración. Recibimos las profesiones seriamente sin fingir que podemos ver infaliblemente el corazón. Y no damos seguridad simplemente señalando hacia atrás, hacia una decisión.

Cristo es el fundamento de la salvación. El fruto de la regeneración es evidencia de la salvación.

La esperanza del cristiano es Cristo.

- La vida transformada del cristiano es obra de Cristo.
- La perseverancia del cristiano es sostenida por Cristo.

De principio a fin, la salvación es por gracia.

Preguntas para estudio y reflexión

1. Según Hechos 16:25–34, ¿qué llevó al carcelero de Filipos a preguntar: «¿Qué debo hacer para ser salvo?», y por qué la respuesta de Pablo y Silas está centrada en Cristo en lugar del mejoramiento moral?
2. Efesios 2 describe a los pecadores como espiritualmente muertos antes de que Dios les dé vida. ¿Cómo afecta esto nuestra comprensión de la regeneración, la fe y la idea

de que la salvación es un proyecto cooperativo entre Dios y un hombre espiritualmente neutral?

3. ¿Qué es la fe salvadora? ¿Por qué conocer hechos verdaderos acerca de Jesús es diferente de descansar en Jesucristo mismo, y por qué el objeto de la fe importa más que la intensidad emocional de la fe?
4. ¿Cómo están relacionados el arrepentimiento y la fe? ¿Por qué el arrepentimiento es más que remordimiento, y por qué no debe convertirse en un intento de reformarnos a nosotros mismos antes de venir a Cristo?
5. ¿Qué es el decisionismo, y cómo se diferencia del mandato bíblico de responder verdaderamente al evangelio? ¿Por qué es importante decir que una decisión puede acompañar la conversión, pero no causa ni demuestra por sí sola la regeneración?
6. ¿Cuál es el papel apropiado de la oración del pecador? ¿Cómo puede la oración expresar genuinamente arrepentimiento y fe y, al mismo tiempo, volverse peligrosa cuando la oración misma se convierte en el fundamento de la seguridad de alguien?
7. Según 2 Corintios 13:5 y 1 Juan, ¿por qué el autoexamen bíblico es diferente de simplemente preguntarnos si podemos recordar una profesión de fe del pasado? ¿Qué clases de evidencia presente deberían acompañar la afirmación de que Dios ha dado vida espiritual?
8. Explica la afirmación: «Cristo es el fundamento de nuestra salvación; el fruto de la regeneración es evidencia de nuestra salvación». ¿Cómo nos protege esto tanto de la justicia por obras como de dar una seguridad descuidada a una profesión que no va acompañada de una vida transformada?
9. ¿Cuál es la diferencia entre un cristiano que lucha contra el pecado y una persona que se establece cómodamente en pecado sin arrepentimiento? ¿Por qué debemos evitar tanto condenar falsamente al creyente que lucha como dar falsa seguridad a alguien cuya profesión es contradicha por una vida establecida en incredulidad?
10. ¿Cómo debería afectar la verdad de que Dios regenera y preserva a Su pueblo la manera en que evangelizamos? Considera la proclamación del evangelio, la persuasión, el llamado a arrepentirse y creer, la oración, la seguridad, el discipulado y nuestra negativa a manipular una decisión visible.

Capítulo 8 — Llevando la conversación a Cristo

Texto principal: 1 Pedro 3:13–16

13 ¿Y quién les podrá hacer daño a ustedes si demuestran tener celo por lo bueno? 14 Pero aun si sufren por causa de la justicia, dichosos son. Y no tengan miedo por temor a ellos ni se turben, 15 sino santifiquen a Cristo como Señor en sus corazones, estando siempre preparados para presentar defensa ante todo el que les demande razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con mansedumbre y reverencia, 16 teniendo buena conciencia, para que en aquello en que son calumniados, sean avergonzados los que hablan mal de la buena conducta de ustedes en Cristo.

Textos de apoyo: Colosenses 4:2–6; 2 Corintios 10:3–5; Romanos 1:18–25; Hechos 17:16–34; Romanos 3:19–26; Hechos 16:25–34; 1 Corintios 3:5–7; 2 Timoteo 2:24–26

Verdad principal: El evangelismo y la apologética van juntos bajo el señorío de Jesucristo. Escuchamos cuidadosamente, descubrimos la cosmovisión que se encuentra debajo de las palabras de una persona, hacemos preguntas que sacan a la luz sus presuposiciones, examinamos esas presuposiciones, presentamos positivamente la cosmovisión cristiana, avanzamos hacia la conciencia y la culpa, proclamamos claramente a Cristo, llamamos a los pecadores al arrepentimiento y a la fe, y confiamos solamente en Dios para dar vida y crecimiento.

Cristo es Señor antes de que demos una respuesta

Primera de Pedro 3:15 es uno de los pasajes apologéticos más importantes de las Escrituras, pero con frecuencia se recuerda únicamente por el mandato de estar preparados para presentar defensa. Pedro comienza en un lugar más profundo. Comienza con Cristo. Les dice a los creyentes:

«santifiquen a Cristo como Señor en sus corazones...» — 1 Pedro 3:15

Ese es el fundamento de todo lo que hemos estudiado.

- Cristo es Señor cuando abrimos la Biblia.
- Cristo es Señor cuando hablamos con el ateo.
- Cristo es Señor cuando respondemos al misionero mormón.
- Cristo es Señor cuando alguien cuestiona la confiabilidad de las Escrituras.

- Cristo es Señor cuando alguien dice que la moralidad es relativa.
- Cristo es Señor cuando una persona que confía en su propia justicia cree que su bondad la salvará.
- Cristo es Señor cuando alguien está enojado, afligido, confundido, curioso, resistente o ya bajo convicción.

Esto significa que no existe ningún momento en el evangelismo en que el cristiano se vuelva intelectualmente neutral para poder alcanzar al incrédulo. Pero también significa que no existe ningún momento en que un método apologético se convierta en nuestro señor.

A estas alturas hemos reunido varias herramientas. Hemos aprendido a reconocer cosmovisiones, exponer presuposiciones, hacer preguntas, examinar las creencias desde adentro, hablar sobre moralidad y conciencia, usar la ley, explicar el evangelio, llamar a los pecadores a arrepentirse y creer, y evitar manipular una profesión de fe.

El desafío final no es aprender otra herramienta. Es aprender a usar con sabiduría las herramientas que ya tenemos.

Un carpintero no usa un martillo simplemente porque resulta que lo tiene en la mano. Usa la herramienta que requiere el trabajo que tiene delante. De la misma manera, el evangelismo maduro no obliga a cada persona a pasar por el mismo argumento simplemente porque ese sea el argumento que mejor conocemos.

La pregunta se convierte en: **¿Qué necesita esta persona a continuación?** Esa es la preocupación central de este capítulo.

La meta nunca fue el método

Los métodos pueden ser útiles.

- Las preguntas pueden ser útiles.
- Los argumentos pueden ser útiles.
- La evidencia puede ser útil.
- La ley puede ser útil.
- Una presentación memorizada del evangelio puede ser útil.

Pero ninguno de ellos es la meta. La meta no es completar exitosamente una secuencia. La meta no es asegurarnos de que cada conversación contenga todos los conceptos apologéticos que hemos aprendido. La meta no es demostrar que sabemos utilizar la crítica interna. La meta no es exponer cada contradicción de otra cosmovisión. La meta ni siquiera es responder toda objeción posible. La meta es ser fieles a Cristo y a Su evangelio.

La apologética sirve a esa meta confrontando creencias falsas, aclarando confusiones, exponiendo inconsistencias y mostrando la verdad de la cosmovisión cristiana. El evangelismo sirve a esa meta proclamando lo que Dios ha hecho en Cristo y llamando a los pecadores a arrepentirse y creer. Los dos van juntos. Pero ninguno debe convertirse en una actuación.

El mensaje permanece fijo

Una de las distinciones más importantes en el evangelismo es la diferencia entre el mensaje y la conversación. La conversación cambia. El evangelio no.

- Una persona puede comenzar con el ateísmo.
- Otra puede comenzar con la religión.
- Otra puede comenzar con la moralidad.
- Otra puede comenzar con el sufrimiento.
- Otra puede estar ya bajo convicción.
- Otra puede tener una comprensión equivocada de quién es Cristo.
- Otra puede tener preguntas sinceras acerca de las Escrituras.
- Otra puede simplemente estar buscando una excusa para evitar la autoridad de Dios.

El punto de partida cambia. El evangelio permanece igual.

- Cristo murió por los pecados.
- Fue sepultado.
- Resucitó de entre los muertos.
- Los pecadores no pueden justificarse a sí mismos delante de Dios.
- La salvación es por gracia.
- Al pecador se le ordena arrepentirse y creer.

Ese mensaje no necesita ser rediseñado para cada persona. Lo que cambia es la ruta por la cual la conversación llega hasta allí.

La pregunta práctica más importante

Después de estudiar todo el material de este libro, la pregunta práctica se convierte en:
¿Qué necesita esta persona a continuación?

No: ¿Qué método conozco mejor?

No: ¿Qué argumento quiero practicar?

No: ¿Qué secuencia memoricé?

Sino: **¿Qué necesita esta persona a continuación?**

Esa pregunta requiere escuchar. Una persona puede necesitar aclaración. Puede necesitar que se exponga una presuposición. Puede necesitar que se responda una objeción. Puede necesitar que se confronte su confianza en su propia bondad. Puede necesitar que se corrija su concepto de Cristo. Puede necesitar la ley. Puede necesitar gracia. Puede simplemente necesitar que alguien deje de discutir con ella y la escuche cuidadosamente.

El evangelio no cambia, pero la sabiduría reconoce que no todos necesitan escuchar la misma frase a continuación.

Lee a la persona, no solamente el argumento

Es posible interesarnos tanto en la apologética que dejemos de escuchar a las personas. Escuchamos una afirmación e inmediatamente la clasificamos.

- Relativismo.
- Materialismo.
- Escepticismo.
- Mormonismo.
- Catolicismo romano.
- Ateísmo.
- Pluralismo.

Entonces comenzamos a presentar la respuesta asociada con esa categoría. Pero las personas no son categorías.

- Una persona puede repetir un argumento escéptico porque ha pensado profundamente en él.
- Otra puede repetir exactamente el mismo argumento porque alguien lo dijo en las redes sociales.
- Otra puede usar el argumento porque está enojada.
- Otra puede usarlo porque no quiere que el cristianismo sea verdadero.
- Otra puede querer sinceramente una respuesta.

Las palabras pueden ser idénticas mientras que la persona detrás de las palabras es muy diferente. Por eso la buena apologética comienza escuchando. El énfasis de Greg Koukl en las preguntas es útil aquí. Sus conocidas preguntas como **«¿Qué quieres decir?»** y **«¿Cómo llegaste a esa conclusión?»** no son simplemente técnicas para ganar argumentos.

Utilizadas correctamente, nos ayudan a comprender lo que la persona realmente cree antes de intentar responder.

Randy Newman también enfatizó la importancia de relacionarnos con la persona detrás de la objeción. Las preguntas invitan a alguien a pensar con nosotros en lugar de simplemente recibir un discurso.

El método es sencillo.

- Pregunta.
- Escucha.
- Luego responde a lo que realmente se dijo.

La aclaración viene antes de la corrección

Uno de los errores más fáciles en el evangelismo es corregir algo que la persona realmente no quiso decir. Alguien dice: «No creo en la religión». ¿Qué significa eso?

- Quizá quiere decir que rechaza la religión organizada.
- Quizá quiere decir que rechaza la hipocresía.
- Quizá quiere decir que cree que todas las creencias espirituales son igualmente válidas.
- Quizá quiere decir que no cree que Dios exista.
- Quizá quiere decir que cree en Dios pero desconfía de las iglesias.

Hasta que sepamos qué quiere decir, todavía no sabemos qué estamos respondiendo. Lo mismo ocurre cuando alguien dice:

- «Creo en la ciencia».
- «Creo en Jesús».
- «Soy espiritual».
- «Soy una buena persona».
- «No confío en la Biblia».
- «Cada persona tiene su propia verdad».
- «Todas las religiones son básicamente iguales».

Cada afirmación requiere aclaración. Una buena pregunta puede hacer más que una respuesta larga.

La cosmovisión todavía importa

Aunque el capítulo 8 no debe volver a enseñar la apologética de cosmovisiones, no debemos olvidar lo que establecieron los capítulos anteriores. Las personas no interpretan los hechos de manera aislada. Los interpretan mediante una red de creencias acerca de la realidad, el conocimiento, la moralidad, Dios, la humanidad y la autoridad. Esa cosmovisión afecta la manera en que entienden cada afirmación cristiana.

- Si alguien cree que la materia es todo lo que existe, la resurrección inmediatamente parecerá imposible.
- Si alguien cree que la verdad es creada por el individuo, las afirmaciones exclusivas acerca de Cristo parecerán arrogantes.
- Si alguien cree que el hombre es básicamente bueno, la cruz puede parecer innecesaria.
- Si alguien cree que la experiencia espiritual determina la verdad, la autoridad bíblica puede parecer secundaria.
- Si alguien cree que Dios existe únicamente para mejorar la felicidad humana, el juicio parecerá incompatible con el amor divino.

Por eso debemos aprender a escuchar la cosmovisión que se encuentra debajo de la frase. Pero una vez que identificamos la cosmovisión, no necesitamos darle a la persona una conferencia sobre metafísica, epistemología y ética. Usamos lo que hemos aprendido para comprender la conversación. Las categorías nos ayudan a pensar. No deben hacernos sonar mecánicos.

Pregunta de dónde viene la afirmación

Una vez que una afirmación está clara, la siguiente pregunta muchas veces es: **¿Cómo lo sabes?** Aquí es donde las presuposiciones comienzan a salir a la luz.

- Alguien dice: «No hay evidencia de Dios». ¿Cómo define evidencia?
- Alguien dice: «La ciencia lo explica todo». ¿Cómo sabe que todo lo que existe puede investigarse científicamente?
- Alguien dice: «La moralidad es subjetiva». ¿Vive consistentemente con esa creencia cuando se enfrenta a la crueldad o la injusticia?
- Alguien dice: «Todas las religiones llevan a Dios». ¿Cómo lo sabe?
- Alguien dice: «La Biblia no es confiable». ¿Qué lo lleva a creer eso?
- Alguien dice: «Jesús fue solamente un buen maestro». ¿Qué evidencia respalda esa conclusión?

El propósito no es colocar al incrédulo en el banquillo mientras el cristiano escapa de todo cuestionamiento. Ambos lados hacen afirmaciones. Ambos lados deben estar dispuestos a dar razones. El cristiano debe estar preparado para explicar por qué cree lo que cree.

Examina el fundamento cuando sea necesario

El capítulo 5 estableció la importancia de examinar una cosmovisión desde adentro. No necesitamos repetir aquí todo ese argumento. El asunto práctico es saber cuándo utilizarlo. Si una persona hace una afirmación que depende de presuposiciones que su propia cosmovisión no puede sostener, podemos ayudarla a ver la tensión.

Eso es especialmente útil en conversaciones relacionadas con la verdad, la moralidad, la lógica, la razón, la ciencia, la dignidad humana y el conocimiento. Pero el propósito de la crítica interna no es humillar.

No queremos que la persona simplemente diga: «Está bien. Me atrapaste».

Queremos que reconozca que el problema puede estar a un nivel más profundo que un solo mal argumento. Una cosmovisión puede utilizar conceptos que no puede explicar consistentemente. Cuando eso se vuelve visible, el cristianismo no debe quedarse simplemente al lado criticando. También debemos presentar la explicación positiva.

El cristianismo debe explicar, no solamente criticar

Una apologética puramente negativa está incompleta.

- No basta con mostrar que el relativismo se contradice a sí mismo.
- No basta con mostrar que el materialismo tiene dificultad para explicar el pensamiento racional.
- No basta con mostrar que el ateísmo tiene dificultad para fundamentar la moralidad objetiva.
- No basta con exponer una inconsistencia en otra religión.

El cristiano finalmente debe explicar por qué su propia cosmovisión da sentido al mundo. La verdad existe porque la realidad procede de Dios. La lógica no es una invención humana accidental. El universo es ordenado porque es creación de Dios. Los seres humanos son capaces de conocer porque son criaturas hechas a imagen de un Creador racional. La dignidad humana no se basa en inteligencia, utilidad, raza, riqueza, salud ni poder. Los seres humanos poseen dignidad porque Dios los hizo a Su imagen.

La moralidad objetiva refleja el carácter y la autoridad de Dios. Esta explicación positiva importa. De otra manera, la apologética se convierte en demolición sin construcción.

Pero incluso la cosmovisión positiva no es el destino final. El Dios que hace posible el conocimiento y la moralidad también es el Dios delante de quien somos responsables.

La conversación debe volverse personal

En algún momento, una conversación apologética con frecuencia pasa de preguntas abstractas a la responsabilidad personal. Una persona puede estar de acuerdo en que la moralidad objetiva requiere algo mayor que la preferencia humana. Eso es significativo. Pero la conversación no puede terminar allí.

La pregunta se convierte en: ¿Cómo hemos vivido delante del Dios cuyo orden moral reconocemos?

Aquí es donde la moralidad avanza hacia la conciencia. Entonces la ley se vuelve útil. No porque la ley sea un truco. No porque queramos avergonzar al pecador. Sino porque los pecadores regularmente se comparan con otros pecadores en lugar de compararse con la santidad de Dios.

La ley cierra la boca. Expone la culpa. Muestra por qué la gracia es necesaria.

Pero la ley tampoco es el destino.

Reconoce cuándo la ley ha hecho su trabajo

Un error común es continuar presionando con culpa después de que la culpa ya es evidente. Si la persona confía en su propia justicia, quizá la ley necesite confrontarla. Si piensa que el pecado es insignificante, quizá la ley necesite exponer su gravedad. Si piensa que puede ganar el favor de Dios, quizá la ley necesite mostrar la imposibilidad de justificarse a sí misma.

Pero si la persona ya está quebrantada y pregunta: «¿Cómo puede Dios perdonarme?», no continúes demostrando que es culpable.

Dale a Cristo.

La ley sirve al evangelio. Una vez que ha expuesto la necesidad, avanza hacia el Salvador.

Cristo debe convertirse en el centro

Finalmente, la conversación debe llegar a Jesucristo. Aquí es donde la apologética puede fracasar aun cuando haya tenido éxito intelectualmente. Un cristiano puede responder cada objeción.

- Puede exponer contradicciones.
- Puede defender la resurrección.
- Puede demostrar la debilidad de otra cosmovisión.
- Puede explicar la moralidad objetiva.
- Puede defender la autoridad bíblica.

Y aun así nunca proclamar el evangelio.

Eso no es suficiente.

La persona no necesita simplemente una mejor cosmovisión. Necesita reconciliación con Dios. Las preguntas centrales se convierten en:

- ¿Quién es Jesús?
- ¿Qué logró?
- ¿Por qué murió?
- ¿Resucitó?
- ¿Qué significa Su muerte para los pecadores?
- ¿Cómo puede una persona culpable ser reconciliada con Dios?

Aquí es donde el evangelio debe quedar claro.

El evangelio no necesita mejoras

Una vez que la conversación llega a Cristo, resiste la tentación de hacer el mensaje más aceptable eliminando sus elementos difíciles.

- No elimines el pecado.
- No elimines el juicio.
- No elimines el arrepentimiento.
- No elimines el señorío de Cristo.
- No reemplaces la salvación con superación personal.
- No reduzcas la fe a estar de acuerdo con ciertos hechos.
- No redefines a Jesús de acuerdo con lo que la persona que escucha ya quiere que Él sea.

El evangelio es buenas noticias precisamente porque nuestra condición es grave. No estamos ofreciendo a Cristo como un accesorio para una vida que de otra manera ya es exitosa. Estamos proclamando al Salvador a pecadores que no pueden salvarse a sí mismos.

Llama a una respuesta

El evangelismo no se limita a proporcionar información. Jesús ordena:

«arrepíentanse y crean en el evangelio». — Marcos 1:15

Pablo y Silas le dijeron al carcelero de Filipos:

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo...» — Hechos 16:31

Por lo tanto, no debemos tener miedo de llamar a los pecadores a responder.

- Arrepíentete.
- Cree.
- Ven a Cristo.
- Confía en Él.

Pero el mandato de responder no significa que nosotros poseamos el poder de producir la conversión. Esa distinción debe permanecer clara.

No manipules lo que solamente Dios puede producir

El capítulo 7 estableció que la regeneración pertenece a Dios. El evangelista no da vida a personas espiritualmente muertas.

- Proclamamos.
- Razonamos.
- Rogamos.
- Respondemos.
- Llamamos.
- Oramos.
- Dios salva.

Esa verdad produce tanto confianza como humildad. Produce confianza porque la eficacia del evangelio no depende finalmente de nuestra personalidad. Produce humildad porque no podemos atribuirnos el mérito cuando alguien cree. También nos protege de la manipulación.

- No necesitamos presión emocional para producir una decisión.
- No necesitamos apresurar a alguien para que repita ciertas palabras.
- No necesitamos fabricar certeza.
- No necesitamos decirle a alguien que una respuesta momentánea demuestra regeneración.
- Podemos proclamar con confianza la promesa de Dios mientras dejamos la obra de regeneración en manos de Dios.

No toda conversación termina con una conversión

Esta es una de las lecciones más importantes que debemos aprender.

- Algunas conversaciones terminan con fe.
- Algunas terminan con más preguntas.
- Algunas terminan con resistencia.
- Algunas terminan con enojo.
- Algunas terminan con: «Necesito pensar en esto».
- Algunas terminan cuando la persona cambia de tema.
- Algunas terminan inesperadamente y nunca se reanudan.

La fidelidad no puede medirse solamente por resultados visibles inmediatos. Pablo escribió:

«Yo planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento». — 1 Corintios 3:6

La distinción es importante.

- Pablo plantó.
- Apolos regó.
- Esas acciones importaron.
- Dios las utilizó.

Pero Dios dio el crecimiento. Esto significa que debemos trabajar diligentemente mientras nos negamos a comportarnos como si el resultado dependiera finalmente de nosotros.

Una conversación puede avanzar solamente un paso

A veces la conversación más fiel simplemente hace avanzar a la persona un paso.

- Una persona puede comenzar convencida de que el cristianismo es intelectualmente ridículo y terminar reconociendo que nunca lo ha examinado cuidadosamente.

- Otra puede comenzar convencida de que todas las religiones enseñan lo mismo y terminar reconociendo que hacen afirmaciones contradictorias.
- Otra puede comenzar confiando en su moralidad y terminar reconociendo que el estándar de Dios es más alto que compararse con otras personas.
- Otra puede comenzar creyendo que la Biblia no tiene fundamento histórico y terminar reconociendo que su objeción estaba basada en información incorrecta.
- Otra puede escuchar claramente el evangelio por primera vez pero todavía no creer.

Esa conversación aun puede haber sido importante. No sabemos cómo Dios utilizará lo que se dijo. La responsabilidad del cristiano es ser fiel con la oportunidad que Dios proporciona.

Algunas veces la mejor respuesta es otra conversación

El deseo de terminarlo todo en un solo encuentro puede hacer que el evangelismo se vuelva poco natural. Una persona plantea un asunto difícil. Quizá no conozcas la respuesta. No hay nada malo en decir: «No sé lo suficiente acerca de eso para darte una buena respuesta. Déjame estudiarlo».

Eso es mejor que fingir.

Puede crear otra conversación.

A veces eso es exactamente lo que se necesita. La apologética no se debilita por la honestidad intelectual. La fe cristiana no depende de que un cristiano lo sepa todo.

La mansedumbre no es opcional

Pedro no dice simplemente que presentemos defensa. Dice que lo hagamos con mansedumbre y reverencia. Eso importa porque la verdad puede comunicarse de manera pecaminosa.

- Una respuesta correcta puede darse con arrogancia.
- Una contradicción puede exponerse con crueldad.
- Una pregunta puede utilizarse para avergonzar en lugar de aclarar.
- Un argumento puede convertirse en una manera de demostrar superioridad.

Eso no es apologética cristiana. Segunda de Timoteo 2 dice:

«El siervo del Señor no debe ser rencilloso...» — 2 Timoteo 2:24

El mismo pasaje habla de corregir a los que se oponen. Por lo tanto, la corrección y la mansedumbre no son enemigas. El cristiano no compromete la verdad. Pero tampoco necesita hostilidad para defenderla.

La persona es más importante que demostrar lo que sabes

Siempre existirá la tentación de usar lo que hemos aprendido simplemente porque lo hemos aprendido. Después de estudiar las cosmovisiones, podemos querer que cada conversación se convierta en un análisis de cosmovisiones. Después de estudiar la ley, podemos querer usar los Diez Mandamientos con todo el mundo. Después de estudiar argumentos acerca de la resurrección, podemos querer que toda conversación se convierta en apologética histórica. Después de estudiar otras religiones, podemos querer corregir inmediatamente cada error teológico.

La sabiduría pregunta: **¿Esta persona necesita eso en este momento?**

El conocimiento nos da opciones. La sabiduría nos ayuda a escoger.

La evidencia todavía tiene un lugar

Un enfoque presuposicional no requiere rechazar la evidencia. El cristianismo hace afirmaciones históricas.

- Jesús vivió.
- Fue crucificado.
- La tumba estaba vacía.

Los discípulos afirmaron haber visto a Cristo resucitado. Las Escrituras tienen una historia textual. Las afirmaciones cristianas pueden ser examinadas. La evidencia importa.

Pero la evidencia nunca se interpreta desde ningún lugar. Tanto el incrédulo como el cristiano se acercan a la evidencia con presuposiciones acerca de lo que es posible, lo que cuenta como conocimiento y qué autoridad debe gobernar la interpretación.

Por lo tanto, utilizamos evidencia sin fingir que los hechos se interpretan a sí mismos. No tememos a la evidencia. La colocamos dentro de la cosmovisión a la cual propiamente pertenece.

Las Escrituras siguen siendo el arma principal

La apologética puede concentrarse tanto en la filosofía que las Escrituras comiencen a desaparecer. Ese es un error grave. No estamos simplemente defendiendo un sistema filosófico llamado cristianismo. Estamos proclamando lo que Dios ha revelado.

- Las Escrituras definen a Dios.
- Las Escrituras definen al hombre.
- Las Escrituras definen el pecado.
- Las Escrituras definen a Cristo.
- Las Escrituras definen la salvación.
- Las Escrituras corrigen nuestro método apologético.
- Las Escrituras juzgan nuestras presuposiciones.
- Las Escrituras proporcionan el mensaje que proclamamos.

Esto no significa que cada conversación deba convertirse en una cadena de textos de prueba aislados. Significa que las Escrituras siguen siendo la autoridad final que controla lo que creemos y lo que decimos.

La oración pertenece a la apologética

Algunas veces la oración es tratada como algo que ocurre antes de la apologética en lugar de algo que pertenece a ella. Pero si la conversión pertenece a Dios, la oración se vuelve esencial.

- Oramos antes de las conversaciones.
- Oramos mientras escuchamos.
- Le pedimos sabiduría a Dios.
- Oramos por claridad.
- Oramos por valor.
- Oramos para que la persona comprenda.
- Oramos para que Dios exponga la falsa confianza.
- Oramos para que Cristo sea visto claramente.
- Oramos después de que termina la conversación.

Nuestro razonamiento no hace innecesaria la oración. Nuestra dependencia de Dios hace que la oración sea inevitable.

Debemos saber cuándo dejar de hablar

Otra señal de madurez es reconocer cuándo más palabras no están ayudando.

- Algunas veces la persona ya ha escuchado suficiente.
- Algunas veces el mismo argumento se está repitiendo.
- Algunas veces las emociones han aumentado tanto que ya no está ocurriendo nada productivo.
- Algunas veces la persona claramente se está burlando en lugar de preguntar.
- Algunas veces la conversación necesita tiempo.
- Algunas veces lo mejor que podemos decir es:

«Piensa en lo que hemos hablado, y con gusto podemos continuar en otro momento».

Terminar una conversación no siempre es fracaso. La sabiduría incluye saber cuándo continuar y cuándo detenerse.

También debemos saber cuándo hablar claramente

La mansedumbre no significa vacilación interminable. Algunas veces la persona comprende. El asunto está claro. El evangelio ha sido explicado. La pregunta se convierte en si se someterá a Cristo.

En ese momento, continuar dando vueltas apologéticas puede realmente evitar el verdadero asunto. Hay momentos en los que debemos decir claramente: «Entiendes lo que Cristo te está llamando a hacer. Necesitas arrepentirte y creer».

El evangelismo cristiano incluye invitación.

- Incluye ruego.
- Incluye advertencia.
- Incluye la seriedad del juicio.

Pero lo hace sin manipulación.

De la apologética al evangelismo

La relación entre la apologética y el evangelismo ahora puede expresarse sencillamente. La apologética con frecuencia pregunta:

- ¿Qué crees?
- ¿Por qué lo crees?
- ¿Puede tu cosmovisión sostener esa afirmación?
- ¿Qué presuposiciones están controlando tu interpretación?
- ¿Cómo explica el cristianismo esto de manera más consistente?

El evangelismo pregunta:

- ¿Quién es Dios?
- ¿Qué ha salido mal entre el hombre y Dios?
- ¿Quién es Jesucristo?
- ¿Qué logró?
- ¿Qué debe hacer el pecador?

Estos no son dos ministerios sin relación entre sí. Las preguntas apoloéticas con frecuencia despejan el camino para las respuestas evangelísticas. Pero despejar el camino no es el destino.

Cristo lo es.

Del evangelismo al discipulado

La obra no termina cuando alguien profesa fe. Si una persona viene a Cristo, el evangelismo comienza a dar paso al discipulado.

- El nuevo creyente necesita las Escrituras.
- Necesita oración.
- Necesita bautismo.
- Necesita ser miembro de una iglesia local.
- Necesita enseñanza sana.
- Necesita corrección.
- Necesita ánimo.
- Necesita comunión.
- Necesita rendición de cuentas.
- Necesita aprender obediencia.
- Necesita comprender la fe que ahora profesa.

La Gran Comisión no simplemente nos ordena buscar decisiones. Ordena a la iglesia hacer discípulos. Eso significa que la persona que profesa a Cristo no debe simplemente ser felicitada y abandonada. Se le debe enseñar a seguir al Señor que ahora profesa.

Todo el curso se une aquí

Ahora podemos ver claramente el movimiento del libro. Comenzamos con el evangelio porque el evangelio determina hacia dónde se dirige el evangelismo. Luego consideramos las presuposiciones y las cosmovisiones porque las personas no se acercan al cristianismo

de manera neutral. Hechos 17 nos mostró cómo Pablo entró en una cultura llena de creencias competidoras sin abandonar la cosmovisión bíblica.

Aprendimos a hacer mejores preguntas para poder comprender lo que las personas realmente quieren decir. Aprendimos a examinar las cosmovisiones desde adentro en lugar de simplemente lanzarles hechos aislados. Aprendimos cómo la moralidad y la conciencia llevan la conversación desde preguntas abstractas hacia la culpa personal.

Luego llegamos a la pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?». Y la respuesta nos llevó directamente a Cristo.

Ahora todas esas piezas van juntas.

No como una fórmula rígida.

No como un guion.

No como siete técnicas que deben aparecer en cada conversación.

Van juntas como herramientas bajo el señorío de Cristo.

Un evangelista maduro se vuelve más flexible, no menos bíblico

Este es un resultado importante del curso. La convicción bíblica debe hacernos más estables en nuestro mensaje mientras nos hace más flexibles en la conversación. El evangelista inmaduro puede depender mucho de un guion porque todavía no sabe qué hacer cuando la conversación cambia.

El evangelista maduro conoce el evangelio suficientemente bien para reconocer múltiples caminos hacia él. Conoce las categorías de cosmovisión suficientemente bien para reconocer presuposiciones sin anunciar: «Ahora voy a analizar tu epistemología». Conoce la ley suficientemente bien para usarla cuando sea necesaria sin llevar mecánicamente a todos por los mismos mandamientos. Conoce los argumentos apologéticos suficientemente bien para seleccionar uno en lugar de descargar diez. Conoce las Escrituras suficientemente bien para traer la verdad correcta al momento correcto.

El mensaje se vuelve más estable.

La conversación se vuelve más natural.

Eso es madurez.

El éxito es fidelidad

Al final del curso debemos definir correctamente el éxito.

- Si el éxito significa ganar argumentos, la apologética finalmente producirá orgullo.
- Si el éxito significa obtener decisiones, el evangelismo finalmente puede volverse manipulador.
- Si el éxito significa nunca quedarnos sin una respuesta, finalmente el temor nos controlará.
- Si el éxito significa que toda persona cree inmediatamente, finalmente el desánimo nos abrumará.

El éxito bíblico es fidelidad.

- ¿Representamos a Cristo con verdad?
- ¿Escuchamos cuidadosamente?
- ¿Respondimos honestamente?
- ¿Usamos fielmente las Escrituras?
- ¿Nos negamos a comprometer el evangelio?
- ¿Tratamos a la persona con mansedumbre?
- ¿Proclamamos a Cristo cuando se abrió la oportunidad?
- ¿Llamamos al arrepentimiento y a la fe?
- ¿Nos negamos a manipular?
- ¿Confiamos en Dios?

Esas son preguntas que podemos responder.

El resultado final pertenece a Dios.

Dios da el crecimiento

Las palabras de Pablo proporcionan una conclusión apropiada para todo lo que hemos estudiado:

«Yo planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento». — 1 Corintios 3:6

Luego:

«Así que ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios, que da el crecimiento». — 1 Corintios 3:7

Esto no hace que nuestro trabajo carezca de importancia.

- Pablo plantó.
- Apolos regó.

Dios decidió obrar mediante la proclamación humana.

- Por lo tanto, estudiamos.
- Nos preparamos.
- Hablamos.
- Razonamos.
- Respondemos.
- Predicamos.
- Rogamos.
- Discipulamos.

Pero Dios da vida.

- Dios abre los corazones.
- Dios lleva a los pecadores a Cristo.
- Dios preserva a Su pueblo.

Por lo tanto, el evangelista puede trabajar diligentemente sin creer que todo depende de él. Y puede permanecer humilde cuando Dios concede fruto visible.

Verdad principal para recordar

El evangelismo y la apologética no son ministerios que compiten entre sí. Van juntos.

- El cristiano escucha porque la persona importa.
- Hace preguntas porque las presuposiciones importan.
- Examina las cosmovisiones porque los fundamentos importan.
- Usa evidencia porque la verdad histórica importa.
- Usa la ley porque la culpa importa.
- Proclama a Cristo porque el evangelio importa.
- Llama a los pecadores a arrepentirse y creer porque Dios ordena una respuesta.
- Rechaza la manipulación porque la regeneración pertenece a Dios.
- Discipula a quienes profesan a Cristo porque la Gran Comisión no termina con una decisión.

Y a través de todo esto, Cristo permanece como Señor. La meta no es convertir a cada cristiano en un filósofo profesional. La meta es preparar a los cristianos para pensar

bíblicamente, escuchar cuidadosamente, responder con sabiduría, proclamar claramente a Cristo y confiar completamente en Dios.

La apologética sirve al evangelio.

El evangelismo proclama a Cristo.

Dios da el crecimiento.

Preguntas para estudio y reflexión

1. Según 1 Pedro 3:15, ¿por qué reconocer a Cristo como Señor debe venir antes de presentar una defensa de la esperanza cristiana?
2. ¿Cuál es la diferencia entre mantener fijo el mensaje del evangelio y permitir que el curso de una conversación evangelística cambie de acuerdo con la persona?
3. ¿Por qué la pregunta «¿Qué necesita esta persona a continuación?» es una parte importante de poner en práctica el material de este libro?
4. ¿Cómo puede pedir aclaración evitar que respondamos a un argumento u objeción que la persona realmente no hizo?
5. ¿Por qué la crítica interna debe ir seguida de una presentación positiva de la cosmovisión cristiana en lugar de limitarse a exponer problemas en el pensamiento incrédulo?
6. ¿Cómo puede una conversación pasar de preguntas acerca de la cosmovisión y la moralidad hacia la responsabilidad personal delante de Dios sin forzar la transición?
7. ¿Por qué es importante reconocer cuándo la ley ya ha cumplido su propósito y la persona necesita escuchar acerca de Cristo y la gracia?
8. ¿Cuál es la relación apropiada entre la evidencia, la cosmovisión, las Escrituras y el evangelio en la apologética cristiana?
9. Según 1 Corintios 3:5–7, ¿cómo debería afectar la distinción entre plantar, regar y Dios dando el crecimiento la manera en que los cristianos miden el éxito en el evangelismo?
10. Mirando hacia atrás a todo el libro, explica cómo la cosmovisión, las preguntas, la crítica interna, la conciencia, la ley, el evangelio, el arrepentimiento y la fe, y la dependencia de Dios pueden funcionar juntos sin convertirse en una fórmula evangelística rígida.

Guía práctica

«Creo que soy una buena persona»

Cuando alguien dice: «Creo que soy una buena persona», no supongas que ya sabes lo que quiere decir. Escucha primero. Puede querer decir que trata bien a las personas, mantiene a su familia, evita delitos graves, ayuda a otros o simplemente cree que es mejor que la mayoría. Antes de corregirlo, averigua dónde descansa su confianza.

En lugar de decirle inmediatamente: «No eres una buena persona», ayúdalo a examinar qué quiere decir con bueno. Una pregunta sencilla como «¿Qué quieres decir con bueno?» muchas veces abre la conversación de manera natural. Si explica que intenta tratar bien a las personas o que nunca ha hecho nada terriblemente malo, pregunta: «¿Comparado con quién?».

Esa pregunta muchas veces revela la norma que está utilizando. La mayoría de las personas pueden encontrar a alguien peor que ellas mismas, pero Dios no nos juzga comparándonos con la peor persona que conocemos. Entonces puedes preguntar: «¿Crees que Dios tiene una norma de bondad?». Si dice que sí, continúa con algo como: «¿Estarías dispuesto a ver cómo tú y yo nos comparamos con Su norma?».

Romanos 3:23 dice:

«por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios».

La conversación entonces puede continuar permitiendo que la ley de Dios se dirija a la conciencia en lugar de simplemente discutir acerca de si la persona es buena.

Tú: «¿Alguna vez has mentido?»

La persona: «Claro. Todo el mundo lo ha hecho».

Tú: «Yo también. ¿Alguna vez has tomado algo que no era tuyo, aunque fuera algo pequeño?»

La persona: «Probablemente».

Tú: «Jesús también enseña que el pecado llega hasta el corazón. ¿Alguna vez has tenido pensamientos, odio, lujuria o deseos que sabías que estaban mal?»

El propósito no es simplemente acumular transgresiones. La ley de Dios revela que el pecado incluye más que delitos externos dramáticos. Alcanza nuestras palabras, acciones, pensamientos, motivos y deseos. Jesús lleva el asunto todavía más profundo cuando identifica amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas como el mandamiento más grande. Nadie puede afirmar honestamente haber cumplido eso perfectamente.

Entonces puedes preguntar: «Si Dios nos juzgara según Su norma en lugar de compararnos con personas peores que nosotros, ¿sería inocente alguno de los dos?».

Respuestas y objeciones comunes

La respuesta normalmente debe llevar a otra pregunta en lugar de convertirse inmediatamente en una conferencia. Las preguntas mantienen a la persona pensando acerca de su propia posición y ayudan a revelar en qué está confiando realmente.

La persona: «Nadie es perfecto».

Tú: «Eso es verdad. Pero ¿el hecho de que todos sean culpables hace que todos sean inocentes?»

La persona: «Sé que he hecho algunas cosas malas, pero he hecho más cosas buenas que malas».

Tú: «Si alguien cometiera un delito, ¿hacer cosas buenas después borraría su culpa delante de un buen juez?»

La persona: «Pero soy mejor que muchas personas».

Tú: «¿Crees que Dios te juzgará según lo que otras personas han hecho, o según Su propia norma?»

La persona: «Dios conoce mi corazón».

Tú: «Si Dios conoce todo lo que hay en nuestro corazón —nuestros motivos, pensamientos, deseos, ira, orgullo y pecados secretos—, ¿eso hace que la situación sea mejor o más seria?»

La persona: «Yo hago lo mejor que puedo».

Tú: «¿Hacer lo mejor que podemos es lo mismo que cumplir la norma de Dios?»

Estas preguntas no son un guion que deba utilizarse en orden. Escucha la respuesta y escoge la pregunta que responda a lo que la persona realmente dijo.

Llevando la conversación a Cristo

Una vez que la persona comienza a reconocer que su bondad no puede hacerla justa delante de Dios, no continúes presionando con la ley simplemente porque todavía quedan más mandamientos que podrías discutir. El propósito es exponer la necesidad de un Salvador, no dejarla enterrada debajo de una lista de fracasos.

Esta es la transición:

Tú: «Por eso Jesús importa. El cristianismo no dice que las buenas personas ganan el cielo. Dice que los pecadores culpables necesitan un Salvador. Cristo murió por pecadores y resucitó de entre los muertos. Nuestra esperanza no es que hayamos hecho suficientes cosas buenas. Nuestra esperanza es Cristo».

Romanos 5:8 dice:

«Pero Dios demuestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

Entonces puedes preguntar:

Tú: «¿En qué estás confiando para estar bien con Dios: en tu bondad o en Cristo?»

Esa pregunta lleva la conversación nuevamente al asunto central. La persona comenzó colocando su confianza en sí misma. El evangelio la llama a abandonar la confianza en su propio historial moral y dirigirla hacia Jesucristo.

Qué debes escuchar

Cuando la persona diga: «Soy una buena persona», escucha dónde descansa su confianza. Puede estar confiando en su moralidad, sus buenas intenciones, su responsabilidad familiar, sus obras de caridad, su actividad religiosa o simplemente en el hecho de que otras personas parecen peores. El problema más profundo normalmente es la justicia propia.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué quieres decir con bueno?», «¿Comparado con quién?», «¿Crees que Dios tiene una norma de bondad?» y «¿En qué estás confiando para estar bien con Dios?». Estas preguntas no son un guion obligatorio. Ayudan a revelar dónde está colocando su confianza.

La meta

La meta no es simplemente hacer que la persona pase de «Soy una buena persona» a «Soy una mala persona». Es ayudarla a comprender que es culpable delante de Dios y necesita a Jesucristo.

La ley expone la necesidad. El evangelio proporciona la respuesta. Una vez que comprenda su culpa, no la dejes con la ley.

Llévala a Cristo.

«No creo que Dios exista»

Cuando alguien dice: «No creo que Dios exista», no supongas que sabes por qué. Una persona puede querer decir que nunca ha visto evidencia que considere convincente. Otra puede creer que la ciencia ha eliminado la necesidad de Dios. Otra puede estar reaccionando al sufrimiento, a una mala experiencia en una iglesia o a la hipocresía de los cristianos. Antes de presentar un argumento, averigua qué quiere decir realmente.

Comienza con una pregunta sencilla:

Tú: «Cuando dices que no crees que Dios existe, ¿qué te llevó a esa conclusión?»

Su respuesta te dirá hacia dónde continuar.

La persona: «Simplemente no hay evidencia».

Tú: «¿Qué considerarías evidencia de Dios?»

O:

La persona: «Todo puede explicarse naturalmente».

Tú: «¿Crees que el universo físico es todo lo que existe?»

Si dice que sí, ahora sabes que el problema es mayor que una falta de evidencia. Está viendo la realidad mediante una cosmovisión materialista.

Examina el fundamento

No descargues sobre la persona todos los argumentos que conoces. Escoge algo relacionado con lo que ya está afirmando.

Si cree que los seres humanos son completamente el resultado de procesos físicos no dirigidos, puedes preguntar cómo esa cosmovisión da razón de las mismas cosas que está utilizando en la conversación: la razón, la lógica, la verdad, la moralidad y el conocimiento.

Una conversación podría continuar así:

La persona: «Básicamente somos animales altamente evolucionados. Nuestros cerebros se desarrollaron mediante la evolución».

Tú: «¿Crees que nuestros pensamientos son, en última instancia, producidos por procesos físicos en el cerebro?»

La persona: «Sí».

Tú: «Entonces, ¿cómo distingues entre un pensamiento que simplemente fue producido físicamente y un pensamiento que realmente es verdadero?»

El propósito no es decir que los incrédulos no pueden razonar. Obviamente pueden hacerlo. La pregunta es si su cosmovisión puede dar razón de las herramientas racionales que ya están utilizando.

También podrías preguntar:

Tú: «¿Por qué deberíamos esperar que un universo accidental esté gobernado por leyes consistentes que las mentes humanas pueden comprender?»

O, si surge la moralidad:

Tú: «¿Crees que algunas cosas realmente están mal independientemente de lo que piense la sociedad?»

Nuevamente, permanece en la dirección de la conversación en lugar de lanzar varios argumentos al mismo tiempo.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «La ciencia explica cómo funciona el universo. No necesitamos a Dios».

Tú: «¿Explicar cómo funciona algo responde por qué existe un universo ordenado que podemos estudiar en primer lugar?»

La persona: «Solo creo en lo que puedo ver».

Tú: «¿Puedes ver la lógica, la verdad o las leyes de las matemáticas mismas, o las conoces de otra manera?»

La persona: «No hay pruebas de Dios».

Tú: «¿Qué clase de prueba aceptarías, y por qué debería esa ser la norma?»

La persona: «Si Dios existiera, todo el mundo lo sabría».

Tú: «¿Qué sucede si el problema no es que Dios haya dejado de revelarse, sino que las personas no quieren reconocer lo que Él ha revelado?»

Esa última pregunta proporciona una transición natural hacia Romanos 1. Las Escrituras describen a la humanidad no como personas neutrales esperando impotentemente que Dios proporcione suficiente evidencia, sino como personas que viven en el mundo de Dios mientras restringen la verdad que Él ha dado a conocer.

Llevando la conversación a Cristo

No quedes satisfecho si la persona finalmente admite: «Quizá exista algún tipo de Creador». El cristianismo no está defendiendo simplemente un teísmo genérico. El Creador es el Dios ante quien somos responsables, y Él se ha revelado en Jesucristo.

Puedes hacer la transición diciendo:

Tú: «El cristianismo afirma algo más que simplemente que algo tuvo que causar el universo. Dice que el Dios que nos creó ha hablado, que somos responsables delante de Él y que Él ha actuado en la historia por medio de Jesucristo».

Desde allí, la conversación puede avanzar hacia el pecado, la muerte de Cristo, la resurrección, el arrepentimiento y la fe.

Qué debes escuchar

Escucha la razón que está detrás de «No creo que Dios exista». ¿El verdadero problema es la evidencia, la ciencia, el sufrimiento, la moralidad, el materialismo, el enojo con Dios o simplemente la falta de disposición para reconocer la autoridad divina? No respondas al ateísmo como categoría. Responde al argumento que la persona realmente está presentando.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué te llevó a esa conclusión?», «¿Qué contaría como evidencia?», «¿Cómo da razón de eso tu cosmovisión?» y «Si el cristianismo fuera verdadero, ¿querrías saberlo?».

La meta

La meta no es simplemente llevar a alguien de «Dios no existe» a «Quizá exista un Dios».

Llévalo hacia el Dios que se ha revelado y, finalmente, hacia Jesucristo.

«La ciencia lo explica todo»

Cuando alguien dice: «Creo en la ciencia» o «La ciencia lo explica todo», no respondas como si el cristianismo y la ciencia fueran enemigos naturales. La ciencia es enormemente útil para investigar el mundo creado. La verdadera pregunta es qué quiere decir la persona cuando afirma que la ciencia lo explica todo.

Comienza aclarando la afirmación.

Tú: «Cuando dices que la ciencia lo explica todo, ¿quieres decir que la ciencia tiene mucho éxito explicando el mundo físico, o que nada existe a menos que la ciencia pueda investigarlo?»

Esas son afirmaciones muy diferentes.

Si quiere decir lo segundo, pregúntale cómo lo sabe. La afirmación «Solamente son reales las cosas que pueden comprobarse científicamente» no es en sí misma algo establecido mediante un experimento científico. Es una afirmación filosófica acerca de lo que cuenta como conocimiento.

Pregunta acerca de lo que la ciencia presupone

La investigación científica funciona porque ciertas cosas ya son verdaderas. El universo se comporta con una regularidad extraordinaria. El razonamiento humano puede descubrir patrones. Las matemáticas corresponden con el mundo físico. Los experimentos realizados bajo las mismas condiciones pueden repetirse con expectativas significativas.

En lugar de dar una conferencia, utiliza uno de esos hechos como pregunta.

La persona: «La ciencia es todo lo que necesitamos».

Tú: «¿Por qué es posible la ciencia en primer lugar? ¿Por qué debería el universo ser suficientemente ordenado para que nuestras mentes puedan comprenderlo?»

La persona: «Simplemente así funciona el universo».

Tú: «Estoy de acuerdo en que funciona de esa manera. Lo que pregunto es qué explica por qué deberíamos esperar ese tipo de orden».

El cristianismo tiene una respuesta positiva. El universo no es un accidente gobernado por regularidades inexplicables. Es creación. Un Dios racional hizo un mundo ordenado y creó seres humanos capaces de estudiarlo.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «No necesitamos a Dios porque la ciencia explica cómo suceden las cosas».

Tú: «Si explico cómo funciona un motor, ¿he explicado por qué existe el motor o quién lo hizo?»

La persona: «Solo creo en cosas que pueden ser comprobadas científicamente».

Tú: «¿Puede esa regla misma ser comprobada científicamente?»

La persona: «La religión es fe, pero la ciencia son hechos».

Tú: «¿Los científicos interpretan los hechos sin ninguna presuposición acerca de la razón, la evidencia o las clases de explicaciones que son posibles?»

La persona: «La evolución demuestra que Dios no existe».

Tú: «Incluso si discutiéramos todas las preguntas científicas acerca de los orígenes, ¿cómo demostraría un proceso biológico que Dios no existe?»

La meta no es atacar la ciencia. Es exponer las conclusiones filosóficas que algunas veces se introducen bajo el nombre de ciencia.

Llevando la conversación a Cristo

Una vez que la persona reconoce que la ciencia no puede responder toda clase de pregunta, no te detengas en «El cristianismo explica mejor el universo». Avanza hacia el Dios que creó ese universo.

Podrías decir:

Tú: «El cristianismo nos da una razón para esperar una creación ordenada que las mentes racionales puedan investigar. Pero la Biblia dice algo todavía más importante. El Dios cuyo mundo estudiamos también es el Dios que nos hizo, y somos responsables delante de Él».

Entonces avanza hacia Cristo. El cristianismo hace afirmaciones que entran en la historia: Jesús vivió, fue crucificado y resucitó de entre los muertos. La resurrección no es un rechazo de la historia ni de la evidencia. Es una afirmación de que Dios actuó en la historia.

Qué debes escuchar

Escucha si «ciencia» realmente significa ciencia o si se está utilizando para expresar materialismo: la creencia de que la materia física es todo lo que existe. No son lo mismo.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué quieres decir con ciencia?», «¿Puede la ciencia responder toda clase de pregunta?», «¿Por qué debería la naturaleza ser ordenada?» y «¿Puede demostrarse científicamente la afirmación de que solamente la ciencia proporciona conocimiento?».

La meta

No intentes hacer que la persona desconfíe de la ciencia. Ayúdala a distinguir entre la ciencia y una cosmovisión que afirma que la ciencia es la única fuente posible de verdad.

Luego lleva la conversación más allá de la creación, hacia el Creador, y del Creador hacia Cristo.

«Cada persona tiene su propia verdad»

Cuando alguien dice: «Cada persona tiene su propia verdad», primero determina qué quiere decir. Puede simplemente querer decir que las personas tienen diferentes opiniones y experiencias. Eso obviamente es verdad. Pero puede querer decir que dos creencias contradictorias pueden ser verdaderas simplemente porque distintas personas las creen.

No comiences con una conferencia sobre relativismo. Aclara la afirmación.

Tú: «Cuando dices que cada persona tiene su propia verdad, ¿quieres decir que las personas tienen opiniones diferentes, o que algo realmente puede ser verdadero para ti y falso para mí al mismo tiempo?»

Esa distinción normalmente hace avanzar la conversación rápidamente.

Examina la afirmación con una pregunta

Si quiere decir que la verdad misma es relativa a cada persona, pregunta si esa afirmación también se aplica a sí misma.

La persona: «No existe la verdad absoluta».

Tú: «¿Eso es absolutamente verdadero?»

O:

La persona: «Cada persona decide lo que es verdadero para sí misma».

Tú: «¿Eso es algo que todo el mundo tiene que aceptar, o solamente es verdadero para ti?»

El propósito no es ser ingenioso. La pregunta revela que una negación universal de la verdad objetiva normalmente depende de una afirmación objetiva de verdad.

También puedes hacer que el asunto sea práctico.

Tú: «Si yo creo sinceramente algo que contradice lo que tú crees, ¿hace nuestra sinceridad que ambos tengamos razón?»

Normalmente la persona reconocerá que la sinceridad no puede determinar la realidad.

La opinión no es lo mismo que la verdad

Algunas cosas realmente son personales.

- Una persona prefiere café.
- Otra prefiere té.
- Una persona disfruta la música country.
- Otra no la soporta.

Esas son preferencias.

Pero si Jesús resucitó de entre los muertos no es una preferencia. La resurrección ocurrió o no ocurrió. Nuestros sentimientos no pueden cambiar el acontecimiento.

Puedes decir:

Tú: «El cristianismo no está diciendo: “Jesús funciona para mí”. Está haciendo una afirmación acerca de lo que realmente ocurrió. Si Cristo resucitó de entre los muertos, eso es verdadero independientemente de que a cualquiera de nosotros nos guste o no».

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Lo que es verdadero para ti puede no ser verdadero para mí».

Tú: «¿Podría la afirmación “lo que es verdadero para ti puede no ser verdadero para mí” ser falsa para mí?»

La persona: «Nadie puede conocer realmente la verdad».

Tú: «¿Cómo sabes que nadie puede conocerla?»

La persona: «Es arrogante decir que tu religión es verdadera».

Tú: «¿Creer que algo es verdadero es automáticamente arrogante, o depende de si tenemos buenas razones para creerlo?»

La persona: «Todas las religiones contienen algo de verdad».

Tú: «¿Podrían contener algunas cosas verdaderas y aun así contradecirse acerca de las cosas más importantes?»

Las preguntas no obligan por sí mismas a ninguna conclusión. Simplemente exponen la dificultad de negar la verdad objetiva mientras continuamos haciendo afirmaciones objetivas.

Llevando la conversación a Cristo

Una vez que la persona reconoce que la verdad no puede ser creada simplemente por preferencia, el cristianismo debe presentarse positivamente.

Puedes decir:

Tú: «El cristianismo dice que la verdad no se origina en nosotros. Dios creó la realidad y se ha revelado. Eso significa que la pregunta no es qué verdad preferimos. La pregunta es qué es realmente verdadero».

Luego lleva el asunto a Jesús.

Tú: «Entonces la pregunta más importante no es si el cristianismo es verdadero para mí. Es si Jesucristo es quien afirmó ser y si realmente resucitó de entre los muertos».

Eso lleva una discusión abstracta acerca de la verdad hacia la afirmación central del evangelio.

Qué debes escuchar

Escucha cuidadosamente la diferencia entre «las personas no están de acuerdo» y «no existe verdad objetiva». No discutas contra el relativismo si la persona simplemente está reconociendo que las personas tienen perspectivas diferentes.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué quieres decir con tu propia verdad?», «¿Esa afirmación es verdadera para todos?», «¿Pueden afirmaciones contradictorias describir correctamente la realidad?» y «¿Creer algo sinceramente hace que sea verdadero?».

La meta

La meta no es simplemente lograr que la persona admita que el relativismo se contradice a sí mismo. La meta es establecer que la verdad se descubre en lugar de ser creada por preferencia personal y luego avanzar hacia la afirmación central de verdad que hace el cristianismo:

¿Quién es Jesucristo, y qué significan Su muerte y Su resurrección para nosotros?

«Todas las religiones llevan a Dios»

Cuando alguien dice: «Todas las religiones llevan a Dios», no comiences inmediatamente enumerando las diferencias entre el cristianismo, el islam, el hinduismo, el mormonismo u otras religiones. Primero averigua qué quiere decir. Quizá simplemente quiera decir que todas las religiones animan a las personas a vivir moralmente, o quizá crea que Dios acepta a las personas sinceras sin importar lo que crean. La afirmación suena tolerante, pero normalmente presupone que creencias contradictorias de alguna manera pueden conducir al mismo destino.

Comienza aclarando la afirmación.

Tú: «Cuando dices que todas las religiones llevan a Dios, ¿qué quieres decir?»

La persona: «Básicamente todas enseñan lo mismo».

Tú: «¿Qué dirías que es eso que todas enseñan?»

Si dice que todas las religiones enseñan a las personas a ser buenas, ahora sabes hacia dónde debe ir la conversación. El cristianismo no enseña que los pecadores llegan a Dios haciéndose suficientemente buenos. El evangelio enseña que nuestra bondad no puede reconciliarnos con Dios y que precisamente por eso vino Cristo.

Entonces puedes preguntar:

Tú: «Si una religión dice que Jesús es Dios y otra dice que no lo es, ¿pueden ambas afirmaciones ser verdaderas en el mismo sentido?»

Esa pregunta expone el problema más profundo. Las religiones no ofrecen simplemente diferentes expresiones culturales del mismo mensaje. Hacen afirmaciones contradictorias acerca de Dios, Jesucristo, el pecado, la salvación, la revelación, el juicio y lo que sucede después de la muerte.

El cristianismo proclama que Jesucristo es el Hijo de Dios, que murió por los pecados, que resucitó corporalmente de entre los muertos y que los pecadores son reconciliados con Dios por medio de Él. El islam niega partes cruciales de esas afirmaciones. El mormonismo utiliza terminología cristiana mientras enseña una doctrina muy diferente acerca de Dios y de Cristo. Los testigos de Jehová niegan la plena deidad de Cristo. Otros sistemas religiosos pueden rechazar por completo la comprensión bíblica del pecado y la salvación.

No pueden estar describiendo correctamente la realidad al mismo tiempo.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Pero todas las religiones enseñan amor».

Tú: «Aunque varias religiones enseñen a las personas a amar a los demás, ¿significa estar de acuerdo en un principio moral que también están de acuerdo acerca de quién es Dios o de cómo somos reconciliados con Él?»

La persona: «Dios no rechazaría a alguien que sinceramente sigue otra religión».

Tú: «¿La sinceridad hace que una creencia sea verdadera?»

La persona: «Son simplemente diferentes caminos que suben la misma montaña».

Tú: «¿Qué sucede si las mismas religiones no están de acuerdo acerca de si existe una montaña, qué hay en la cima y cómo llega alguien hasta allí?»

La persona: «Parece arrogante que el cristianismo diga que es el único camino».

Tú: «¿Una afirmación se vuelve arrogante simplemente porque es exclusiva, o la verdadera pregunta es si es verdadera?»

Estas preguntas alejan la conversación de si la exclusividad resulta incómoda y la llevan hacia si las afirmaciones mismas son verdaderas.

Llevando la conversación a Cristo

No dejes la conversación en: «Las religiones se contradicen». La meta no es simplemente demostrar que el pluralismo religioso es imposible. Avanza hacia la persona de Cristo.

Puedes decir:

Tú: «El cristianismo no afirma que nuestra religión sea mejor porque los cristianos sean mejores personas. La afirmación central es que Dios actuó para salvar a pecadores por medio de Jesucristo. Si Cristo realmente murió por los pecados y resucitó de entre los muertos, entonces no podemos tratarlo simplemente como una opción espiritual entre muchas».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Quién crees que es Jesucristo?»

Esa pregunta lleva la conversación desde la religión en general hacia el asunto central.

Qué debes escuchar

Escucha qué significa realmente para la persona «todas las religiones llevan a Dios». Puede estar defendiendo la sinceridad, la moralidad, la tolerancia o la idea de que la doctrina no importa. No respondas a todas esas posibilidades a la vez.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿En qué sentido son iguales todas las religiones?», «¿Pueden afirmaciones contradictorias ser verdaderas al mismo tiempo?», «¿La sinceridad determina la verdad?» y «¿Quién crees que es Jesús?».

La meta

La meta no es simplemente convencer a la persona de que las religiones no están de acuerdo. Ayúdala a ver que las diferencias tienen que ver con las preguntas más importantes que pueden hacerse: quién es Dios, quién es Jesús, cuál es nuestro problema y cómo pueden los pecadores ser reconciliados con Dios.

Entonces lleva la conversación a Cristo.

«Creo en Dios»

Cuando alguien dice: «Creo en Dios», no supongas que ahora ambos tienen la misma comprensión de Dios. La palabra Dios puede significar cosas muy diferentes para diferentes personas. Puede creer en el Dios de las Escrituras, en un poder superior indefinido, en una fuerza espiritual impersonal, en un Dios que nunca juzga o simplemente en alguien a quien ora cuando la vida se vuelve difícil.

En lugar de suponer, pídele que explique.

Tú: «¿Cómo crees que es Dios?»

Su respuesta puede decirte mucho más que la afirmación original.

Entonces puedes preguntar:

Tú: «¿Qué crees que Dios espera de nosotros?»

Y finalmente:

Tú: «¿Quién crees que es Jesús?»

La meta no es realizarle un examen teológico. Estas preguntas ayudan a determinar si la persona conoce al Dios revelado en las Escrituras o si ha construido un dios de acuerdo con sus propias preferencias.

Creer que Dios existe no es lo mismo que confiar en Él

Una persona puede creer que Dios existe y aun así estar lejos de Él. Santiago nos recuerda que incluso los demonios creen que Dios es uno. El mero reconocimiento de la existencia de Dios no es fe salvadora.

La pregunta importante no es simplemente: «¿Crees que existe un Dios?». Es qué cree la persona acerca de Él y dónde descansa su confianza delante de Él.

Una conversación podría sonar así:

La persona: «Siempre he creído en Dios».

Tú: «¿Qué crees que hace que estés bien con Él?»

La persona: «Simplemente intento vivir una vida decente».

Tú: «¿Crees que vivir una vida decente elimina la culpa de las veces que hemos pecado contra Él?»

Ahora has descubierto que quizá el problema no sea creer en la existencia de Dios. Puede ser la justicia propia.

O:

La persona: «Creo que Dios ama a todos y nunca juzgaría a nadie».

Tú: «¿Crees que un Dios amoroso también se preocupa por la justicia?»

Ahora el asunto es su comprensión del carácter de Dios.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Creo en Dios, así que pienso que estoy bien».

Tú: «¿Crees que simplemente creer que Dios existe es lo mismo que estar reconciliado con Él?»

La persona: «Yo oro todo el tiempo».

Tú: «Cuando oras, ¿a quién crees que estás orando y en qué estás confiando que Él haga por ti?»

La persona: «Dios sabe que soy una buena persona».

Tú: «Si Dios nos conoce completamente, ¿qué sabe acerca de los pecados y motivos que nadie más puede ver?»

La persona: «Mi relación con Dios es personal».

Tú: «¿Que nuestra relación con Dios sea personal significa que podemos decidir por nosotros mismos cómo es Él, o tiene Dios el derecho de revelarse a nosotros?»

Estas preguntas llevan la conversación más allá de una creencia vaga hacia la revelación y la responsabilidad delante de Dios.

Llevando la conversación a Cristo

Una vez que comprendas qué quiere decir la persona cuando habla de Dios, avanza hacia Jesús.

Puedes decir:

Tú: «La Biblia no solamente nos dice que Dios existe. Nos dice quién es Él, qué ha salido mal entre nosotros y Él, y qué ha hecho por medio de Jesucristo para reconciliar consigo a los pecadores».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Qué crees que logró Jesús cuando murió?»

Su respuesta puede revelar si comprende el evangelio.

Qué debes escuchar

Escucha al dios que la persona realmente está describiendo. ¿Es Dios solamente amoroso pero nunca justo? ¿Es distante? ¿Es una fuerza impersonal? ¿Es alguien que recompensa a las personas decentes? ¿Habla la persona acerca de Jesús?

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Cómo es Dios?», «¿Qué exige Dios?», «¿En qué estás confiando para estar bien con Él?» y «¿Quién es Jesús?».

La meta

No te detengas en estar de acuerdo en que Dios existe. Lleva a la persona desde una creencia vaga en Dios hacia el Dios que se ha revelado en las Escrituras y, finalmente, hacia Jesucristo.

«Yo también creo en Jesús»

Cuando alguien dice: «Yo también creo en Jesús», no supongas que están hablando del mismo Jesús. El mormonismo, la teología de los testigos de Jehová, el islam, el cristianismo

liberal y otros sistemas pueden hablar positivamente acerca de Jesús mientras lo definen de maneras muy diferentes. Compartir vocabulario no significa necesariamente compartir la misma fe.

Comienza aclarando la identidad de Cristo.

Tú: «¿Quién crees que es Jesús?»

Su respuesta debe determinar lo que sigue.

La persona: «Fue un gran maestro y profeta».

Tú: «¿Crees que Él es eternamente Dios?»

O:

La persona: «Por supuesto que es el Hijo de Dios».

Tú: «¿Qué quieres decir con “Hijo de Dios”?»

Esa pregunta importa porque diferentes religiones utilizan la misma expresión de maneras muy diferentes.

El asunto no es si la persona admira a Jesús o habla respetuosamente de Él. El asunto es si está confiando en el Cristo bíblico.

Juan 1:1–3 coloca a Cristo del lado del Creador en la distinción entre Creador y criatura. No es presentado como un ser que comenzó a existir posteriormente. Él estaba con Dios, era Dios y todas las cosas llegaron a existir por medio de Él.

Por eso, cuando alguien dice: «Yo también creo en Jesús», la conversación debe avanzar hacia Su identidad, Su obra y lo que la persona cree que significa la salvación por medio de Él.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Creo que Jesús es el Hijo de Dios».

Tú: «¿Crees que Él ha sido eternamente Dios, o tuvo un comienzo?»

La persona: «Jesús fue creado por Dios».

Tú: «Si todas las cosas llegaron a existir por medio de Él, ¿dónde encajaría un Jesús creado dentro de esa afirmación?»

La persona: «Jesús es divino, pero no es lo mismo que Dios».

Tú: «¿Qué quieres decir con divino, y cómo entiendes Juan 1 cuando dice que el Verbo era Dios?»

La persona: «No importa exactamente quién es Jesús mientras sigamos Sus enseñanzas».

Tú: «Si Jesús hizo afirmaciones acerca de quién es, ¿realmente podemos separar Sus enseñanzas de Su identidad?»

La persona: «Ambos creemos en Jesús, así que nuestras diferencias son pequeñas».

Tú: «Si no estamos de acuerdo acerca de quién es realmente Jesús y qué logró, ¿estamos realmente confiando en el mismo Cristo?»

El propósito no es abrumar a la persona con versículos. Utiliza suficiente Escritura para aclarar la verdadera diferencia.

Llevando la conversación a Cristo

Una vez que la cuestión de Su identidad queda abierta, avanza hacia lo que Cristo logró.

Tú: «¿Qué crees que logró Jesús en la cruz?»

Luego:

Tú: «¿Cómo es hecho justo un pecador delante de Dios?»

Esas preguntas muchas veces revelan si la diferencia es solamente de vocabulario o si el evangelio mismo ha sido cambiado.

Primera de Corintios 15 centra el evangelio en Cristo muriendo por los pecados, siendo sepultado y resucitando. Hechos 16:31 dirige al pecador a creer en el Señor Jesús. La fe salvadora no es fe en un nombre separado de la persona que está detrás de ese nombre. Es fe en el Señor Jesucristo revelado en las Escrituras.

Qué debes escuchar

Escucha cuidadosamente cómo describe a Jesús. Palabras como Hijo de Dios, Salvador, profeta, creado, divino, ser espiritual, maestro, Mesías o hermano pueden sonar familiares mientras comunican significados muy diferentes.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Quién es Jesús?», «¿Ha sido eternamente Dios?», «¿Fue creado?», «¿Qué logró Su muerte?» y «¿Cómo es hecho justo un pecador delante de Dios?».

La meta

La meta no es simplemente lograr que la persona esté de acuerdo en que Jesús es importante.

Llévala al Cristo bíblico.

Si cambia la identidad de Cristo, cambia con ella el evangelio.

El mormón

Cuando hables con un mormón, el lenguaje cristiano familiar puede ocultar diferencias importantes. Puede hablar acerca de Dios, Jesús, las Escrituras, la salvación, la gracia, los profetas y el testimonio, pero esos términos no siempre significan lo mismo que significan en el cristianismo bíblico. Escucha primero y aclara qué cree realmente.

Un punto de partida común es su testimonio personal acerca del Libro de Mormón.

La persona: «Oré acerca del Libro de Mormón y Dios me confirmó que es verdadero».

Tú: «¿Cómo sabes que esa confirmación vino de Dios?»

Puede referirse a un fuerte sentimiento interno o a una confirmación en el corazón.

La persona: «Sentí que el Espíritu me confirmó que era verdadero».

Tú: «¿Podría un musulmán o alguien de otra religión orar y sentirse igualmente seguro de que Dios confirmó su religión?»

Esa pregunta importa porque personas pertenecientes a religiones contradictorias pueden informar experiencias espirituales muy poderosas. Un sentimiento por sí solo no puede determinar la verdad.

La pregunta más profunda es:

¿La revelación de Dios juzga nuestra experiencia, o nuestra experiencia juzga la revelación de Dios?

Primera de Timoteo 4:1 advierte que no toda influencia espiritual procede de Dios. Por lo tanto, las experiencias espirituales deben ser examinadas en lugar de ser aceptadas automáticamente.

Algunos datos importantes que debes conocer

El mormonismo enseña una restauración, no simplemente otra denominación cristiana. José Smith afirmó que la verdadera iglesia había caído en apostasía y tenía que ser restaurada mediante nueva revelación, nuevos profetas y escrituras adicionales.

El mormonismo reconoce escritos autoritativos adicionales, como el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio. Eso plantea inmediatamente la cuestión de la autoridad.

Tú: «Si una revelación posterior contradice lo que Dios ya ha revelado, ¿cuál debe tener la autoridad final?»

Gálatas 1:8–9 es especialmente importante aquí porque Pablo advierte que aun si un ángel del cielo proclama un evangelio diferente, ese mensaje debe ser rechazado.

Esto se vuelve especialmente significativo cuando la historia fundacional de un sistema religioso incluye a un mensajero angelical.

Progresión eterna

Una de las diferencias doctrinales más importantes tiene que ver con la naturaleza de Dios. La enseñanza mormona tradicional incluye la idea de la progresión eterna, según la cual Dios el Padre fue alguna vez como el hombre es ahora y progresó hasta llegar a ser dios, mientras que los seres humanos fieles también pueden progresar hacia la exaltación.

Esa no es una diferencia pequeña. La Biblia presenta a Dios como eternamente Dios, no como un ser que llegó a convertirse en Dios.

Si surge este asunto, pregunta:

La persona: «Creemos en el mismo Dios».

Tú: «¿Crees que Dios el Padre fue alguna vez un hombre que progresó hasta llegar a ser Dios?»

Si dice que sí:

Tú: «Entonces, ¿estamos describiendo al mismo Dios si las Escrituras presentan a Dios como eternamente Dios e inmutable?»

No descargues toda la doctrina mormona de una sola vez. Utiliza el dato cuando sea pertinente.

¿Quién es Jesús?

El mormonismo también utiliza el nombre Jesús mientras entiende Su identidad de manera diferente al cristianismo bíblico histórico.

Tú: «¿Quién crees que era Jesús antes de venir al mundo?»

Luego pregunta:

Tú: «¿Ha sido eternamente Dios, o tuvo un comienzo?»

Juan 1:1–3 es un lugar útil al cual acudir porque presenta a Cristo existiendo eternamente y como Aquel por medio de quien todas las cosas llegaron a existir.

La pregunta no es si los mormones hablan bien de Jesús. Lo hacen. La pregunta es si el Jesús que describen es el mismo Jesús revelado en las Escrituras.

Salvación: ¿gracia o gracia más obras?

Esta es otra área importante dentro del sistema mormón. La enseñanza mormona puede hablar fuertemente acerca de la gracia mientras hace que la exaltación y las bendiciones más elevadas dependan de la obediencia, las ordenanzas, los requisitos del templo y una fidelidad continua.

Eso te proporciona una pregunta muy práctica:

Tú: «¿Qué hace que un pecador esté bien con Dios?»

O:

Tú: «¿La salvación se recibe completamente por gracia mediante la fe, o nuestra obediencia completa lo que Cristo comenzó?»

Efesios 2:8–9 dice que la salvación es por gracia mediante la fe y excluye las obras como base para la jactancia.

El contraste que debes escuchar es entre una salvación recibida por medio de Cristo y un sistema en el cual la salvación más elevada se vuelve condicional a obras y ordenanzas adicionales.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «La Biblia fue corrompida, por eso Dios nos dio revelación adicional».

Tú: «¿Qué evidencia demuestra que la Biblia fue corrompida de una manera que hiciera necesaria una restauración?»

La persona: «Sé que el Libro de Mormón es verdadero porque oré acerca de él».

Tú: «¿Cómo distinguirías una verdadera confirmación espiritual de una falsa?»

La persona: «Dios todavía habla mediante profetas».

Tú: «¿Cómo debe ser probado un profeta?»

La persona: «La Biblia y el Libro de Mormón están de acuerdo».

Tú: «Si una enseñanza mormona posterior entra en conflicto con las Escrituras, ¿qué autoridad debe decidir el asunto?»

La persona: «Creemos que la salvación es por gracia».

Tú: «Entonces, ¿qué papel desempeñan las ordenanzas, los requisitos del templo, la obediencia y la exaltación en cuanto a si alguien recibe la salvación más elevada?»

La persona: «Creemos en el mismo Jesús».

Tú: «¿Jesús ha sido eternamente Dios, o es un ser que llegó a existir dentro de una progresión mayor?»

Estas preguntas están diseñadas para exponer el fundamento sin convertir la conversación en un ataque.

Llevando la conversación a Cristo

No conviertas la meta simplemente en: «Convencerlo de que José Smith estaba equivocado». Una persona puede perder su confianza en el mormonismo y continuar sin Cristo.

Lleva nuevamente la conversación al evangelio.

Tú: «La razón por la que estas preguntas importan es que las Escrituras nos presentan un Dios específico, un Cristo específico y un evangelio específico. Si cambiamos quién es Dios, quién es Jesús o cómo funciona la salvación, cambiamos el evangelio mismo».

Entonces avanza hacia el mensaje bíblico: Cristo murió por los pecados, fue sepultado, resucitó y los pecadores son llamados a creer en el Señor Jesús.

Primera de Corintios 15 proporciona el contenido del evangelio. Hechos 16:31 proporciona el llamado directo a creer. Efesios 2:8–9 protege la salvación como don de la gracia y no como logro humano.

Qué debes escuchar

Escucha expresiones relacionadas con el testimonio personal, la revelación continua, la restauración, escrituras adicionales, profetas, progresión eterna, la identidad de Cristo, las ordenanzas, la exaltación y la relación entre la gracia y las obras. Esas áreas normalmente revelan las diferencias más profundas.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Cómo sabes que esa revelación vino de Dios?», «¿Cómo debe ser probado un profeta?», «¿Qué tiene la autoridad final?», «¿Dios siempre ha sido Dios?», «¿Quién es Jesús?» y «¿Qué hace que un pecador esté bien con Dios?».

La meta

La meta no es simplemente destruir los argumentos mormones. La meta es exponer amorosamente una falsa confianza, examinar sus afirmaciones mediante las Escrituras y llevar a la persona hacia el Dios bíblico, el Cristo bíblico y el evangelio bíblico.

No la dejes solamente con razones para dudar del mormonismo.

Llévala a Cristo.

El testigo de Jehová

Cuando hables con un testigo de Jehová, no supongas que palabras familiares como Dios, Jesús, Biblia y salvación significan lo mismo que significan en el cristianismo histórico. Los testigos de Jehová suelen estar bien entrenados y muchas veces preparados para responder a argumentos cristianos comunes, así que la meta no es abrumarlos con información. Escucha cuidadosamente, haz preguntas y, cuando sea posible, utiliza su propia Biblia.

El asunto más importante normalmente es la identidad de Jesucristo.

La persona: «Jesús es el Hijo de Dios, pero no es Jehová».

Tú: «¿Quién crees que era Jesús antes de venir a la tierra?»

La enseñanza de los testigos de Jehová identifica a Jesús con Miguel el Arcángel y considera a Miguel como la primera creación directa de Jehová, por medio de quien llegó a existir el resto de la creación.

Eso te proporciona una línea de preguntas muy útil.

Tú: «Si Jesús es un ser creado, ¿cómo puede decir la Escritura que todas las cosas llegaron a existir por medio de Él?»

Primera de Corintios 8:6 es especialmente útil aquí. Si todas las cosas llegaron a existir por medio de Jesús, entonces pregunta si Jesús puede pertenecer a la categoría de las cosas que fueron creadas por medio de Él.

No intentes utilizar quince pasajes al mismo tiempo. Permite que una pregunta se desarrolle.

Algunos datos importantes que debes conocer

Los testigos de Jehová niegan la doctrina cristiana histórica de la Trinidad y rechazan la plena deidad de Cristo.

Una línea útil de conversación tiene que ver con Jesús como Juez. Juan 5:22 dice que todo juicio ha sido entregado al Hijo. Mateo 16:27 presenta a Jesús regresando para juzgar, mientras Apocalipsis 22:12–13 relaciona al Juez que viene con los títulos Alfa y Omega. Isaías 40:10 utiliza un lenguaje semejante acerca de la venida de Jehová. Juntos, estos pasajes plantean la pregunta de por qué Jesús desempeña funciones y lleva títulos que pertenecen a Jehová.

Otra conexión fuerte es entre el Salmo 102 y Hebreos 1:8–12. El Salmo 102 habla de Jehová como el Creador inmutable, mientras Hebreos aplica ese lenguaje al Hijo. Juan 12:41 también puede compararse con Isaías 6: Isaías vio la gloria de Jehová, mientras Juan identifica esa visión con Jesús.

Nuevamente, no utilices todos los pasajes al mismo tiempo. Escoge un asunto y permanece en él.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Jesús es Miguel el Arcángel».

Tú: «¿Dónde dice directamente la Escritura que Jesús es Miguel?»

Luego:

Tú: «Si toda la creación llegó a existir por medio de Cristo, ¿cómo puede Cristo mismo formar parte del orden creado?»

La persona: «Jesús no es Jehová».

Tú: «¿Por qué Hebreos 1 aplica a Jesús un Salmo que habla de Jehová como el Creador eterno?»

La persona: «Jesús no debe ser adorado como Dios».

Tú: «¿Cómo entiendes Juan 20:28, donde Tomás se dirige a Jesús como “Mi Señor y mi Dios”, y Hebreos 1:6, donde se ordena a los ángeles que lo adoren?»

La persona: «Solamente Jehová puede juzgar».

Tú: «Entonces, ¿por qué Jesús dice que todo juicio ha sido entregado al Hijo?»

Estas preguntas obligan a la persona a tratar con el texto bíblico en lugar de limitarse a repetir la explicación de la Watchtower.

La cuestión de la autoridad de la Watchtower

Otro asunto importante es la autoridad. La enseñanza de los testigos de Jehová coloca enorme peso sobre la organización Watchtower y su Cuerpo Gobernante, que reclama un papel único como la organización terrenal de Jehová y relaciona su autoridad con el «esclavo fiel» de Mateo 24:45.

Eso te da una pregunta importante:

Tú: «Si la Escritura y la Watchtower parecen estar en desacuerdo, ¿cuál tiene la autoridad final?»

Luego:

Tú: «¿Cómo sabrías si el Cuerpo Gobernante interpretó incorrectamente la Escritura?»

Permite que la persona responda antes de introducir problemas históricos.

Profecías fallidas

La historia de los testigos de Jehová también incluye expectativas proféticas repetidas relacionadas con fechas como 1914, 1915, 1918, 1925, 1943 y 1975, seguidas por reinterpretaciones o cambios cuando esas expectativas no se cumplieron.

La fecha 607 a. C. es especialmente importante porque sirve como base para el cálculo de la Watchtower relacionado con 1914.

No comiences gritando: «Falsos profetas».

Pregunta:

Tú: «¿Cómo debemos probar a alguien o a una organización que afirma hablar por Dios?»

Luego:

Tú: «¿Qué debemos concluir cuando expectativas proféticas fallan repetidamente?»

Deuteronomio 18:22 es útil aquí porque la propia Escritura proporciona una norma para evaluar afirmaciones proféticas.

Los 144,000 y la gran multitud

La teología de los testigos de Jehová divide a los creyentes en diferentes grupos. Se entiende que la clase ungida de los 144,000 pertenece al Nuevo Pacto y tiene una esperanza celestial, mientras que la gran multitud espera vida eterna en una tierra paradisíaca. Solamente quienes afirman pertenecer a la clase ungida participan de los elementos de la Conmemoración.

Si surge este asunto, pregunta:

Tú: «¿Dónde enseña la Escritura que los cristianos están divididos en dos clases con diferentes relaciones de pacto y diferentes esperanzas eternas?»

Permite que la persona te muestre el fundamento bíblico.

Llevando la conversación a Cristo

No conviertas la meta simplemente en demostrar que la Watchtower está equivocada.

Puedes decir:

Tú: «La razón por la que estas preguntas importan es que, si Jesús no es quien las Escrituras dicen que es, entonces hemos cambiado a Aquel en quien se nos llama a confiar para salvación».

Entonces regresa a las preguntas centrales:

Tú: «¿Es Jesús Creador o criatura?»

Tú: «¿Quién es Él según las Escrituras?»

Tú: «¿Qué logró por los pecadores?»

Tú: «¿En qué estás confiando para estar bien con Dios?»

Qué debes escuchar

Escucha referencias a Miguel el Arcángel, Jesús creado, la autoridad de la Watchtower, el Cuerpo Gobernante, 1914, 607 a. C., los 144,000, la gran multitud y la negación de la plena deidad de Cristo.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Dónde dice la Escritura que Jesús es Miguel?», «Si todas las cosas fueron creadas por medio de Cristo, ¿cómo puede Cristo ser parte de la creación?», «¿Quién tiene la autoridad final?», «¿Cómo debe probarse a un profeta?» y «¿Quién es Jesús según las Escrituras?».

La meta

No intentes ganar una competencia contra alguien entrenado para defender un sistema. Utiliza cuidadosamente las Escrituras. Haz preguntas. Expón contradicciones cuando sea necesario. Sigue regresando a la identidad de Jesucristo.

La meta no es simplemente dismantelar la Watchtower.

Lleva a la persona al Cristo bíblico.

El católico romano

Cuando hables con un católico romano, no supongas que todo católico comprende o cree personalmente cada doctrina oficial de la Iglesia Católica Romana. Algunos pueden conocer profundamente la teología católica. Otros pueden identificarse como católicos principalmente por familia, cultura, bautismo o práctica durante la infancia.

Comienza con lo que la persona cree personalmente.

Tú: «¿Qué crees que hace que una persona esté bien con Dios?»

Esa pregunta muchas veces revela si el verdadero asunto es la justificación, las obras, los sacramentos, la autoridad de la Iglesia u otra cosa.

La persona: «Hay que tener fe, vivir una buena vida y seguir a la Iglesia».

Tú: «¿Qué papel desempeñan esas obras para hacer justa a una persona delante de Dios?»

Ahora el verdadero desacuerdo comienza a quedar claro.

El asunto central: la justificación

La teología católica romana entiende la justificación como un proceso continuo en el cual la gracia, la fe, las obras y los sacramentos cooperan mientras el creyente llega a ser justo. La teología protestante entiende la justificación como la declaración forense de Dios de que el creyente es justo debido a la justicia de Cristo, recibida mediante la fe y no por mérito humano.

No acuses inmediatamente a la persona católica de creer en «salvación por obras». Pregunta qué quiere decir.

La persona: «Nosotros también somos salvos por gracia».

Tú: «Cuando dices que la salvación es por gracia, ¿contribuyen nuestras obras a nuestra justificación, o son las buenas obras el resultado de haber sido ya justificados?»

Esa distinción va directamente al asunto.

La gracia y los sacramentos

La teología católica romana entiende que la gracia santificante es conferida mediante el sistema sacramental, y que la fe, las buenas obras y la participación en los sacramentos forman parte de la vida espiritual continua del creyente.

La Iglesia Católica reconoce siete sacramentos: bautismo, Eucaristía, confirmación, penitencia, unción de los enfermos, orden sacerdotal y matrimonio.

Una pregunta útil es:

Tú: «¿La gracia que nos justifica se recibe por medio de Cristo mediante la fe, o debe la participación sacramental contribuir a nuestra justificación?»

Si la persona apela al bautismo, la penitencia, la Eucaristía u otro sacramento, permanece en ese asunto específico en lugar de intentar discutir los siete.

La fe y las obras

Santiago dice que la fe sin obras está muerta. Una persona católica puede correctamente introducir ese pasaje en la conversación. No lo niegues. Haz la pregunta más importante:

Tú: «¿Son las obras la causa de nuestra justificación o la evidencia de una fe genuina?»

Esa distinción importa enormemente. Efesios 2:8–10 proporciona un marco útil. La salvación es por gracia mediante la fe, no como resultado de obras, pero después el creyente es creado en Cristo Jesús para buenas obras.

Las obras importan. Pero la pregunta es dónde pertenecen.

¿Contribuyen al fundamento de la justificación, o fluyen de la salvación ya recibida en Cristo?

Autoridad: ¿quién tiene la palabra final?

La autoridad católica romana descansa en las Escrituras, la Sagrada Tradición y el Magisterio, la autoridad oficial de enseñanza de la Iglesia. Se considera que el Papa tiene un papel especial de enseñanza, incluida la infalibilidad bajo condiciones específicas cuando habla *ex cathedra*. La teología protestante sostiene las Escrituras como la autoridad final y suficiente para la doctrina.

Eso crea una pregunta importante:

Tú: «Si las Escrituras y una tradición posterior de la Iglesia parecen entrar en conflicto, ¿cuál tiene la autoridad final?»

Luego:

Tú: «¿Cómo sabemos que una tradición posterior realmente vino de los apóstoles?»

Esa pregunta se vuelve especialmente importante al tratar con doctrinas formalmente definidas mucho tiempo después del período apostólico.

María y los santos

La teología católica distingue entre veneración y adoración y permite pedir la intercesión de María y de los santos. También incluye prácticas relacionadas con reliquias e imágenes sagradas.

No digas: «Los católicos adoran a María».

Eso ignora la distinción que los propios católicos hacen y puede descarrilar la conversación antes de que se trate el verdadero asunto.

En lugar de eso pregunta:

Tú: «¿Qué fundamento bíblico ves para dirigir oraciones a María o a los santos?»

Luego:

Tú: «Si Cristo es nuestro Mediador, ¿qué necesidad existe de otro intercesor celestial?»

Si surgen los dogmas marianos, la Inmaculada Concepción fue formalmente definida en 1854, mientras que la Asunción de María fue formalmente definida en 1950.

Eso plantea una pregunta de autoridad:

Tú: «¿Cómo podemos demostrar a partir de la revelación apostólica que una doctrina definida como dogma muchos siglos después formaba parte de la fe entregada por los apóstoles?»

El papado

El catolicismo romano considera al Papa sucesor de Pedro y cabeza terrenal suprema de la Iglesia. La infalibilidad papal fue formalmente definida en el Concilio Vaticano I en 1870.

Si surge este tema, pregunta:

Tú: «¿Cómo pasamos del papel de Pedro en el Nuevo Testamento a una jurisdicción papal universal sobre toda la Iglesia?»

Luego:

Tú: «¿Dónde establece la Escritura que la autoridad de Pedro pasaría a una sucesión de obispos de Roma?»

Nuevamente, deja que la persona presente su argumento.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Los católicos también creemos en la gracia».

Tú: «¿La gracia por sí sola proporciona el fundamento de la justificación, o nuestra cooperación, obras y participación sacramental deben contribuir a ella?»

La persona: «La fe sin obras está muerta».

Tú: «¿Son las obras la causa de la justificación o la evidencia de que la fe está viva?»

La persona: «La Iglesia nos dio la Biblia».

Tú: «¿Reconocer cuáles escritos son Escritura da a la Iglesia autoridad sobre la Escritura, o reconoce la Iglesia una autoridad que esos escritos ya poseen?»

La persona: «Nosotros no adoramos a María».

Tú: «Entonces, ¿qué fundamento bíblico ves para orar a María o pedir su intercesión celestial?»

La persona: «Jesús le dio autoridad a Pedro».

Tú: «¿Dónde establece la Escritura que el papel de Pedro se convierte en un oficio universal permanente transmitido a los obispos de Roma?»

Estas preguntas llevan la conversación hacia los verdaderos fundamentos en lugar de hacia caricaturas.

Llevando la conversación a Cristo

No permitas que la conversación se convierta simplemente en protestante contra católico. Llévala nuevamente a la justificación.

Tú: «¿En qué estás confiando para presentarte justo delante de Dios?»

Luego:

Tú: «¿Es suficiente la justicia de Cristo para el pecador que confía en Él, o debe añadirse algo a Su obra terminada para que podamos ser justificados?»

Romanos 3-4 y Efesios 2 son lugares útiles a los cuales acudir.

El asunto central no es si los católicos utilizan las palabras gracia, fe y Jesús. El asunto es qué significan esas palabras dentro de su sistema de salvación.

Qué debes escuchar

Escucha referencias a justificación, gracia, mérito, obras, bautismo, Eucaristía, penitencia, sacramentos, Escritura, tradición, Magisterio, autoridad papal, María, santos e intercesión.

No intentes discutir todos esos asuntos. Sigue el tema que la persona realmente plantee.

Las preguntas más útiles muchas veces son:

Tú: «¿Qué hace que un pecador esté bien con Dios?»

Tú: «¿Son las obras la base o el fruto de la justificación?»

Tú: «¿Qué tiene la autoridad final?»

La meta

La meta no es hacer que la persona se vuelva anticatólica. La meta es llevar la conversación hacia la suficiencia de Jesucristo, la autoridad de la Palabra de Dios y la justificación por gracia mediante la fe.

Sigue regresando a la pregunta central:

Tú: «¿En qué estás confiando para estar bien con Dios?»

Religiones orientales y espiritualidad

Cuando hables con alguien influenciado por el budismo, el hinduismo, la espiritualidad New Age u otras tradiciones orientales, no supongas que todas creen lo mismo. Estas tradiciones son extremadamente diversas. Algunas creen en muchos dioses, algunas hablan de una realidad última impersonal, algunas se concentran en la reencarnación y el karma, algunas enfatizan la meditación y la iluminación, y algunas combinan varias creencias.

Comienza preguntando qué cree personalmente la persona.

Tú: «Cuando hablas de espiritualidad, ¿qué crees que es finalmente real?»

Luego escucha cuidadosamente. Su respuesta puede revelar si cree en un Dios personal, una fuerza impersonal, muchos dioses, reencarnación, karma, iluminación o simplemente alguna energía espiritual general.

Aclara la perspectiva acerca de Dios

La primera gran diferencia muchas veces es la naturaleza de la realidad última.

El cristianismo bíblico enseña que Dios es personal, eterno, Creador, distinto de Su creación y digno de adoración.

Algunas formas del pensamiento hindú entienden la realidad última como Brahman, con la existencia individual finalmente conectada o identificada con esa realidad última. Otras tradiciones hindúes son fuertemente devocionales y adoran deidades particulares. El budismo generalmente no comienza con un Dios Creador, sino que se concentra en el sufrimiento, el deseo, el karma, el renacimiento y la liberación.

Por eso pregunta en lugar de suponer.

La persona: «Dios está en todo».

Tú: «¿Quieres decir que Dios creó todas las cosas, o que todas las cosas realmente son parte de Dios?»

Si dice que todo es parte de Dios:

Tú: «Si tanto el bien como el mal forman finalmente parte de la misma realidad divina, ¿qué hace que uno sea verdaderamente bueno y el otro verdaderamente malo?»

Esa pregunta puede exponer la dificultad de borrar la distinción entre Creador y creación.

El problema del yo

Algunos sistemas orientales enseñan que nuestro problema más profundo tiene que ver con la ignorancia, el apego, el deseo o una comprensión equivocada de la naturaleza del yo. El cristianismo identifica un problema fundamental diferente.

- Nuestro problema no es simplemente que no nos comprendemos a nosotros mismos.
- Nuestro problema es el pecado y la rebelión contra el Dios que nos creó.

La persona: «La meta es comprender que el yo separado es una ilusión».

Tú: «Si el yo individual es finalmente una ilusión, ¿quién es responsable por las decisiones morales?»

O:

Tú: «¿Quién está buscando la iluminación si finalmente no existe un yo perdurable?»

El propósito no es burlarse de las ideas budistas. Es preguntar si la cosmovisión puede dar razón consistentemente de la identidad personal, la responsabilidad moral, el amor, la culpa y la justicia.

El karma

En la cultura occidental muchas veces se habla casualmente del karma como si simplemente significara: «Lo que haces se te devuelve». En las tradiciones hindúes y budistas está mucho más estrechamente relacionado con la acción moral y el ciclo del renacimiento.

La persona: «Creo que el karma finalmente equilibra todo».

Tú: «¿Qué determina si una acción produce buen karma o mal karma?»

Luego:

Tú: «¿De dónde viene esa norma moral?»

Si el karma es una ley moral impersonal, otra pregunta útil es:

Tú: «¿Cómo produce un universo impersonal una ley moral obligatoria que determina lo que alguien merece?»

El cristianismo proporciona una explicación diferente. La moralidad está fundamentada en el carácter de un Dios personal y santo, y el juicio es llevado a cabo por un Juez personal.

La reencarnación

La reencarnación es otra área importante que debe aclararse.

La persona: «Creo que seguimos regresando hasta que aprendemos lo que necesitamos aprender».

Tú: «¿Qué evidencia te lleva a creer que hemos vivido vidas anteriores?»

Luego:

Tú: «Si normalmente no puedes recordar las acciones de una vida anterior, ¿cómo puede el sufrimiento en esta vida funcionar como corrección moral significativa por aquellas acciones?»

Esa pregunta puede ser especialmente importante cuando se utilizan el karma y la reencarnación para explicar el sufrimiento.

El cristianismo presenta una imagen muy diferente. Los seres humanos viven una vez, mueren y enfrentan el juicio. La salvación no es un proceso interminable de purificación propia mediante vidas repetidas. Es reconciliación con Dios por medio de Cristo.

Hebreos 9:27 dice:

«Y así como está decretado que los hombres mueran una sola vez, y después de esto, el juicio».

El sufrimiento y el budismo

El budismo comienza con un reconocimiento serio del sufrimiento. Eso proporciona a los cristianos un verdadero punto de contacto para la conversación. El budismo no pretende que el sufrimiento sea imaginario. Busca explicar por qué ocurre y cómo puede alcanzarse la liberación de él.

Un marco budista común relaciona el sufrimiento con el deseo o el apego y busca la liberación mediante el cese del deseo.

Una pregunta útil es:

Tú: «¿Crees que el sufrimiento es causado principalmente por el apego y el deseo?»

Si dice que sí:

Tú: «¿Son malos todos los deseos, o pueden algunos deseos ser genuinamente buenos?»

Por ejemplo, el deseo de justicia, el deseo de proteger a un niño o el deseo de amar a otra persona no pueden descartarse fácilmente como simples apegos dañinos.

Entonces puedes preguntar:

Tú: «¿La meta es escapar del deseo, o que nuestros deseos sean hechos correctos?»

El cristianismo no enseña que la salvación viene extinguiendo la personalidad o el deseo. Enseña que nuestros amores y deseos han sido corrompidos por el pecado y necesitan redención.

El bien y el mal

Las ideas espirituales orientales algunas veces describen el bien y el mal como opuestos complementarios o como parte de una unidad más profunda. Si alguien expresa esa idea, aclara qué quiere decir.

La persona: «El bien y el mal realmente son dos lados de la misma realidad».

Tú: «Entonces, ¿la crueldad realmente está mal, o finalmente es solamente otra expresión de la misma realidad?»

Si dice que la crueldad es genuinamente mala:

Tú: «¿Qué hace que sea mala en lugar de simplemente diferente?»

Eso lleva la conversación hacia la moralidad objetiva. El cristianismo mantiene una verdadera distinción entre el bien y el mal porque la bondad refleja el carácter de Dios y el mal es rebelión contra Él.

«Todos los caminos llevan a la misma realidad última»

Una persona influenciada por la espiritualidad oriental puede decir:

La persona: «Las diferentes religiones son simplemente diferentes caminos hacia la misma verdad».

Tú: «¿Qué sucede cuando los caminos se contradicen acerca de lo que realmente es la realidad última?»

El cristianismo dice que Dios es personal y distinto de la creación. Algunas filosofías hindúes hablan de la realidad última en términos impersonales. El budismo puede negar que sea necesario un Dios Creador.

El cristianismo dice que vivimos una vez y enfrentamos el juicio.

La reencarnación enseña vidas repetidas.

El cristianismo dice que la salvación viene por medio de Cristo.

Otros sistemas describen la liberación mediante iluminación, karma, meditación, devoción o escape del ciclo del renacimiento.

Entonces pregunta:

Tú: «Si dos caminos no están de acuerdo acerca de quién es Dios, qué es un ser humano, qué sucede después de la muerte y cómo ocurre la salvación, ¿en qué sentido son el mismo camino?»

La meta no es simplemente demostrar que las religiones son diferentes. Es llevar la conversación hacia la verdad.

La meditación y la experiencia espiritual

La persona: «Sé que esto es verdadero porque lo experimenté mediante la meditación».

No descartes la experiencia.

Tú: «¿Cómo sabes que la experiencia reveló algo objetivamente verdadero acerca de la realidad?»

Luego:

Tú: «¿Podrían personas de religiones contradictorias tener experiencias espirituales igualmente poderosas?»

Esto es semejante al problema de autoridad que vimos con el testimonio mormón. Una experiencia puede ser real sin ser una guía infalible hacia la verdad. La pregunta es qué norma juzga la experiencia.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Todas las cosas son una».

Tú: «Si finalmente todo es uno, ¿qué hace que la distinción entre verdad y falsedad sea realmente verdadera?»

La persona: «Lo divino está dentro de todos nosotros».

Tú: «Si los seres humanos son divinos en lo más profundo, ¿cómo explicas el verdadero mal moral?»

La persona: «Creamos nuestra propia realidad».

Tú: «¿Pueden dos personas crear realidades contradictorias y ambas tener razón?»

La persona: «El karma se asegura de que todos finalmente reciban lo que merecen».

Tú: «¿Qué le da autoridad moral al karma, y quién determina lo que alguien merece?»

La persona: «La reencarnación nos da muchas oportunidades de crecer».

Tú: «Si normalmente no podemos recordar vidas anteriores, ¿cómo nos enseñan esas vidas lo que se supone que debemos corregir?»

La persona: «Jesús fue un maestro iluminado».

Tú: «¿Quién crees que Jesús afirmó ser?»

Esa última pregunta normalmente es la transición más importante.

Llevando la conversación a Cristo

No dejes la conversación en las diferencias filosóficas entre Oriente y Occidente. Llévala a Jesús.

Puedes decir:

Tú: «El cristianismo enseña algo muy diferente de escapar de la individualidad, equilibrar el karma o progresar mediante vidas repetidas. Dice que somos criaturas hechas por un Dios personal, que nuestro problema más profundo es el pecado y que Dios actuó en la historia para reconciliar consigo a los pecadores por medio de Jesucristo».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Quién crees que es Jesús?»

Si describe a Jesús como un maestro iluminado, gurú, profeta o maestro espiritual, continúa:

Tú: «Si Jesús es solamente un maestro iluminado entre muchos, ¿qué haces con Sus afirmaciones de autoridad única y con la afirmación cristiana de que resucitó corporalmente de entre los muertos?»

El cristianismo no ofrece a Jesús simplemente como otro camino hacia la conciencia espiritual. Lo proclama como Señor y Salvador.

Qué debes escuchar

Escucha referencias al karma, la reencarnación, la iluminación, la meditación, una divinidad impersonal, muchos dioses, «todo es uno», energía espiritual, escapar del deseo, escapar del ciclo de renacimiento o Jesús como simplemente un maestro iluminado.

No supongas que todas estas creencias pertenecen a la persona con quien estás hablando. Pregunta qué cree realmente.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué es finalmente real?», «¿Es Dios personal?», «¿Qué hace que algo sea moralmente malo?», «¿Qué determina el karma?», «¿Qué evidencia tienes de la reencarnación?», «¿Cómo sabes que una experiencia espiritual es verdadera?» y «¿Quién es Jesús?».

La meta

La meta no es hacer que una persona abandone la espiritualidad oriental simplemente para adoptar una religión occidental.

Llévala hacia la distinción bíblica entre Creador y creación, hacia la realidad de la culpa y la responsabilidad personal y, finalmente, hacia Jesucristo.

El cristianismo no dice que necesitamos descubrir que somos divinos. Dice que necesitamos ser reconciliados con el Dios que nos hizo. No promete escape mediante vidas repetidas. Proclama a un Salvador que entró en la historia, murió por pecadores, resucitó de entre los muertos y nos llama a arrepentirnos y creer.

«No confío en la Biblia»

Cuando alguien dice: «No confío en la Biblia», no supongas que el problema es la confiabilidad textual. Esa afirmación puede significar varias cosas muy diferentes. Puede creer que la Biblia ha sido cambiada, que se contradice, que la ciencia la ha refutado, que fue escrita por seres humanos o que simplemente rechaza lo que las Escrituras enseñan acerca de la moralidad. El primer paso es averiguar qué quiere decir realmente.

Tú: «¿Qué es lo que no confías de la Biblia?»

Su respuesta te dirá hacia dónde continuar.

La persona: «Ha sido traducida demasiadas veces».

Tú: «¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees que las Biblias modernas son traducciones de otras traducciones, o traducciones hechas a partir de los manuscritos antiguos?»

Si simplemente está repitiendo algo que escuchó, esta puede ser una oportunidad para explicar que las traducciones modernas se producen a partir de la evidencia manuscrita hebrea y griega, y no mediante una cadena interminable de traducciones.

La persona: «La Biblia se contradice».

Tú: «¿Cuál contradicción te preocupa más?»

No intentes responder todas las supuestas contradicciones al mismo tiempo. Pide una. Luego trata con el texto real.

La persona: «La Biblia fue escrita por personas».

Tú: «¿El hecho de que autores humanos escribieran algo significa que Dios no podía hablar por medio de ellos?»

La afirmación cristiana nunca ha sido que las Escrituras cayeron del cielo sin autores humanos. La pregunta es si Dios reveló la verdad por medio de esos autores.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «La Biblia ha sido cambiada».

Tú: «¿Qué evidencia te llevó a esa conclusión?»

La persona: «Hay demasiadas contradicciones».

Tú: «¿Podemos mirar una juntos y ver si realmente es una contradicción?»

La persona: «Confío más en la ciencia que en la Biblia».

Tú: «¿Qué afirmación bíblica específica crees que la ciencia ha refutado?»

La persona: «No puedo creer en un libro que enseña cosas con las que no estoy de acuerdo moralmente».

Tú: «Si Dios ha hablado, ¿debe Su Palabra ajustarse a nuestras opiniones morales, o deben nuestras opiniones morales ser corregidas por Su Palabra?»

Esa última respuesta puede revelar que el verdadero asunto no es la confiabilidad de los manuscritos. Puede ser la autoridad.

La cuestión de la autoridad

Algunas veces el problema más profundo no es: «¿Puedo confiar en este libro?», sino: «¿Por qué debería este libro tener autoridad sobre mí?».

Esa es una pregunta diferente.

Puedes preguntar:

Tú: «Si Dios realmente ha hablado, ¿tendría Él el derecho de decirnos cosas que naturalmente no queremos escuchar?»

La persona puede estar colocándose a sí misma como juez final de la revelación. En ese punto, el asunto ya no es solamente la evidencia. Es si Dios o el individuo tiene la autoridad final.

Llevando la conversación a Cristo

No permitas que la conversación permanezca solamente en manuscritos, traducciones o contradicciones. Las Escrituras revelan a Cristo.

Puedes decir:

Tú: «La razón por la que la Biblia importa no es simplemente porque sea un libro antiguo. Es donde Dios nos dice quién es Él, quiénes somos nosotros y qué ha hecho por medio de Jesucristo».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Qué crees acerca de Jesús?»

Eso puede llevar la conversación desde la confiabilidad bíblica hacia el evangelio.

Qué debes escuchar

Escucha si la objeción realmente tiene que ver con traducciones, contradicciones, ciencia, autoría, moralidad o autoridad. No respondas a la objeción equivocada.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué quieres decir con que fue cambiada?», «¿Cuál contradicción?», «¿Qué evidencia te llevó a esa conclusión?» y «Si Dios ha hablado, ¿quién debe tener la autoridad final?».

La meta

La meta no es simplemente convencer a la persona de que la Biblia es un documento histórico interesante. Ayúdala a ver que las Escrituras son la revelación de Dios y luego llévala al Cristo que las Escrituras proclaman.

«Los cristianos son hipócritas»

Cuando alguien dice: «Los cristianos son hipócritas», no comiences inmediatamente defendiendo a los cristianos. Algunas veces la hipocresía se utiliza como excusa para evitar el cristianismo, pero otras veces la persona realmente ha sido herida por alguien que afirmaba seguir a Cristo.

La primera pregunta muchas veces debería ser:

Tú: «¿Qué pasó?»

Escucha antes de responder. Si describe una conducta gravemente pecaminosa, no la minimices.

La persona: «Un cristiano me trató terriblemente».

Tú: «¿Lo que hizo era consistente con lo que Cristo enseñó, o violaba lo que Cristo enseñó?»

Esa distinción importa. El fracaso de un cristiano no demuestra que Cristo sea falso. En muchos casos, la hipocresía de la persona demuestra precisamente que violó la norma que afirmaba seguir.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Los cristianos no son mejores que nadie».

Tú: «¿Enseña el cristianismo que los cristianos son salvos porque son mejores que todos los demás?»

La persona: «Las iglesias están llenas de hipócritas».

Tú: «Si alguien no vive de acuerdo con las enseñanzas de Cristo, ¿demuestra eso que las enseñanzas de Cristo son falsas, o que esa persona no las obedeció?»

La persona: «Personas de la iglesia me hicieron daño».

Tú: «¿Qué pasó?»

Esa puede ser la pregunta más importante de toda la conversación. No te apresures hacia un argumento si la persona está describiendo abuso, traición o daño espiritual serio.

No defiendas el pecado

El cristianismo no requiere que defendamos a cristianos pecadores.

Si un pastor cometió abuso, llámalo maldad.

Si líderes de una iglesia mintieron, di que estuvo mal.

Si cristianos actuaron cruelmente, no finjas lo contrario.

El evangelio ya enseña que los cristianos son pecadores que necesitan gracia. La hipocresía no es un argumento contra la existencia del pecado. Es evidencia de él.

Llevando la conversación a Cristo

Una vez que la persona haya sido escuchada, lleva nuevamente la distinción hacia Cristo.

Puedes decir:

Tú: «No te estoy pidiendo que confíes en toda persona que se llame cristiana. Te estoy pidiendo que consideres a Jesucristo mismo».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Crees que lo que te sucedió representa fielmente a Cristo?»

Eso lleva la conversación desde los fracasos de los cristianos hacia Aquel a quien los cristianos afirman seguir.

Qué debes escuchar

Escucha si esto es una objeción filosófica o una herida personal. Si hay dolor detrás de la afirmación, no utilices a la persona como una oportunidad para practicar apologética.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué pasó?», «¿Eso era consistente con las enseñanzas de Cristo?» y «¿El fracaso de un seguidor determina si su Maestro es verdadero?».

La meta

No intentes demostrar que los cristianos son mejores personas. Reconoce el pecado real donde exista, distingue a Cristo de quienes lo desobedecen y lleva nuevamente la conversación hacia Jesús.

«Dios conoce mi corazón»

Cuando alguien dice: «Dios conoce mi corazón», normalmente lo dice para tranquilizarse. Puede querer decir que Dios sabe que es sincero, que tiene buenas intenciones o que la actividad religiosa externa no importa porque Dios conoce quién es realmente.

Acepta la primera parte. Dios sí conoce el corazón. Luego pregunta si eso necesariamente es una buena noticia.

La persona: «Dios conoce mi corazón».

Tú: «Si Dios conoce todo lo que hay en nuestro corazón, ¿eso hace que nuestra situación sea mejor o más seria?»

Esa pregunta muchas veces cambia la dirección de la conversación. Dios conoce nuestra bondad y nuestras buenas intenciones, pero también conoce nuestro orgullo, nuestra ira, nuestra envidia, nuestra lujuria, nuestro egoísmo, nuestros motivos escondidos y nuestros pecados secretos.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Quizá no voy a la iglesia, pero Dios sabe que soy una buena persona».

Tú: «Si Dios conoce perfectamente tu corazón, ¿solamente ve las buenas intenciones, o también ve cada pensamiento y motivo pecaminoso?»

La persona: «Tengo un buen corazón».

Tú: «¿Qué norma estás utilizando para determinar eso?»

La persona: «Dios sabe que tengo buenas intenciones».

Tú: «¿Las buenas intenciones borran las veces que conscientemente lo desobedecemos?»

La meta no es argumentar que todo motivo siempre es malo. Es exponer la idea de que el conocimiento completo que Dios tiene de nosotros automáticamente nos justifica.

Llevando la conversación a Cristo

Una vez que la persona reconoce que el conocimiento que Dios tiene del corazón no elimina la culpa, avanza hacia Cristo.

Puedes decir:

Tú: «Por eso necesitamos algo más que buenas intenciones. Necesitamos el perdón y la justicia que vienen de Cristo».

Entonces pregunta:

Tú: «¿En qué estás confiando para estar bien con Dios?»

La conversación puede avanzar naturalmente hacia el evangelio.

Qué debes escuchar

Escucha confianza en la sinceridad, las buenas intenciones, la bondad interior o la creencia de que Dios pasa por alto el pecado porque sabe que la persona tiene buenas intenciones.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué ve Dios cuando conoce tu corazón?», «¿Qué norma nos dice que nuestro corazón es bueno?» y «¿Las buenas intenciones borran la culpa?».

La meta

La meta es ayudar a la persona a comprender que el conocimiento que Dios tiene de su corazón no sustituye el evangelio.

Dios nos conoce completamente.

Precisamente por eso necesitamos a Cristo.

«No soy tan malo»

Cuando alguien dice: «No soy tan malo», normalmente está reconociendo que ha pecado mientras minimiza la gravedad de su pecado. Esto es ligeramente diferente de decir: «Soy una buena persona». Sabe que ha hecho cosas malas. Su confianza descansa en la idea de que sus pecados no son suficientemente graves como para merecer juicio.

Comienza aclarando la norma.

Tú: «¿No eres tan malo comparado con quién?»

La persona: «Quiero decir, he cometido errores, pero no soy un asesino ni nada parecido».

Tú: «¿Crees que Dios solamente juzga los peores pecados, o juzga todo pecado?»

Eso lleva la conversación desde el grado de comparación hacia la responsabilidad delante de Dios.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Todo el mundo comete errores».

Tú: «¿El hecho de que todos hagan algo malo hace que esté bien?»

La persona: «Mis pecados no son tan graves».

Tú: «¿Quién determina qué tan grave es pecar contra Dios?»

La persona: «Hay personas mucho peores».

Tú: «¿Dios te juzgará según la vida de esas personas o según la tuya?»

La persona: «Nunca he hecho nada terrible».

Tú: «¿La norma de Dios solamente trata con acciones externas dramáticas, o también juzga el corazón?»

El propósito no es convencer a la persona de que todo pecado tiene exactamente las mismas consecuencias terrenales. Las Escrituras reconocen diferentes clases y consecuencias del pecado. El asunto es que ningún pecado es moralmente neutral delante de un Dios santo.

Llevando la conversación a Cristo

Una vez que la persona comprende que minimizar el pecado no elimina la culpa, avanza hacia Cristo.

Puedes decir:

Tú: «El evangelio no es solamente para la peor persona que puedas imaginar. Es para pecadores. La pregunta no es si alguien más ha pecado más que tú. La pregunta es si tú necesitas perdón».

Luego explica la muerte y la resurrección de Cristo.

Qué debes escuchar

Escucha comparaciones, minimización, excusas y el lenguaje de «errores» en lugar de pecado.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Comparado con quién?», «¿Quién determina qué tan grave es el pecado?» y «¿Dios te juzgará según la vida de otra persona?».

La meta

No intentes convencer a la persona de que es la peor persona que existe. Ayúdala a comprender que es culpable delante de Dios y necesita al mismo Salvador que necesita todo pecador.

Llévala a Cristo.

«Entiendo, pero no estoy listo»

Cuando alguien dice: «Entiendo, pero no estoy listo», no lo presiones inmediatamente para que tome una decisión. La afirmación puede significar varias cosas diferentes. Puede que no entienda la gracia y piense que primero necesita mejorar. Puede temer lo que le costará seguir a Cristo. Puede que todavía tenga dudas intelectuales. O puede entender claramente el evangelio, pero simplemente no querer rendir su vida a Cristo.

Comienza averiguando qué significa «no estoy listo».

Tú: «¿Para qué sientes que no estás listo?»

Su respuesta determina la dirección de la conversación.

La persona: «Primero necesito arreglar mi vida».

Tú: «Si pudieras hacerte justo delante de Dios por ti mismo primero, ¿por qué necesitarías un Salvador?»

Eso ayuda a exponer una comprensión equivocada de la gracia.

O:

La persona: «Sé lo que estás diciendo. Simplemente no quiero cambiar mi vida».

Tú: «Entonces, ¿dirías que el problema es que no crees el evangelio, o que no quieres que Cristo tenga autoridad sobre tu vida?»

Ese es un asunto muy diferente.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Primero quiero disfrutar de la vida».

Tú: «¿Qué crees que seguir a Cristo te quitaría?»

La persona: «Quizá más adelante».

Tú: «¿Qué te hace pensar que estarás más dispuesto a arrepentirte después de lo que estás ahora?»

La persona: «Tengo miedo de que mi familia me rechace».

Tú: «Si Jesús verdaderamente es Señor, ¿cambiaría la reacción de tu familia el hecho de que Él es digno de ser seguido?»

La persona: «Todavía tengo preguntas».

Tú: «¿Qué pregunta es la que realmente te impide confiar en Cristo?»

Esa última pregunta es importante. Si existe una objeción genuina que todavía no ha sido resuelta, trata con ella. No consideres toda vacilación como rebelión.

Cuando el verdadero asunto es la lealtad

Algunas veces la persona entiende lo suficiente.

Entiende el pecado.

Entiende a Cristo.

Entiende el arrepentimiento y la fe.

Simplemente no quiere renunciar al control.

En ese punto, más argumentos apoloéticos quizá no resuelvan el problema.

Puedes preguntar: «Si llegaras a estar convencido de que el cristianismo es verdadero, ¿hay algo que ya sabes que no querrías entregar?».

Esa pregunta puede exponer el corazón de la resistencia. Puede que el asunto ya no sea la evidencia. Puede ser el señorío.

Llevando la conversación a Cristo

No le ofrezcas una versión reducida del cristianismo para hacer más fácil la decisión.

Puedes decir: «Cristo no nos llama a hacernos dignos antes de venir a Él. Llama a los pecadores a arrepentirse y creer. Pero tampoco nos invita a añadirlo a una vida que pretendemos continuar gobernando nosotros mismos».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Qué te impide confiar en Él ahora?»

Qué debes escuchar

Escucha si hay temor, una comprensión equivocada de la gracia, presión familiar, dudas intelectuales, amor al pecado, falta de disposición para renunciar al control o simple procrastinación.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué quieres decir con que no estás listo?», «¿Qué estás esperando que cambie?», «¿Qué pregunta sigue sin resolverse?» y «¿Qué temes que te cueste seguir a Cristo?».

La meta

No manipules a la persona para que haga una oración simplemente porque la conversación ha llegado a un momento emocional.

Averigua qué se interpone entre ella y Cristo.

Responde las preguntas genuinas.

Corrige los malentendidos.

Llámalas a arrepentirse y creer.

Entonces confía en Dios para hacer lo que solamente Dios puede hacer.

«¿Por qué Jesús tendría que ser el único camino?»

Cuando alguien pregunta: «¿Por qué Jesús tendría que ser el único camino?», no trates la objeción como si la exclusividad por sí misma demostrara que el cristianismo es falso. Toda

afirmación de verdad excluye su contradicción. La verdadera pregunta es si Jesús realmente es quien el cristianismo dice que es y si logró lo que el cristianismo dice que logró.

Comienza aclarando la objeción.

Tú: «¿Crees que está mal que cualquier afirmación religiosa sea exclusiva, o específicamente que está mal que el cristianismo diga que Jesús es el único camino?»

Eso puede revelar si el asunto es la lógica, la justicia, el pluralismo religioso o la incomodidad con la autoridad de Cristo.

La exclusividad no es automáticamente arrogancia

La persona: «Es arrogante decir que tu religión es la única verdadera».

Tú: «¿Creer que algo es verdadero hace que una persona sea arrogante, o la arrogancia depende de cómo sostiene y comunica esa creencia?»

Entonces:

Tú: «Si dos religiones hacen afirmaciones contradictorias acerca de Jesús, ¿pueden ambas ser verdaderas?»

El asunto es la verdad, no el tono.

La verdadera pregunta es el problema humano

El cristianismo no dice que Jesús sea el único camino porque los cristianos simplemente lo prefieran.

Dice que Él es el único Salvador porque el problema humano es el pecado y la culpa delante de Dios, y Cristo trató de manera única con ese problema.

Tú: «¿Cuál crees que es el problema más profundo de la humanidad?»

Si responde que es la ignorancia, la falta de educación, un mal ambiente o no ser suficientemente espiritual, quizá la conversación deba regresar al pecado.

El cristianismo dice que nuestro problema más profundo no es simplemente la falta de conocimiento. Es la culpa y la separación de Dios.

Entonces pregunta:

Tú: «Si nuestro problema es la culpa delante de Dios, ¿qué otro maestro religioso realmente carga con esa culpa por nosotros?»

Eso aleja el asunto de una comparación entre maestros morales y lo lleva hacia la obra de Cristo.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Hay muchas religiones buenas».

Tú: «¿Cuál de esas religiones proporciona un Salvador que carga con la culpa del pecador delante de un Dios santo?»

La persona: «Dios nunca limitaría la salvación a una sola persona».

Tú: «Si Dios mismo proporcionó el camino de salvación, ¿estaría obligado a proporcionar varios caminos diferentes?»

La persona: «Un musulmán, hindú o budista sincero puede ser tan devoto como un cristiano».

Tú: «¿La sinceridad determina si el objeto de nuestra fe es verdadero?»

La persona: «Jesús fue simplemente uno de muchos grandes maestros espirituales».

Tú: «Si Jesús resucitó de entre los muertos, ¿eso lo convertiría simplemente en un maestro entre muchos?»

La resurrección es crucial aquí. El cristianismo fundamenta su afirmación acerca de la singularidad de Cristo en quién es Él y en lo que Dios hizo por medio de Él en la historia.

Llevando la conversación a Cristo

Puedes decir: «El cristianismo no está diciendo que Jesús sea una opción religiosa que simplemente funciona mejor que las demás. Dice que el Hijo eterno de Dios entró en la historia, murió por los pecadores, resucitó de entre los muertos y nos reconcilia con Dios. Si eso es verdadero, entonces Su singularidad no es arbitraria».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Quién crees que es Jesús?»

Eso lleva nuevamente la conversación al asunto central.

Qué debes escuchar

Escucha si la objeción tiene que ver con la justicia, el pluralismo, la sinceridad, la arrogancia o la identidad de Cristo.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Por qué tendría que haber varios caminos?», «¿Pueden ser verdaderas todas las afirmaciones religiosas contradictorias?», «¿La sinceridad hace verdadera una creencia?» y «¿Quién es Jesús?».

La meta

No defiendas la exclusividad como un principio abstracto. Muestra por qué Cristo es único. El asunto no es que el cristianismo simplemente tenga un solo camino.

El asunto es que hay un solo Salvador.

«¿Cómo puede un Dios amoroso enviar personas al infierno?»

Cuando alguien pregunta: «¿Cómo puede un Dios amoroso enviar personas al infierno?», muchas veces está suponiendo que el amor y el juicio son opuestos. Esta es una pregunta tanto acerca de la justicia como acerca del amor. Comienza pidiéndole que defina los términos.

Tú: «¿Qué quieres decir con amoroso?»

Entonces:

Tú: «¿Crees que un Dios amoroso también debe ser justo?»

Si responde que sí, la conversación ya ha cambiado.

El amor y la justicia no son opuestos

Supongamos que un juez deja libre a un asesino porque quiere ser amoroso.

¿Sería eso amor?

¿Sería justicia?

Tú: «¿Sería bueno un juez que se negara a castigar un mal grave?»

La mayoría de las personas dirán que no.

Entonces pregunta:

Tú: «Si la justicia es buena cuando la aplicamos a alguien que ha hecho daño a otros, ¿por qué se volvería mala la justicia cuando Dios la aplica perfectamente?»

La justicia debe estar fundamentada en alguna parte. Sin una norma moral objetiva, la justicia se convierte simplemente en preferencia social. El cristianismo fundamenta la justicia en el carácter de Dios.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «El infierno es demasiado severo».

Tú: «¿Según qué norma estás decidiendo qué castigo merece el pecado contra Dios?»

La persona: «Un Dios amoroso perdonaría a todos».

Tú: «¿Seguiría siendo justo el perdón si el mal nunca fuera tratado?»

La persona: «Las personas son básicamente buenas».

Tú: «Si las personas son básicamente buenas, ¿cómo estás definiendo bueno?»

Eso puede llevar naturalmente de nuevo a la ley y a la conciencia.

La persona: «Nadie merece un castigo eterno».

Tú: «¿Cómo sabes lo que alguien merece delante de un Dios eterno y perfectamente santo?»

La pregunta no demuestra por sí misma la doctrina. Expone la presuposición de que los seres humanos están naturalmente capacitados para determinar cuál es el juicio apropiado por el pecado contra Dios.

Llevando la conversación a Cristo

No hables acerca del juicio sin hablar acerca de la cruz.

Puedes decir: «El evangelio no presenta a Dios escogiendo entre el amor y la justicia. En la cruz, Su justicia contra el pecado y Su amor hacia los pecadores se encuentran».

Entonces explica que Cristo carga con el juicio por los pecadores y los llama a arrepentirse y creer.

La pregunta no es solamente: «¿Por qué juzga Dios?».

También es: «¿Por qué proporcionaría Dios salvación a personas culpables?».

Eso cambia la perspectiva.

Qué debes escuchar

Escucha las presuposiciones acerca del amor, la justicia, la inocencia, la gravedad del pecado y lo que las personas merecen.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué quieres decir con amoroso?», «¿Debe un Dios bueno juzgar el mal?», «¿Cómo estás definiendo justicia?» y «¿Según qué norma determinas lo que merece el pecado?».

La meta

No hagas que el infierno parezca algo trivial. Muestra que el amor de Dios no cancela Su justicia. Luego muestra que el mismo Dios que juzga el pecado ha proporcionado un Salvador.

Llévala a la cruz.

«Si Dios es real, ¿por qué no se revela claramente?»

Cuando alguien pregunta: «Si Dios es real, ¿por qué no se revela claramente?», primero determina qué quiere decir con claramente. Puede estar haciendo una pregunta sincera acerca de la evidencia. O puede estar suponiendo que Dios tiene la obligación de revelarse de cualquier manera que él personalmente exija.

Comienza con una pregunta.

Tú: «¿Qué tendría que hacer Dios para que consideraras clara Su revelación?»

Su respuesta puede decirte si alguna evidencia realmente lo satisfaría.

La presuposición oculta aquí muchas veces es que la persona se coloca a sí misma en la posición de decidir qué clase de revelación debe proporcionar Dios antes de que razonablemente pueda esperar que ella crea.

¿Qué sería suficiente?

La persona: «Dios simplemente debería aparecer en el cielo».

Tú: «Si Dios hiciera eso, ¿lo adorarías y obedecerías, o solamente admitirías que existe?»

Esa distinción importa.

Romanos 1 describe el problema de la humanidad no simplemente como falta de información, sino como supresión de la verdad que Dios ha revelado.

Por lo tanto, el asunto es más profundo que si existe suficiente evidencia.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Si Dios quisiera que yo creyera, me daría más evidencia».

Tú: «¿Cómo determinaste que Dios todavía no ha dado suficiente revelación?»

La persona: «Creería si viera un milagro».

Tú: «¿Ver un milagro necesariamente haría que estuvieras dispuesto a someterte a Dios?»

La persona: «Dios está escondido».

Tú: «¿Qué evidencia de Dios ya has considerado?»

La persona: «¿Por qué Dios no hace que todo el mundo crea?»

Tú: «¿Quieres decir que haga que todos sepan que Él existe, o que haga que todos lo amen y lo obedezcan?»

No son lo mismo.

Llevando la conversación a Cristo

No dejes el asunto en la revelación general. El cristianismo afirma que Dios ha entrado en la historia.

Puedes decir: «El cristianismo dice que Dios no ha permanecido en silencio. Creó el mundo, ha hablado mediante Su Palabra y se ha revelado decisivamente por medio de Jesucristo».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Qué has concluido acerca de Jesús?»

Eso lleva la conversación desde lo que hipotéticamente Dios debería hacer hacia lo que el cristianismo dice que Dios realmente ha hecho.

Qué debes escuchar

Escucha si la persona genuinamente quiere evidencia o si está estableciendo condiciones que Dios debe cumplir.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué contaría como una revelación clara?», «¿La evidencia te haría estar dispuesto a obedecer?», «¿Qué evidencia ya has considerado?» y «¿Qué crees acerca de Jesús?».

La meta

No permitas que la conversación permanezca centrada en lo que nosotros pensamos que Dios debería hacer. Pregunta qué ha revelado Dios realmente.

Entonces llévala a Cristo.

El debatiente interminable

Algunas personas hacen una pregunta tras otra porque genuinamente están buscando. Otras preguntan sin cesar porque cada respuesta simplemente se convierte en la puerta hacia otra objeción. La dificultad consiste en saber con qué clase de persona estás hablando.

No supongas malos motivos demasiado rápido. Escucha las preguntas y responde pacientemente a las objeciones sinceras. Pero en algún momento puede ser útil comprobar si el asunto realmente es intelectual.

Tú: «Si todas estas preguntas fueran respondidas a tu satisfacción, ¿estarías dispuesto a seguir a Cristo?»

Su respuesta puede revelar el asunto más profundo.

La persona: «No sé. Probablemente todavía tendría más preguntas».

Tú: «Entonces, ¿crees que las preguntas realmente son lo principal que te impide venir a Cristo?»

Esa pregunta puede llevar la conversación desde objeciones interminables hacia el verdadero asunto.

Cuando las preguntas se convierten en un escudo

La apologética no tiene el propósito de crear un debate infinito. Las preguntas deben ayudar a descubrir presuposiciones, aclarar objeciones y llevar la conversación hacia la verdad. Si alguien cambia continuamente de tema, puede estar evitando las implicaciones de lo que ya se ha establecido.

Puedes decir: «Hemos hablado acerca de varias objeciones diferentes. ¿Cuál crees que es la razón más fuerte por la que rechazas el cristianismo?».

Entonces permanece con esa.

Si la respondes e inmediatamente salta hacia otra cosa, puedes preguntar:

Tú: «Antes de pasar a otro tema, ¿crees que realmente resolvimos la pregunta que estábamos tratando?»

Esto evita que la conversación se convierta en un blanco en movimiento.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Simplemente tengo demasiadas preguntas».

Tú: «¿Cuál pregunta dirías que es la más importante?»

La persona: «Hay problemas por todas partes en el cristianismo».

Tú: «¿Podemos escoger el más fuerte y examinarlo cuidadosamente?»

La persona: «Ustedes los cristianos siempre tienen una respuesta».

Tú: «¿Tener una respuesta haría que la respuesta fuera falsa, o deberíamos examinar si realmente es verdadera?»

La persona: «Necesito que todas mis preguntas sean respondidas antes de creer».

Tú: «¿Exiges conocimiento completo antes de aceptar cualquier otra cosa que crees?»

Esa pregunta puede exponer una norma irrazonable.

Llevando la conversación a Cristo

Finalmente pregunta directamente:

Tú: «¿Qué crees acerca de Jesucristo?»

Si la persona inmediatamente presenta otra objeción que no está relacionada, llévala nuevamente al asunto con mansedumbre.

Tú: «Podemos volver a eso, pero primero quiero entender algo. ¿Quién crees que es Jesús?»

El propósito no es detener las preguntas. Es impedir que las preguntas se conviertan en una vía permanente de escape del evangelio.

Qué debes escuchar

Escucha si la persona está buscando o evadiendo. Los que buscan genuinamente pueden tener muchas preguntas, pero normalmente interactúan con las respuestas. El debatiente interminable muchas veces abandona una objeción tan pronto como es respondida y la reemplaza con otra.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Cuál objeción es la más fuerte?», «¿Resolvimos la pregunta anterior?» y «Si tus objeciones fueran respondidas, ¿seguirías a Cristo?».

La meta

La meta no es ganar todo debate posible. Responde las preguntas sinceras. Expón la evasión cuando sea necesario.

Entonces lleva nuevamente la conversación a Cristo.

El asistente cómodo de la iglesia

Alguien puede decirte: «Siempre he sido cristiano», porque creció en la iglesia, fue bautizado de niño, asiste regularmente, pertenece a una familia cristiana o simplemente no puede recordar una época en la que el cristianismo no formara parte de su vida.

No le digas inmediatamente que no es salvo. Averigua qué quiere decir.

Tú: «Cuando dices que siempre has sido cristiano, ¿qué quieres decir?»

Puede responder:

La persona: «Mi familia siempre ha ido a la iglesia».

Tú: «¿En qué estás confiando personalmente para estar bien con Dios?»

Esa pregunta lleva la conversación desde la herencia hacia la fe.

La actividad religiosa no es el evangelio

La asistencia a la iglesia, el bautismo, tener padres cristianos, el conocimiento bíblico, participar en el ministerio y el buen comportamiento pueden ser cosas buenas. Ninguna de ellas es el fundamento de la justificación.

Una conversación podría continuar:

La persona: «Fui bautizado cuando era pequeño».

Tú: «¿Estás confiando en tu bautismo o en Cristo mismo?»

O:

La persona: «He estado en la iglesia toda mi vida».

Tú: «¿De qué crees que Jesús te ha salvado?»

Su respuesta puede revelar si comprende el pecado, la gracia, a Cristo y la fe, o si simplemente se identifica culturalmente con el cristianismo.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Siempre he creído en Dios».

Tú: «¿Qué crees que te hace justo delante de Él?»

La persona: «Soy miembro de la iglesia».

Tú: «¿La membresía de la iglesia reconcilia a alguien con Dios, o Cristo?»

La persona: «Fui bautizado».

Tú: «¿En qué estás confiando ahora: en tu bautismo o en Jesucristo?»

La persona: «Intento vivir como cristiano».

Tú: «¿Vivir una vida cristiana es lo que nos salva, o es el fruto de la salvación?»

Estas preguntas no tienen el propósito de crear dudas innecesarias. Ayudan a distinguir la familiaridad religiosa de la fe salvadora.

Llevando la conversación a Cristo

Puedes decir: «Crecer rodeado del cristianismo es un gran privilegio, pero nadie es reconciliado con Dios simplemente porque el cristianismo siempre haya estado a su alrededor».

Entonces pregunta:

Tú: «Si Dios te preguntara por qué debería aceptarte delante de Él, ¿cuál sería tu respuesta?»

Escucha cuidadosamente. La respuesta finalmente debe descansar en Cristo en lugar de la familia, la iglesia, el bautismo, la moralidad o una experiencia religiosa.

Qué debes escuchar

Escucha confianza en los antecedentes familiares, el bautismo, la membresía, la asistencia a la iglesia, la actividad religiosa, la moralidad o una vaga creencia en Dios durante toda la vida.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿En qué estás confiando?», «¿De qué te salvó Cristo?» y «¿Por qué debería Dios aceptarte?».

La meta

No supongas que la participación en la iglesia demuestra ni la salvación ni la incredulidad. Aclara la fe de la persona.

Entonces llévala a Cristo mismo en lugar de a sus antecedentes cristianos.

«Hice una oración hace años»

Cuando alguien dice: «Hice una oración hace años», no le digas automáticamente que la oración no significó nada. Puede haber sido genuinamente convertido en ese momento. Pero tampoco permitas que una oración pasada se convierta en toda la base de su seguridad. La pregunta importante es en qué está confiando ahora.

Tú: «Cuando piensas en estar bien con Dios, ¿estás confiando en lo que hizo Jesús o en el hecho de que hiciste esa oración?»

Esa distinción importa. Una oración puede acompañar al arrepentimiento y a la fe genuinos. Pero repetir palabras no regenera a nadie.

No fabriques seguridad

Puede decir:

La persona: «Sé que soy salvo porque hice la oración del pecador cuando tenía ocho años».

Tú: «¿Qué crees acerca de Cristo ahora?»

Entonces:

Tú: «¿Confías actualmente en Él como tu Salvador y Señor?»

No respondas inmediatamente dándole una seguridad falsa basada en un acontecimiento del pasado. Al mismo tiempo, no le digas a un creyente que está luchando que un fracaso grave demuestra que nunca fue convertido. El asunto no es la perfección. Es la dirección de la vida producida por la regeneración.

El fruto y la dirección de la vida

Un creyente genuino todavía peca. La diferencia no es que los cristianos nunca caigan en pecado.

La pregunta es si la persona se ha acomodado cómodamente en el pecado sin arrepentimiento o si existe una relación continua con Cristo marcada por la fe, el arrepentimiento y el fruto de la regeneración. Una sola fotografía no cuenta toda la historia.

Tú: «¿Cómo describirías tu relación con Cristo ahora?»

O:

Tú: «Cuando pecas, ¿te encuentras defendiendo tu pecado y acomodándote en él, o lamentándolo y volviendo a Cristo?»

Estas preguntas no son una prueba de obras para ganar la salvación. El fruto es evidencia, no el fundamento. Cristo es el fundamento de la salvación. El fruto de la regeneración es evidencia de la salvación.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Pero recuerdo exactamente cuándo hice la oración».

Tú: «¿Tu confianza está en recordar la oración o en Cristo?»

La persona: «Realmente no he vivido para Dios, pero sé que hice la oración».

Tú: «¿Qué evidencia ves ahora de que tu corazón ha sido cambiado hacia Cristo?»

La persona: «¿Estás diciendo que tengo que ser perfecto?»

Tú: «¿Es la perfección el asunto, o es el asunto si existe una nueva dirección hacia Cristo?»

La persona: «Sigo fallando».

Tú: «Cuando fallas, ¿adónde llevas tu pecado?»

Esa última pregunta puede ayudar a distinguir una fe que lucha de la indiferencia.

Llevando la conversación a Cristo

Si está confiando en la oración misma, redirígelo.

Tú: «La oración no murió por ti. Cristo murió. La oración no resucitó de entre los muertos. Cristo resucitó. Tu seguridad debe descansar finalmente en Él».

Si parece genuinamente convertido pero está luchando, dirígelo hacia Cristo en lugar de hacer que se obsesione con si utilizó las palabras correctas hace años. Si no muestra fe presente ni preocupación por Cristo, no fabriques seguridad. Llámalo a arrepentirse y creer ahora.

Qué debes escuchar

Escucha si su confianza descansa en Cristo o en un acontecimiento religioso del pasado. También escucha la dirección general de su vida en lugar de un solo fracaso.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿En qué estás confiando ahora?», «¿Quién es Cristo para ti ahora?» y «¿Qué evidencia existe de una relación transformada con el pecado y con Cristo?».

La meta

No reemplaces la seguridad en Cristo con seguridad en una oración. Y no reemplaces la gracia con perfeccionismo.

Dirige a la persona hacia Cristo y permite que las Escrituras traten tanto con la fe como con el fruto.

«¿Qué debo hacer para ser salvo?» / «Quiero orar»

Algunas veces la persona ya no está discutiendo. Entiende su culpa. Entiende que Cristo murió y resucitó.

Pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?».

No la lleves hacia atrás a través de cada argumento apologético que conoces.

Dale a Cristo.

Hechos 16 da la respuesta directa:

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo». — Hechos 16:31

Explica lo suficiente para que el objeto de su fe quede claro.

Jesucristo es Señor.

Murió por pecadores.

Resucitó de entre los muertos.

La salvación es por gracia.

El pecador es llamado a arrepentirse y creer.

Cuando quiere orar

Si dice:

La persona: «Quiero orar».

No la detengas porque tengas miedo del decisionismo. La oración no es el problema.

El problema es tratar una oración como el mecanismo que causa la regeneración o como una prueba automática de que ocurrió la conversión.

Primero puedes preguntar:

Tú: «Antes de que oremos, ¿qué estás confiando que Jesús haga por ti?»

Permite que exprese el evangelio con sus propias palabras si puede.

La persona: «Sé que soy pecador, y estoy confiando en Jesús para que me perdone porque Él murió y resucitó».

Entonces ora con ella. No hay nada malo en ayudar a alguien a invocar al Señor.

No conviertas la oración en una fórmula

No necesitas insistir en que repita una frase exacta.

Puedes decir: «Habla con Dios. Confiesa tu pecado, dile que estás confiando en Cristo y pídele misericordia».

Si necesita ayuda, puedes guiarla.

Pero después no digas: «Hiciste la oración, así que ahora definitivamente eres salvo».

En cambio, dirígela hacia Cristo.

Tú: «Tu esperanza no está en que dijiste las palabras correctas. Tu esperanza es Jesucristo».

Preguntas comunes

La persona: «¿Tengo que decir una oración especial?»

Tú: «¿Crees que Dios salva por determinadas palabras o porque estás confiando en Cristo?»

La persona: «¿Qué pasa si no me siento diferente?»

Tú: «¿La salvación se basa en la intensidad de tus sentimientos o en la promesa y la obra de Cristo?»

La persona: «¿Qué debo hacer ahora?»

Tú: «Si Cristo te ha salvado, ¿cómo crees que un nuevo creyente debe comenzar a seguirlo?»

Eso abre la puerta al discipulado.

Después de la conversación

Un nuevo creyente necesita más que felicitaciones.

Ayúdalo a comenzar en las Escrituras.

Enséñale a orar.

Explícale el bautismo.

Ayúdalo a formar parte de una iglesia local fiel.

Dale enseñanza, corrección, ánimo, comunión, rendición de cuentas y oportunidades para obedecer lo que Cristo manda.

La conversión es el comienzo del discipulado, no el final del proceso evangelístico.

Qué debes escuchar

Escucha si comprende el pecado, a Cristo, Su muerte y resurrección, la gracia, el arrepentimiento y la fe. No exijas vocabulario teológico que nunca ha aprendido. Pero asegúrate de que no esté simplemente pidiéndole a Jesús que mejore su vida mientras continúa confiando en sí mismo.

La meta

No fabriques una conversión. No conviertas la oración en el Salvador. Proclama a Cristo, llama a los pecadores a arrepentirse y creer y, cuando invoquen al Señor, animarlos a confiar en Él.

Entonces comienza el discipulado.

La persona que está enojada con Dios

Cuando alguien dice: «Estoy enojado con Dios», no señales inmediatamente que su enojo presupone que Dios existe. Eso puede ser lógicamente interesante, pero pastoralmente imprudente.

Pregunta qué ocurrió.

Tú: «¿Qué pasó para que te sintieras así hacia Dios?»

Entonces escucha.

Puede haber perdido a alguien que amaba. Puede haber sufrido abuso. Puede haber orado desesperadamente por algo y creer que Dios lo ignoró. Puede haber experimentado una traición en una iglesia y asociado esa traición con Dios.

Comprende la herida antes de tratar con el argumento.

No defiendas a un dios imaginario

Algunas veces una persona está enojada porque suponía que Dios había prometido algo que nunca prometió.

Puede creer:

«Si Dios me ama, nada terrible debería suceder».

«Si oro sinceramente, Dios tiene que darme lo que pido».

«Si sigo a Dios, mi familia debería estar protegida del sufrimiento».

El cristianismo no promete ninguna de esas cosas.

Después de escuchar, eventualmente puedes preguntar:

Tú: «¿Crees que Dios prometió que Su pueblo nunca sufriría?»

O:

Tú: «¿Qué creías que Dios estaba obligado a hacer?»

Esas preguntas pueden revelar la expectativa que está detrás del enojo.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Dios se llevó a alguien que yo amaba».

Tú: «¿Qué pasó?»

La persona: «Oré y Dios no hizo nada».

Tú: «¿Qué le estabas pidiendo que hiciera?»

La persona: «Si Dios me amara, nunca habría permitido esto».

Tú: «¿De dónde obtuviste la idea de que el amor de Dios significa que Él impedirá todo lo doloroso?»

La persona: «Ya no quiero tener nada que ver con Dios».

Tú: «¿Estás rechazando a Dios como Él realmente se ha revelado, o al Dios que creías que debería haber impedido esto?»

Esa última pregunta quizá deba llegar mucho después, luego de haber escuchado genuinamente.

Llevando la conversación a Cristo

El cristianismo no ofrece un Salvador que evitó el sufrimiento. Cristo fue rechazado, traicionado, golpeado, crucificado y asesinado. También resucitó.

Puedes decir: «No puedo decirte todas las razones por las que Dios permitió lo que te sucedió. Pero el cristianismo sí nos dice que Dios no está distante del sufrimiento. Cristo entró en él».

Entonces avanza cuidadosamente hacia la cruz y la resurrección. La esperanza cristiana no consiste en que nunca sucedan cosas terribles. Consiste en que el pecado, el sufrimiento, la injusticia y la muerte no tendrán la última palabra.

Qué debes escuchar

Escucha si hay pérdida, traición, oración no respondida, falsas expectativas acerca de Dios, heridas de iglesia o dolor.

No te apresures hacia argumentos filosóficos si la persona primero necesita ser escuchada.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué pasó?», «¿Qué creías que Dios debía hacer?» y «¿Qué crees que Dios te prometió?».

La meta

No te limites a derrotar la lógica del enojo contra Dios. Ayuda a la persona a distinguir a Dios de las falsas expectativas acerca de Él.

Entonces llévala al Cristo sufriente, crucificado y resucitado.

«Simplemente sigo mi corazón»

Cuando alguien dice: «Simplemente sigo mi corazón», normalmente quiere decir que confía en sus sentimientos, deseos o intuición internos para guiar decisiones importantes. No le digas inmediatamente que su corazón es perverso.

Comienza con una pregunta.

Tú: «¿Alguna vez tu corazón ha querido algo que después comprendiste que estaba mal?»

La mayoría de las personas dirán que sí.

Entonces pregunta:

Tú: «Si nuestros corazones pueden llevarnos en direcciones opuestas en diferentes momentos, ¿deberían nuestros corazones ser la autoridad final?»

Eso llega directamente al asunto.

El corazón necesita una norma

Los sentimientos son reales, pero los sentimientos no determinan la verdad.

Dos personas pueden desear sinceramente cosas contradictorias.

Dos personas pueden «seguir su corazón» y hacerse daño mutuamente.

Entonces **tú** preguntas: «Si dos personas siguen su corazón y sus deseos entran en conflicto, ¿cómo sabemos cuál tiene razón?».

Si la respuesta es simplemente: «Lo que cada persona sienta que es correcto», entonces la moralidad se ha vuelto subjetiva.

Pero las personas rara vez viven consistentemente de esa manera. Todavía creen que algunas acciones son realmente malas incluso cuando quien las realiza las desea sinceramente.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Tengo que ser fiel a mí mismo».

Tú: «¿Cómo sabes que todo lo que desea tu interior es bueno?»

La persona: «Mi corazón me dice lo que está bien».

Tú: «¿Alguna vez se ha equivocado tu corazón?»

La persona: «Nadie más puede decirme qué es correcto para mí».

Tú: «Si Dios te creó, ¿tendría Él el derecho de decirte lo que es correcto?»

La persona: «Simplemente quiero ser feliz».

Tú: «¿Todo lo que nos hace felices necesariamente es bueno?»

El asunto más profundo es la autoridad. ¿Quién tiene el derecho de definir lo bueno?

Llevando la conversación a Cristo

Puedes decir: «El cristianismo no nos enseña a descubrir la verdad mirando más profundamente dentro de nosotros mismos. Enseña que Dios ha hablado y que nuestros corazones necesitan Su verdad».

Entonces pregunta:

Tú: «¿Qué crees que Jesús tiene derecho a decirnos acerca de cómo debemos vivir?»

Eso lleva el asunto desde la expresión personal hacia el señorío.

Qué debes escuchar

Escucha si los sentimientos funcionan como autoridad, si hay énfasis en la autenticidad personal, la felicidad, la expresión propia y la moralidad subjetiva.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Alguna vez se ha equivocado tu corazón?», «¿Qué sucede cuando dos corazones no están de acuerdo?» y «¿Quién determina lo que realmente es bueno?».

La meta

No enseñes a las personas a desconfiar de toda emoción. Enséñales que las emociones no son la autoridad final.

Llévalas desde la autoridad del corazón hacia la autoridad de Dios y, finalmente, hacia Cristo.

«Nadie puede decirme cómo vivir»

Cuando alguien dice: «Nadie puede decirme cómo vivir», el asunto normalmente es más profundo que una regla moral particular.

El asunto es la autonomía. La persona está reclamando el derecho de gobernarse a sí misma sin ninguna autoridad por encima de ella. Comienza aclarando la afirmación.

Tú: «¿Quieres decir que ningún otro ser humano tiene derecho a controlarte, o quieres decir que ni siquiera Dios tiene autoridad sobre ti?»

Esa distinción importa.

Puede estar objetando razonablemente a que otra persona intente controlarla. Pero si quiere decir que Dios mismo no tiene autoridad, la conversación ha llegado a la cuestión del señorío.

La cuestión de pertenencia

El cristianismo comienza con Dios como Creador. Si Dios nos hizo, no somos seres independientes que simplemente vivimos en Su universo. Le pertenecemos.

Puedes preguntar:

Tú: «Si Dios te creó y te dio la vida, ¿tendría Él alguna autoridad legítima sobre cómo vives?»

Si responde que no:

Tú: «¿Qué tendría que ser Dios para tener autoridad legítima sobre Su creación?»

Eso obliga a la persona a examinar la presuposición de una autonomía personal absoluta.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Es mi vida».

Tú: «¿Tú te diste la vida?»

La persona: «Mientras no haga daño a nadie, puedo hacer lo que quiera».

Tú: «¿Por qué hacer daño a otra persona es el límite, y de dónde proviene esa regla moral?»

La persona: «Nadie tiene autoridad sobre mí».

Tú: «¿Eso incluye al Dios que te creó?»

La persona: «La religión solamente se trata de controlar a las personas».

Tú: «¿El hecho de que los seres humanos hagan mal uso de la autoridad demostraría que Dios no tiene autoridad legítima?»

Estas preguntas llevan la conversación por debajo de controversias morales individuales.

El problema más profundo

Algunas veces las personas piden evidencia cuando su objeción más profunda no es la falta de evidencia. Pueden comprender lo que afirma el cristianismo y simplemente rechazar la idea de someterse. En ese punto, discusiones interminables acerca de arqueología o ciencia pueden pasar por alto el verdadero asunto.

Tú: «Si supieras con certeza que Jesús es Señor, ¿querrías someterte a Él?»

Esa pregunta puede revelar mucho.

Llevando la conversación a Cristo

El cristianismo no ofrece simplemente a Jesús como una adición útil a una vida autónoma. Lo proclama como Señor.

Puedes decir: «El evangelio no es una invitación a mantener el control completo de nuestras vidas y añadir a Jesús para que nos ayude. Cristo nos llama a arrepentirnos, creer y seguirlo».

Entonces pregunta:

Tú: «Si Jesús realmente es Señor, ¿qué te impediría seguirlo?»

Qué debes escuchar

Escucha si hay autonomía, control, resistencia a la autoridad, sentido de propiedad sobre uno mismo y falta de disposición para someterse.

Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Tiene Dios autoridad sobre ti?», «¿Tú te diste la vida?», «¿De dónde proviene tu límite moral?» y «Si Jesús es Señor, ¿lo seguirías?».

La meta

No quedes atrapado discutiendo una regla tras otra cuando el asunto más profundo es si Dios tiene derecho a gobernar.

Expón la cuestión de la autoridad.

Entonces lleva a la persona a Cristo como Señor.

«¿Por qué permite Dios este tipo de sufrimiento?»

Cuando alguien pregunta: «Si Dios es amoroso y todopoderoso, ¿por qué permite tanto sufrimiento?», no supongas que toda persona que hace esa pregunta está preguntando lo mismo.

Una persona puede estar planteando el problema del mal como una objeción intelectual contra el cristianismo. Otra puede estar en medio del dolor preguntando: «¿Por qué permitió Dios que esto me sucediera a mí?».

Esas situaciones requieren respuestas iniciales diferentes. Si la pregunta es personal, comienza con la persona.

Tú: «¿Qué pasó?»

O:

Tú: «¿Hay algo que sucedió que hace que esta pregunta sea especialmente importante para ti?»

Entonces escucha.

Puede haber muerto su cónyuge. Un hijo puede estar gravemente enfermo. Alguien puede haber sufrido abuso. Un matrimonio puede haberse derrumbado. Puede haber ocurrido un accidente terrible. Quizá necesite contar la historia antes de estar preparado para hablar de teología.

Si la persona está presentando un argumento filosófico contra Dios, entonces comienza examinando las presuposiciones detrás de ese argumento.

Reconoce qué conversación estás teniendo

No trates el dolor como si fuera simplemente un argumento que debes derrotar.

Si alguien dice:

La persona: «¿Por qué permitió Dios que muriera mi hijo?»

Probablemente este no sea el momento de comenzar con:

Tú: «¿Qué quieres decir con inocente?»

Una respuesta más sabia puede ser:

Tú: «No sé por qué Dios permitió que sucediera esto en particular. ¿Puedes hablarme de tu hijo?»

Eso no es debilidad teológica. Es honestidad.

Pero si alguien dice:

La persona: «La existencia del sufrimiento demuestra que un Dios bueno no puede existir».

Ahora estás tratando con una afirmación de cosmovisión, y las preguntas acerca del mal, la moralidad, la justicia y el carácter de Dios se vuelven apropiadas.

El mismo tema requiere sabiduría acerca de la persona que tienes delante.

No pretendas conocer el propósito secreto de Dios

Algunas veces los cristianos sienten presión por explicar por qué ocurrió una tragedia particular.

No digas:

«Dios hizo esto porque quería enseñarte algo».

«Todo sucede por una razón», como si tú conocieras esa razón particular.

«Dios necesitaba otro ángel».

No inventes explicaciones que las Escrituras no han dado. Puedes afirmar la soberanía de Dios sin pretender conocer Sus propósitos secretos.

Existe una diferencia importante entre decir:

«Dios puede tener razones moralmente suficientes que yo no conozco».

y:

«Sé exactamente por qué Dios permitió que esto te sucediera».

Algunas veces la respuesta fiel es simplemente:

Tú: «No sé por qué Dios permitió esta situación particular».

Eso deja espacio para la confianza bíblica sin pretender poseer un conocimiento que Dios no ha revelado.

Cuando la pregunta se vuelve teológica

Una persona que está sufriendo eventualmente puede preguntar:

La persona: «¿Cómo puedo creer que Dios es bueno después de esto?»

Ahora la conversación puede comenzar a entrar más directamente en la teología.

Tú: «¿Crees que nuestra incapacidad para ver una buena razón significa que Dios no podría tener una buena razón?»

O:

Tú: «¿Qué significaría que Dios continuara siendo bueno incluso cuando no entendemos lo que permite?»

No apresures esta transición. La persona puede necesitar tiempo antes de estar preparada para examinar intelectualmente la pregunta.

¿Qué quiere decir con mal?

Si la persona está argumentando que el sufrimiento refuta a Dios, pídele que explique el juicio moral que se encuentra debajo de ese argumento.

La persona: «Un Dios bueno nunca permitiría tanto mal».

Tú: «Cuando llamas malo a algo, ¿qué hace que sea objetivamente malo en lugar de simplemente algo que personalmente no te gusta?»

Esa pregunta no niega que el mal sea real.

El cristianismo puede llamar al mal verdaderamente malo.

La pregunta es si la cosmovisión que se está utilizando para rechazar a Dios puede dar razón de una norma objetiva del bien y del mal.

Si la moralidad es finalmente producto de la preferencia personal, la convención social, el instinto biológico o el desarrollo evolutivo, entonces la persona debe explicar por qué el sufrimiento es objetivamente malo en lugar de simplemente algo que los seres humanos detestan profundamente.

El cristianismo tiene un fundamento para la moralidad objetiva porque la bondad está fundamentada en el carácter de Dios. El punto no es que los incrédulos no puedan reconocer el mal. Pueden hacerlo. La pregunta es si su cosmovisión puede dar razón del juicio moral que ya están haciendo.

La cuestión de la inocencia

Otra objeción común es:

La persona: «¿Por qué permite Dios que sufran personas inocentes?»

En una discusión intelectual, puedes preguntar:

Tú: «¿Qué quieres decir con inocentes?»

Las Escrituras enseñan que la humanidad está caída y que todos han pecado. Pero esto no significa que cada persona sufra debido a algún pecado personal específico.

Jesús mismo rechazó esa conexión simplista entre el sufrimiento individual y la culpa individual.

Por eso, no digas: «Sufrieron porque eran pecadores».

El panorama bíblico más amplio es que vivimos en una creación caída donde el pecado, el sufrimiento, la enfermedad, la injusticia y la muerte son realidades.

El cristiano no tiene que afirmar que toda tragedia es un castigo directo por un pecado particular para afirmar que el sufrimiento existe dentro de un mundo corrompido por la Caída.

¿De dónde proviene la norma moral?

Algunas veces la objeción se vuelve todavía más explícita.

La persona: «Dios está mal por permitir el sufrimiento».

Tú: «¿Qué norma estás utilizando para juzgar a Dios como moralmente malo?»

Si rechaza a Dios mientras apela a una moralidad objetiva, pregunta cómo da razón su cosmovisión de esa norma moral.

Tú: «Si la moralidad es solamente el resultado de la preferencia humana, la cultura o la evolución, ¿qué hace que el sufrimiento sea objetivamente malo en lugar de simplemente desagradable?»

Esta pregunta vuelve la objeción hacia la cosmovisión que la está haciendo. Si Dios no existe, ¿qué hace finalmente que la crueldad sea mala? Si los seres humanos son solamente el resultado de procesos materiales impersonales, ¿por qué existe una obligación moral objetiva de tratarnos unos a otros de una manera particular?

Nuevamente, el argumento no es que los ateos no puedan comportarse moralmente ni reconocer la injusticia.

La pregunta es qué hace que sus juicios morales sean objetivamente obligatorios.

Respuestas y objeciones comunes

La persona: «Si Dios pudiera detener el sufrimiento y no lo hace, entonces no puede ser amoroso».

Tú: «¿Qué quieres decir con amoroso? ¿El amor siempre exige impedir toda experiencia dolorosa?»

El dolor por sí mismo no demuestra la ausencia de un buen propósito. Un dentista puede causar intencionalmente dolor temporal mientras trata la causa de un problema mayor. Esa ilustración no explica toda tragedia, pero demuestra que permitir dolor y ser bueno no son lógicamente contradictorios.

La persona: «Un Dios bueno detendría todo el mal».

Tú: «¿Querrías que Dios detuviera inmediatamente todo acto, pensamiento, motivo y deseo malo, incluidos los nuestros?»

Eso acerca el asunto a nosotros. Las personas muchas veces piensan en el mal solamente como las cosas que hacen los demás.

La persona: «Existe demasiado sufrimiento para que Dios exista».

Tú: «¿Cuánto sufrimiento sería compatible con la existencia de Dios, y cómo determinaste esa cantidad?»

La persona: «Los niños sufren. Eso demuestra que Dios no puede ser bueno».

Tú: «¿El hecho de que algo sea genuinamente trágico demuestra que Dios no podría tener una razón moralmente suficiente para permitirlo?»

La persona: «Si Dios es soberano, entonces podría haberlo impedido».

Tú: «¿Tener el poder para impedir algo significa que nunca podría existir una razón moralmente suficiente para permitirlo?»

La persona: «Dios me abandonó».

Tú: «¿Qué es lo que más te hace sentir abandonado?»

La persona: «Oré y nada cambió».

Tú: «¿Qué esperabas que Dios hiciera?»

La persona: «No puedo entender por qué lo permitió».

Tú: «¿Crees que confiar en Dios exige que entendamos cada una de Sus razones?»

La persona: «Ya no sé si puedo creer».

Tú: «¿Qué aspecto de lo que ocurrió ha hecho que te resulte más difícil confiar en Él?»

Observa que las preguntas cambian según la persona. La persona que está sufriendo necesita ser escuchada. Quien presenta una objeción filosófica necesita que sus presuposiciones sean examinadas.

El amor de Dios no significa una vida sin dolor

Algunas veces la persona está trabajando con una presuposición que el cristianismo nunca prometió: «Si Dios me ama, nada terrible debería sucederme».

Pero las Escrituras nunca prometen a los creyentes una vida sin sufrimiento.

Los profetas sufrieron.

Los apóstoles sufrieron.

La iglesia primitiva sufrió.

Y, sobre todo, Cristo sufrió.

Por eso, eventualmente puedes preguntar:

Tú: «¿Crees que Dios alguna vez prometió que aquellos a quienes ama nunca experimentarían sufrimiento?»

La promesa bíblica no es que Dios impedirá todo acontecimiento doloroso.

Es que el sufrimiento finalmente no separará de Él a Su pueblo y que la muerte misma no tendrá la última palabra.

Llevando la conversación a Cristo

El cristianismo no responde al sufrimiento solamente con una explicación filosófica abstracta.

Nos da la cruz.

Puedes decir: «El cristianismo no enseña que Dios observa el sufrimiento desde una distancia segura. El Hijo de Dios entró en este mundo, sufrió, fue rechazado, fue crucificado y resucitó de entre los muertos».

Jesús estuvo delante de la tumba de Lázaro y lloró. Sabía que venía la resurrección y, sin embargo, no trató el dolor como algo insignificante.

Cristo experimentó traición.

Cristo experimentó injusticia.

Cristo experimentó sufrimiento físico.

Cristo murió.

Y Cristo resucitó.

La resurrección cambia la comprensión cristiana del sufrimiento porque la muerte ya no es definitiva.

El cristianismo no promete que comprenderemos cada razón por la cual Dios permite cada tragedia.

Promete algo mayor: Dios ha actuado en Cristo, la muerte será derrotada, el mal será juzgado y aquellos que pertenecen a Cristo serán resucitados.

Qué debes escuchar

Primero determina si la pregunta es principalmente personal o intelectual.

Si es personal, escucha si hay dolor, ira, culpa, confusión, oración no respondida, temor, pérdida y decepción con Dios. Preguntas como «¿Qué pasó?», «Háblame de esa persona», «¿Qué es lo más difícil de esto?» y «¿Qué te ha hecho creer esto acerca de Dios?» pueden ser más apropiadas que argumentos filosóficos inmediatos.

Si la objeción es intelectual, escucha las presuposiciones acerca del mal, la inocencia, la moralidad, la justicia, el amor, la soberanía y lo que Dios estaría obligado a hacer. Algunas preguntas útiles incluyen: «¿Qué quieres decir con mal?», «¿Qué hace que algo sea objetivamente malo?», «¿Qué quieres decir con inocente?», «¿Qué exige el amor?» y «¿Permitir sufrimiento demuestra que no puede existir ninguna buena razón para permitirlo?».

La meta

No hagas que el sufrimiento parezca algo pequeño. No pretendas saber por qué Dios permitió cada tragedia particular. No utilices la apologética como una excusa para evitar la compasión.

Al mismo tiempo, no permitas que la existencia del sufrimiento sea utilizada como argumento contra Dios sin examinar las presuposiciones morales que están debajo de ese argumento.

Cuando la persona esté sufriendo, escucha y llora con ella. Cuando esté argumentando, ayúdala a examinar su cosmovisión.

Y en ambas conversaciones, eventualmente llévala al mismo lugar: al Cristo crucificado y resucitado.

El cristianismo no nos da una explicación para cada tragedia individual.

Nos da un Salvador que entró en el sufrimiento, conquistó la muerte y promete que el sufrimiento, el mal y la tumba no tendrán la última palabra.